CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTISTICO Y DE ACTUALIDADES

JOSÉ S. ÁLVAREZ FUNDADOR — CARLOS CORREA LUNA DIRECTOR — JOSÉ M.ª CAO DIBUJANTE

Año XIII — BUENOS AIRES, 31 DE DICIEMBRE DE 1910 — N.º 639



El perfume supremo

Las grandes perfumerías, instituciones poéticas si bien se ve, como todas aquellas que concurren al arte difícil por excelencia: la formación de la mujer hermosa; instituciones poéticas y también academias de amable psicología, puesto que su misión consiste en dar á la belleza femenil, espíritu en el perfume, costean una clase de empleados por cierto dignos de las Mil y Una Noches: los catadores de aromas.

Estos sensibles personajes, que siempre son hombres, como los afinadores de pianos, pues la mujer, nacida para ser amada antes que para amar (y ella bien lo sabe) tiene sensaciones estéticas menos exquisitas y es, por lo tanto, menos sentimental, á virtud de hallarse casi toda su alma exteriorizada en su belleza como el arte de la estatua en la superficie del mármol (de aquí la facilidad en apariencia contradictoria de sus lágrimas) mientras la fealdad del hombre profundiza y enternece su sentimiento como una ruda corteza; aquellos interesantes personajes, decía, tienen la misión de recorrer los sitios aromáticos, quebradas montañesas, parques de aclimatación floral, balnearios mundanos, salones donde acaba de bailarse y desfallece en vaga taciturnidad, una difusa vida de elegancia pasional y de quimera, para fijar en su olfato los perfumes que luego materializará en esencias el laboratorio y presentará el escaparate bajo la estampilla dorada y el artístico cristal, enriqueciendo la deliciosa nomenclatura de ese refinado jardín de tocador cuya clasificación declara los paraísos artificiales.

Por la naturaleza de tan delicada función, aquellos hombres son muy cultos é instruídos. Deben poseer como fundamento de su buen gusto, cierta inclinación artística, gran viveza imaginativa, sensualidad sutil, propensión al ensueño. Sólo así resultan aptos para apreciar y retener la fugacidad compleja de ciertas ráfagas, en las cuales pasa quizá por primera y última vez, la delicia desconocida; pues, al fin de cuentas, el perfume es una situación poética.

Además, esos químicos, á pesar de las sulfurosas brujerías del laboratorio, son muy sensibles por lo regular; y la bella muerte de Berthelot así lo ha probado.

Fueron precisamente aquellas condiciones mal refrenadas por la disciplina industrial, la causa de una singular manía y de un descubrimiento no menos raro en la persona de cierto catador de Niza.

Nadie ignora que la bella ciudad de la Costa Azul, es el centro más importante de la perfumería floral; y digo así, porque no obstante el auge de la química, que ha acabado de convertir en industria el viejo arte de la perfumería, con sus brutales aromas cuya exhalación enfurece á las abejas, aquella Ispahan del Occidente mantiene su fidelidad á la flor.

La idea singular de nuestro experto, habíale venido con la lectura del *Libro de Esther*, aquella hermosa judía que conquistó con su perfume el amor voltario de Asuero.

Sabido es que el rey de aquella inmensa Asiria, dilatada desde la India hasta la Etiopía, hizo reunir todas las vírgenes de su imperio, para buscar entre ellas sucesora á su esposa repudiada la desobediente reina Vasthi; y habiéndole agradado entre todas la judía Esther, y pasado ella como era de práctica para la novia real, un año en el adobo de los perfumes ("seis meses con óleo de mirra y seis meses con cosas aromáticas y afeites de mujeres", dice el libro) el rey hubo de llevarla á su tálamo; con lo cual se prendó de ella como nunca habíalo estado de mujer alguna, cosa ciertamente rara en un monarca cuyo harem era tan poblado, que parecía no un alcázar, sino una ciudad de belleza.

Ahora bien—y este era el motivo de la empresa que habíase propuesto el químico—¿cuál era el perfume de Esther? Sin duda el perfume del amor, cuya fama insinúan esas crónicas de la antigüedad: el olor inefable cuya propiedad sublime consistía en

producir la emoción del amor, emanada de la mujer peligrosa y divina que lo exhalaba.

Todo aquel Oriente poseía los grandes secretos aromales, y la Persia, comprendida en los dominios de Asuero, había tenido hasta un ministro de los perfumes: el *Jefe de los Olores Suaves;* pero la Judea sobresalía entre todas aquellas naciones hasta completar, según Plinio, doctísimo en la materia, la triada por excelencia, con el ungüentario Egipto y la Campania pródiga en rosas. *Judaea vero inclyta,* dice tratando del asunto.

El romano en su nutrido catálogo que no menciona—¡cosa rara!—el almizcle, formula el perfume supremo: "Es aquel que exhalado por una mujer al pasar, atrae aún á los que están ocupados en otra cosa." He aquí la impresión inquietante y fugaz, que, como una ilusión poética utiliza el tema de "la mujer que pasa..."

¿Pero, cuál era ese perfume?

¿Aquel *Panathenaicon* peculiar de Atenas, cuyo secreto se perdió con la triunfante desnudez de las hetairas? ¿Aquel *Perfume Real* de los reyes Partos que Roma consideraba el refinamiento máximo y que reunía veinticuatro aromas teniendo por excipientes el vino y la miel? A pesar de su costo fabuloso, el temerario perfumista, apurando sus ahorros hasta el fin, habíalo ensayado sin éxito.

Entonces, tirándose de lleno á la ruina de los inspirados, por medio de créditos absurdos, afrontó las dolorosas quimeras del laboratorio. Pocos saben lo que padecen esos ingeniosos catadores de aromas, para fijar los que perciben, en la venenosa volatilidad de aldeidos y toluenos. El descubrimiento del *ionon,* ó sea la violeta química, costó diez años. El del almizcle artificial fué una casualidad. ¡Qué no sucederá cuando se trata de exhalaciones vagas y complejas, ó peor aún de creaciones fantásticas!

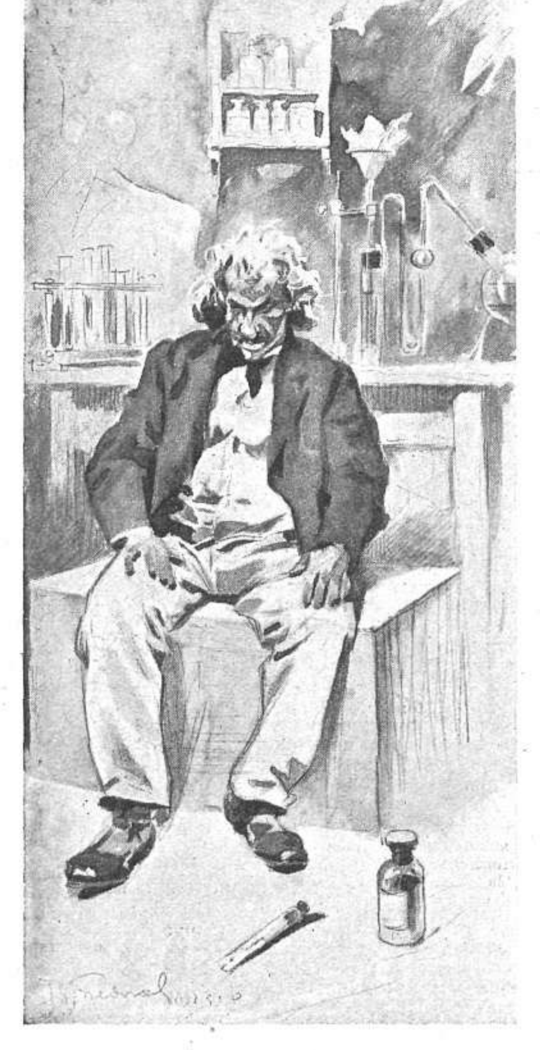
La imaginación del descubridor no se fatigaba. Del Oriente asirio había pasado á la Judea salomónica. La reina de Saba debió poseer el secreto, al proceder de aquella famosa región turífera. En el Cantar de los Cantares, el rey compara el aroma de sus ropas con el olor del Líbano.

Ensayando una síntesis, por decirlo así, psicológica, su última ocurrencia consistía en vincular el aroma de las flores con el color y con el gusto: para lo cual estaba manipulando la esencia de artemisa cuya peculiaridad es el azul intenso, el color de la fidelidad y del amor puro, mientras su tónica amargura contiene la soñadora vaguedad del absintio. Y en eso se estaba, sintiendo como iba trocándosele melancolía la fe de los años inútiles, envejecido por las correrías y las emociones, burlado y arruinado, cuando una tarde (la hora crepuscular es particularmente oportuna, porque, habitualmente temerosos de la luz, los perfumes florales le son adictos) una tarde, en la vulgaridad de cierta situación cuotidiana que no había reparado jamás, sintió pasar el perfume supremo.

Y era que acababa de saludarle como todos los días á la misma hora, cierta chiquilla hija del cestero su vecino (quien á decir verdad creíale medio loco, bien que le hubiera prestado algunas pequeñas sumas) cierta chiquilla que el cestero mandaba todas las tardes á la panadería cercana, y que no era linda ni fea, tonta ni inteligente, sino una criatura de quince años, sin ninguna idea de la vida, ni de que las mujeres y los hombres pueden ser diferentes, ni de que la inocencia consista en bajar los ojos y ruborizarse: una cosita simple y clara como la estrella que salía á la misma hora; y en ella había pasado el perfume supremo que produce la emoción del amor, tan inútilmente buscado en las crónicas de las reinas magníficas y en la familiaridad de las embriagadoras mundanas.

Así se descubrió la esencia azul, el perfume supremo que da la emoción del amor, si bien el perfumista llevóse á la tumba el secreto del simple que lo integraba.

Porque cuando disponíase á participar la divina emoción á la criatura que sin saberlo perfumaba produciéndola, un mechón de barba blanca metiéndose en el embudo trasvasador, hubo de recordarle que para ser feliz con la emoción amorosa, érale menester encontrar ahora el elixir de la juventud y que para esto ya no tenía tiempo...



Entonces, resuelto á hundirse en la inmensidad de su quimera azul como aquel perfume que le costaba la vida, sin darle la esperanza, lazarillo del amor, resolvió gozar sólo su descubrimiento casi divino, aspirando hasta consumirla la única redoma producida. Mas al cabo de pocas inhalaciones, su delicia fué tan grande, que ni fuerzas tuvo para resistir al desfallecimiento inherente; y sin saber si lo que le aniquilaba era la muerte ó la vida suprema, se durmió en un lánguido desvanecimiento de infinito.

—De modo—dijo Beatriz—que murió de amor...

—Como la desdichada Elvira, bromeó la linda Cora, una chica modernísima que por cierto no morirá así.

—¿Y la redoma?

—¿Le interesa, pues?

—¿Por qué no? Como es un cuento...

—La redoma no sirvió para nada. Habíase apoderado de ella la hija del cestero, sin intención ninguna, por el bonito color azul; pero cuando los sabios esclarecieron el descubrimiento y se costearon á buscarla desde París, la luz, que mata á las esencias, había producido ya su habitual efecto. El frasquito sólo contenía una disolución verdosa y exhalaba un dejo de trementina.

Leopoldo LUGONES.

Dib. de Friedrich.



¡Loco!...

(Página olvidada)

Vosotros le habéis conocido. Era reconcentrado y huraño y su rostro pálido y enjuto, habíase marchitado por el insomnio y el tedio.

Su gran fuerza de pensamiento la inutilizó en sus quimeras.

Fué, á no dudarlo, una personalidad original ó incompleta; había en su espíritu grandes vacíos, al lado de facultades esplendorosas que inducían á considerarle como un ser superior y anómalo.

Nunca nos atrevimos á estudiar á fondo semejante personalidad, pero hoy, que se tejen tantos comentarios malévolos para explicar la causa de su locura, editamos algunos párrafos de la última carta que de él recibimos y que muestra hasta qué límites llegaban las inquietas aberraciones de su pensamiento.

. . . .

"A no dudarlo es la vida una pesada carga. Los espíritus más ricamente dotados sintieron su peso abrumador. El descontento es la enfermedad de las grandes almas, y con harta frecuencia, la satisfacción, es el patrimonio de los pobres de espíritu.

Aquellos que han nacido con alas, comprenderán este lenguaje, indescifrable para los entes tan vanos como dignos de desprecio que ignoran las sordas rebeldías intelectuales, contra la monótona fatalidad de las leyes físicas. Naturalezas displicentes que jamás acariciaron el placer íntimo de la protesta secreta y que, hijos del instinto, comen, duermen, ven diariamente salir y ponerse el sol: la rotación de los mismos efectos, ante un número inalterable de causas, sin imaginar nada más allá para sus deseos. De ellos es el mundo, porque carecen del sexto sentido, que espolonea la imaginación hasta las cumbres invisibles del ideal. La tranquilidad no es del hombre de genio, sino del gañán. El que asciende á la montaña, tiene que hollar senderos pedregosos y estériles, y cuando el pensamiento quiere llegar á las cimas empinadas del mundo moral, pierde sus tintes risueños...

En muchas de estas disposiciones de mi ánimo radica la causa de la melancolía que me mueve á la desesperación.

La somnolencia que, con frecuencia embota mis facultades, es interrumpida por estallidos de actividad sin objeto, de instintos sin órganos sobre qué ejercitarse, de ideas fuera de lógica, y de esperanzas á las cuales, llega jadeante la concepción por lo irrealizables.

Con esas impulsiones y una inteligencia insana, me lanzo furioso entre mis afanes y mis delirios. Mis actos se resienten por su falta de consistencia y de límites; jamás pude trazar un derrotero á mis energías y á mi destino. Llevo delante de mis ojos, una verdadera nebulosidad moral que me impide darme cuenta exacta de lo que percibo. La previsión nunca disciplinó mi existencia porque carezco de memoria y voluntad para verificar lo que me propongo hacer, pues sólo la tengo para lo que debía ejecutar; y debido á tan extraña perversión intelectual, dilato con frecuencia, el pasado, sobre el presente y el porvenir. Esa falta absoluta de la noción de tiempo, la confusión lamentable de lo real y lo ideal, de lo que veo dentro y fuera de mí, es la causa fundamental de mis desvaríos. Y fácilmente doy forma tangible á los ensueños que aletean en mi espíritu y que pasan y me llaman.

Soy un iluso, lo declaro. He construído el molde, sin poder fundir el metal con el cual será llenado y es menester entonces forzar la realidad para que se adapte al modelo.

Este es un mal que llena de víctimas el mundo: el camino de la locura y del suicidio, está poblado por estos desheredados de sentido, que avanzan con los brazos extendidos, en persecución de una sombra.

Bien comprendéis, amigo, que conozco mi mal, pero soy impotente para dominarle.

¿Qué queréis? Lo peor de todo es que el afán de encontrar lo que ansío me conduce á los extremos en todas las cosas, y subo y bajo en la espiral infinita de mis deseos sin encontrar otra cosa que la saciedad.

Busco, pues, y no encuentro... Cuando esa fiebre se apodera de mí, marcho sin rumbo, esperando que el azar me ofrezca una solución; entonces deseo hacerme invisible, para escapar á los saludos de las gentes ó á las impertinencias y falsedades de los amigos.

Desengañado, por lo que creo entrever de mentira en todas las cosas, caigo á mi vez en el abismo de todos los vicios, para agotar mis delirantes fantasías.

Rehuso la lucha, porque me repugna; carezco de ese encono y de esa cruel ambición que hace á la generalidad de los hombres arrebatar al prójimo lo que considera indispensable para sus necesidades ó sus placeres. Planteado el problema de mi existencia en un terreno tan poco razonable, admitiréis conmigo, la fatalidad de las soluciones; cuanto más me estudio, tanto más acentuadas encuentro las monstruosidades de mi espíritu. ¡Soy una aberración y debo terminar por otra aberración!... Y es tan cierto lo que acabo de manifestaros, y es mi criterio tan original, que no he encontrado aún un hombre que aprecie las cosas como yo. Me siento fuera de ambiente y de lugar; si hubiera nacido en otros tiempos y en otras edades, quizás mi actividad desequilibrada, habría encontrado fuertes objetivos que la atrajeran...

¿Te burlas? Pues créeme. Los goces actuales los encuentro tan precarios y tan mezquinos que no merecen la pena de consumir en sus pálidas llamas, toda una vida. La saciedad que tengo por ellos, aun antes de haberlos gustado, son una de las causas de mi desesperación.

¡Oh, si fuera loco! ¡Qué suprema, qué inmensa felicidad! ¡Desear y obtener todas las cosas imaginables, no conocer un límite para la extravagancia, para el placer, para el mando, para la crueldad ó para la venganza! ¡Caer en la manía de las grandezas, sentirse Dios, gobernar los mundos, dar dirección á las esferas y apagar y pulverizar soles á voluntad! ¡Ser rey, ser príncipe, sin leyes que lo domeñen, sin opinión que lo critique! ¡Poder crear placeres á voluntad y experimentar emociones á capricho! ¡Soñar en amores correspondidos, en pasiones vehementes y fugaces, evocar las bellezas históricas, las reinas y las hadas, hacerlas vivir un día la vida del delirio, amarlas y olvidarlas!

Ahí, mi amigo, la verdadera felicidad está en la locura porque ella empieza cuando se apaga la razón y empieza el delirio.

Como tú comprenderás, no hay diferencia, subjetivamente hablando, en ser príncipe cuerdo ó príncipe loco, desde que existe la conciencia del estado y el criterio delirante encuentra puntos de apoyo para equiparar el engaño ó la realidad; todo es cuestión subjetiva, es decir, de estado de ánimo. Basta sentir ó creer intensamente una cosa para tener en el espíritu su imagen real, la sensación de existencia de esa cosa.

Entonces, mi amigo, no temo á la locura, casi la deseo. ¿Y por qué en el día desequilibrio completo de mis facultades, no puede un día alborear episódicamente el genio? Los espíritus uniformes y ecuánimes, no producen nada grande y original..."

Lucas AYARRAGARAY

Dib. de Hohmann.

El rostro y la máscara

(Verdad y mentira)

Para «Caras y Caretas.»

Sueño una velada bulliciosa.

En la tierra hase ocultado la verdadera luz. Desde una sala inmensa, toda oro y pedrería, diviso un bien cuidado jardín. En él hay reunida una variada multitud de gente enmascarada: los hombres sátiros, las mujeres coquetas.

En la sala brilla la falsa luz del gas; en el jardín un arco voltaico: la máscara del sol.

El follaje de las plantas exóticas parece hecho de papel lustroso. Algunas mascaritas dejan ver un poco del rostro demasiado blanco y los ojos demasiado negros. Todas las coquetas lucen demasiadas plumas prestadas. No dejan ver otras cosas porque todas deben parecer bellas á cada uno.

Entre el variado enjambre, se ve una mujercita muy distinta de las otras; disfrazada de Verdad, va casi desnuda.

Por ir demasiado desnuda, ya no la mira ahora ninguno de cuantos poco ha se vanagloriaban de adorar lo verdadero.

La infeliz se llama justamente Vera.

Durante un momento atrajo todas las miradas; durante un momento mordióla el deseo del macho, rendido ó impaciente; también la mordió la maldiciente curiosidad femenina.



Y como á la verdad hay alguna vez que "tocarla con la mano", como suele decirse, un bromista audaz interrogó:—¿Permite?

Y tocó.

Pero cuando la verdad se ve de cerca, cuando muchos curiosos la han tocado, los sátiros se vuelven hacia las coquetas y dejan á la verdad en su rincón.

Dos máscaras se acercan á Vera.

Una, con despecho, dice:

—¡Oh, Vera! ¿cómo se te ha ocurrido elegir tan triste disfraz? Escoge otro vestido, si es que deseas estar entre la gente á la moderna.

Y dice la otra con una gentil vocecilla quejumbrosa:

—No hagas caso á ésta. También estás hermosa como estás. Lo que hay es que la gente no te comprende. Deja que yo te cubra un poco. Estarás mejor con el manto de la mentira; yo no le necesito ya y con mil amores te lo cedo.

Vera responde:

—¿Qué me importa de la gente? Estas carnes son las mías, no artificiales; así las tuve y así las muestro. A tí, que eres la Mentira piadosa, te parecen bellas; á tu hermana no, porque la punza el despecho. Y si son bellas mis carnes ¿por qué habría de ocultarlas á los demás y á mí misma? Cuando los años las hayan afeado, las ocultaré á los otros por piedad hacia ellos; y acaso también á mí por piedad hacia mí misma. Llevándolas ahora tales como me fueron dadas, esto al menos voy ganando: que ninguno—ya lo estás viendo—se ocupe de mí. Así recorro mi camino sin pecado: no tiento y no soy tentada.

Mentira y Verdad míranse ahora cara á cara. Sus ojos lanzan rayos antes de reanudar el combate.

La Mentira piadosa se queda en un rincón porque su intervención es ahora inútil. Sólo, por costumbre quizás, compadece á las otras dos.

Dice la Mentira:

—A tí no tengo por qué gustarte y me quito la careta. ¿Lo ves? Yo también soy bella, tan bella

como tú. No dirás que sólo me hace hablar el despecho.

(*La Mentira no hace alarde. Es realmente bella.* Además de los dones de la naturaleza que la mandó entre los hombres á librar su pequeña batalla mundana; además de la juventud que la hace fuerte, ella conoce todos los encantos adquiridos en el mundo. Rostro ni redondo ni alargado, ni sumido ni grueso; frente pequeñísima, pero no tanto que pudiera envidiársela una celosa matrona romana. Bien habría podido el poeta clásico escribir de esta magnífica Mentira: "¡O quanta species!"—sin agregar, ni aun en tono de broma: "Cerebrum non habet". Eso no, porque tras aquella frente vive en casa propia la malicia.

Aquel rostro que nació tan bello, que, al nacer, ya pareció maravilla, resplandece ahora con todos los artificios que realzan la hermosura.

El artificio ha dado á los dientes inmaculados la risa y la sonrisa para mejor ponerlos á la vista; á los labios, que al reir y al sonreir se entreabren, hales dado un ligero toque de inofensivo cinabrio.

Cada mejilla es una flor. Un rubor púdico ha tocado levemente su blancura deslumbradora. Las curvas perfectísimas de las cejas son arcos tendidos para lanzar miradas, que serán saetas, contra los incautos. Y son carcajes bien provistos los bellos ojos, luminosos en su honda negrura.

Los cabellos, sueltos *como en un abandono lleno de promesas*, tiéndense primero en amplias *ondas, se encorvan en* brillantes anillos y luego se entrelazan en bucles sutiles, excitantes, provocadores.

¡Ah! Si tal es esa Mentira, la Verdad pedirá dentro de poco el manto para ocultarse toda á las miradas del sátiro disfrazado de hombre.)

Desaparece la sala inundada de falsa luz; el rayo eléctrico se apaga en el jardín; las flores bórranse en la sombra. Pero en mi cerebro penetra un nuevo rayo.

Yo digo á la petulante Mentira, tan segura de sí misma.

—Ahora estás tú en lo cierto. Apenas el hombre se unió en sociedad con otros hombres, tuvo de tí imperiosa necesidad. La soledad permitióle un día entregarse todo y exclusivamente á lo verdadero. Pero, al ponerse en contacto con sus semejantes, la sinceridad se extravió y pronto al hombre mismo parecióle impertinencia. Y aprendió á ocultar una parte de su pensamiento. Calló algo, reservóse mucho; constreñido á hablar, dijo la mentira; aduló á su prójimo y de la adulación insípida vengóse con la maledicencia feroz.

Cuando el prójimo parecióle empeorado en su mal insidioso, para que el muy ingenuo continuase creyéndose camino de la salud, quiso contentarle, y mintió. Y la piadosa mentira antojósele acrisolada virtud. En verdad, si la primera mentira piadosa hubiese nacido sólo de la misericordia, el mal no habría sido grande; *pero la vanidad floja*, la pasión robusta y aun el mismo falso apetito del vestido y del amor vinieron á ser los hábiles coadjutores de la Mentira; porque, lindas mascaritas, si buscáis bien el fondo de la mentira, en cada una sentiréis vibrar una delicadeza y temblar una gota de llanto.

Ni tampoco es acaso verdad que la Mentira tenga cortas las piernas. Es, por el contrario ciertísimo que todo cuanto constituye la vida en la sociedad galopa á caballo sobre la mentira.

Yo me siento casi tentado de decir á la Verdad: "Tú no podías hacer largo camino en el mundo, de no venir en tu socorro la Mentira. En cada hombre hay un jactancioso. Si á un perfecto imbécil le ha quedado en algún escondrijo de su masa cerebral una sola miaja de ingénita humana malicia, todavía se jacta. Se jactará hasta de su misma imbecilidad. Sin embargo, si se interroga bien, si se registra despacio y explora atentamente su camino, presto echa de ver que cada hombre tiene un secreto altar donde noche y día reza sus plegarias á la adorada Mentira.

"¡Oh, mi pobre, mi pobre Verdad!... Pero no vayas á suponer que no eres amada. Todos los hombres, cada cual á su manera, te aman un poco. ¡Qué digo! Cuando el hombre es más mentiroso es cuando más te ama. ¿Por qué? Porque le eres indispensable. Tampoco él haría largo camino en el mundo si no existieses tú. Si todavía llegara á ocurrírsete salir en busca del bien y de la belleza, sabe que lo mejor que en el mundo encontrarás es la mentira bien vestida, *engalanada de mil* modos; no olvides nunca que, en el banquete de los humanos, el manjar más apetitoso es la mentira aderezada con salsa de verdad."

Dice tal vez el hombre para mejor engañar á su semejante: —"La Verdad es una sola".

¡Oh, esto sí! El rostro eterno que yo busco siempre en lo alto debe ser uno solo. Pero también éste se oculta tras la nube que es acaso su careta, ó se esconde detrás de otra máscara, impenetrable al hombre: el infinito. Y esta es su desventaja.

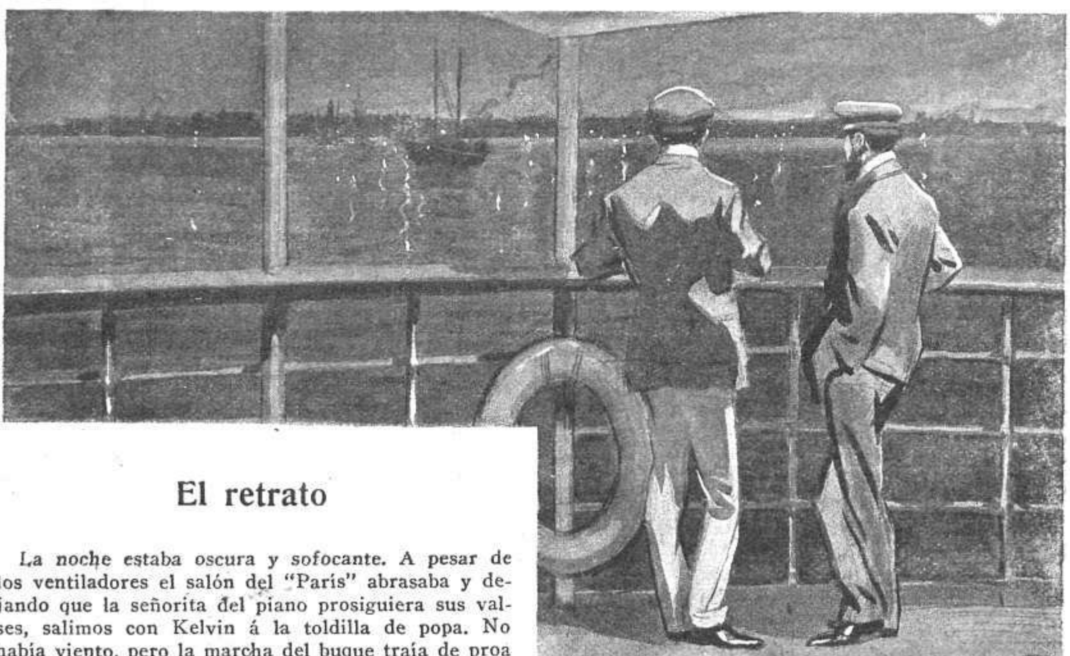
La Mentira, por el contrario, es variada, es amena, es multiforme. Y este es su mérito.

Cuando un Dios engañador quiso observar mejor el bien y el mal, se hizo dos caras. Y dos quizás no le bastaron.

El hombre, buscando en lo alto, al momento encontró su malicia y se la trajo á la tierra. Ocultó su rostro atónito, que nada sabía, tras máscaras diversas, sonrientes unas, llorosas otras; y conoció la piedad y el escarnio. Y fué otro motivo de satisfacción para el humano artificio. Cuando descendió entre los hombres un poco de verdad á decir el bien con la elegía, á morder las carnes vivas con la sátira, y á implorar la verdadera luz, también entonces el engañador, á semejanza de Dios, ocultó su rostro tras una careta, y su voz pareció propiamente que viniese del cielo.

Salvatore **FARINA.**

Dib. de Hohmann.



El retrato

La noche estaba oscura y sofocante. A pesar de los ventiladores el salón del "París" abrasaba y dejando que la señorita del piano prosiguiera sus valses, salimos con Kelvin á la toldilla de popa. No había viento, pero la marcha del buque traía de proa bocanadas de aire. Muy lejos, al Oeste, el destello de Buenos Aires aclaraba el cielo, y de vez en cuando los arcos de la dársena fosforecían aún á flor de agua.

Nos recostamos en la borda. Sin quitar el mentón de la mano, veíamos ahogarse uno á uno los puntos eléctricos. El resplandor lechoso del horizonte se iba hundiendo lentamente, y á la izquierda, en semicírculo, el cielo iluminado de Quilmes y de La Plata se apagaba también.

Había en ese paisaje nocturno vasto teatro de ausencia, fuera de la melancolía inherente al abandono de un lugar cualquiera, que por ese sólo hecho, nos parece ha interesado mucho nuestra vida. Pero cuando se ha charlado dos horas sobre disociación de la materia, y se ha pensado un rato en el actual concepto del éter: *un sólido sin densidad ni peso alguno;* después de ese desvarío mental, los paisajes poéticos adquieren rara fisonomía.

En efecto, yo leía entonces el curioso libro de Le Bon; "La Evolución de la Materia". Había visto en él cosas tan peregrinas como la antedicha definición del éter, y el constante aniquilamiento de la materia que se desmenuza sin cesar con tan espantosa violencia, que sus partículas se proyectan en el espacio con una velocidad de cien mil kilómetros por segundo. Y muchas cosas más.

Le Bon prueba allí, ó pretende probar, que la incesante desmaterialización del radio es general á todos los cuerpos. De donde, millón de siglos más ó menos, la materia volverá á la nada de que ha salido.

Se comprende así que la negra noche, y el último destello sobre el horizonte de las ciudades muertas, nos provocaran ideas concomitantes de inutilidad, aniquilamiento irreparable y tumba en el éter.

Tanto más fácil nos era eso cuanto que Kelvin conocía el libro de Le Bon. Su apellido, desde luego, me había llamado la atención, á mí que salía de Buenos Aires muy intrigado con "La Evolución de la Materia". Lord Kelvin, uno de los más ilustres físicos contemporáneos, es quien en efecto ha dado la extraordinaria definición del éter-sideral é interatómico: "es un sólido elástico, *sin* densidad *ni* peso, que llena todo el espacio".

— ¡Rudyard Kelvin!—había exclamado yo al oir su nombre en la mesa. (La casualidad nos había sentado uno al lado del otro). Permítame la indiscreción: sería usted pariente de Kelvin, el célebre...

— No, señor — me respondió. — Mi familia es inglesa, y aun de la misma ciudad que mi sabio homónimo; pero no tengo parentesco alguno con él.

Supe así que mi nuevo conocido, educado en Inglaterra, vivía en Buenos Aires desde diez meses atrás. Pero en el transcurso de nuestra charla científica me cupo saber otras cosas.

Entre los más curiosos experimentos de Le Bon, me había interesado — acaso en mi condición de antiguo aficionado á fotografías — el hecho de que un cuerpo expuesto un momento al sol, y colocado en plena oscuridad sobre una placa sensible, la impresiona. Aun más: si se interpone un grueso papel negro entre el objeto y la placa, la reproducción fotográfica es igualmente nítida.

Recordé el fenómeno, agregando que sentía no trabajar más en eso, pues me hubiera agradado constatarlo.

— Y lo hubiera constatado — respondió Kelvin — es perfectamente fácil.

— Sin embargo...

— Sí, ya sé lo que va usted á decir: no es regular el fenómeno, no siempre se produce. A mí...

Y se calló.

— ¿Qué? — pregunté.

— Nada — repuso brevemente cambiando de postura. Tengo recuerdos no alegres de esas cosas.

Lo miré entonces con curiosa indiscreción. Seguramente Kelvin dominaba el asunto.

— Pero usted ha investigado mucho en eso — insistí.

— Mucho. Hasta hace seis meses... Realmente hace mucho calor; tal vez se levante temporal.

Era muy posible que el temporal se levantara; pero era también evidente que mi interlocutor había sido tocado en lo vivo por esos asuntos. ¿Qué relación podía haber entre tal gran pena y un mísero cuerpo asoleado? No me era ciertamente sencilla la solución, y aun mi curiosidad no fué grande. De modo que en el transcurso del viaje, y durante la charla posterior, no me acordé más de Le Bon, ma-

teria disociada y lord Kelvin. Nos separamos al día siguiente al desembarcar en Montevideo.

Pero á pesar de todo, la impresión de aquel incidente debe de haber sido duradera en mí, porque un mes más tarde, y de nuevo en Buenos Aires, me mostré muy curioso al hallar á una persona que conocía un poco á Rudyard Kelvin. Supe que mi amigo de una noche había investigado hondamente lo que llamaríamos magia negra de la luz: rayos catódicos, rayos X, rayos ultravioleta y demás. Por otra parte, Kelvin había perdido á su novia dos años antes.

Como en otra ocasión, no pude hilvanar lógicamente la muerte de su prometida con la radioactividad de una piedra asoleada. Hasta que cuatro meses después la casualidad nos reunía de nuevo á bordo del "París", esta vez de regreso de Montevideo.

Lo vi cuando concluíamos de comer, é iguales circunstancias de depresión y calor sofocante nos reunieron otra vez en la toldilla. Igual negra calma silenciosa, é igual vasto panorama de ausencia en esa nocturna huida en vapor. Montevideo aclaraba también el cielo sobre el horizonte, y la melancolía de otro momento tornaba á recostarme en la borda.

Y supe la historia. No sé si inspiré á Kelvin esa confianza ciega que suele arrancarnos de golpe un individuo al que apenas conocemos, por un detalle cualquiera, el modo de mirar, la manera de cerrar los labios, la brevedad de una respuesta. Acaso haya influído también el te ó wiskhy que en la raza inglesa remedia á tan alto grado la depresión atmosférica. Su tensión sentimental puede haberlo justificado. De todos modos Rudyard Kelvin me hizo el honor de contarme esta extraña historia:

—"¿Usted quedó intrigado la primera vez, con los fenómenos de fotografía de que hablamos, no es cierto? Y sobre todo porque le había hecho entrever un drama en todo eso, ¿no es verdad también? ¡Sí, sí! Usted quiere saber por qué y cómo la placa sensible... Oígame: Yo habitaba entonces en Epsom, y desde que había llegado de Londres vivía huroneando sombríamente entre bobinas, pantallas de sulfuro y espectroscopios. Creo haber sido de los primeros en observar el fenómeno de emisión de rayos especiales en los cuerpos asoleados. Pasé días enteros en la oscuridad impresionando placas, sin otro resultado que constatar la irregularidad del fenómeno, como le dije la otra vez. Le Bon abandonó por igual motivo.

No era eso sólo. Vea, aquí entre los dedos... ¿ve? Sí, tuve tres meses los dedos ulcerados... Son los rayos X. Después, una tarde... ¿No le he dicho nada aun? Yo tenía una novia... Edith. En fin... Usted sabe como se quiere á la novia, ¿no es eso?

Una tarde el automóvil volcó. Se rompió las dos piernas, justamente las dos piernas, los dos muslos por el medio... Pasé tres días como un loco, llorando rabiosamente sobre mis puños. Al principio hubo esperanza; después sobrevinieron las cosas de siempre, falta de reacción, arterias, ¡qué sé yo! Lo que le puedo asegurar es que me enloquecía verla... Y fíjese: ¡los dos muslos rotos! Muriéndose y mirándome sin cesar... la novia de uno, ¿no es verdad?



Luego... No, me separaba casi un momento de su lado... Y no me miraba sino á mí... No podía hablar. Pero esa mirada dilatada, fija siempre en mí, sin ver á sus padres, ni á sus hermanos, ni á nadie... ¿Usted comprende?

Al morir habló.

—¡Rudyard! —me dijo— quiero morir sola contigo...

Los padres estaban allí, y los hermanos... Y no apartaba sus ojos de mí...

—¡Rudyard! —repitió— que nos dejen solos... quiero morir contigo...

¡Su voz, ronca!... Usted ha oído esa ronquera de la voz cuando se muere, y nos llaman pesadamente, insistentemente con esa voz...

—¡Rudyard! morir contigo...

¡Ah! Y nadie más existía fuera de mí... Se fueron todos, y quedé con ella, en mis brazos...

Bueno; ya le he dicho como murió. Entonces lisa, cabal y llanamente decidí matarme. Pero eso se ve, ¿no es cierto? se ve en seguida en la cara de uno. El padre me recordó que yo, antes que todo, era hombre. ¡Sí, lo sé! ¿Pero que haría sin ella?

—Júreme que resistirá siete días —me dijo.

Se lo prometí. Pasados los siete días había halla-

do fuerzas para continuar. Me encerré en el laboratorio, y trabajé — ¡no sé como al principio! — y fué entonces cuando obtuve su retrato.

Había vuelto á la impresión de placas á través de un obstáculo, por medio de cuerpos asoleados. Una mañana caí en la cuenta de que el ojo humano podría perfectamente, como un cuerpo cualquiera, impresionar la gelatina. Pero como su interior ha sido herido por la luz, y hay allí una lente biconvexa... ¿Usted comprende? En seguida abrí la ventana, miré largo rato fijamente la pared del corredor, y encerrado de nuevo en la oscuridad, me puse de codos sobre una placa sensible. No me moví durante cinco minutos. Revelé, y muy lentamente apareció la pared blanca del corredor y la mancha oscura del cuadro en el medio, un paisaje de caza...

Pero completamente fuera de foco... Ni el iris ni el cristalino podían ajustarse en la oscuridad. Recurrí á la luz roja, y entonces el resultado fué preciso... Pero en esos días leí que en Estados Unidos el experimento se había hecho ya.

¡Y qué días esos, sin embargo! Cuando volvía bruscamente en mí... Usted sabe, esa sensación de súbita pesadilla... ¡Ya no vivía más! ¡Nunca, nunca más la vería!...

Bueno; no sé ni le podría decir por qué se me ocurrió ese absurdo... Fíjese: dispuse una placa sensible, y durante media hora tuve mis ojos en ella, pensando en Edith con cuanto desesperado amor me desbordaba del alma. La veía allí, me miraba, la mirada de amor que se recuerda sobre todas las cosas, ¿verdad? Fíjese en esto: al revelar la placa apareció su imagen... Usted ve, me temblaban las manos... ¡La veía! ¡A ella! Me miraba sonriendo apenas, como siempre que nos mirábamos de cerca...

Era un perfecto retrato. Fijé é imprimí volando. ¡Era ella misma! ¡Qué locura de dolor!... La besé... ¿no es cierto?... No sé como no me maté esa vez.

En fin, durante un mes, dos meses, obtuve todos los días su retrato. Luego, cada tres ó cuatro. Una tarde entré en el laboratorio, después de quince días de abandono, y repetí el experimento.

La vi, era ella siempre, siempre mirándome... pero sobre el rostro había un velo blanquecino que en vano traté de corregir. Los ojos, sobre todo; un velo pálido que nublaba su mirada. Un mes después — ¡solamente un mes después! — me acordé de nuevo de verla... Dispuse la placa, la miré más largamente que antes, y la vi muerta. Estaba muerta, ¿usted comprende? ¡Los ojos cerrados, hundidos, la boca entreabierta, muerta completamente!

Y entonces, sólo entonces comprendí que ya había dejado de quererla."

Kelvin calló, y recostándose en la borda, fijó los ojos en el cielo de Montevideo que un lechoso destello aclaraba aún.

Por mi parte, confieso que había olvidado el aspecto científico del fenómeno.

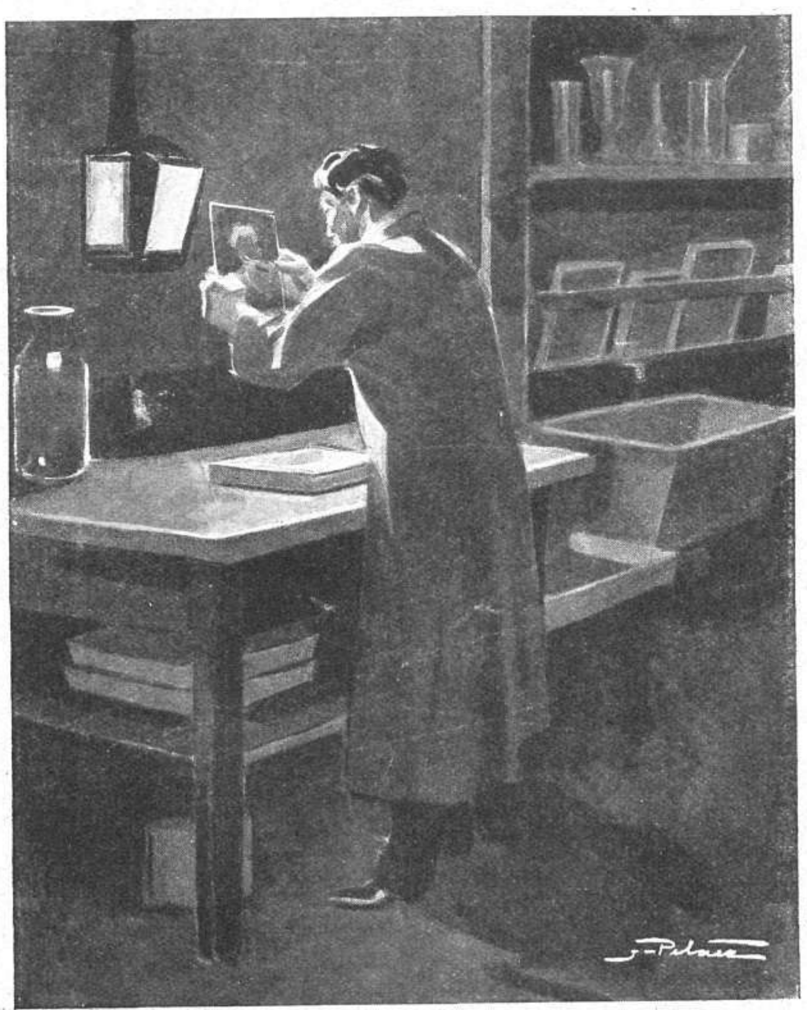
— A pesar de todo — le dije al rato — me parece que usted ha vuelto á quererla.

No me respondió.

— Yo, en su lugar, repetiría el experimento — continué.

Esta vez se volvió, sentándose de nuevo con una sacudida de hombros.

— ¿Para qué — repuso. — Hace seis meses lo repetí. Estaba á mi lado un muchacho de casa que



me arreglaba el laboratorio. El chico me preguntó qué iba á hacer; le dije que miraría fijamente... Revelé, y su imagen, la de Edith, apareció nítida sonriente, radiante de vida... *pero con los ojos dirigidos al muchacho*... Este la había visto dos ó tres veces apenas, y seguramente había mirado como yo... Y bastaba á revivirla... El ínfimo cariño que pudiera haberle tenido á ella la revivía...

¿Qué quiere usted que yo haga después de eso?

Horacio **QUIROGA.**

Dib. de Peláez.

Artistas y Cometas

(De una libreta de viajes)

En Milán,
mayo 1910.



Ha llegado la noche del cometa Halley. Las calles, las plazas, los cafés, las puertas de los teatros, todos los sitios públicos donde se reune gente, denotan una agitación anormal en la enorme Milán. La Galería, con su prolongación á las aceras y plaza del Duomo, es un hervidero, en que los transeuntes se codean y atropellan, hablan á gritos, pasan con todas las figuras, cantando y riendo, hombres y mujeres, familias enteras, cargados de paquetes, como en víspera de grandes fiestas populares ó en la iniciación del más bullicioso carnaval.

En todas las conversaciones y sobre todos los ruidos suena la palabra mágica: "¡El Cometa! ¡Llega el Cometa!"

Y los milaneses se preparan á recibirlo dignamente, como ciertos humoristas mundanos reciben lo mismo las catástrofes que las victorias: en torno de una mesa bien servida. Por nada pierden ellos su filosofía práctica, que, aunque algo epicúrea, es sana. De modo que esta noche, bajo la amenaza de una muerte fulminante, la ciudad de Milán tiende sus mejores manteles, prepara su arroz especial, corta las más soberbias coteletas, de esas que cubren la fuente hasta el borde, y en todos los hogares hierve la tradicional busecа. Cada casa es un restaurant y los tenedores, en rumbo de la boca, se alzan al cielo como si quisieran operar sobre la misma cola del Cometa.

Este programa de morir comiendo, no puede ni debe ser alterado por los extranjeros que en momento tan singular recibimos la hospitalidad milanesa. Acatándolo, pues, he invitado para la despedida, en nuestro hotel, á varios uruguayos, que estoy seguro no han vaci'ado en sacrificar tan patrióticamente estas últimas horas de su vida.

Nuestra mesa ha sido instalada fuera del radio común, como para un exterminio en petit comité, justamente en la misma sala donde murió el maestro Verdi, — según lo recuerda una placa de mármol adherida al muro, — uniendo así el sentimiento de la tragedia á los recuerdos del arte y de la gloria; y como afirman que el Cometa ha de estallar por el lado de los Alpes, están bien abiertos los balcones en esa dirección, cosa que de todas maneras se hubiera ordenado para combatir el calor asfixiante de esta noche singular.

Florencio Sánchez, muy circunspecto, en traje correctísimo, parece el más meticuloso de los concurrentes, con una cuidada actitud de muchacho travieso, en goce de indulto y sin la seguridad de no recaer en las travesuras. Lo observo de reojo, y aunque sé que él conoce el cariño y la estimación que le tengo, me desentiendo de su personalidad, afectando no darle importancia, y recojo en cambio, con interés, los diálogos que, en voz baja, sostiene con otros, allá en el extremo de la mesa. Habla de sus viajes, de sus estudios, de sus proyectos.

Tiene el plan de varias obras dramáticas; algunas en preparación. Ha aprovechado su pasaje por Monte Carlo para extraer la trama de una pieza sociológica, de cuyo éxito no duda.

— ¿Cuánto perdió en Monte Carlo, Florencio? — le pregunta un cónsul.

— ¡Oh! — exclama él con su risa contenida y echando malicia por sus plácidos ojos. — Ni el color podía perder, pues llegué como un libro en blanco.

Y en seguida elogió la organización de aquel Casino. Gente seria y moral, sin excluir al príncipe de Mónaco. ¡Las vueltas que habían dado, agregaba, para identificar su persona y permitirle la entrada!, aunque siempre le quedó la duda de que hubieran procedido así por encontrarle aspecto de suicida.

Se oye un estampido, y al mismo tiempo una intensa claridad ilumina el firmamento hacia el norte. Emoción, interrogaciones, preparativos de síncopes, hasta que un buen garçon anuncia que son las primeras bombas de una fiesta en la plaza del Castillo. ¡Todavía asustan los Sforza!

Hablando del Cometa ó de la muerte que se aproxima, dijo uno de los comensales, adorador del Duomo, que esa tarde se había despedido tiernamente de aquella maravilla gótica, y, como nadie lo creyera, agregó que, al regresar, había visto á la más linda mujer de Milán frente á la estatua de Leonardo, y que, si le hubieran obligado á fallar entre la belleza inerte y el arte vivo, hubiera dado preferencia á lo frágil sobre lo imperecedero; nadie lo puso en duda. Una señora, dando pruebas de presencia de ánimo, declaró que había empleado la tarde en examinar los últimos modelos de Mme Finzi, noticia notoriamente grave para un marido que no cree en cometas, pero que muchas veces ha visto todo el sistema planetario en la aritmética de las modistas.

Estábamos en los postres y Sánchez se había ganado ya las simpatías con esa dulce exteriori-

dad, que ni las más rudas asperezas de la bohemia han podido modificar. Viéndole pálido, descarnado, con su pecho hundido, se le interrogó sobre la *salud* y su *sistema* de vida.

Florencio estira los labios, frunce su rostro de muchacho viejo y después de un ¡pesch! como un chasquido, que lo mismo puede ser de protesta que de conformidad, declara humildemente que ahora, á causa del cometa, se está acostando un poco tarde, pues, acompañado de otros catecúmenos, pasa las noches en observación astronómica.

Alguien quiso saber donde habían instalado el observatorio, y Florencio, siempre suave y modesto, agregó:

—Hemos hecho el servicio desde el Café Biffi, en la Galería.

Anuncian la llegada del tenor X. Es otro joven uruguayo, de vocación artística. Ha obtenido algunos triunfos en el escenario lírico y aspira á una consagración en la Scala. Vemos la contraposición física de Sánchez. Alto, de anchas espaldas, pecho saliente y voluminosa garganta, nuestro tenor tiene la corpulencia de Tamagno. Hasta se le parece en la actitud gallarda y en los tirones de puños cuando ataca las notas agudas.

Este joven gigantesco viene de cantar en Catania, Siracusa y Palermo, donde ha cosechado, según Sánchez, laureles verdaderos, y como es inteligente, nos habla con elocuencia, —en un español algo italianizado, —de aquella hermosa Sicilia, cuyos encantos también nosotros conocemos. ¡Cuando se canta en esas costas del mar Jónico, sólo se corre el riesgo de que las notas largas de un calderón efectista, se conviertan en trémulo ó pizzicato en razón de algún inesperado temblor de tierra!

El dramaturgo ha querido que oigamos al tenor y pasamos á oirlo.

Suena el piano y el cantante se inicia con la terrible despedida de Otello. Posee una voz colosal, de timbre lleno y puro, con amplias vibraciones metálicas. Cuando llega al "*do*", la vibración no cabe en la habitación pequeña; pestañean las lámparas eléctricas y la cristalería se estremece en los armarios; y Sánchez, metido en un ángulo de la pieza detrás del piano, se arquea en convulsiones expresivas, gozando de nuestro asombro y como diciendo: "Aquí lo quiero ver al cometa!"

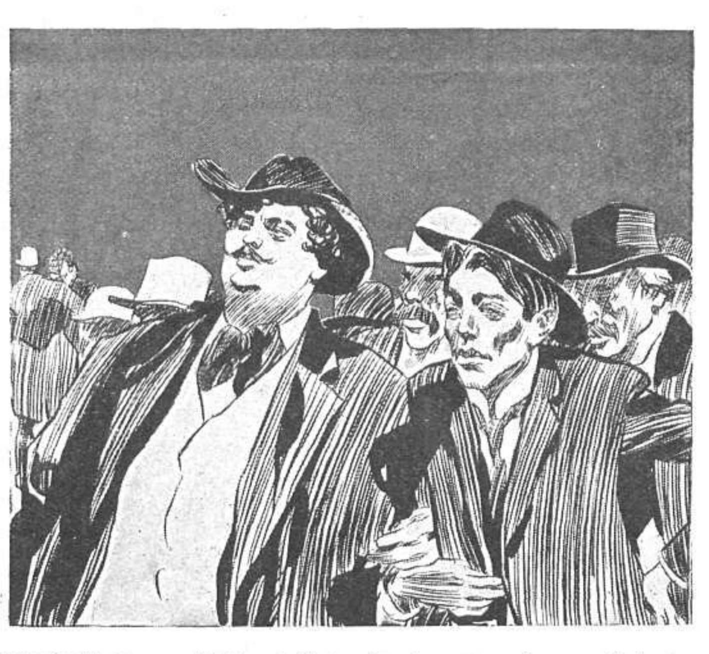
Efectivamente; el alto pecho del tenor es una caja rebosante de "*dos*" sobre el pentágrama; pero es lástima, también, que tan gran voz no haya sido sometida, todavía, al verdadero dominio del arte.

De pronto traen una guitarra, preludian un estilo uruguayo y el tenor lo entona dulcemente, demostrando que su voz se ajusta á todas las modulaciones y registros; pero apenas se apasiona un poco, la nota melodiosa da un resbalón y cae en las fuertes vibraciones, semejantes á un hilo de agua que viniera susurrando de la altura y, al pasar por misteriosas gargantas, saliera transformado en ruidoso torrente.

Luego los artistas hacen sus confidencias. El tenor ha debido luchar como un león para despejar oposiciones y conquistar sitio conveniente. Sánchez, aunque ayudado por el gobierno de su país, ha pasado por idénticas dificultades, en una constante brega con traductores, actores, émulos y empresarios. Uno de éstos le retiene indebidamente los originales de una de sus obras. Y Florencio sella la queja con una contracción habitual de su rostro, que es un gesto á la vez amargo é irónico.

Mientras el tenor se lamenta, el dramaturgo lo ampara con su mirada cariñosa y risueña; y mientras el dramaturgo refiere las injusticias que lo rodean el tenor levanta su brazo atlético y cierra el puño, como una maza, en actitud de aplastar á los invisibles enemigos.

Como el cometa no llega y mañana debemos seguir viaje á Turín, se da por clausurada la sesión



artística, tributando sinceros aplausos al tenor, en tanto que Sánchez me presenta sus excusas por no acompañarme á visitar la bella cuna del Conde Verde. Explica sus razones. Allí cerca, á orilla de uno de los lagos, tiene un amigo, —italiano muy ricacho que hizo fortuna en Buenos Aires, —y que como siempre, va á realizar sus fiestas mayas, durante nueve días, debiendo ser más espléndidas este año, en razón del Centenario. Para sus fiestas aquel señor invita preferentemente á los argentinos ó río-platenses, pues, según Sánchez, no anda bien con sus compatriotas de la comarca, que no le perdonan el haberse enriquecido, y que, sintiéndose humillados ante su chalet, sus automóviles, su vaporcito del lago y demás lujos, le recuerdan á cada instante su oficio de origen, le ponen motes y hasta le obstruyen las avenidas del chateau. Y Sánchez agrega al oído:

—Siendo obligación sacrificarse por los amigos, me voy al novenario de los tallarines.

. . . .

Cuando el tren parte de la estación de Milán, dirigimos por las ventanillas nuestros últimos saludos á los amigos que quedan. Algo separados del grupo, veo al dramaturgo y al tenor; éste, erguido como una columna romana, agitando su chambergo gris, y Sánchez, inclinado con la curva característica de su silueta, señalándome, de soslayo, con su mano descarnada, las nubes errantes, no sé si para recordarme las bromas del cometa ó para indicarme un símbolo ocasional de su destino.

Antonio **BACHINI**.

Dib. de Zavattaro.

La hija



Al bajar del Sur-Exprés en la estación del Norte de Madrid don Bruno Rendueles, dueño de un "registro ropería" en la ciudad de Tucumán, olvidó por un instante las preocupaciones que le habían acompañado durante el camino. ¡Madrid!... Un buen número de años que no lo veía: algo así como quince ó diez y seis. Esta era la cifra exacta: diez y seis. Un año antes del nacimiento de la niña: y su hija tenía quince.

A través del frontispicio de cristales de la estación vió la empinada cuesta de San Vicente y en lo alto la blanca mole del Palacio Real. Lo mismo que en el último viaje. ¡Cómo si no hubiese transcurrido un día!... ¡Con las cosas que él había visto derribarse y surgir en todo este tiempo!

Extrajo un pañuelo de un bolsillo de su gabán, se frotó con energía la frente y giró la vista en torno. Nadie pudo fijarse en esta maniobra un tanto afectada á excepción de un guardia civil que miró fijamente al viajero, pero con una fijeza sin interés, por puro hábito escrutador. Don Bruno despreció al guerrero de la ley que estaba allí de plantón y otra vez se frotó la cara con el pañuelo. ¡Nada!... El andén estaba casi desierto. Los viajeros, precedidos por los mozos de la estación, casi invisibles bajo sus cargas como montones andantes de valijas, y perseguidos por el rodar de carretones y cofres, corrían á las puertas de salida dando apretones de manos y defendiéndose de los abrazos de los parientes. Las dos de la tarde, y muchos no habían almorzado.

Rendueles se frotó la cara por tercera vez haciendo ondear el pañuelo como una bandera. Indudablemente podía estar hasta la noche plantado junto al vagón con el blanco lenzuelo flotando ante su rostro sin que nadie se acercase á él. Tal vez fuera de la estación le estaban esperando.

— Vamos, mi hijo, eche adelante no más—dijo al mozo que se había apoderado de su equipaje de mano.

El cargador pareció fijarse en el acento del viajero y sonrió á éste con amistosa familiaridad.

— El señor es sin duda de lo que llaman las Américas.

— No; soy español, pero vengo de Buenos Aires.

Avanzó unos pasos más el mocetón con una maleta al hombro y una valija en cada mano.

— Yo tengo un hermano allá: un muchacho pelirrojo, bien plantao y mu trabajador. En mi aldea lo conocían todos. Tal vez el señor lo haya tropezado más de una vez. Debe vivir cerca de Buenos Aires, en un sitio que le llaman Méjico.

— No, no lo he visto — dijo Rendueles concisamente.

Y el cargador siguió adelante algo decepcionado por esta ignorancia.

Al salir de la estación detuvóse don Bruno entre los comisionistas de hoteles, cocheros y pupileros que se arremolinaban en torno de los recién llegados. Hizo colocar su equipaje en el automóvil del hotel de París pero quedó de pie al borde de la acera mirando á todos lados, y frotándose otra vez con el pañuelo la frente sudorosa como si tuviese algo en ella que no podía borrar. Estos movimientos cada vez más extremados acabaron por atraer la atención de dos hombres envueltos en la clásica capa, tranquilos burgueses de Madrid que se aproximaron á él, sonriendo.

— ¡Al fin! — dijo don Bruno con impaciencia.— Creí que no iban ustedes á llegar nunca. ¿Cómo les va?... ¿Vienen ustedes de parte del padre Ignacio?... Yo soy don Bruno, el que ustedes esperan: don Bruno Rendueles el de la Argentina... Pero vamos por orden: muéstrenme ustedes la contraseña.

Uno de los dos hombres que parecía ejercer sobre su compañero la influencia de un superior, se aproximó aún más á don Bruno.

— No puedo mostrarle contraseña alguna — dijo en voz baja al mismo tiempo que miraba al viajero con simpática conmiseración — pero esto no impedirá, creo yo, que me admita por compañero. Necesita usted quien le guíe en Madrid.

Rendueles echó un pie atrás como si se pusiera en guardia. ¿Conque no traían la contraseña ni eran amigos del padre Ignacio y venían en busca suya?... Luego sonrió con malicia agresiva. Sin duda le habían tomado por algún extranjero: no, él era español y conocía la gentecita que sale al encuentro de los viajeros para engañarles con malos cuentos. Nada tenían que hablar: cada uno á su camino y ¡hasta nunca!

—No, señor,—insistió bondadosamente el de la capa. —No podemos separarnos así. Mi compañero y yo somos todo lo contrario de lo que usted se imagina. Yo soy el comisario de policía encargado de vigilar esta estación y el señor uno de mis agentes. Hace cerca de un mes que tenemos la orden de esperarle. Antes que nos diera su nombre ya le había yo adivinado por el juego del pañuelo.

¡La policía! Quedó por un momento estupefacto el buen don Bruno. ¡La policía, á él, que jamás había gustado de su trato, ni aun en los tiempos que corría los solitarios campos argentinos!... Luego se rehizo con la impetuosidad agresiva característica de la raza, estallando en ofensivas protestas. ¡País de arbitrariedad y de malos gobiernos! Volvía uno á él, tras larga ausencia, y lo primero que se tropezaba era con un atropello. Por algo le llamaban la patria de la Inquisición y los diarios hablaban de esta tierra lo que hablaban. El, don Bruno Rendueles, un comerciante honrado que gozaba del prestigio de una firma, limpia como el sol, en la plaza de Buenos Aires, que había sido del directorio de un banco y presidente de una sociedad de beneficencia, verse detenido lo mismo que un malhechor al poner los

pies en su patria. *¡Cosa bárbara!* Y seguía amontonando improperios á costa del país, con una facilidad puramente española.

—¡Pero usted no está detenido, don Bruno! Yo sólo tengo el encargo de ponerme á sus órdenes si me necesita para algo, de averiguar en qué hotel se hospeda, y de rogarle que hoy ó cuando lo tengas á bien venga conmigo á visitar al juez que desea verle... No se alarme usted: una conversación de amigos. Tal vez sea de gran interés para sus asuntos.

Rendueles fué tranquilizándose con estas y otras explicaciones y acabó por montar en el automóvil del hotel. Podía el comisario ir en su busca aquella misma tarde, y verían al juez.

Antes de partir el vehículo pareció humanizarse, y su ceño se desvaneció.

— Pero usted comisario ¿no conoce el padre Ignacio?...

— No se quien es—contestó sonriendo—y tal vez se alegraría usted de poder decir otro tanto.

— Entonces — continuó Rendueles con tristeza— tampoco conocerá á mi niña, á mi Lolita, una criatura ideal que vive con el bueno del padre.

El comisario levantó los hombros y siguió sonriendo, bondadoso y excéptico.

———

Se irguió sobre los papeles la calva frente del juez al entrar don Bruno en el despacho, y sus lentes de empañada luz sintiéronse atraídos por la fosforescencia de una gran perla que ornaba la corbata del *indiano,* el relampagueo temblón de una de sus sortijas y el esplendor de una gruesa cadena de oro.

Rendueles iba vestido de negro y con todas sus preseas para esta visita importante.

Ponía el gesto fosco para demostrar que aun le duraba el enfado por "el arbitrario atropello"; pero al mismo tiempo sentíase agitado interiormente con la angustia indefinible del que se halla junto á un misterio.

Tomó asiento con la altiva dignidad de un personaje desacatado que se prepara á escuchar explicaciones, pero antes de que se le dieran fué él quien habló.

—No sé para que he sido llamado, señor juez, pero quiero hacer constar que jamás tuve que ver nada con la justicia.

Permítame que recuerde un poco mi historia. Soy de una provincia del Norte y salí para América hace muchos años ¡muchos! como se salía entonces; en buque de vela, navegando meses y meses, con galleta agusanada y poca, y agua á ración. Los chicos que emigran ahora hacen el viaje en quince días y comen carne y hasta beben vino. Aquellos tiempos eran otros.

Usted, señor juez, sabe indudablemente lo que es Buenos Aires: una gran ciudad, caballero; casi un París; pero había que verla en mis primeros tiempos cuando llegué á ella sin otro capital que mis trece años, una boina, dos pantalones, uno encima del otro, y una carta para unos parientes. Se desembarcaba en carreta: las calles eran á modo de barrancos, y hasta los mendigos iban á caballo. Yo empecé de *cadete* en una tienda de trapos de la calle Victoria. Aquellos eran los tiempos heroicos del comercio *gallego,* porque allá, señor, todos somos gallegos aunque jamás hayamos visto Galicia. Dormíamos sobre el mostrador teniendo por almohada una pieza de percal: la suprema ambición era llegar á habilitado de la casa: el único esparcimiento acordarme de los centavos y pesos ahorrados, é ir al teatro una vez al año cuando los cómicos españoles representaban *Flor de un día.* Admirábamos al principal, héroe inimitable en el manejo de la vara de medir, y de él aprendíamos el arte de engañar al parroquiano indio sempiterno ratero á cuyo alcance poníamos vistosos pañuelos para que pagase después la cuenta sin examinarla, con la alegre emoción de habernos robado algo.

Pero no quiero cansarle, señor juez. Abreviaré mi relato. Fuí adelantando en mi carrera, me establecí en el campo, hice alguna plata, trafiqué en tierras gane mucha más, corrí media República en los tiempos en que no existían puentes ni caminos, cuando diligencias y carretas habían de arrostrar los peligros de los ríos desbordados y los malones de indios... y hoy soy rico y puedo darme todos los gustos, aunque en verdad apenas siento deseos. ¡He trabajado tanto!... Un día, señor juez...

Rendueles se detuvo unos instantes como para concentrar su pensamiento. Había llegado á la parte de su relato que consideraba más interesante.

—Un día, señor juez (hace de esto como unos cinco años), recibí una carta de España allá en mis tierras de Tucumán. Me olvidé decirle que yo soy casado con una criolla, doña Delfina, mujer excelente que se unió á mí cuando yo no era más que un *gallego* con esperanzas.

A mi lado ha batallado en las horas de estrechez y luego al llegar la riqueza ha sabido sobrellevarla con gran señorío, como si en toda su vida hubiese conocido otra cosa. Junto con esto una gran modestia: ni siquiera ha sentido curiosidad por conocer Europa dejándome partir solo tantas veces como he querido volver á esta parte del mundo. "Andáte, che, á tu tierra, y divertite vos, que á mí me gusta la mía y si me sacan de ella me muero". Además doña Delfina ama sus comodidades y á duras penas he conseguido en muchos años llevarla una vez á Buenos Aires. Ha ido engruesando así como aumentaba yo mi plata, y hay que verla ahora, majestuosa como una reina, en un sillón de junco, allá en el jardín de nuestra estancia, con sus lentes de doctor, leyendo las novelas que traen los periódicos... ¿Pero en dónde estabámos señor

juez?... Ah, sí: ya recuerdo.

Digo que un día, hace cinco años, recibí una carta de Madrid. Iba firmada por el cura párroco de San Nicolás.

El juez se incorporó en su asiento.

— Perdone usted: no existe tal parroquia.

— Entonces era de San Andrés. Sí, ahora recuerdo mejor... San Andrés.

— Tampoco existe — insistió el magistrado.

— Pues sería de otro nombre—eso no hace el caso—afirmó don Bruno algo amostazado por las *objeciones* del juez. —Digo que recibí una carta de un sacerdote de Madrid y que su lectura me dejó preocupado por mucho tiempo. Era breve; y poco más ó menos decía así: "Si usted es un don Bruno Rendueles residente en la Argentina y que hace once años estuvo de *paso* en Madrid sírvase decírmelo, pues tengo que comunicarle noticias de mucha importancia".



Yo soy hombre de poca lectura señor juez, pero mi Delfina me cuenta los argumentos de las novelas que lleva entre manos y establecí inmediatamente una relación entre la carta del cura y los sucesos maravillosos que se desarrollan en los libros de mi mujer. La carta encerraba misterio. ¡Para que un señor cura respetable *me escribiese en aquel tono* tan grave!... Hasta indicaba algo de secreto de *confesión que le impedía hablar con* claridad mientras no tuviese la certeza de que yo era el Rendueles que buscaba.

Confieso que tuve un momento de incredulidad. ¡Qué se propondría aquel buen señor con tales tapujos! ¡A dónde quería ir á parar! En América la vida de negocios nos hace desconfiados y no es fácil engañarnos, por más que preparen bien lo que llaman allá "el cuento del tío"... Pero no tardé en desechar estos malos pensamientos. ¡Un señor sacerdote que no me pedía nada! Me arrepentí de mi vergonzosa *incredulidad* y *contesté* la carta. "Sí, señor; yo soy ese Rendueles que estuvo en Madrid hace *años*. La fecha no la recuerdo bien: yo creía que iban transcurridos doce pero cuando usted dice que son once así debe ser".

Unos dos meses tardó en llegar la segunda carta del cura. En este tiempo me acordé muchas veces de él y ansiaba la respuesta. ¿Si se habría muerto el respetable viejo?... ¡Ay! me anunciaba el corazón que algo muy importante iba á alterar la monotonía de mi vida.

Llegó la esperada carta del *virtuoso señor, un* sinnúmero de carillas de letra menuda con otro papel *muy sellado y rubricado*, que era un *testimonio* de bautismo.

Podía entonces haberme acordado de las novelas de doña Delfina, pero la realidad, la terrible realidad, señor juez, no se presta á comparaciones con lo que pasa en los libros.

El cura don Ignacio me decía en su carta que ya que tras muchos años de averiguaciones y buscas lograba encontrarme, creía llegado el momento de hacer una revelación propia de su ministerio. Una noche había sido llamado á confesar á una pobre moribunda en una bubardilla. ¡Miseria por todas partes! La agonizante tendida en un jergon; la pieza *sin muebles*; un macilento candil próximo á apagarse con las ráfagas frías que entraban por los cristales rotos; en un rincón una niña de cuatro años famélica y llorosa á la que intentaba consolar una vecina. La moribunda se confesó con gran contrición. Había sido una mundana de cierto renombre, pero una enfermedad la había hecho caer en la miseria. Arrepentíase de los escándalos pasados y sólo sentía morir por su pobre niña, la infeliz Lolita, que iba á quedar en el mayor desamparo. Luego le reveló al cura la historia de la pequeña. Era hija del azar; el resultado de unas breves relaciones con un señor de paso en Madrid. Recordaba aún su nombre y que vivía en una ciudad de América. Sólo le había visto dos ó tres veces, ¡pero había sido tan bueno para ella, ¡Cómo olvidarle!... Y aquel hombre, señor: aquel hombre...

— Era usted — dijo el juez que escuchaba impasible á Rendueles, sin interés alguno, como si conociese *anticipadamente su relato*.

— Sí: yo mismo... Confieso que mi incredulidad rechazó la carta. "Si no puede ser. Si yo no recuerdo haber conocido á esa pobre muchacha". Y cada vez que volvía á leerla repetía lo mismo. "No puede ser: no puede ser. ¡Si conoceré yo mis asuntos!"... Así pasé muchos días hasta que me dije: "Vamos á cuentas, Bruno, hagamos un examen de conciencia. ¿Por qué no puede ser? ¿Llevaste aquella vez en Madrid una vida ejemplar?"...

No, señor juez. El hombre es débil y yo tratándose de *amoríos* no he tenido pizca de fuerza para resistir á la tentación. Los únicos disgustos que ha tenido en su vida doña Delfina fueron por esto. De joven, cuando puse el "registro ropería", afirmaba ella que íbamos á arruinarnos por las cintas y retazos que daba de yapa á todas las buenas mozas clientas del establecimiento. Aun ahora me cree tentado por el amor en todos los momentos y se venga sacando á colación mis años y mis canas.

Volvamos al asunto. "¿Por qué no?" me decía... Habrá usted notado, señor juez, que los hombres por más que protestemos cuando nos cuelgan una aventura amorosa, lo hacemos de dientes afuera. En el fon*do nos halaga la suposición. Somos más crédulos* y simples en esto del amor que las mujeres. Cuando se le dice á una mujer que se la ama, siempre duda y tarda en creerlo. A un hombre basta que una boca bonita le diga "te quiero" para que lo acepte como la cosa más natural. Por esto las mujeres conquistan más fácilmente á los hombres que los hombres á las mujeres.

¿Pero adónde voy á parar con todo esto?... Estábamos en que á fuerza de muchas reflexiones acabé por acordarme de cierta muchacha que había cono-

cido en uno de mis viajes á Europa. Yo creía que el conocimiento había sido en otra parte. ¡Se arma tal confusión en los recuerdos cuando se ha viajado y van transcurridos algunos años! Pero no: las revelaciones del cura fijaron mis pensamientos. Debía ser en Madrid. Aquella pobre muchacha tristona y un tanto romántica á la que sólo vi unas cuantas veces era la madre indudablemente de la niña. ¡Y la infeliz había muerto en la indigencia, sin que yo, miserable de mí, pudiese enviarla unos pesos!...

El virtuoso don Ignacio se había encargado de la educación de la niña confiándola al cuidado de una familia cristiana. ¡Pobre señor! Lo veo sin haberlo visto nunca: lleva la sotana raída, los zapatos rotos, y se priva de todo para socorrer miserias ajenas. Años enteros estuvo el santo varón sacrificándose para mantener á mi hija ¡la hija de un rico!... Entablamos una correspondencia seguida. El secreto quedaba entre los dos: al fin era un secreto de confesión. ¿Querrá usted creer, señor, que este hombre venerable casi se resistió á admitir que le enviase plata para resarcisle de los gastos de tantos años y atender á la educación de la pequeña?... Me escribía todos los meses. ¡Qué hombre! ¡Qué pluma! Cada carta era un monumento de sabiduría, aconsejándome para lo futuro y excusando las faltas del pasado por las debilidades materiales á que todos nos vemos sujetos.

¿Ha notado usted, señor, cómo nos sentimos más grandes é importantes cuando tenemos un secreto que guardar?... Yo después de lo ocurrido me consideraba otro hombre. ¡Tenía una hija en España y todos lo ignoraban! Cuando en las juntas de la Sociedad Española los compatriotas bromeaban sobre mi falta de hijos, yo me reía interiormente. "Si supierais lo que tengo allá". Cuando Delfina de tarde en tarde sentía sus antiguos celos suponiéndome debilidades con mulatas y chinas de las que viven en la estancia y me llamaba viejo, yo sonreía también. "¡Viejo! ¡y una mujer joven había muerto pensando en mí lo mismo que los héroes de sus novelas!"

Don Ignacio me envió un retrato de la niña. Mírelo, señor juez. ¿No es verdad que es una *preciosura?* Le confieso que cuando lo recibí se operó un milagro en mi memoria. Por más que me esforzaba no podía recordar la cara de la madre, pero con este retrato la vi inmediatamente. La niña es su reproducción exacta... ¿Y no encuentra usted que tiene igualmente algo de mí?...

El juez hizo un gesto equívoco sin apartar su mirada fría del verboso Rendueles. "Sí, tal vez".

—Le advierto, señor, que desde que me enteré de mi paternidad he hecho las cosas como un caballero. La niña ha vivido en un buen colegio, ahora tiene maestros en casa y la familia cristiana que la recogió ha cambiado de rango social. Y crea usted que tengo que enfadarme para que ese bendito don Ignacio acepte la plata, pues por él la niña hubiese vivido en su antigua miseria. Mi deseo era venir á España para conocer á mi Lolita. Pero ¡ay, los negocios! Un año por la sequía, otro por la abundancia, otro por compras ventajosas, nunca he podido venir, pero me consolaba escribiendo á mi amigo don Ignacio, contemplando el retrato de mi hija y proponiéndome conocerla al año siguiente.

Un día, señor, doña Delfina cayó sobre mí como en sus buenos tiempos. Había encontrado olvidado sobre mi mesa un retrato. "Pirata: á tus años ¡y con una niña que puede ser tu hija!... ¡Todos los viejos sinvergüenzas sois iguales!"

Por orgullo y porque mi pobre Lolita no sufriera ni remotamente la sombra de una suposición injuriosa, dije toda la verdad. Sí: podía ser mi hija y lo era efectivamente... Y conté á mi mujer todo lo ocurrido.

Quedó la pobre anonadada por la revelación. Pero fué tal vez asombro más que otra cosa. Había leído muchas escenas como esta: ¡pero de lo vivo á lo pintado!... Además debí crecer mucho ante sus ojos... Su viejo era casi un héroe novelesco.

Pasó en silencio muchos días. Varias veces la sorprendí examinando el retrato. Parecía que de pronto nos dábamos cuenta de la soledad en que vivíamos. Sobrinos nada más en torno nuestro, aleccionados por los parientes para sacarnos plata. Nada que fuese realmente nuestro.

"¿Por qué no la traemos con nosotros?" — dijo una noche Delfina. Y aquella noche, señor, lloré de emoción, lloré con la cabeza en un hombro de mi mujer, admirando su bondad de santa. Ella la legitimaría como suya. No había de faltar algún "tinterillo" de esos que se tutean con las leyes, que arreglase las cosas de modo que mi mujer sin moverse de América hubiese tenido una hija en Madrid.

Yo andaba malucho por entonces y mi Delfina no quiso que me arriesgase en un viaje. ¡Que viniese la niña con el matrimonio cristiano y hasta con el mismo don Ignacio! El santo varón se excusó. ¡Sus años! ¡Su cargo!... Y yo giré una buena cantidad de plata para los gastos del viaje. Había que hacer un buen equipo á la niña, y sus acompañantes no debían sufrir privaciones. Don Ignacio se comprometió á arreglarlo todo. Hace de esto unos diez meses. Transcurrió el tiempo sin noticias. En casa nos sentíamos violentos. "Lolita está enferma: me lo dice el corazón" gimoteaba mi Delfina. Yo escribí y cablegrafié. Una breve carta de don Ignacio fué la respuesta.

Efectivamente: la niña había sufrido una enfermedad y estaba en el campo reponiéndose. No me decía adonde. Don Ignacio también andaba malucho y había abandonado el curato. ¡Los años! A pesar de esto se proponía venir á América para lo cual me pidió más dinero. Se lo envié: nuevo silencio. Delfina sentíase cada vez más inquieta, y ya no se opuso á mi viaje. Envié un largo cablegrama á don Ignacio antes de embarcarme con el fin de que me esperase en la estación, indicando una señal que haría yo para ser reconocido. Y cuando llego, en vez de presentarse el sacerdote ó sus amigos surge la policía y me trae aquí. Usted dirá ahora, señor, para que

he venido... ¿Conoce usted á don Ignacio? ¿Sabe algo de la niña?...

El juez habló fríamente, con voz pausada, fijando sus ojos inexpresivos en don Bruno que parecía emocionado por su propio relato.

—Ha vivido usted fuera de su patria, señor Rendueles, y no sabe seguramente lo que son "enterradores". Así llaman á los que inventan tesoros ocultos, falsos parentescos, fantásticas herencias y maravillosas historias. Son novelistas malogrados que en vez de escribir novelas las ponen en acción, en plena vida real. Casi puede decirse que los enterradores constituyen una de nuestras grandes industrias de exportación. La policía tiene que vigilar las estaciones para detener y abrir los ojos á los incautos que se presentan de las más distintas partes del mundo, atraídos por los embustes y enredos de estos criminales imaginativos. En la misma semana llegan de Noruega, del Asia Menor, de Chile ó de una isla de Oceanía gentes á las que se han prometido cuantiosos tesoros ocultos bajo tierra ó en antiguos palacios, y que para recibirlos empiezan por adelantar dinero suyo. Les han escrito generales que jamás existieron, gobernadores de castillos fantásticos, curas de parroquias que nadie conoce... Es la inventiva de un Balzac tomando por escenario el mundo entero y escribiendo en todos los idiomas. Es "el cuento del tío" de que usted hablaba, pero con forma literaria y basado en un gran conocimiento psicológico.

— Pero señor — dijo sofocado Rendueles — aquí no se trata de ningún tesoro. Yo soy rico y...

— A cada uno lo explotan según su carácter y aficiones. A los codiciosos les hablan de dinero; á usted, querido señor, le han inventado una hija.

Rendueles se levantó casi de un salto á impulsos de la sorpresa, se llevó una mano á la frente, y miró al juez escandalizado, como si hubiese dicho un gran disparate. Pero inmediatamente pareció serenarse fijando en el magistrado unos ojos irónicos.

— ¡Inventado!... ¿Entonces quiere usted decir que no existe mi hija... mi Lolita?...

El juez pareció no oir la pregunta y siguió hablando.

Don Ignacio, el santo varón, era indudablemente un "enterrador" famoso al que había sorprendido la policía meses antes apoderándose de los papeles de su oficina. Desde ella escribía á casi todas las naciones, manteniéndose en relación con otros centros de la misma clase. En aquel archivo rigurosamente ordenado y encasillado, estaba toda la correspondencia de don Bruno y por esto el juez conocía su historia. El estafador había conseguido fugarse.

— Una verdadera lástima, señor Rendueles. El nos hubiese explicado como se fijó en su persona y se le ocurrió el cuento de la niña. La policía aun tuvo tiempo de salvar el último envío de dinero que hizo usted. Llegó algunos días después de la fuga del "pájaro". También se recibió en su oficina el cablegrama y por él supimos que venía usted.

Otra vez don Bruno saltó de su asiento como azorado.

— Nada me importa el dinero, señor juez, hagan de él lo que quieran... pero ¡por Dios! hablemos seriamente ó de lo contrario es cosa de volverse loco... Si todo es mentira ¿cómo don Ignacio... conoce mi historia?

— Ese hombre no sabía nada, y lo que usted llama su historia la forjó él, y usted ha acabado por creerla. El mismo cuento que le contó á usted se lo habrá contado sin éxito á otros muchos; pero usted estaba preparado para morder el anzuelo.

— No: no puede ser. ¿Y cómo sabía él mi existencia? ¿Cómo conocía mi nombre?

—Tal vez por informes de algún camarada de América; tal vez fué simple corazonada de escribirle al ver su nombre en una guía ó escucharlo en una conversación.

— Pero ¿y la niña, señor? ¿También es mentira lo de la niña?...

Don Bruno sonreía triunfante señalando el retrato que estaba sobre la mesa. ¿También aquella criatura graciosa y dulce era una invención de "los enterradores"? ¡Ah, señor juez! ¡Alma escéptica y glacial, endurecida por el roce con las maldades humanas! La niña no podía ser una invención. Allí estaba sonriendo como un ser real dentro del marco de la cartulina, y además en su hotel tenía varias cartas guardadas en el fondo de una valija, cartas de una inocencia conmovedora, escritas con letra de correcto perfil inglés, que revelaban el pulso tranquilo de una colegiala sana y bien equilibrada. "Mi querido protector: (Don Ignacio aun no le había revelado el secreto). A usted que es mi segundo padre me dirijo en este día para felicitarlo..." ¿Y esto también era mentira?... ¡Ah, señor juez!

El magistrado comenzó á alarmarse de la exaltación de Rendueles y de nuevo hizo el relato de la industria del "enterramiento" y sus hazañas. Habían abusado de su credulidad para robarle el dinero. Todo era mentira.

— Pero la niña existe, señor mío—dijo don Bruno con aspereza.—Ahí tenemos el retrato que nos demuestra que no es un ser fantástico. Ahora bien, ¿dónde puedo encontrarla? Usted debe ayudarme. Piense que es mi hija.

El juez levantó los hombros. ¡Aquella niña!... ¡Vaya usted á averiguarlo! Podía ser una fotografía cualquiera adquirida por los estafadores. Podía ser una muchacha cazada en los bajos fondos para que sirviese unos instantes como modelo.

— Todo mentira, señor Rendueles.

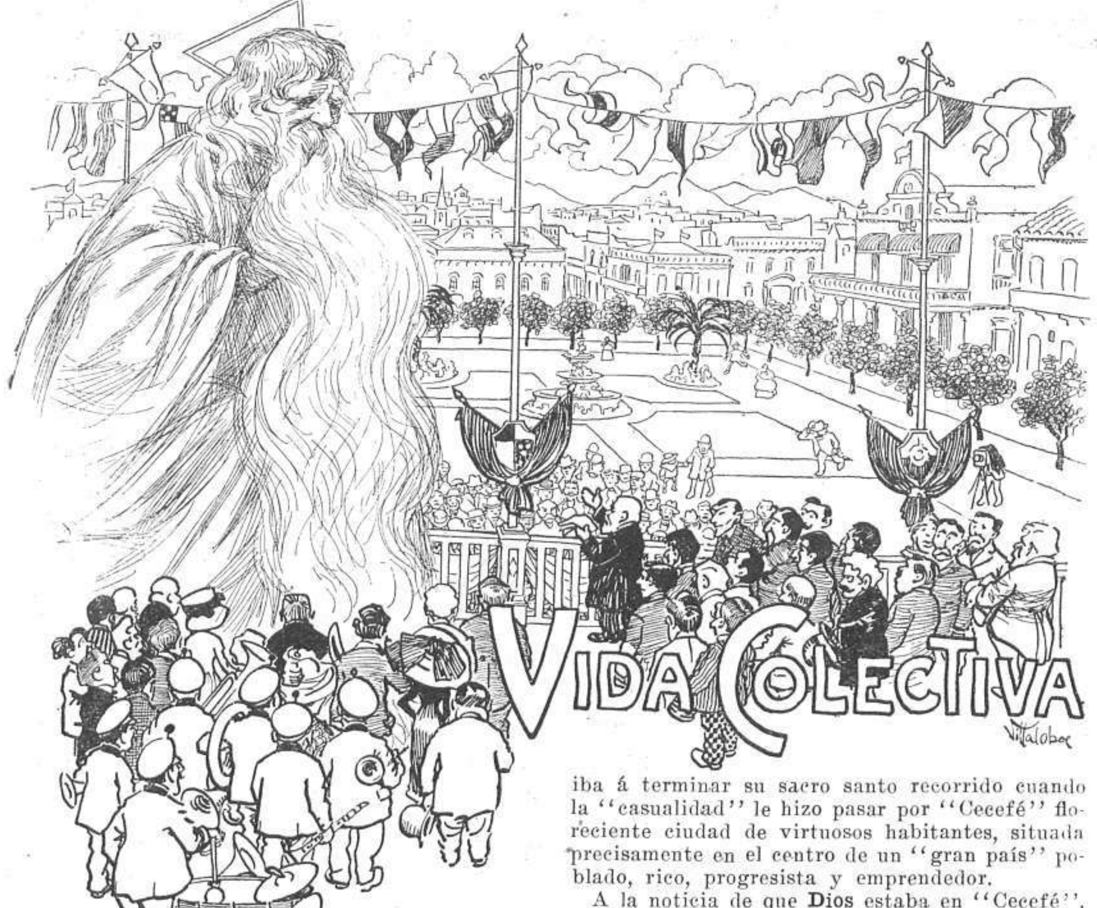
Pero el señor Rendueles no escuchaba. Había caído como desplomado en su asiento al pensar que podían ser ciertas las suposiciones del juez. Se hacía la noche ante su pensamiento. El vacío se creaba en torno de él, ensanchándose en oleadas destructoras, llevándose por delante personas y cosas. ¡La nada!... Y como restos de este naufragio universal sólo quedaban la cartulina sobre la mesa con su cabecita sonriente, y allá lejos, muy lejos, esfumado en el horizonte, un perfil aquilino de mujer, con lentes de oro, inclinado sobre una novela, y que se erguía de vez en cuando como si esperase algo que no llegaba nunca.

Y el pobre viejo con una humildad infantil repitió varias veces la misma súplica.

— Todo mentira, no lo discuto. Pura invención mi paternidad... He sido un tonto, señor juez. ¡Pero la niña! ¡Por Dios!... ¡Qué me den mi hija!

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

Dib. de Peláez.



A la manera de esos ministros de Estado, que para hacer práctico algún alto pensamiento de gobierno recorren en jira oficial hasta los más recónditos "lugares", en las más subalternas reparticiones, de jurisdicción ministerial, **Dios**, en persona, resolvió dar un vistazo por los pueblos de la tierra con el plausible propósito de ver como se cumplían sus órdenes y de apreciar sobre todo el verdadero alcance de "las más sentidas necesidades públicas" y privadas.

Le movía á dar este paso, el cúmulo de protestas y de reclamos que los "de abajo" formulaban á grito herido, en el afán, muy explicable, de hacer llegar á sus oídos la expresión de la justicia contra la injusticia, de la virtud contra el vicio, de la vergüenza contra los "sinvergüenza" y aunque en muchos casos los reclamantes eran los menos, el eco de la defensa en los más llegó al cielo en tan clamoroso vocerío que **Dios** pensó, sin duda: algo muy gordo debe ocurrir por "el mundo" y sin más ni más se vino á verlo.

A poco andar comprobó que si en efecto el hombre, había sido hecho á imagen y semejanza de **El**, los tiempos habían cambiado y ante muchos aspectos sociales y ante muchas cosas hechas por el hombre—exclamó, llevándose ambas manos á la cabeza: "¡O tempora! ¡O mores!"...

En más de muchos casos su infinita bondad se agotó hasta ponerlo muy cerca de emprenderla á puntapiés con el mismísimo género humano; pero prefirió dar consejos y formular promesas empeñando su palabra de honor en el sentido de cumplirlas y con la más sublime resignación cristiana iba á terminar su sacro santo recorrido cuando la "casualidad" le hizo pasar por "Cecefé" floreciente ciudad de virtuosos habitantes, situada precisamente en el centro de un "gran país" poblado, rico, progresista y emprendedor.

A la noticia de que **Dios** estaba en "Cecefé", reuniéronse sus habitantes y el más digno y querido de ellos, Don Paco Tilingón (1), le dirigió la palabra en nombre de todos, demostrándole cuánto esfuerzo realizaban por alcanzar la perfectibilidad moral que colectivamente perseguían; cómo se aplicaban al mejoramiento edilicio, á cuyo fin le dió lectura de varias ordenanzas municipales; cómo por el exclusivo esfuerzo privado habían fundado una biblioteca pública, que tiene, agregó Don Paco, un taller de encuadernación anexo costeado por mi solo peculio y destinado á encuadernar los libros que pedimos invariable y gratuitamente á todos los autores" y comprendiendo el buen efecto que su disertación producía en el espíritu de **Dios**, entró de lleno en el objeto de su peroración que era hacerle notar la desesperante brevedad de la vida y sobre todo la inseguridad de conservarla en la constante amenaza de perderla.

Dios, que por algo lo es, no necesitó de más para comprender que todo el elogioso discurso de "Don Paco" tenía por único objeto pedir "garantías para la vida", más eficaces que las ofrecidas por la constitución política del país, y solicitar especialmente una discreta prolongación de ella, que les permitiera, cuando menos, vivir un poco más.

El pedido era justo sin duda y lo habrían subscrito sin empacho todos los seres humanos que pueblan la tierra, pero el caso es que **Dios** respondió en estos ó parecidos términos:

"La vida de que dispongo para distribuirla entre los seres que pueblan la tierra es desgraciadamente limitada y no está en mis manos el me-

(1) Como se comprende, se llamaba Francisco; pero todo el mundo le decía: Don Paco.

dio de aumentarla después de haber dado fin á mi obra excelsa de la creación. Tengo pues que hacer diariamente un balance y prorrateo—de ahí las defunciones—y sepan ustedes que el "aumento vegetativo" en los pueblos, se realiza con perjuicio para otros seres de la escala zoológica, cuya dotación de vida disminuye en favor de la humanidad; pero como comprendo el anhelo que á ustedes mueve y el noble deseo de que siquiera la vida de los ilustres y de los grandes benefactores se prolongue (así lo había expresado Don Paco, en su discurso), voy á conceder, desde este momento, una atribución altruísta que podrá utilizar todo aquel que lo desee y que no será derogada jamás: cada persona podrá ceder en favor de otra una parte de su propia vida, contada en años, meses, días ú horas y para ello bastará la simple enunciación de esa voluntad que no podrá ser anulada por actos posteriores. Por tan sencillo procedimiento podréis—¡oh humanidad!—dar la inmortalidad misma á vuestros preferidos.

Y agregando: "quedad con Dios" se alejó con rumbo desconocido.

Los habitantes de "Cecefé" circularon la noticia por todo el país y por todo el mundo alentando la esperanza de que el altruísta procedimiento les fuera favorable en justa recompensa por haberlo conquistado, hasta que analizando la propia situación pensaron en el grande y noble "Don Paco Tilingón" que era sin disputa el verdadero padre de todos y el alma viva de "Cecefé".

La avanzada edad de "Don Paco" hizo pensar en la inminente necesidad de recolectar "vida" á su favor entre cuantos le conocían y eran sus deudores por favores de todo género y empezó por convocarse á una asamblea para formar la comisión encargada de efectuar y computar la colecta.

El nombramiento de la comisión dió motivo á largas explicables discusiones, pues circularon varias "listas" de miembros dignos de formarla: todos querían el honor de propender á prolongar la preciosa vida del eminente ciudadano, del gran patriarca, del fecundo propulsor de la felicidad pública y privada de "Cecefé"!...

Por fin la comisión central quedó constituída con 14 presidentes honorarios, 1 presidente activo, 3 vices primeros, 6 vices segundos, 4 secretarios generales, 48 prosecretarios, 1 tesorero general, 32 subtesoreros y 285 vocales. De esta comisión central dependían las 62 subcomisiones de propaganda y recolecta que formadas por 111 miembros cada una, actuarían oportunamente.

Entretanto la comisión central debería nombrar una comisión compuesta por 37 abogados para que redactara las bases y estatutos de la nueva y altruísta institución, acordándose un plazo mínimo de seis meses para que los presentara con cargo de reemplazarla por otra comisión si no daba cumplimiento á su mandato, como en efecto ocurrió.

La nueva "comisión de Bases y Estatutos" estaba á punto de terminar su tarea cuando cundió la triste noticia de que "Don Paco Tilingón" se había enfermado de suma gravedad. Los médicos manifestaban el vivo temor de un inminente desenlace fatal y la urgencia del caso y el inmenso cariño que todos profesaban sinceramente al gran ciudadano enfermo, uniformó todas las voluntades y aun cuando la "comisión de Bases y Estatutos" no se había expedido, se convocó á la comisión central que sesionó con solo un presidente y dos vocales, ausentes todos los demás miembros debido sin duda á la brevedad del plazo fijado para reunirse.

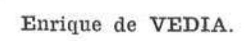
En momentos en que la comisión central, reunida en minoría, deliberaba sobre la validez de sus decisiones en el sentido de conminar á los demás miembros á concurrir á una nueva sesión para fijar un plazo perentorio á la "Comisión de Bases y Estatutos", Don Paco Tilingón murió.

Y fué tan honda la pena que su muerte produjo en todos los espíritus que bien puede decirse que el de Don Paco Tilingón fué el único que faltó en su entierro.

El *nobilísimo presidente* activo de la comisión central tuvo el honor de pronunciar el más extenso de los cuarenta y siete discursos leídos en la tumba de Don Paco y tuvo también la satisfacción de traducir *el pensamiento de todos* cuando dijo con el más vivo asentimiento de cuantos asistían al acto: "y si la fatalidad nos ha impedido prolongar, para el bien de todos, la preciosa y fecunda existencia de este hombre excepcional nos queda un consuelo. Señores: conservemos la organización dada á nuestra gran comisión, convirtiéndola en comisión del monumento público que nuestra gratitud debe á la grande, á la noble, á la augusta, á la imponderable personalidad del primero de nuestros benefactores: el gran ciudadano Don Paco Tilingón."

Y así se hizo.

Enrique de VEDIA.



Dib. de Villalobos.



Los milagros

Para "Caras y Caretas".



LA AZUCENA

Pálido y silencioso como un muerto,
el cáliz rebosante de amargura,
de las manos de un ángel, Cristo [apura
bajo el olivo místico del Huerto.

Bajo sus plantas floreció el desierto,
con su perdón purificó á la impura.
Dijo:—¡Despierta!—y en la sepul- [tura
Lázaro respondió:—¡Ya estoy des- [pierto!

Apura el cáliz hasta el fondo, y [luego
vierte en él una lágrima de fuego
que el áureo vaso hasta los bordes [llena.

Tiemblan sus manos... y una sola [gota
desciende al suelo... y en el suelo [brota
como un cáliz de nieve, una azucena.

LA FLECHA

En el atrio del templo, unos solda- [dos,
entre blasfemias y entre juramentos,
con ojos de ansiedad, siguen atentos
sobre un escudo resbalar los dados.

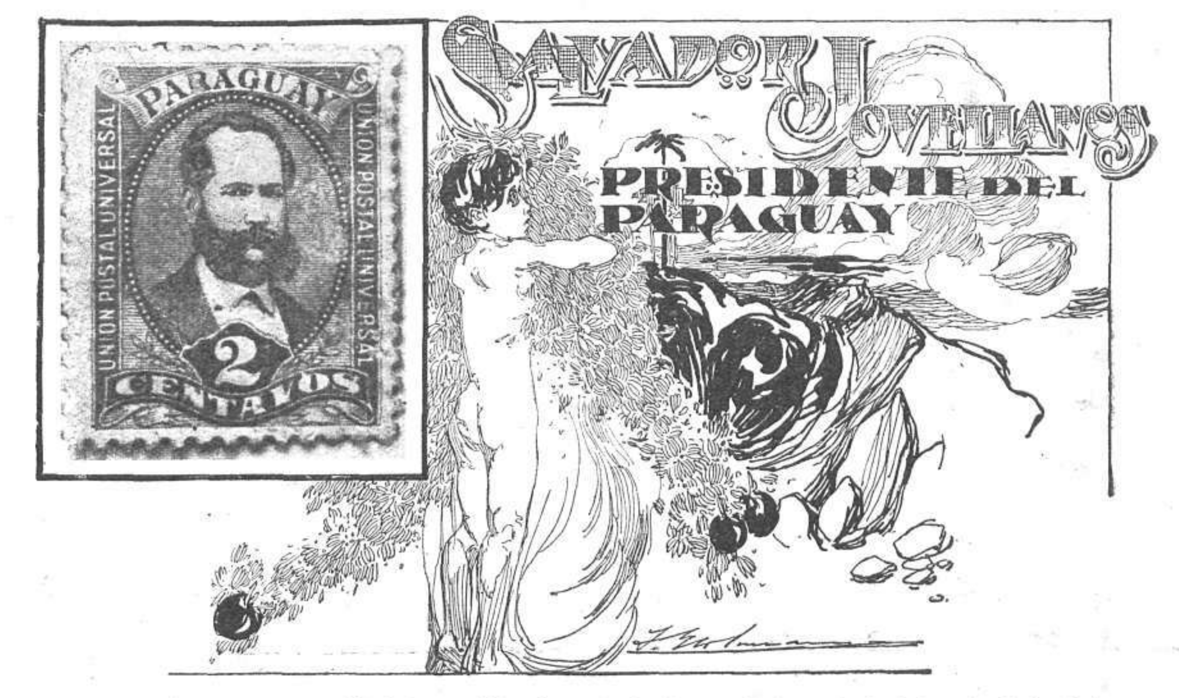
Como ciega, al azar, la suerte vuela.
Y un arquero, de rabia el puño [muerde
y maldice de Dios, viendo que pierde
el último doblón de la escarcela.

Levanta el arco, y, con la faz som- [bría,
á los cielos dispara, mientras reta
la cólera de Dios con la mirada...

Mas ¡oh, milagro!... Un grito de [agonía
resuena en el azul... ¡y la saeta
desciende hasta sus pies, ensangren- [tada!

Francisco VILLAESPESA.

Dib. de Espí.



Salvador Jovellanos ascendió á la presidencia de la república para obedecer, no la voluntad de sus electores que carecían de voluntad propia, sino á las sugestiones del Brasil que lo esgrimía como un nuevo instrumento de su política absorbente.

Pertenecía á una antigua familia del Paraguay, y descendía del famoso Jovellanos. Alto de estatura, cuerpo proporcionado, blanco, cabello negro y abundante, la barba abierta, la cabeza levantada, ojos tranquilos é impasibles, un conjunto de facciones regulares y armónicas que hacían hermosa su figura. Educado, discreto y culto, poseía mayor aptitud social y menor preparación mental que Rivarola. Adquirió bajo la dirección del catedrático doctor don Juan Andrés Gelly, algunos conocimientos de gramática castellana y de latín, y ciertas nociones de jurisprudencia, que le impidieron ampliar las dificultades de la vida. Había logrado salir de Asunción antes de la guerra (1857); contrajo matrimonio en una familia de Buenos Aires, y en esta ciudad desempeñó las funciones de guarda-almacén de aduana. Estallada la guerra, regresó al Paraguay como vivandero en el ejército aliado. Organizada la república ocupó el cargo de tesorero general de la nación, más tarde el de ministro de hacienda (junio 7 de 1870), ministro de guerra y marina, ministro del interior y vicepresidente de la nación (octubre 1.º de 1871), de donde fué trasladado á la presidencia.

En su estadía en Buenos Aires adquirió cierta versación en los procedimientos administrativos, pero no supo nutrir y levantar su espíritu. El espectáculo de la prensa libre, de los partidos políticos activos y combatientes, de las controversias parlamentarias, de las luchas electorales, de la entereza y civismo de los gobernantes, de los derechos y garantías individuales, no fueron para él ni enseñanza ni ambición. Ascendido á la primera magistratura de su país, acreditó únicamente carencia de pensamiento y voluntad. En las graves cuestiones y responsabilidades que estuvieron á su cargo, nunca tuvo criterio hecho ni energía persistente. Temía, prometía, vacilaba, faltaba, obedecía. La patria, la verdad, el derecho, la justicia, la equidad, no significaban en él ni sentimiento, ni convicción, ni esfuerzo; apenas sentía aquellos altísimos conceptos como ondas sonoras que pasaban. Era un hombre tallado para obedecer por temor, y en el fondo, el temor del propio interés.

Procuró aplicar la táctica política de Rivarola, y no consiguió cubrir ni las apariencias de conducta. Despedía é instaba al ministro Quintana que suspendiera su regreso á Buenos Aires, asegurándole su voluntad y ayuda decididas para llenar su misión, y sin embargo, estaba comprometido y resuelto á firmar todas las exigencias del ministro Cotegipe. Mientras más enormes eran sus complacencias con el imperio, más calurosas eran sus promesas clandestinas á la república antagonista. Consideraba la amistad argentina como capital sin interés; estimaba la amistad brasileña como un capital de usura. Destinaba á la primera la promesa falsa; á la segunda la concesión discrecional.

No perteneció á ningún partido político; estaba próximo de todos y por eso no estaba cerca de ninguno. Frío y apático, no amaba ni odiaba; no tenía ideales ni pasiones, tenía solamente intereses. Nunca sacudieron su indiferencia de *cuerpo inorgánico* ni las más atroces injusticias y maldades, ni los actos más nobles y atrayentes. Lento, pesado é impasible; inteligencia apagada y seca, indolente en la acción como en la idea, corazón y cerebro sin resortes, circulación de linfa, sistema nervioso incapaz de la tensión.

La iniciativa y energía individuales, se sostenían para mantenerle siempre de lado del gobierno. Esta situación parecía la única que absorbía su esfuerzo. Ella significaba el apoyo permanente del más fuerte; interés, comodidad, tranquilidad, seguridad, todos los resortes del egoísmo. En la presidencia de la república procedió de acuerdo con su temperamento moral: se ocupó sólo de sí mismo, abdicando de sí mismo; se limitó á obedecer, y fué un pupilo ejemplar del imperio.

En estas condiciones se halló frente á Cotegipe, para resolver las cuestiones de la alianza.

Ramón J. CÁRCANO.

Dib. de Hohmann.



Fortaleza antigua

Nadie que le hubiera visto aquella mañana de septiembre, tan fúnebre en su arisco redomón, habría reconocido en el siniestro jinete federal de roja divisa y mazorqueras prendas, al ocurrente don Patricio, al risueño don Patricio, cuya existencia era un perpetuo cuento al caso.

Cejijunto, torvo, con su enorme facón atravesado en la cintura, más parecía un bárbaro federalote, "un sicario del tirano", que el personaje efectivo, bueno como el pan, y sin otro pero que el de jugar—eso sí—más que las cartas.

—¡Eh, don Patricio!—gritóle por ahí un muchacho, en lo más álgido de sus negras cavilaciones.—Apuresé que lo esperan unas visitas.

—¿Visitas? ¡Como no sea el diablo!... ¡Pá visitas está su mercé!

—¿Qué le pasa, señor, que va tan triste?—preguntó asombrado el mozo.

—Casi nada... decía el sapo viendo que el ratón se ahogaba... ¿A que no sabés el cuento?

E instantáneamente, la faz de don Patricio recobró su jovialidad de costumbre.

—¡Canejo! ¡Mire que es chancho el mortal cuando la suerte lo ensilla!... Como el tala, hijito, ha'e ser el jugador, que aunque lo sacuda el viento no le arranca ni una espina. Y yo he hecho las del ombú con helada de destiempo: se me han quemao las hojas... Aquí voy como tordo recién nacido: no me quedan ni las plumas ¡Hasta el flete lo he perdido!

—¿Lo ha perdido?

—¿Y sinó? Yo que siempre me sé retirar á punto. ¡Canejo! Y anoche, cuando ya la banca me había tragao dos mil pesos y los estribos, se me ocurre ponerle á una sota la tropilla ¡y hasta la vista!

Mientras iban engolfados en esta charla, llegaron á la morada de don Patricio, un rancho grande, con cierto aire de casa acomodada, en cuyo patio corrían varios chiquillos, y una mujer alta, todavía buena moza, tomaba un mate melancólico.

—¡Patricio! ¡Patricio!—exclamó la señora, levantándose.—¡Vos no vas á parar hasta que te agarre el juez y te mande á Santos Lugares, y tus hijos pidan limosna y á mí me lleven al cementerio! Hace un mes que noche á noche, te lo pasás jugando...

—¡Criolla linda pá vestirs'é cura y predicarle á los herejes!... Vea, mi alma, no s'enoje. Pa mañana le prometo una bolsa de onzas de oro.

—¡Onzas de oro cuando no tenés ni un cobre! ¡Hasta mentiroso t'estás haciendo, Patricio, vos qu'eras tan bueno, que me querías tanto!

Y la pobre mujer se echó á llorar.

En ese momento, dos caras conocidas se perfilaron en la puerta de la sala, y don Patricio, haciendo señas á su mujer de que aplazara el sermón, marchó al encuentro de sus visitantes.

—Don Patricio—dijo uno de ellos, impetuosa-

mente.—No hay tiempo que perder. Venimos á pedirle un servicio de amigo. No vaya á decirnos que no.

—Les *digo* que no... ¡*sean sonsos!*... ¡Miren qué gauchos!... Vayan pidiendo, hijitos, que lo qu'es hoy, como no sea plata... Puede que mañana, si el viento sopla de arriba...

—No es plata, don Patricio, lo que buscamos. Es *algo* que vale *mucho más*. Es... Pero cierre esa puerta y no hable fuerte qu'el negocio es en reserva...

—¡Che, che! ¡No se me vengan haciendo los misteriosos, no!...—Y cambiando repentinamente de *modos*:

—Cuando menos, los persigue don Juan Manuel...

—¡Callesé la boca, viejo!...

Y los tres hombres permanecieron un instante mudos, con las cabezas gachas, los ojos dilatados, en que podía leerse el vago temor de una amenaza segura.

* * *

En aquel funesto año de 1840, después de la desastrosa retirada de Lavalle, nadie vivía tranquilo. La delación de un negro, la calumnia del último de los hombres, una palabra suelta á favor de los unitarios, transformaban de golpe la situación de una familia, cuyos miembros eran sencillamente asesinados y cuyos bienes se confiscaban en seguida. "Los *ricos y los que se titulan decentes* — escribía Rosas al célebre Carancho del Monte — que aparezcan de esa clase de salvajes, deben ser pasados por las armas ó *degollados inmediatamente*"...

Don Patricio cerró la puerta, se aseguró de que estaban solos, y, en voz baja, sin pizca de broma, dijo con lacónica elocuencia:

—Espliquensé.

El asunto era fácil, clarísimo... y peligroso. Un hermano de los visitantes, preso en Buenos Aires por "salvaje unitario", había sido ferozmente ejecutado la noche anterior. Un chasque había traído la noticia esa mañana. No quedaba á los hermanos Ituarte sobrevivientes, más remedio que emigrar. De un momento á otro podían prenderlos. Los minutos eran preciosos; pero antes había que resolver algunos asuntos: poner bajo otro nombre las cinco leguas de campo, el millar de vacunos, las ovejas, las yeguadas, varias casas en el pueblo y en la capital, una fortuna respetable.

Y aquí venía lo tremendo. Los hermanos habían pensado en don Patricio para que apareciera como dueño de todo.

—¿En mí?—murmuró consternado el viejo.

—En usté, don Patricio, qu'es unitario aunque use cintillo, y es patriota aunque aparente no ocuparse de política.

— Pero yo... — exclamó el pobre hombre con voz insegura—yo... tengo hijos... es un compromiso bárbaro... nó, no puedo aceptar...

—¡Cobarde!—dijo entonces impetuosamente el mayor de los Ituarte.

—¡Cobarde!—rugió el otro.—¿Serás capaz de dejarnos robar por la Mazorca, cuando podés salvarnos con una firma, cuando nadie va á decir que la venta es falsa, cuando todos te tienen por *federal neto*? ¡Serás *capaz*, viejo saparrastroso!

—¡De lo que soy capaz es de darles una soba por insolentes — gritó entonces don Patricio, trémulo, soberbio, desconocido, trocada de pronto su habitual expresión humorística en un enérgico gesto de hombre valiente y superior — ¡Insolentes! Patricio Pérez no le tiene miedo á Juan Manuel Rosas, ni á nadie... ¡A nadie, no! — prosiguió en seguida, recobrando su aire socarrón que acentuó con un meneo de cabeza — ¡A nadie, no!... ¡A la carpeta!... ¿Pero, ustedes están en su juicio? ¿No saben con quien tratan? ¿Inoran que dos horas después de recibir la hacienda, Patricio Pérez es capaz de no dejar ni las colas arriba de una sota? ¡La perra con los mocitos!...

Riéronse los Ituarte de la ocurrencia y no se habló más.

Esa misma tarde quedó firmada la escritura de venta á favor de don Patricio Pérez, y á la noche emigraron los vendedores. Sabía el escribano y sabía media docena de personas que el negocio era falso. Pero nadie abrió la boca, ni el comisario, federal rabioso, á quien enmudeció sabe Dios qué impulso compasivo.

A la mañana siguiente, extrañando los tertulianos de la pulpería, que don Patricio faltara á la costumbre de alegrar la velada, dejando ó llevándose de paso algunos pesos, fuéronse en pandilla á buscarle.

—Yo no juego—respondió.

—¿Qué no juega y habla en serio?

—Amigos—prosiguió el viejo, con la voz velada de tristeza—se acabó... ¡Hasta que Dios quiera!

* * *

Pasaron doce años. En febrero de 1852, el antiguo jugador era un viejecito acartonado, siempre alegre, mucho más desde el 3, día de la batalla de Caseros, en que cayó Rosas.

En esa semana regresaron los Ituarte. Don Patricio devolvió las casas, las estancias, las haciendas aumentadas, y miles de pesos, hasta el último...

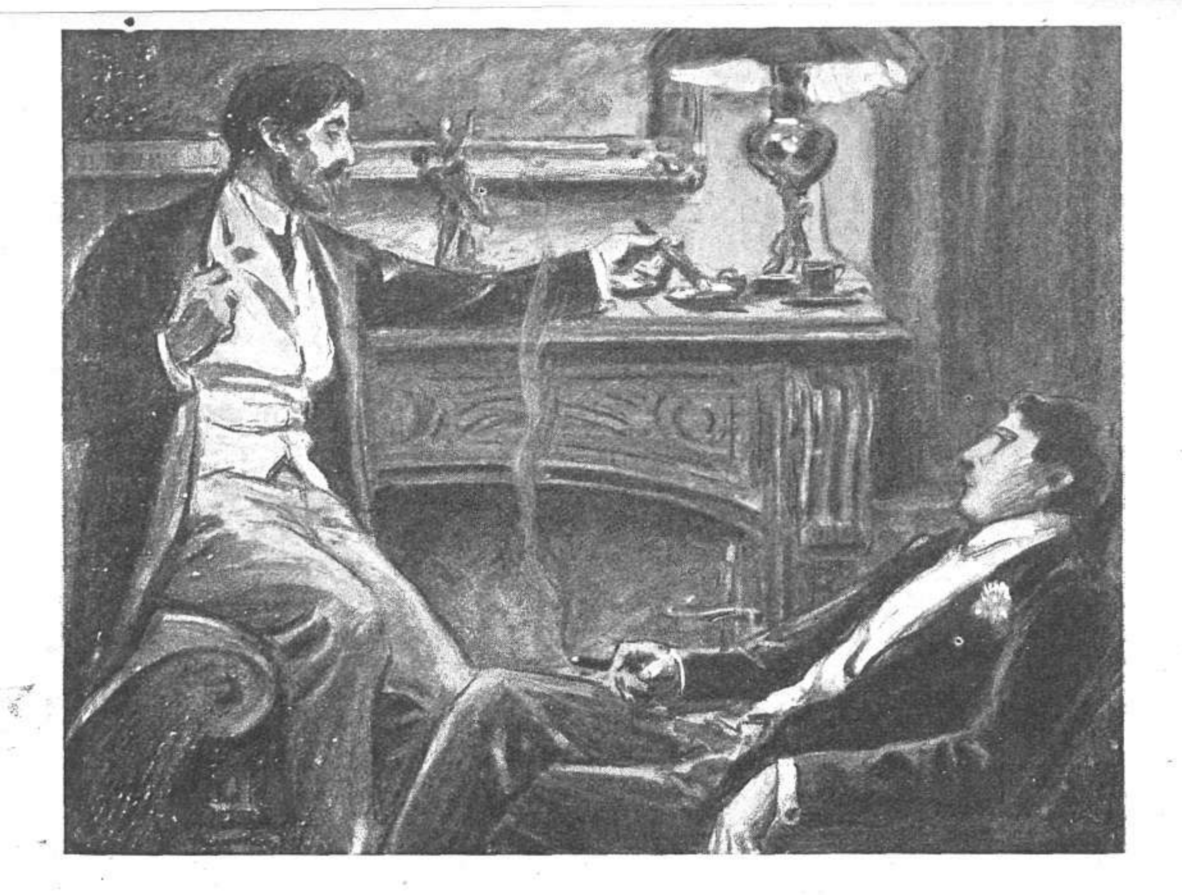
Y después de comer, con la mollera alborotada por algún trago superfluo, el viejo hizo ensillar su redomón, convertido ya en sotreta venerable, y salió... á tentar la suerte.

—¡La despedida!—dijo á su mujer que sonreía, segura de que aquel monstruo del vicio era un héroe.

Carlos CORREA LUNA.

Dib. de Zavattaro.





Cuentos modernos

La sufragista

—Para mí, el feminismo — no lo toméis á risa — dijo Enrique, sacudiendo la ceniza del habano — es un problema masculino. Nada de paradojas. Es un problema que han inventado y han creado los hombres; un problema de libros, escritos por sabios enamorados de una lógica igualitaria, que desdeña las lecciones de la historia natural y de la historia humana, y un problema de escasez de maridos. Un Aristófanes moderno podría sacar de este asunto una comedia del corte de Lysistrata... naturalmente de una Lysistrata invertida. A la decadencia del matrimonio acompaña la aparición del feminismo como una de sus secuelas. Una sociedad basada en la supremacía del varón y en la potestad marital, está en el deber de suministrar maridos á las mujeres. Es natural que cuando no puede hacerlo en la medida suficiente, las mujeres se llamen á engaño y proclamen la quiebra de un régimen que no cumple sus compromisos. Pero, creedme, si algún día se llega á la plena emancipación femenina, á la igualdad social de los sexos, esta revolución se hará por el hombre y en beneficio del hombre, que hipócritamente aparentará dar libertades á la mujer, para librarse de las cargas anejas á la supremacía varonil, como los amantes hastiados, que despiden á sus ex amadas pretextando que no quieren ser un obstáculo para su porvenir. El amor, la mujer, la familia, una multitud de valores sociales y espirituales, experimentarán entonces una transformación profunda. Sus tipos actuales desaparecerán casi y una gran parte de la literatura presente, la novela, el teatro, la lírica, las varias ramas del árbol frondoso de la literatura amatoria, parecerá tan arcaica como el Ramayana. Pero el prestigio del varón en el espíritu de la mujer, prestigio modelado durante largos siglos, como que viene de la primitiva selva, de la lejana aurora de las sociedades en los días prehistóricos, tardará en extinguirse. Los ídolos tienen la vida dura y resistente. Aun después que dejamos de creer en ellos, la creencia pasada de muchas generaciones é infinitos hombres les rodea de un aura supersticiosa. Es que la creencia les ha imantado de divinidad, les ha hecho divinos. Yo he visto un ejemplo, en esta cuestión de la mujer...

Fué en Londres, en Trafalgar Square, en la inmensa plaza, donde Nelson, en bronce, erguido en su columna, ha oído tantas veces impasible, el rumor de la marea de las multitudes populares, de los grandes comicios obreros, que acaso le habrá parecido un pobre remedo del rugir auténtico de las olas, que escuchó en vida, desde la cubierta de sus orgullosos navíos de tres puentes.

La curiosidad me movió á presenciar una manifestación de sufragistas. De las apariencias ridículas de la escena, se rezumaba una impresión dolorosa. En aquel tropel de mujeres alborotadas, las más eran feas, viejas, pobremente vestidas. Se adivinaba en ellas el amargor de las vidas frustradas, el rencor hacia el hombre, que no les dió el amor soñado y hacia la sociedad, que ni siquiera les daba un refugio tranquilo, un *home* seguro y confortable donde vivir...

y soñar. En la pasión por el voto femenino entraban por mucho, la soledad, el aburrimiento, la angustia del mañana, la mala comida, el frío de una miserable estancia, las incomodidades y zozobras de la pobreza que habían marchitado aquellos rostros, animados entonces por la esperanza de una redención quimérica que tenía por lema: *¡votes for women!* Algunos *policemen*, pesados y hercúleos, procuraban reducir á las exitadas *suffragettes* y de vez en cuando echaban mano á alguna de las más ruidosas y se la llevaban, pataleando, chillando, debatiéndose en estéril resistencia contra sus capturadores. Algunos recios mocetones rubios, de rostro infantil, donde se retrataba una fuerte y honda alegría animal de la vida — estudiantes probablemente — asistían con chunga á la escena y se interponían á veces entre las mujeres y los policías, recibiendo los rudos empellones que les daban éstos para hacerles circular, sin enojo, como si se tratara de un juego, de un improvisado deporte, en que ensayaban la resistencia de sus espaldas de gladiadores.

De pronto, á poca distancia de un pequeño grupo de sufragistas, que se batían prudentemente en retirada, cruzó un hombre de porte distinguido, altivo, señoril. Frisaría en los cincuenta, pero un aire de juventud y fuerza emanaba de su figura recia y arrogante, que dejaba adivinar la fuerte musculatura bajo el *complet* elegantísimo, con la seria y sobria elegancia inglesa, que pretenden copiar los sastres del continente. El cristal del monóculo acentuaba la expresión desdeñosa y fría de la sanguínea y rasurada faz, que respiraba salud y energía. Las mujeres le reconocieron. Era Joe Grey, el gran Joe, el famoso ministro, aborrecido de las sufragistas, por la ironía con que había hablado en la cámara de sus reivindicaciones, recordando las tres k k k germánicas: *kirche, kinder, koch,* la iglesia, los niños, la cocina, en las cuales debía encerrarse la vida de la mujer según el César teutón. Del grupo femenino salieron voces airadas y algunos dicterios. Una de las sufragistas avanzó, resuelta é iracunda, hacia el hombre, blandiendo el paraguas, convertido en espada de las reivindicaciones femeninas. Era la atrevida una mujer de veinticinco á treinta años, pálida, delgada, angulosa, de cabellos de color de lino y ojos de un azul descolorido. El paraguas apenas llegó á rozar el flamante sombrero de Joe Grey. El ministro sujetó el brazo de la agresora y clavó en ella la mirada imperiosa de sus ojos claros y profundos. Una ola rosada de rubor encendió la faz anémica de la sufragista, que ante el gesto varonil y la mirada dominadora del hombre, se echó á llorar, confusa y avergonzada, como si aquellos ojos, que la penetraban la hubieran sorprendido desnuda.



Era el imperio secular del macho, que renacía en aquel instante en que la sufragista vencida, admiró, y acaso amó, al desdeñoso Joe, como á un dios antiguo, hermoso y fuerte.

Fué cosa de segundos. Acudían ya corriendo algunos *policemen*, pero Joe Grey les detuvo con un ademán, cuando iban á apoderarse de la mujer. Mediaron algunas breves explicaciones: "No ha sido nada, dejadla". Y el hombre continuó, sereno é indiferente, su marcha, mientras la sufragista le miraba alejarse con una mirada indefinible.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

Dib. de Steiger.



Ioióla.

Mi tio el Capitan Blaggerdorff me había dicho muchas veces:

—"Nada temas, Conrado, en este mundo, si llegas á ser valiente y prudente."

Y mis compañeros de estudios en Heidelberg se reían hasta desarticularse la mandíbula cada vez que me oían repetir las palabras de mi tio.

—"La prudencia"—vociferaba Taubenflache hinchando su cara rubicunda y levantando la copa de Hércules—"es el indicio más seguro del temor. Ningun valiente verdadero necesita ser prudente. Si mi prudencia me recordara los lamentos del gato, nunca levantaría esta copa por tercera vez en la noche.

—"Y al fin"—preguntó Wodkievich—"¿por qué razon te repite tu tio esas palabras con tanta frecuencia? Algun motivo debe tener."

—"En verdad, no lo sé"—repuse.—"La primera vez que me encuentre con él se lo preguntaré."

A los tres días fuí á visitar al Capitan. Lo encontré en el comedor, junto á la chimenea. Fumaba en su larga pipa de porcelana de Sajonia con largo tubo de guindo, y se notaba, por el olor sin mezcla y la densidad del humo, que había pasado la tarde solo y entregado á la combustion del Virginia.

—"Siempre eres el bienvenido, Conrado; pero hoy más que nunca."

—"¿Puedo saber á qué se debe esta excepcion?"

—"Sí, sí! Te lo diré! Pero siéntate cerca de mí. De ese modo podrás escucharme sin necesidad de verme obligado á mirar á otra parte que á las llamas. Como lo has observado, seguramente, ha habido cambio en el tiempo. No me extrañaría que en breve comenzara á nevar. En esa caja hay cigarros; sírvete uno. El caño de esta chimenea tira bien; pero no puedo explicarme por qué motivo se amontona aquí tanto el humo."

—"Será, mi tio, por lo que Vd. ha fumado tanto."

—"No; no es eso. Tu imaginacion no puede diferenciar suficientemente las formas que vagan flotantes dentro de este humo."

Miré asombrado al Capitan.

—"Por mucha imaginacion que se tenga"—repuse—"es necesario, ante todo, ver para diferenciar despues, y yo no veo aquí sino una masa densa y homogénea de humo de tabaco."

—"Eso es. Tampoco la tienes para ver. Escúchame, Conrado. Tú sabes que siempre se me ha tenido por valiente, y que nunca me he jactado de ello. Pero hoy me siento mal. Me he estado analizando durante largas horas, y sólo llego á un triste resultado: me parece que tengo miedo."

—"Pero Vd. siempre ha sido prudente tambien."

El Capitan me miró frunciendo el ceño.

—"¿Quién te lo ha dicho?"

—"Es voz corriente; es casi un refran: "Valiente y prudente como el Capitan Blaggerdorff" dicen los estudiantes y lo confirman los militares."

—"No, Conrado; no. Es necesario que tú lo sepas, y por ésto te lo voy á revelar. Tres veces en mi vida he sido imprudente, y esas son las tres únicas veces que he tenido miedo. Hoy es la tercera."

Calló, y tambien guardé silencio.

—"¿Has visto alguna vez en mi biblioteca unos tres gruesos volúmenes forrados de pergamino y escritos por Johannes Clusius Albóndigus?"

—"Los he visto; pero no los he leido. Cuando tenía tiempo para hacerlo no sabía latin, y ahora que lo sé no tengo tiempo."

—"¡Ya los leerás! ya los leerás, Conrado! El primer volúmen trata *De obscuritate rerum in origine Mundi;* el segundo *De Coelestibus;* el tercero es una verdadera miscelánea en cuyo capítulo V se ocupa sábiamente el autor de algunas curiosidades naturales, y lo titula *De incongruis.* Escribió á fines del siglo XV, poco ántes del descubrimiento de América, y los autores contemporáneos de él más preocupados de ésta y de la India que de sus cosas incóngruas, lo han olvidado completamente, extendiendo sobre su nombre y su obra un manto de olvido."

¿A dónde iría á parar mi tio?

—"En ese capítulo V diserta sobre una planta de Persia que designa con el nombre de Ioióla. Dice que se parece á una Prímula, que las flores son rosadas y semejantes por la forma á las de la Salvia. No sabe á qué comparar su perfume; asegura que no se aproxima á nada conocido por nosotros los occidentales, y que sólo puede dar una idea vaga de su carácter afirmando que es *superbus, excelsus, eroticus, illucinans, distemperans* y muchas otras cosas más, agregando que es magna imprudencia acercarlo á la nariz."

—"¿Y crée Vd. en la existencia de una planta con semejantes propiedades?"

—"Desgraciadamente sí!"

—"Supongo que ese perfume no será mortífero?"

—"Desgraciadamente no! Esas propiedades tienen algo del haschish; pero aquí se trata de un perfume, y, como acabas de oir, declara que es magna imprudencia ¿oyes? acercarlo á la nariz, lo que no sucede con aquel."

—"¿Ha consultado Vd. el asunto con los botánicos?"

—"Sí, ya lo creo! Le he escrito á Engler, á Boissier, á Taubert y á Briquet, y me han contestado que si Johannes Clusius Albondigus ha escrito semejante cosa, es porque estaba loco; que no existe tal planta en Persia ni en la Luna."

—"¿Y Vd. qué piensa?"

—"Que no estaba loco. Mira, Conrado: yo no he visto la planta; pero sí conozco su perfume. Hace muchos años, siendo subteniente, me tomó en la calle un aguacero, tan fuerte, que me ví obligado á guarecerme en la puerta de una casa de negocio. Detrás de mí estaba una vidriera, y detrás de ésta el taller de una modista. No habrian corrido cinco minutos cuando sentí que alguien golpeaba los vidrios con los nudillos de los dedos. Me dí vuelta, y ví una linda mujer jóven que me invitaba á entrar. Como se expresara con mucha dificultad en aleman, y reconociendo su nacionalidad por el acento, le dí las gracias en francés, idioma que sabemos hablar casi todos los alemanes, y ella quedó muy complacida. Era la modista. Me ofreció una silla, y, tomando otra, se sentó cerca de mí. Tenía en el suelo numerosos manequíes que representaban mujeres bellísimas, y muy bien contorneadas, pero sin piernas desde la mitad de los muslos, y los brazos igualmente cortados. Las caras, el cuello y el pecho eran ó parecían de cera. Las unas mostraban ojos azules y verdadero pelo rubio; las otras, ojos pardos y lejítima cabellera negra. La mirada tenía toda la verdad del natural, y las bocas eran unos confites.—"¿Hace mucho que se ha instalado Usted aquí?"—le pregunté.—"Apénas una semana".—"¿Modas solamente?" —"Novedades, más bien—repuso.—"¿En telas, encajes..."—"Perfumería fina tambien".—"Somos muy aficionados á los perfumes buenos; pero, hasta ahora, sólo hemos podido preparar agua de Colonia; Italia, Francia é Inglaterra nos han sobrepujado mucho. ¿Tiene Vd. algunas muestras?"—"Sí, caballero; ¿quiere Vd. examinarlas?"—Abrió un pequeño armario, y, destapando algunos frascos, me los dió á oler. Eran perfumes exquisitos.—"¿Y aquel frasco?" —"No es una muestra, aunque sí un perfume."—"¿Cómo es?"—"No lo conozco. Ha sido enviado de Paris para estudios de los sábios químicos Hoffman, Liebig y Frezenius."—Tomé el frasco y leí: *Essence de Ioiola.*—"No voy á poder dormir esta noche pensando en todas las lindas caras que hay en este taller, en los delicados perfumes que aquí se guardan, y particularmente por la curiosidad con que me quedo, tratando de adivinar cómo será *l'essence de Ioiola.*"—"Pero, Señor Oficial, Vd. no debe decir eso."—Y con una rapidez asombrosa destapó el frasco, lo olió lijeramente, y me lo pasó. Era algo particularmente delicioso. Primero sentí como un estupor, y á ella debió pasarle lo mismo, por la expresion de su rostro... Tengo solamente una vaga nocion de mi existencia durante los cinco dias subsiguientes, y digo cinco, porque á eso correspondía la fecha en que recuperé completamente los sentidos. Mi personalidad interna me fué desconocida durante todo ese tiempo. Sé que no dormía ó que parecía despierto; *pero sé tambien que volví por completo en mí* hallándome en el cuartel donde permanecí arrestado seis meses. De aquel estado singular, del que me han referido cosas increibles, recuerdo bien que, despues *del estupor, sentí un gran miedo, algo como pavor;* pero eso debe haber sido de corta duracion porque sólo me han hecho entender que fuí muy imprudente. ¿Te dás cuenta, Conrado?"



—*"No, mi tio; porque si Vd. fué imprudente en* esa ocasion, se debió á un extraño estimulante."

—"Sea como fuere, esa fué la primera vez que tuve miedo. Hace diez años, me encontraba en Gœttinge, y, al pasar por una calle, ví un niño llorando.—"Porqué lloras, chico?"—le pregunté.—"Porque... una señora... me ha enviado... á llevar un frasco... para el Profesor... Frezenius,... he tropezado en una piedra... y el frasco se ha roto".—Me agaché para ver si en los fragmentos había alguna inscripcion, y en el momento mismo en que leía en uno de ellos "... *sence de Ioiola"* sentí que el malhadado perfume me subía á la cabeza. Volví á experimentar el estupor, y, cuando iba á comenzar el miedo, pasó un oficial amigo mio y tuve tiempo de explicarle en pocas palabras lo que ocurría; le pedí me llevara rápidamente al cuartel, explicara al médico del regimiento lo que pasaba, y que pidieran informes al cuartel de L., fecha... donde había pasado la última parte de mi mal trance. Y ahora, escúchame bien, Conrado. Pasando hoy á medio dia por Victoria-Straasse he visto un taller de modas: me acerqué á una vidriera creyendo reconocer unos manequíes, y ví una mujer ya madura que examinaba un sombrero. Su cara me era conocida de algun modo; yo la había visto muchas veces, no sabía dónde; pero, deduciendo años y arrugas, y mediando la circunstancia de las modas, reconocí á la francesa que me hizo conocer la Ioiola. En ese momento miró hácia mí, y acercándose rápidamente á la puerta vidriera, me hizo entrar. Tenía conmigo una familiaridad extraña, y hablándome en un aleman bastante correcto, me dijo:—"Han transcurrido muchos años, Señor Capitan; pero, al verlo, sin vacilar lo he reconocido. Vd. es el hombre más amable del mundo, y nunca olvidaré los cuatro días que pasó Vd. en mi taller."—"Señora, Vd. me llena de asombro. Fuera del estupor y del miedo de los primeros momentos, hay un blanco en mi vida que sólo termina al quinto dia en que me encontré en el cuartel, y sufrí seis meses de arresto."—"En efecto, Capitan"—continuó —"al cuarto dia fué Vd. arrestado por faltar á su cuartel sin permiso y sin aviso."—"Ignoro cómo fué; pero siempre me ha perseguido la terrible idea de haber cometido locuras."—"Eso es relativo";—dijo mirándome con cierta malicia—"á mí me hizo Vd. el efecto de estar en su sano juicio, aunque me decía con frecuencia que veía, como flotantes en el aire, mi cara y las de los manequíes. Como un recuerdo, he conservado el frasco que, sin duda por no estar bien tapado, dejó evaporar el contenido. ¿Lo reconoce Vd.? Todavía conserva algo del perfume."—Y sin determinar cómo había movido las manos, me encontré con el frasco abierto bajo la nariz.—"¡Qué imprudencia tan grande!"—exclamé al reconocer la deliciosa esencia—"¿qué ha hecho Vd.? y, sobre todo ¿cómo sabe Vd. que yo no estuve fuera de mi juicio?"—"Porque Vd. hizo una inspiracion de curioso, mientras que yo apenas inhalé una cantidad mínima

Una hora despues la lluvia habia cesado: quiso retirarse; pero la puerta estaba ya cerrada, y considerando aquella situacion como un hecho consumado, tomó un manequí, bailó con él un rato, despues con otros, y luego conmigo. ¡Qué bien bailaba Vd.! Oh! en esos cuatro dias hemos bailado muchas veces."—"Pero, por favor! ¿cómo lo sabe Vd.?"—"Simplemente porque yo tambien experimenté el estupor, ó más bien el asombro por lo exquisito del perfume, y sentí el miedo; pero todo cesó al pasar la lluvia."—"Yo acabo de sentir ese asombro, y ahora tengo el miedo."—"No tema Vd., Capitan; no perderá el sentido. Segura estoy de que Vd. ya no baila como ántes."—En ese momento, y viniendo del interior de la casa, penetró en el taller una jovencita como de veinte años. Al verla, aumentó el miedo que experimentaba, lo que me hizo pensar que había algo de autosujestion. Su belleza me era conocida ¿cómo no? ¡Mire que tratar de loco nada ménos que á un sábio de la talla de Johannes Clusius Albóndigus! Sí, visitala, porque es necesario que nuestros químicos alemanes practiquen el análisis elemental del perfume, busquen la estructura de su molécula, y procuren fabricarlo por síntesis. Con todas sus formidables virtudes, siempre vale muchísimo más que esa inmundicia que llaman "Heliotropo blanco". Es indispensable tambien buscar la planta. Esa señora ha sido muy amable conmigo, tanto que, cuando se presentó la niña, le dijo:—"Mira bien la cara de este señor, Ioióla, porque es un señor muy amable y muy bueno, y tú debes quererlo mucho."

Y durante algunos minutos quedó pensativo y con la mirada fija en el fuego. A veces murmuraba algo: ..."botánicos... Ioióla... hechos consumados... químicos... estupor... tú no veias lo que flotaba en el humo..."



Idéntica á la modista, veinte años antes. Pero mira, Conrado, hazme un servicio: tráeme de la biblioteca el tomo 3.º de la obra de Johannes Clusius Albóndigus."

Hice lo que mi tio me pedía.

Tomó el volúmen, lo abrió por la página 451, y allí, en letras bien grandes, se leía: *De plantae Ioiola vocatae virtutibus.*

—"Mira, Conrado, mira esto. Dime si no es un absurdo este título despues de todo lo que te he referido: *Sobre las virtudes de la planta llamada Ioiola.* ¡Llamar á todo eso virtudes!"

—"Pero tio, mire estotro: "Inmaturisinsanitasintertio."

—"Debe haber un error ahí por ese *Immaturis.*"

—"Es que Vd. ha leido mal probablemente."

—"¿Y cómo lo traduces tú, entónces?"

—"Muy sencillamente: *"En el tercero* (se sobreentiende *ataque*) *se presenta la locura en las personas maduras."*

—"Pero... ¿cómo en las maduras? Ahí dice *immaturis,* que es todo lo contrario."

—"Fíjese que aquí hay una *n* y no una *m.*"

—"*¡Donnerwetter!* tienes razon. Siempre habia leido mal."—Y se llevó la mano á la frente como para despejar una idea que lo incomodaba.—"No! no! seguramente esto pasa. No se puede designar como un tercer ataque. Sí; á estas horas, ya debería haber perdido la nocion de mi personalidad. Oye, Conrado. Ya estoy bien. Cuando pases por Victoria-Straasse, entra en el taller de la modista; salúdala en mi nombre y procura que te dé las señas del fabricante de perfumes en Paris. Es necesario desengañar á los botánicos. Hay que mostrarles la Ioiola.

Pocos días despues fuí á visitar á mi tio.

Estaba muy contento porque el perfumista le había enviado un ejemplar completo de herbario de la Ioióla (que á su vez había remitido á Engler, y éste le había escrito diciéndole que le agradecía mucho la planta y las fotografías del texto de Johannes Clusius Albóndigus en la parte que á ella se refiere; que podía asegurarle que no sólo era una especie nueva, sino tambien un género nuevo, y que se llamaría *Ioiola Blaggerdorffi*) y que remitiría porciones del perfume á los mejores químicos alemanes.

—"Todo ésto es obra tuya, mi querido Conrado Y ¿cómo te recibió la señora?"

—"Muy bien."

—"En qué idioma hablaron?"

—"En aleman."

—"¿Te preguntó algo?"

—"Me preguntó si hablaba francés, y le dije que ni una palabra."

—"¿Y?"

—"Me dió los datos que necesitaba, y, al acercarse á ella la jovencita, dijo á ésta en el más puro francés:—"Ese joven es tu primo hermano."

—"¿Qué dices?!"

—"La señora me hizo ver un retrato propio de cuando tenía veintidos años. La jóven se le parece muchísimo; pero las facciones en que no coincide se encuentran perfectamente definidas en el retrato de Vd. cuando tenia esa edad."

—"Trataremos en otras ocasiones de esos asuntos, que mi autor olvidó en el tomo *De incongruis,* y que nos quede por hoy la satisfaccion de haber dejado claramente establecido que no estaba loco Johannes Clusius Albóndigus."

Dib. de Friedrich. EDUARDO L. HOLMBERG.



El miserere gemía, tronaba en el órgano de la iglesia medioeval. Las notas del sublime canto, resumen terrible de nuestras miserias y esperanzas, escapábanse por la boca de los tubos abiertos, llenaban el templo, subían por las esbeltas columnas, corrían por las anchas cornisas, deteníanse en los bordados chapiteles, quebrábanse mil veces en las molduras de la piedra, perdíanse en el fondo oscuro de las naves llenas de sombras y misterio, para volver, nuevamente cargadas con los mil ecos recogidos en su trayecto y extenderse, como un halo de luz y armonía, sobre las cabezas de las monjas arrodilladas, quienes allá en las profundidades del coro, en actitudes de piedra, cantaban con sus voces maravillosas, las palabras sacramentales con que la liturgia romana celebraba el oficio de los muertos.

Y frente al altar mayor cuajado de cirios, en medio de los hachones y candeleros, cuyas llamas amarillas y temblorosas al aumentar el brillo de los dorados, hacían resaltar aun más la negrura de las amplias vestiduras tendidas en el fondo y á lo largo del altar en el sitio donde se coloca el féretro ó el túmulo que lo figura, Sor María de los Angeles, acostada sobre la dura tarima, que durante su vida sirviérale de lecho, amortajada con el hábito monacal, el cuerpo rígido, inmóvil, fijado en actitud hierática por la helada mano de la catalepsia, recibía y contemplaba al mismo tiempo, el último adiós con que la iglesia acompaña á los fieles que supieron morir en su seno.

Tened piedad de mí ¡oh Dios! según la grandeza de vuestra misericordia, borrad mi iniquidad. ¡Miserere! decía el órgano por la boca de sus tubos metálicos y las voces de las monjas arrodilladas, ahora agudas, ahora graves pero todas puras y bellas, elevábanse en la penumbra del coro, libres de las miradas de los hombres y de las cosas, para despertar allá en el fondo del templo, en el silencio de las naves, los ecos dormidos de la soledad y el misterio.

Lavadme y purificadme todavía más de mi iniquidad y limpiadme de mi pecado. Porque yo reconozco mi maldad y delante de mí tengo mi pecado. ¡Miserere!

Y el canto grave y profundo, lleno de la majestad de su significado, llegaba hasta el alma de Sor María de los Angeles. Ella, muerta en apariencia, con su cuerpo ya marcado por el sello de la eternidad, detenida al borde de la tumba abierta, no sólo para los hombres, sino también para Dios mismo, quien en los designios de su inescrutable sabiduría habíale concedido en el momento supremo, el privilegio de contemplar las profundidades del sepulcro, Sor María de los Angeles, seguía desde el fondo de su sueño cataléptico las ceremonias fúnebres de su propio enterratorio.

Pequé sólo contra vos y cometí maldad delante de vuestros ojos de manera que vuestra justificación y equidad serán reconocidos y vos saldréis victorioso al juzgar mi conducta en los juicios que vos se formen. ¡Miserere! decía la voz que llenaba el canto y nuevamente el coro de las monjas tomaba la última palabra y en una nota intensa y terrible, hacía resaltar ante la grandeza del Eterno la intensidad de nuestra misericordia.

Y Sor María de los Angeles bajo la imperiosa invocación de estas estrofas, pasaba revista á su vida tan pura, tan cándida y también sin combates ni zozobras. Veía desfilar ante sus ojos, como una serie de imágenes apagadas, casi borrosas los primeros años de su juventud, en el nido paterno protegida bajo el ala maternal como pajarillo temeroso y tierno y veía también, ya más claras y más precisas las de su adolescencia, allá en el colegio religioso, donde desde temprano había puesto en descubierto la bondad de su espíritu, la dulzura y simplicidad de su alma, donde también había sentido por vez primera la atracción sugestiva del claustro, aparecido ante sus ojos de niña incauta, sin experiencia, como el único camino digno de un alma cristiana. Y el único también, donde pudiera hallarse á cubierto de los innumerables choques y tentaciones que en su espíritu delicado y timorato y su alma sensible sentíase amenazada.

Mirad también, Señor, que vos amais la verdad. Vos me revelasteis los secretos y recónditos misteriosos de vuestra sabiduría. ¡Miserere!

Y Sor María de los Angeles recordaba su entrada al convento, su año de noviciado, largo, muy largo en su impaciencia de llegar al día ansiado de la consagración definitiva, sin que durante un momento sintiera la nostalgia de aquel mundo que tan poco

conociera y cuyos murmullos y sordos rumores apagábanse contra las murallas del convento, verdaderas columnas de Sion levantadas contra el pecado por las hijas del Señor.

Veíase después en ese mismo templo en el mismo sitio donde hallábase ahora bajo la mano helada de la muerte, en el día de su consagración. Sentía ó creía sentir el roce del velo simbólico y el frío de la tijera cuando cortara sus gruesas trenzas de negros cabellos, que hubieran podido servirle de manto á su cuerpo soberbio y escultural, como á aquellas bienaventuradas vírgenes de que habla el martirologio cristiano, sin que este sacrificio verdaderamente femenino, hubiera hecho estremecer una sola fibra de su alma. Sí, veía todo esto y recordaba aun la tranquilidad con que había pasado su primer noche conventual, ya monja consagrada, cuando al retirarse á su celda, diérase al descanso con el alivio de aquel que llegado después de larga y ruda labor al término de su jornada, tiene derecho de entregarse al reposo bienhechor en el seguro puerto del refugio definitivo.

Apartad vuestro rostro de mis pecados y borrad todas mis iniquidades. ¡Miserere! clamaba el órgano y sus notas adquirían las sonoridades del trueno, como si por la boca abierta de sus tubos de cobre hablaran aquellos profetas bíblicos cuyas palabras cargadas de amenazas, despertaban á la misericordia y á la bondad el corazón endurecido de los monarcas de la tierra. Y el coro de las monjas elevábase alto, como si quisiera alcanzar en la ansiedad dolorosa de sus almas de vírgenes, entregadas al sacrificio silencioso y abnegado, el perdón y la misericordia divina para todos aquellos que sufren sobre la tierra, no importa la extensión de su miseria é iniquidades.

¿Mis pecados? — preguntábase Sor María de los Angeles. ¿Mis pecados? ¿Cuáles han sido?, ¿cuáles han podido ser? ¿Cuáles podrán llevarse á la gloria por el camino lleno de espinas pero triunfante de la redención? ¿Cuáles han sido las llagas que mis pies han adquirido en el camino del calvario? ¿Mis iniquidades? Si toda mi vida, cuidada, protegida por las paredes del convento, se ha deslizado en la dulce y tranquila monotonía del arroyuelo en la llanura. ¡Ni una sombra, ni un desvelo, ni una preocupación digna de ese nombre; mi espíritu encerrado en el molde estrecho de sus devociones, mi carne indiferente, dormida, dominada, muerta por el cilicio y el ayuno! ¿Cuáles podrían ser sus pecados — preguntábase, cuando hasta el ligero estremecimiento de ansiedad, de vacío, que rarísimas veces había experimentado, llenábalo con exceso gracias al auxilio inmediato de sus rezos y devociones?

Que si vos quisierais sacrificios, ciertamente os los ofreciera, más no os complacéis con sólo holocaustos. ¡Miserere!

El órgano y las voces de las vírgenes, allá en la tumba del coro, elevábanse juntas en un acorde intenso y sonoro, como si esta vez en el dulce deber de cantar la gloria del sacrificio, por la fe y la adoración del Eterno, no quisieran cederse. Y el canto y el órgano celebraban con sus notas más bellas la sangre derramada en todos los suplicios, bajo todos los climas, en no importa que parte de la tierra, mientras los mártires insensibles, testimoniaban así la gloria imperecedera del Señor de los Cielos.

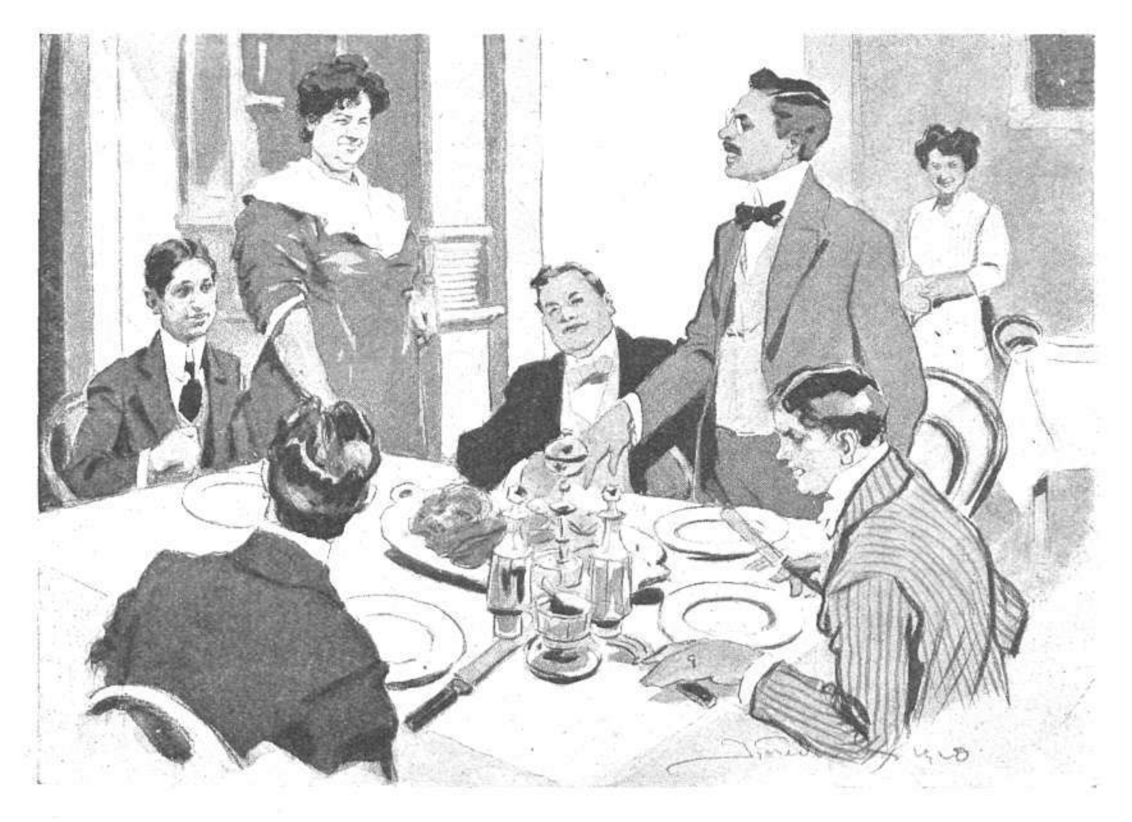
Señor: ¿qué puedo ofreceros?, clamaba, sollozaba en su cerebro la voz de la conciencia de Sor María de los Angeles, mientras el coro decía:

El espíritu compungido es el sacrificio más grato para Dios: no despreciéis ¡oh Dios mío! el corazón contrito y humillado. ¡Miserere!

El órgano parecía callarse y la voz de la monja que llevaba el canto, elevábase en una nota magnífica, soberbia, buscando alcanzar las regiones superiores donde sólo las almas purísimas despliegan sus alas inmaculadas. Por momento parecía vencida, cansada como si el peso de nuestras iniquidades fuera bagaje demasiado cargado para escalar las alturas, pero entonces el órgano acudía solícito en su auxilio y en acordes suaves, dulcísimos primero, más fuertes después dábale apoyo, sosteníale y unidos entonces y creadas nuevas fuerzas, la frase humana tomaba su vuelo en notas soberbias, magníficas, impregnadas de triunfos, de gloria, de fe y de armonías. Pero luego nuevamente el órgano cargábase de sombras y sus notas graves, llenas de dolor, de miseria y de lágrimas, adquiría la sonoridad del trueno y las voces y acordes terribles de aquellas trompetas bíblicas, que hiciera caer las murallas de la ciudad condenada. Dijérase entonces que toda la miseria de la humana ralea, hija de corrupción y del pecado, corroida por todos los vicios, sacudida y agitada por todas las pasiones, sujeta á todos los males que devoran su cuerpo y su espíritu, quisiera en un sollozo de su dolor infinito, ponerse en descubierto á los pies del Señor, para solicitar en la intensidad de su miseria, su misericordia sin límites. Y en este instante la voz del coro impregnada de sollozos, uníase á la del órgano y juntas ya para no separarse más en acordes inmensos, sublimes, hijos de todos los dolores, llenaron el templo y crecidos, aumentados por miles de ecos de la piedra y de las naves sonoras, llegaron, rodearon á Sor María de los Angeles, golpearon su cerebro, penetraron en su alma, despertaron en ella los sentimientos de su juventud hasta entonces dormidos, muertos por la plegaria inútil, pusieron en descubierto todo lo bello, todo lo grande, todo lo hermoso, que habían encerrado y que ella, Sor María de los Angeles, había sido incapaz de comprender, ignorando, despreciando el tesoro de amor que el Señor, en su misericordia infinita, había depositado en su seno, para luchar con eficacia contra la turba innumerable de miserias que nos asaltan, desde el día primero que abrimos los ojos á la luz de la razón; al comprender todo esto y darse cuenta de que ya era tarde para ofrecer al Señor la ofrenda dulcísima de las lágrimas derramadas bajo el acicate del sufrimiento humano, sintió en su alma una desesperación, un dolor tan inmenso, tan grande, tan infinito que su espíritu voló para siempre de su cuerpo miserable hoy, hermosísimo ayer, para encontrar bajo la llama purísima de ese mismo dolor, el camino de la bienaventuranza eterna, tan inútilmente buscada durante tantos años por el sendero de la seguridad tranquila y silenciosa. ¡Miserere!

Luis AGOTE.

Dib. de Hohmann.



¡A lotear!

Doña Paca "daba de comer" á unos treinta pensionistas y hospedaba una decena. Entre éstos figuraban dos estudiantes de medicina, Carlitos Lloveras y Alberto Baizán "el vasco", un chico coloradote con desplazamiento de 90 kilos, entusiasta por los juegos de fuerza: dos de derecho, Pedro Larroque y Elías Fernández: uno á punto de terminar el bachillerato, Alfredo, "el pibe", aunque no fuera esta precisamente la palabra con la cual por lo común le designaban.

El resto de los pensionistas, cantidades negativas en aquel conjunto de cifras absolutas, — según la opinión que los estudiantes tenían de sus respectivos valores.

Era la del almuerzo y la hora en que los nervios de doña Paca sufrían inevitable crisis.

Los cinco personajes, á las 11, contra la vaga esperanza de doña Paca, se encontraban en su mesa, anunciándose con un continuo y fatídico golpear de cuchillos y cucharas en copas y platos.

— Che, María, decile á tu patrona si es para hoy ó para mañana.

— Pa mí que no se corre, che. Andá, que largue la carrera no más. Apuesto cinco derechos á que tenemos salchicha — opinó Elías.

— Y yo un medio Nelson contra una cintura de atrás á que viene flan de postre ("el vasco").

— Mi examen de semiología contra el arroz con leche (Carlitos).

— ¿Y diste, che? — interrumpió Baizán.

— Todavía no. Hoy la mesa estaba insoportable.

— Mirá, lo que te aconsejo es que si no te encontrás seguro, no dés, porque la semiología es la base de la medicina.

— Sobre todo, para mi especialidad.

— ¡Ah! sí, ya sabemos. Lo de las tierras pa lotear, por mensualidades.

— Claro, pues. Para un médico, che, no hay especialidad mejor.

— ¡Y para un abogado!

No suscitaba discusiones tal opinión.

— ¡Ah! ¡Ahí está, puchero de los dioses! — exclamó con énfasis Larroque.

María, — María era una china, retaconada y cadernda, de ojos negros, brillantes como ascuas que encendía la ira, ante las pullas de los cinco energúmenos, — dejó la fuente en mitad de la mesa.

— María, una copa.

— María, un tenedor.

— María, un cuchillo.

— ¡María! ¡María! este pan es del siglo pasado...

Carlitos, que había tomado los cubiertos para servir, los dejó de pronto con estrépito.

— Un momento, compañeros. ¡María! A tu señora que venga.

— Que, ¿le falta algo, señor?

— Que te digo que la llames. Vamos, rápida.

Doña Paca se quedó alelada. Alguna nueva intriga sin duda.

Pero había que ir.

Carlitos, al verla, púsose de pie y dijo:

— Señora — pausa. — Señora: Aquí venimos á comer y no á que se nos ofrezcan problemas insolubles En esta fuente, señora y señores, — y quien lo dude puede acercarse á comprobarlo, — hay catorce garbanzos, y somos cinco. Señora, ¡usted nos adeuda un garbanzo!

Doña Paca echaba puñales por los ojos. Y, sin decir palabra, alzóse el ruedo del batón y salió con pausado andar. Y regresó en seguida trayendo un plato y en el centro un garbanzo. Dejó la pesada carga en la mesa y dirigiéndose á Carlos:

— ¡Botarate! — dijo, y se retiró dignamente, erguida la cabeza.

* * *

Mas no se crea en consecuencia, que doña Paca quisiera mal á Carlitos, ni á sus compañeros. Sobre todo por Carlitos sentía cierta debilidad parecida á la inclinación maternal por el hijo alocado, calaverón y perverso, que hacía que á ratos estuvieran á matarse y á ratos se engolfaran en íntimas confidencias y hasta hubieran terminado algo así como un pacto para ayudarse en trances difíciles. Cuando escaseaban los pensionistas, Carlitos los traía nuevos, y casi á empujones.

— Pero qué me vas á decir á mí — afirmaba á algún estudiante hospedado como él en la casa de otra doña Paca ó doña Joaquina, — venite no más! La comida por ahí se anda, che, y sobre eso tendrás unas tertulias con bailecito de vez en cuando, que te van á dejar encantao. Y ¿sabés? las hijas de doña Paca son dos pimpollos, che, que ni de encargo. Y con decirte que no me llevan el apunte y que vos podrás tener más suerte ¿qué más querés que te diga? — El argumento era terrible y el candidato terminaba por tragarse el anzuelo.

Y es necesario advertir que á este resultado arribaron tras una histórica explicación; histórica, naturalmente, por varios motivos, para ambos personajes.

Doña Paca era una honorable viuda, más de cuarentona, con dos hijas, dos morochas presumidas, alegres y bonitas por añadidura. Casada á los 20 con un corredor de bolsa, pasó 10 años siguiendo la veleidad de suertes diversas. Ya los sobresaltos de una situación de bancarrota con el consiguiente apremio de pagarés que aparejaba impresumibles economías, ya la largueza y el despilfarro de millonarios improvisados, y, de vez en cuando, muy pocas, seis meses ó un año, la vida tranquila del burgués de envidiado pasar. La muerte del esposo dejó un puñado de centavos que nada resolvían para el porvenir. Doña Paca se instaló entonces con casa de pensión.

Cuando Carlitos ingresó allí, María Luisa, la mayor



de las hijas de doña Paca, trasponía los dinteles de los 20 años. Hubo flirt, mensajes escritos más tarde y entrevistas rápidas luego, hasta que las cosas tomaron un cariz tan serio, que doña Paca intervino. La entrevista dejó bien delimitada la posición de ambos contendientes:

— Como no, Carlitos. Entiendo sus buenos propósitos. Pero ni es usted rico, ni yo me dejo deslumbrar por una posición venidera librada al azar de la fortuna. Usted será médico, no lo dudo. Pero, créame: usted debe casarse con una muchacha "representativa". Yo tengo experiencia y sé lo que digo. El amor está bueno para los libritos, pero sin esto (y realizada la consabida señal) el amor se acaba. Y no creo tampoco que usted tome tan á pechos la cosa. Usted ha venido á hacer fortuna, y por mi parte puedo asegurarle que apenas salgo de las trampas.

— Pero, señora, tendré una carrera.

— ¡A cuantos he visto salidos de aquí abogados y médicos, que hoy se mueren de hambre archivados en una oficinita y con tres ó cuatro hijos que les cortan las alas! Y todo ¿por qué? Por haberse apurado. Y no le cuento el porvenir de mi hija siguiéndole á usted, en la suposición más favorable, perdida allá por el Chaco ó la Pampa, picada de las víboras ó ataraceada por las vinchucas. Vea, más me conviene casarlas con Larroque, aunque resulte provinciano, pero con cañaveral, y con Baizán, aunque no resulte dotor sino en trompadas y tomas de cabeza, pero que tiene que lotear, como usted dice, ó con algunos de los tenderos estos, que con usted. Y á usted... A usted, si es juicioso, puedo ayudarlo, siempre que me ayude, se entiende. Y después de todo, vea: hablemos claro. Yo lo entiendo y usted me entiende. María Luisa y Larroque, y Rosita y "el vasco", harían dos buenas parejas, y usted... usted tendrá para lotear.

Se entendieron. ¿Cómo no habían de entenderse, si ambos perseguían un mismo fin?

A Lloveras le fué fácil cumplir su parte en el plan. Dejando el campo libre, Larroque y Baizán cayeron como dos chorlitos y la promesa de casamiento se solemnizó en una íntima fiesta. Y doña Paca tendió asimismo sus líneas. Tenía sus candidatos. Unos chacareros, don Antonio y doña Asunción, ahí, á media hora de Buenos Aires, con una hija soltera y otra mal casada, — según su expresión, — con un ex peón de aquél: un galleguito acriollado que para conseguir su propósito y vencer la natural oposición de sus patrones á la sazón, había puesto en duro trance el decoro de la familia.

— Vea, Carlitos, 150 cuadras, sobre el ferrocarril y á media hora de Buenos Aires. Yo entiendo eso, m'hijo. El finado poseía métodos infalibles y llegaría ¡cómo no! á lotearles algo. Pero, es claro, con mejor conocimiento del negocio que usted.

— Pero, ¿y qué voy á hacer yo? Enredarme en las cuartas, seguramente.

— Usted, ¡Inocente!... ¿No? Enamora á la muchacha. No es fea, se lo aseguro: algo chacarera, está claro. Se casan, trabaja al viejo, se arregla con un rematador y, créame, es fácil conseguir una estación en el campo, y sino, ¿cree tarea difícil alquilar unos rieles de tranvía y dejar uno aquí, otro allá y anunciar "Concesión Franklin ó Bryan", por ejemplo? ¡Si viviera Roberto ó tuviera un hijo como usted!

* * *

Después de la escena referida al comienzo de esta más que verídica historia, hubo nueva entrevista. Doña Paca estaba furiosa.

— ¡Botarate! ¿Le parece graciosa la escena, no?

— Señora, estoy cansado, ¿sabe? María Luisa y Larroque y Baizán y Rosa marchan, pero yo, en las cuartas, es lo que digo.

— Sí, ¿eh? Usted, por impaciente y botarate, es capaz de echar á perder cualquier cosa.

— Pero yo le aseguro que Larroque y "el vasco"...

— Cállese. Lea este final. ¡Qué me dice? Aquí estarán para Navidad y Año Nuevo. Unos veinte días. El viejo no viene ni José, es claro, hay que recoger las arvejas y cuidar las papas. Usted se encarga de Ernestina y yo... lo ayudaré, confíe.

Por la noche se reunían en las habitaciones de doña Paca. María Luisa y Rosa tocaban el piano y cantaban, y todos, hasta la vieja doña Asunción, trastornada, daba sus vueltas de baile. Lloveras se hacía el sentimental y acompañándose en la guitarra lanzaba sus dardos:

Unos ojos negros
Vidalitá
Me encienden el alma
Y unos labios rojos
Vidalitá
Me roban la calma.

Lo demás lo hicieron algunos apartes con pizca de romanticismo. Quedaron comprometidos. El convencer á los viejos y vencer la resistencia de José, resistencia seria seguramente, porque él también seguiría un plan, corría por cuenta de doña Paca. Y obtuvo, á pesar de las insidiosas afirmaciones de José, que juraba que Carlitos quería casarse únicamente para saquear al viejo, el ansiado consentimiento. No hay para que advertir que José y Carlitos se odiaron desde que se vieron. La boda se realizó en seguida y el plan se puso en práctica, sobre el tambor.

Don Antonio, establecido allí treinta años atrás, no otorgaba hasta entonces otro valor á sus tierras, que el que representaba el producto de su penosa vida de chacarero y no sospechaba siquiera, lo de los cientos de miles de que hablaba Carlitos. Las cifras pasaban como ráfagas deslumbrantes, pero no se decidía. Daba largas al asunto. Cedía ahora, retrocedía luego. Dudaba: José le envenenaba con su idea obsesionante de que aquello no era sino una trampa.

Por última instancia, se decidió reunir consejo de familia. José llegó lerdo y sombrío: presentía que el intruso aquel le iba á birlar el campito con el cual, al fin, había soñado quedarse. Carlitos habló largo, y minucioso resultó en la exposición. El sindicato estaba formado y participaba la empresa del ferrocarril, que colocaba una estación en el campo y recibía, en compensación, seis manzanas junto á ésta. Treinta manzanas inmediatas constituían el pueblo. Se dividirían en lotes y su producto, por partes iguales, correspondía al sindicato, á don Antonio y á él. El resto del campo, unas cien hectáreas, le serían compradas á razón de 2.000 pesos la hectárea, al contado, sobre la cual suma él, Carlitos, se cobraría la comisión — era justo, puesto que con su idea todos se enriquecían — de un 5 por ciento.

La batalla había sido ganada. Las mujeres, sugestionadas por la verba de Carlitos, aprobaron á más y mejor. En la actitud suspensa de don Antonio, adivinábase que cedía. Faltaba un voto: José.

Carlos, en un punto se ofreció, indudablemente, poco hábil. Y fué en no halagar la avaricia de José, que al oir lo de los lotes y lo que producirían para el sindicato y para don Antonio, estuvo á punto de decidirse en favor de Carlos. Pero al entender que él no participaba de nada y para gozar de aquella fantasía de miles tendría que aguardar la muerte del suegro, que Dios sabe cuando se produciría, resignándose á lo más á seguir como un buey tirando del arado, mediante una caritativa y odiosa habilitación, adoptó su partido definitivamente. Quedó un buen rato inmóvil masculllando frases ininteligibles, y luego, tras el repetido acomodarse en la silla, con una calma siniestra y clavando la cazurra mirada en los ojos de don Antonio:

— ¿Y no le dije, viejo, que éste venía á saquearnos?

Y Carlos, ciego de ira:

— ¡Tomá, gallego taimado!...

Rodó por el suelo á impulsos del puñetazo, pero se irguió, como si fuera de goma, y Carlos rodó á su vez, lanzando un ahogado quejido.

Rodolfo **ROMERO.**

Dib. de Friedrich.





DENTRO DE LA LEY

Para "Caras y Caretas".

Ventiocho días hacía que Miguel de Vargas luchaba con la muerte. Mal herido, trajéronle una noche. Su rostro, rostro de otra edad, imagen de retrato antiguo, pálido, venía como una carátula de marfil donde un artífice exquisito hubiese labrado la santa faz del Señor Jesucristo en su tránsito glorioso después de la doliente agonía.

Aquel cuerpo gallardo del último heredero del preclaro linaje de los Vargas, había caído como rama de roble abatida por la centella. Cuando Carlota Sandoval hubo de recibir así el casi cadáver de su esposo bien amado, de aquel hombre á quien ella amaba y reverenciaba con la más noble sumisión, pensó morir ella también. Y si no murió en el momento fué porque aquel cuerpo maltrecho requería cuidados de abnegación, solicitudes de cariño que ella tan sólo podía y debía consagrarle.

Con unción religiosa llegábase á su lecho, y no apartábase de él más que para dirigir entre las gentes de su servicio cuanto fuera menester para el alivio del herido. Cuanto de la aplicación de los remedios se trataba, no lo confiaba Carlota á persona alguna. Sólo á sus manos albas y suaves como lises, érales lícito llegar hasta aquella carne, hasta aquel pecho, arca fuerte guardadora de un gran corazón, arca profanada por el brazo alevoso que envió sobre él los plomos homicidas.

Fuera un accidente cualquiera, fuese un infortunio que el azar envió, ó que el mismo Miguel de Vargas habíase buscado, y aquella esposa tierna y valerosa como una mujer bíblica le cuidara amante de todos modos. Pero Carlota sabía quien era el desalmado que en una noche obscura había disparado sobre Miguel en las tinieblas y el misterio de una calleja solitaria. No valió al agresor la cobardía de buscar la impunidad en las sombras. A tiempo fué apresado y la justicia pesaba sobre él. Carlota sentía otra herida en su alma al saber que el miserable Juan del Villar, el hombre cuyas audacias de liviandad ella rechazara una vez y otra vez, era quien había querido arrebatarla aquella vida que era su valimiento y su defensa á más de ser su amor.

Ventiocho días hacía que el doliente parecía unas veces avanzar hacia el reino ignorado donde la muerte tiene su trono de azabache, y otras parecía que la fea descarnada le abandonaba al mundo como si no le quisiera tan presto para llevarlo á sus estados. Cada vez que el médico abandonaba la estancia del herido dejaba en Carlota un dolor buido ó una esperanza más cruel que el dolor mismo porque llevaba la duda de su confirmación.

—¿Se morirá, doctor?—le preguntaba llena de ansia y de tristeza.

—¿Quién asegura *nada*?—respoondíala el viejo sabio de los lentes de oro, con un exceso de prudencia, y de temor de aventurar conceptos.

—Nuestro abogado me ha dicho que de la duración de la herida depende la pena que se le imponga al criminal.

—Y ha dicho bien el abogado. Si curase Miguel antes de los treinta días, la pena impuesta á su agresor sería pequeña. Si muriese, Dios no lo permita, después de esos treinta días también habría dudas, y el defensor las aprovecharía, para imponerle una pena severa. Si por desgracia, su marido de usted muriese dentro de los treinta días, caería sobre el asesino todo el peso de la ley.

—¿Pero Miguel se salvará pasado el mes?

—Vuelvo á decir lo que antes dije. ¿Quién asegura nada?

Y con ese rostro impasible de los hombres acostumbrados á hallarse todos los días cara á cara con el dolor, el viejo médico se despidió con una reverencia.

Y Carlota anonadada, sintiendo sobre ella la garra enorme de la desventura, deslizóse muy lenta hasta la alcoba donde Miguel se hallaba. El herido tenía un momento de reposo y dormía. Ante su faz lívida é inmóvil, vieron los ojos visionarios de la enamoroda como las alas de la muerte pasaban sobre él y rozaban aquella frente tan noble y tan serena. Tuvo frío de miedo, y acercándose con paso quedo, acercóse á sentir si el esposo respiraba todavía. Y respiraba.

Sin embargo quiso convencerse mejor y le llamó muy suavemente. Y el bien amado abrió muy despacio los ojos, y dejólos dulcemente puestos en los de ella.

Reposaba el esposo en un lecho ancestral, un amplio lecho de parada, con sus columnas de caoba obscurecida por los años. En los intercolumnios grandes damascos carmesíes caían hasta plegarse sobre el tapiz. En aquel lecho habían

nacido, habían amado, y habían muerto sus abuelos hasta muchas generaciones de su estirpe. Tenía algo de templo, algo de camarín, y algo de panteón.

Ante el halago de la mirada del esposo, Carlota sintió luz y calor en su alma yerta.

—¿Qué tal estás?—le preguntó.

Y él haciendo un esfuerzo por sonreir y otro esfuerzo para que su sonrisa no fuera una mueca, la contestó:

—Bien estoy, bien estoy junto á ti.

Y sus ojos, mal de su grado, tornábanse á cerrar. Y ella le contemplaba con los ojos inescrutables de una esfinge.

Al otro día, en el cual cumplíanse los ventinueve desde que Miguel cayó herido por la mano traidora de Juan del Villar, Carlota vió amanecer sentada junto á la cabecera del doliente. Cuando el médico fué llegado, repitióse entre ellos el triste diálogo de la víspera, el monótono y aterrador diálogo de todos los días.

Más tarde, Clara Bernal, la amiga de siempre, la buena compañera de Carlota, acudió como de costumbre á ofrecerla el consuelo de compañía.

—Es muy difícil que se salve—decía Carlota con voz de angustia y de sollozo.

—Pero el asesino recibirá el castigo—contestaba Clara pugnando por mitigar una tristeza para la cual ella sabía que no era posible alivio alguno.

—No. Ese miserable tendrá la suerte de que Miguel pase de los treinta días sin peligro. Sin embargo le habrá matado y para muchos no será su asesino.

Y los sollozos estallaban, y su pena mal contenida hallaba desahogo en los brazos de la buena amiga.

Y llegó la tarde, y el día se perdió poco á poco, y llegó la noche aterradora con su cortejo de sombras y fantasmas. Carlota, á solas con el enfermo, mirábale en éxtasis supremos, y cuando veía sus ojos cerrados por un sopor enfermo acariciaba aquellos párpados como si temiese que no se abrieran más.

Oculta entre los damascos del cortinaje, dentro ya del recinto del lecho, parecía como si se asomase á otro mundo, como si hubiese traspuesto los umbrales de otra vida. Era aquella una región de amor y de misterio, isla encantada en medio de una ciudad.

Carlota contemplaba al herido en el paroxismo de un arrobamiento extraño. Sentía que aquella vida se escapaba, y sabía que aquel crimen no había de tener el castigo que merecía. El tiempo transcurrido desde el suceso. Una benevolencia de los médicos en los dictámenes. Tantas cosas podían influir para que el agresor no fuera debidamente castigado. Y su rencor de mujer que sufría dos dolores y dos ultrajes se revolvía al pensar que el canalla podía encontrar un hilo de salvación para no expiar cumplidamente el crimen.

Y el demonio de las venganzas, sutil y violento á la vez, se apoderó de su alma. Ya no tendría más á su marido, tardaría en llegar el momento mortal, pero sólo tardaría para salvar al asesino, y no al herido. Y Carlota rodeó suavemente con sus manos la garganta de Miguel como si la acariciara tiernamente.

—¿Qué me haces?—preguntaba Miguel con la voz tenue y mortecina que le permitía una respiración fatigosa, lenta y apagada.

—Ya lo ves, abrazarte—le contestaba Carlota con voz de miedo.

Y los ojos de Miguel se cerraron como si se abandonaran al sueño.

Carlota estrechó poco á poco sus manos sobre aquella garganta bien amada. Y apretó, apretó suavemente.

Cuando llegó el médico, el viejo médico de las gafas de oro, el hombre indiferente y sereno que no alteraba nunca sus palabras, ni revelaba jamás sus juicios concretos, dijo á la esposa que su marido había muerto. No le extrañaba. La bala había rozado los pulmones, y hubo un momento en que el herido no había podido respirar.

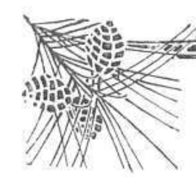
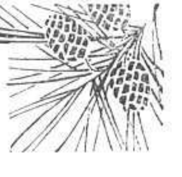
Y Carlota con la vista fija en el suelo nada dijo, ni el doctor nada insistió respetando el gran dolor mudo de la recién viuda.

Ella aun en medio de su dolor, pensaba en que muerto Miguel dentro de los treinta días, habría de caer sobre Juan del Villar el peso entero de la ley.

Pedro de RÉPIDE.



Dib. de Hohmann y Méndez Bringa.

Las mocedades de San Martín

Para "Caras y Caretas".



Retrato del general Teodoro Reding, hérce de Bailén

I

AVENTURA PELIGROSA

La obra admirable del general Mitre, tan detallada y puntual en cuanto se refiere á la existencia de San Martín en América ofrece en lo relativo á su historia militar en España, lagunas irremediables á pesar de la erudición pasmosa del ilustre historiador. Fundada en lo esencial en el conocimiento de tres hojas de servicio (1808, 9 y 11) sólo en vagas y, como hemos de ver, inexactas suposiciones cimenta el relato de sus hechos desde que pelea en Bailén hasta que en enero de 1812 embarca en Londres para Buenos Aires en la fragata "George Canning".

Un feliz descubrimiento hecho por nosotros en el archivo militar de Segovia, nos permite ofrecer á los lectores de CARAS Y CARETAS las primicias de documentos que aclaran y completan lo que de erróneo ó dudoso corre impreso acerca de aquella época obscura.

Mucho pudiera hacerse todavía para puntualizar y reverdecer aquellos primeros períodos de la vida del gran hombre y hasta hoy tan sólo indicados de pasada. Devolver, con detenido estudio de documentos inéditos, color y vida propios á aquella no historiada guerra del Rosellón, á la que asistió como oficial del Regimiento de Murcia; seguirle cuando escucha los primeros disparos de la guerra de la indépendencia española, en la batalla de Alcolea como capitán segundo del regimiento de Voluntarios de Campo Mayor, única fuerza regular en la jornada y que conquista en ella por su bravura el caluroso elogio de Dupont; verle pasar por la presurosa organización del ejército que venció en Bailén, de la infantería donde había servido siempre, á la caballería, á la sazón escasa de oficiales para sus improvisados escuadrones, tomando el 6 de julio del año 8 puesto en las filas del Regimiento de Borbón; seguirle como ayudante de campo del general marqués de Coupigny que con amistosa instancia le reclama, todo esto constituiría interesantísima labor, tal vez impropia para la prensa periódica.

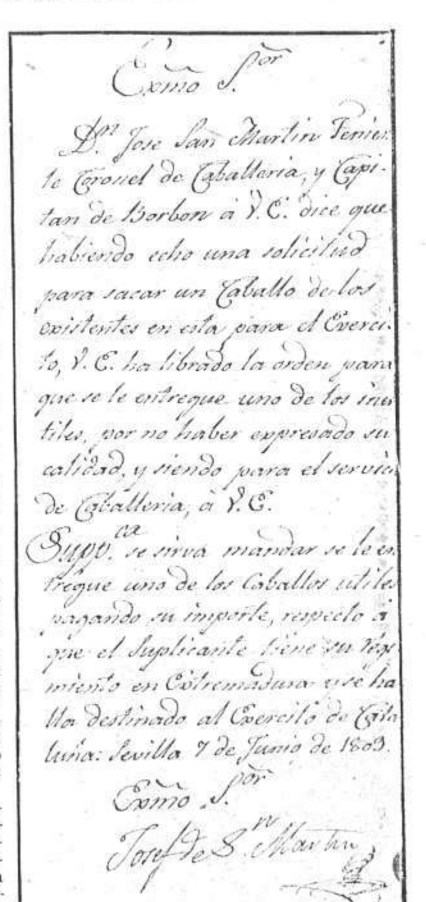
Por ella formaríamos perfecta idea del ambiente en que respiraba y se movía el futuro vencedor, que aprendió entre los riscos del Pirineo á dominar los Andes: ésta, su prehistoria, arrojaría luz radiante sobre los hechos portentosos de su vida triunfal.

Siguiendo en su carrera al niño, que viste el uniforme á los doce años no cumplidos, y á los 14 forma en la compañía de granaderos en los treinta y tres días de recias embestidas de los moros á Orán, y á los diez y siete es ya veterano actor de aquella gloriosa guerra del Rosellón en que los españoles son los únicos que resisten con fortuna los embates de la marea revolucionaria, asombro y terror de los ejércitos á la Federica, se comprendería mejor el trabajo de reconstrucción organizadora realizada luego por el insigne caudillo. Por este análisis de su mocedad resulta comprensible y natural que, quien se mueve con segura planta en los campos de batalla, muestre receloso desdén á invadir, después del triunfo, los enmarañados laberintos de la política, toda insidias y traiciones y para su genio antipática y obscura.

* * *

Tocaba á su fin el primer año del siglo XIX, tan memorable en los fastos militares del mundo. Daba comienzo para los españoles con la insignificante campaña de Portugal, limitada al simulacro de conquista de la plaza portuguesa de Campo Mayor y que mereció de nuestros valientes la denominación donosa de "Guerra de las Naranjas", al ver que el generalísimo príncipe de la Paz ofrecía á sus majestades, á falta de laureles sangrientos, ramos del dorado fruto en los jardines de Yelves.

Aquella movilización difícil y premiosa, había descubierto á la vista perspicaz del bien intencionado Godoy, los defectos de una organización



Exmo Sor

Dn Jose San Martin Teniente Coronel de Caballeria, y Capitan de Borbon á V.E. dice que habiendo echo una solicitud para sacar un Caballo de los existentes en esta para el Exercito, V.E. ha librado la orden para que se le entregue uno de los inutiles, por no haber expresado su calidad, y siendo para el servicio de Caballeria, á V.E.

Suplica se sirva mandar se le entregue uno de los Caballos utiles pagando su importe, respecto á que el Suplicante tiene su Regimiento en Extremadura y se halla destinado al Exercito de Cataluña: Sevilla 7 de Junio de 1808.

Exmo Sor

Jose de Sn Martin

Solicitud de San Martín, en la cual pide la entrega de un caballo útil, pagando su importe

que hacía del alto mando de nuestros ejércitos patrimonio casi exclusivo de la clase aristocrática, á la vez que ofrecía representación desproporcionada en nuestras filas á tropas extranjeras, suizas, irlandesas, walonas y napolitanas.

Dedicó sin tardanza el laborioso príncipe sus honrados esfuerzos á mejoras inteligentes, que hubieran dado á no dudar óptimos frutos en circunstancias menos azarosas, consagrándose á destruir abusos y acrecentar ventajas, con arrogante brío que contribuyó no poco á su caída y descrédito.

El regimiento de Murcia, en el cual llevaba ya el segundo teniente don José de San Martín doce años de excelentes servicios, comenzados á los once de edad bajo los auspicios de su padre, capitán del mismo cuerpo, fué destinado á Salamanca para nutrir sus filas desmedradas á la sazón, no por las bajas de una campaña inofensiva, sino por las escaseces de la maltratada hacienda española.

Para acopiar reclutas indispensables, el regimiento destacó, según costumbre, partidas de enganche á las ciudades circunvecinas: la que el teniente San Martín mandaba tuvo por centro y base de sus operaciones á Valladolid.

No era fácil empresa la que al oficial de veintitrés años se encomendaba. Constituían el elemento activo de tal comisión los sargentos enganchadores, simpáticos charlatanes que, poniendo paño al púlpito en las mugrientas mesas de las tabernas, desplegaban ante los mozos mal avenidos con la monotonía del trabajo regular, el cuadro embelesador de las delicias que el furibundo Marte brindaba á sus hijos amados, triunfante siempre en batallas y galanteos. Ofrecía poderosa ayuda á su razonar convincente el zumo de las cepas castellanas, que al tiempo mismo exaltaba al verboso orador y predisponía al entusiasmo á sus oyentes de veinte años. Y, para colmo de elocuencia aplastante, el rumboso y franco alarde con que el sargento hacía resonar sus faltriqueras pidiendo más vino con voces estentóreas, constituía prueba plena de que el rey no había de consentir que sus valientes se privasen en los ocios de la paz de cosa de su agrado, ni menos padecieran sed donde hubiese figones bien provistos y figoneras ávidas de vender y bromear.

La Supma Junta Sa no ha venido en condescender con la instancia qe ha hecho el Ten.e Coronl Dn José San Martin Capn agregado al Regto de Cabª de Borbon en solicitud de que para seg.e se le entregue un caballo de los Valle. de la Requisicion general. De Rl Orden lo comunico á V S pª su inteligª y del interesado. Dios gue á V S ms as Rl Palº del Alcazar de Sevª 9 de Enº de 1809. Sr Subinspector de Infanteríª

Contestación á la anterior solicitud

Un simple trato entre el ladino sargento y mozos exaltados por discursos y libaciones bastaba á convertirlos en soldados ceñidos á férrea disciplina, muy distante en realidad de los anuncios del reclutador al ofrecer, con longanimidad bonachona "un asilo á los mozos que aborrecían el trabajo, ó reñían con sus padres, ó tenían algún recelo de la justicia".

Como el número de soldados que se obtenía con estos medios, designados en el lenguaje oficial con el nombre de "recluta voluntaria", no alcanzase á cubrir las necesidades del servicio, fuerza era apelar á la "recluta forzada", alternando las levas, que obligaban á vestir el honroso uniforme "á todos los vagos y mal entretenidos, aplicados al servicio por los tribunales del Reino", con las quintas en que la suerte llevaba á las filas á aquellos que, por menesterosos y desamparados, no tenían tierras ni privilegios que defender.

Terminada á la postre la comisión enojosa recibe San Martín orden de incorporarse á sus banderas y, en cumplimiento de ella, marcha por jornadas hacia Salamanca al frente de su partida, llevando en la maleta, á la vez que el simple equipo que corresponde á un hijo de los campamentos, los 4.000 reales mal contados con los que ha de atender á los gastos de su comisión.

El oficial tenía, por ordenanza, *derecho á un bagaje* para él, pagándolo con arreglo á prefijada tarifa: módica ésta y pésimos los caballejos que á regañadientes le facilitaban los justicias, bien podían ambas partes contratantes repetir á la vez la misma copla:

Ni me has quedado á deber,
Ni te tengo que pagar...

Obligación era esta harto ingrata para los pueblos que al arribo inopinado de fuerza armada, además de las molestias del alojamiento, tenían que suministrar raciones cuyo precio se les reintegraba tarde y con daño.

De ahí que la precisión de buscar un menguado caballejo para el oficial se les antojase remate aborrecido de tales cargas; la gota de agua que hacía desbordar el vaso rebosante de su enojo.

No ha de causar extrañeza por lo tanto que llegada la hora de partir los marrulleros campesinos se dieran más de una vez el gusto de demorar, con inagotables pretextos, la entrega, al oficial, de su cabalgadura. Creían que acaso aburrido de la espera preferiría renunciar entre votos y reniegos á su derecho antes de que demorar la inaplazable jornada, larga con exceso para la cortedad del día invernal.

No les salió la cuenta con nuestro héroe, harto habituado á contrarrestar asaltos enemigos para ceder ni desmayar por artimañas de rústicos socarrones. Hablando recio y breve hizo rodar más que de prisa los enmohecidos engranajes de la autoridad municipal, trocando en temeroso apresuramiento la resistencia pasiva de los lugareños.

Mas, como no era prudente que los por él mandados perdiesen las mejores horas en forzada espera, ordenó que la partida emprendiese la marcha á las órdenes del sargento reclutador, decidido á alcanzarla al galope, aunque para ello tuviese que reventar al cuartago que tanto tardaban en proporcionarle.

Dura fué la porfía y en ruda brega contendieron la bonachona calma campesina y el tesón militar. Cuando, victorioso este último, lanzando á los justicias merecidos reproches, que bien pudieran pasar por latigazos de desprecio, el teniente San Martín corrió con ira las espuelas al jamelgo claudicante, ya la partida le llevaba una hora de ventaja.

No es fácil determinar si la escena que describimos ocurrió en el mísero pueblo de Corrales ó en el no más lucido que los mapas señalan con el nombre interminable de *Cubo de la tierra del Vino*; ambos de la provincia de Zamora y al último de los cuales condujeron al héroe mal parado, "parroquia de medianas casas que puede alojar 200 hombres", según consta en itinerarios de la época. Tal vez la escena que á continuación detallamos tuviera por teatro la cuesta inmediata al arroyo de los Güelmos "bastante penosa y en invierno se necesita para su tránsito cerca de una hora por ser el terreno pesado".

Lo cierto es que el camino era solitario y medroso, más propicio á bandoleros que abundante en viviendas.

Terciada sobre el jaco llevaba el mozo su maleta estudiantil, si escasa en ropas, preñada de un rollo de monedas que, para el poco adinerado militar, repre-

Contesté en 13 de Marzo al Sr. Cupigni, q. luego que me encarase de Restablecer, solicitaria dela suprema Junta la orden para marchar asus ordenes

Mi estimado Amigo: he sabido con placer el restablecim.to de Vm; y como aprecio el merito y los buenos Oficiales, quisiera marchase Vm. al Exto de Cataluña, para donde salgo mañana, empleado por la Suprema Junta Central; y estando amis ordenes e inmediacion podria adelantarle a Vm. en su Carrera.

Creo que si Vm. hace esta solicitud, contando con mi consentim.to a la Junta Central, no pondra la menor repugnancia; pero si la huviese escrivame Vm que yo vere de allanarla.

Paselo Vm. bien, y mande a su afecto amigo.

El Marques de Coupigny

S.r D.n Josef de S.n Martin

Pidiendo pase al ejército de Cataluña, mandado por el marqués de Coupigny

sentaban una fortuna: la cifra exacta no debió borrarse en vida de la memoria del héroe, ni aun en la época lejana de la vejez cuando en el voluntario destierro de Boulogne repasaba triunfos y recontaba victorias: llevaba justos y cabales, tres mil trescientos cincuenta reales de vellón.

Enriscábase la carretera bordeada de peñascos y matorrales cuando en brusca revuelta descubrió en acecho á un hombre que nada bueno podía esperar en tal sitio y hora.

En el momento en que se detenía dudoso para apercibirse á la defensa, otros tres foragidos se lanzaron contra él entre amenazas y juramentos:

"Estos Asesinos—escribe San Martín, relatando el suceso en una instancia al rey—pretendieron desde luego despojarme de cuanto tenía, apoderándose de mi maleta en la que llevaba tres mil trescientos cinquenta reales, remanente de mi comisión. Acordándome de la profesión en que sirvo y es Espíritu que anima á todo buen Militar, me defendí usando de mi Sable; pero habiendo recibido dos heridas, una en el Pecho de bastante gravedad y otra en una Mano, tuve que abandonar los referidos efectos."

Recogiéronle exánime y maltrecho unos aldeanos que le condujeron al pueblo de Cubo, el más cercano al lugar del accidente.

Compartía sus horas tristes entre el dolor de sus heridas y el recuerdo de la plata robada que se le aparecía como ruina de su hacienda y sospecha en su honor, cuando la suerte apiadada acudió en su socorro. Por aquellos andurriales, caminaba por rara casualidad el día mismo, nada menos que don Francisco Xavier de Negrete, inspector general de infantería.

Refiriéronle el accidente de que era víctima un subordinado de su autoridad, en el cual el honrado veterano vió con generoso impulso al compañero sin fortuna. Visitóle en su posada, oyó sus cuitas, comprendió su afán y le socorrió con dineros, para él y para su partida, que privada de los recursos de su jefe corría peligro de padecer escaseces, de no arrojarse á tropelías. Y adivinando la mortal angustia del teniente despojado de una suma que no estaba en sus medios reponer y de cuya existencia misma no podía dar más pruebas que su palabra honrada, le brindó con lealtad bizarra su fe de soldado ofreciéndose espontáneamente á declarar en su favor al incitarle á recurrir á la bondad del rey, para no verse agobiado por las consecuencias del lance.

Esta aventura á la antigua española, constituye coloreado cuadro de la época, con sus sargentos enganchadores, socarrones justicias en pugna con militares impacientes y audaces bandoleros que osan despojar á un oficial á corta distancia de los soldados que manda.

A ella debemos un autógrafo del glorioso general llamado á influencia tan decisiva en la historia que hubiera podido padecer cambio profundo con un poco más de empuje en un brazo asesino ó algo menos de pericia en el curandero de ese lugar.

La caballeresca súplica cuya reproducción fotográfica acompaña estas líneas, instancia tan reverente como briosa, permite adivinar en el mozo avezado á pelear desde la infancia, al futuro fundador de naciones libres.

Y en el tono de simpático cariño que rebosan los informes de sus jefes, se traduce la honda estimación que en aquellos soldados españoles ha sabido despertar el soldado americano que, después de pagar á la madre España el tributo de su sangre en las cumbres del Rosellón, en Alcolea, en Bailén y en Cataluña, acudirá, llamado por altos deberes, á brindar á su tierra natal el esfuerzo de su brazo y la ofrenda de su corazón para consumar la separación dolorosa pero necesaria.

II

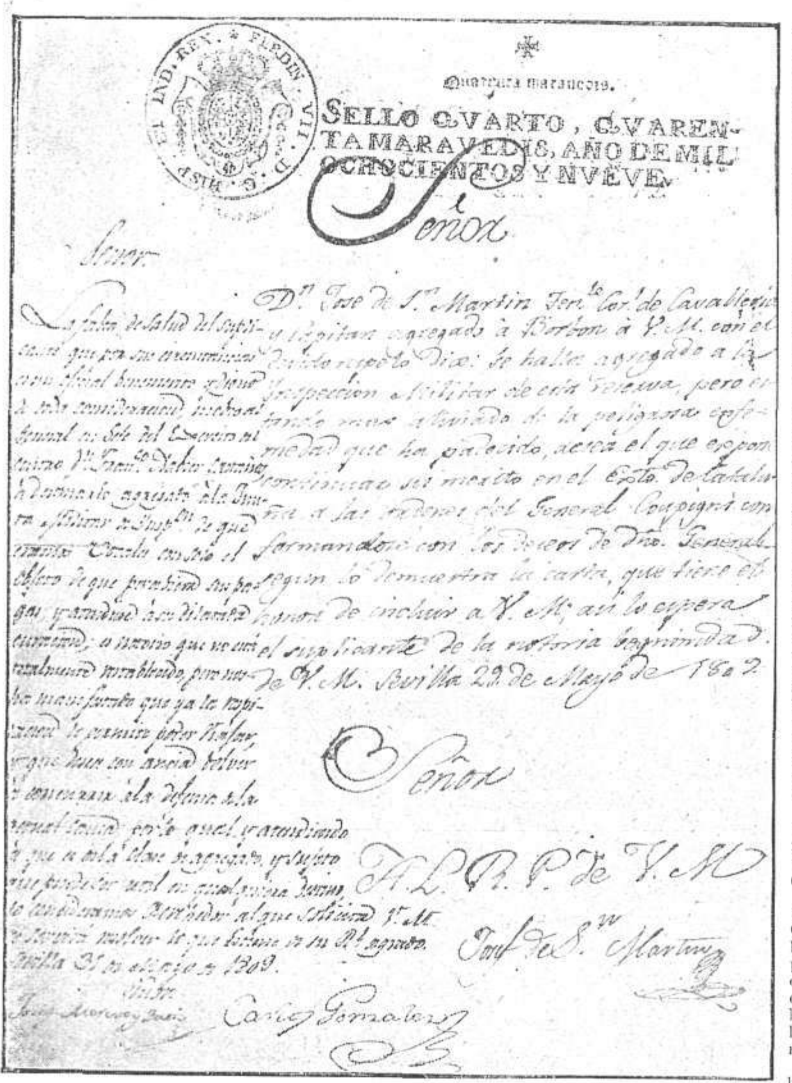
EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

El héroe argentino luce con orgullo desde los doce á los veinticinco años el uniforme del regimiento de infantería de Murcia: casaca, chaleco, calzón y cuello "blancos"; vueltas, solapa y vivo "azul celeste". ¡Coincidencia notable, repara discretamente el historiador Mitre, la que hace vestir al bizarro oficial americano los colores de la futura bandera argentina!

Para subrayar la singularidad del caso haremos constar que de los 39 regimientos españoles, tres solamente, Murcia, Valencia y Cantabria, ostentan dichos colores.

Según usanza de la época, al ascender á oficial San Martín se ve armado de fusil "distinto por su tamaño del de la tropa, y con una bayoneta ridículamente pequeña que le hace inútil para la defensa personal". Esta costumbre desaparece en 1796 siendo desde entonces arma única del oficial la espada ó el sable, con el cual hemos visto á San Martín defenderse, más valeroso que afortunado, de los foragidos que le despojan.

Examinemos la participación que la suerte le depara en los comienzos de la guerra contra las huestes napoleónicas. Con tanta exactitud como acierto, Mitre describe los efectos que el parte del alcalde de Móstoles



Quarenta maravedis.

SELLO QVARTO, QVARENTA MARAVEDIS, AÑO DE MIL OCHOCIENTOS Y NVEVE.

Señor

Señor

Dn. José de Sn. Martín Ten.te Cor.l de Cavallería y Capitan agregado a Borbon á V. M. con el debido respeto Dice: Se halla agregado a la Inspeccion Militar de esta Reyna, pero estando mas aliviado de la peligrosa enfermedad que ha padecido, desea el que expone continuar su merito en el Exto. de Cataluña a las ordenes del General Coupigni con quien formando con los deseos de dho. General segun lo demuestra la carta, que tiene el honor de incluir a V. M.; asi lo espera el suplicante de la notoria benignidad de V. M. Sevilla 22 de Mayo de 1809

Señor

A. L. R. P. de V. M.

José de Sn. Martin

Sevilla 31 de Mayo de 1809

Carta del marqués de Coupigny, que hace referencia á la de San Martín, en su nota de fecha 29 de mayo de 1802

decidida resistencia lugar de reunir las tropas que bajo el mando del general Castaños debían formar el ejército de Andalucía, ganando tiempo, que era lo que se debía procurar á toda costa''.

No pudo realizarse este plan y los franceses, dueños de Córdoba, se cebaron en la ciudad, entregándola á bárbaro saqueo.

En la reorganización del ejército de Andalucía, que con tesón infatigable emprende el general Castaños, el bizarro San Martín, que ha peleado en tierra y mar como de infantería, se ve obligado por la presión de las circunstancias á organizar un escuadrón y á guiarlo al combate.

No se improvisa, ciertamente, un oficial de caballería, pero él debe, á no dudar, poseer hábitos de jinete, adquiridos tal vez en su primera infancia, en las Misiones del Paraguay.

Ya capitán de caballería del Regimiento de Borbón, desde el 6 de julio de 1808, toma parte diez días después y á las órdenes de su general y amigo, el marqués de Coupigny, en la jornada de Villanueva de la Reina, donde sus jinetes á la vez que destruyen los molinos que utilizaban los franceses, sorprenden á éstos en pleno saqueo de la población, matándoles medio centenar de hombres y haciendo veintidós prisioneros. Preliminar brioso de la memorable batalla de Bailén, en la que vamos á verles cubrirse de gloria.

Un episodio notabilísimo de este glorioso triunfo nos permite formarnos idea de la parte que á nuestro héroe cupo en él.

Los Regimientos de Borbón y Farnesio son lanzados por Coupigny contra una fuerte columna de ataque, á la cual Dupont manda apoderarse á toda costa de la famosa batería, que detiene y abate sus ímpetus á la vez que inutiliza y desmonta los cañones franceses, superiores *en número*.

La brillante carga de la caballería española obliga á la infantería contraria á retroceder en desorden, hasta refugiarse en el olivar que contra el sol y el plomo les ampara.

les producen en las tropas que Solano manda en Portugal: entre ellas se cuenta el regimiento de Campo Mayor, del que es capitán segundo don José San Martín y que se apresura á dirigirse á España á ofrecer sus servicios á la junta que se improvisa en Sevilla.

Poseemos un relato original de la batalla del Puente de Alcolea, donde á las cuatro de la mañana del 7 de julio de 1808 suenan los primeros cañonazos de la guerra. ''Los Batallones de la 3.ª División de Granaderos Provinciales'' y ''el medio Batallón de Campo Mayor que se retiraba como aquellos, del Portugal'' reciben en Ronda, el 1.º de junio, la orden de defender á Córdoba de los franceses á las órdenes del general Echevarría.

Estos 1.400 hombres de fuerzas regulares, á los que se suman tropeles de voluntarios, tratan en vano de disputar á Dupont el paso del Guadalquivir.

Obligados los nuestros á retirarse tras enérgica resistencia, reuniéronse en ''Consejo de guerra á caballo'' los jefes de las fuerzas y hablando el primero por su menor graduación, el teniente coronel don Pedro Agustín Girón (después general marqués de las Amarillas y duque de Abumada) dijo estas palabras que, trascritas de su puño y letra en sus memorias, tenemos á la vista:

''Que atendido al poco número de tropas veteranas que se podía oponer al enemigo y á la nulidad de los esfuerzos del paisanaje en campo raso, debía tomarse el partido de encerrarse en Córdoba, pues que detrás de las tapias de una ciudad, todo el que es valiente es soldado: ''traer á la memoria la reciente y gloriosa defensa de Buenos Aires'' y dar con una vigorosa y

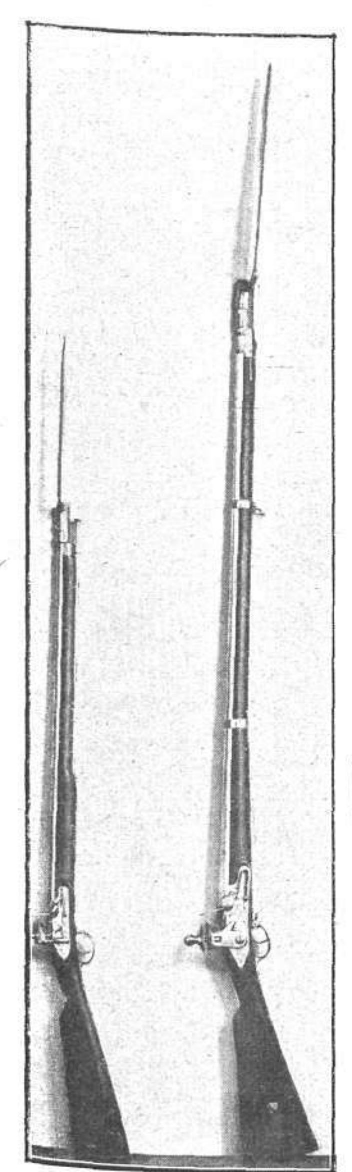
Su ciego ardor disemina y dispersa en la persecución codiciosa á nuestros bravos jinetes, que, atacados en tan críticos instantes por los formidables coraceros, vuelven grupas, trocados de perseguidores en perseguidos, para caer mezclados y en torbellino sobre una batería españela. Los artilleros, no pudiendo tirar contra la masa revuelta y confundida sin herir á los nuestros, se defiende bravamente con sus escobillones y espeques, en lucha cuerpo á cuerpo contra los coraceros que les acuchillan al pie de sus cañones.

De aquí se traslada el Regimiento de Borbón á la noria, próxima á la carretera y en la cual, tropeles de furiosos, enloquecidos por la sed, se disputan un agua enrojecida por la sangre de los que por conquistarla mueren.

En sus inmediaciones ''repite el Regimiento de Borbón varias cargas con pistola y espada en mano, hasta la rendición del cuerpo del general Dupont''.

Nada ha llegado hasta nosotros de las personales hazañas del bravo San Martín en día tan señalado y en el cual la atención de la historia se ve atraída por tantas y tan brillantes acciones. Lo indudable es que, sin figurar entre los heridos por el hierro ó el plomo en la sin igual batalla, su salud robusta sufre profunda mella con las fatigas de aquellos días caniculares, en que el sol andaluz centuplica su rigor, grabando recuerdos de profunda angustia en los sedientos soldados de Dupont.

Cuando el Regimiento de Borbón emprende, el 10 de agosto, formando parte del ejército de Castaños, aquel resuelto avance que hace retroceder á los franceses hasta el Ebro y concede á España el respiro indispensable

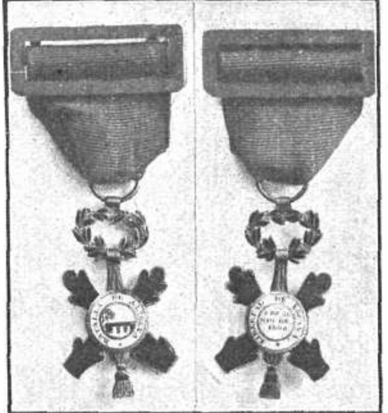


Fusiles usados por oficiales y soldados en la campaña de Rosellón

para reemplazar los discordes esfuerzos de tantas juntas supremas por la jefatura exclusiva de la junta central, el teniente coronel, capitán San Martín, devorado por la fiebre, no puede soborear las delicias bien ganadas del recibimiento delirante que Madrid tributa á los vencedores.

Y prueba que no se trata de pasajera molestia, sino de gravísima enfermedad, lo interminable de aquella postración impotente que tortura al impetuoso capitán con la aflicción de ser testigo imbele de tremendas desdichas, incitadoras de su afán guerrero.

Han pasado los meses del estío, todos radiantes de embriaguez gozosa; con los primeros fríos otoñales, comienzan á deshojarse las esperanzas ilusorias de un triunfo definitivo: el aterido invierno ve á los restos de nuestros improvisados batallones retroceder de desastre en desastre,



Cruz concedida á los defensores del Puente de Alcolea, el 4 de junio de 1808

hasta buscar, destrozados, el abrigo de las cumbres de Sierra Morena. Al amparo de sus breñas, el entusiasmo nacional *reconstituye, con terca labor incesante*, tropeles de reclutas á los que instructores infatigables darán en corto plazo las apariencias de un ejército. Ansiosos de vencer *descenderán* animosos una vez y otra á la funesta llanura á ofrecerse como pasto fácil que siegan los sables enemigos... No cederán por ello al desaliento: á *raíz de hecatombe* cruel pedirán de nuevo su amparo á la sierra, su brío imperturbable al general ¡No importa!

No *tarda* el popular instinto en comprender lo inútil de aquella parodia de los procedimientos propios de ejércitos regulares, realizada con reclutas mal armados y *peor* instruídos. Iníciase, salvadora, la guerra irregular. Cada hombre de acción es un guerrillero, consciente de su fuerza, lleno de iniciativa, acompasando su *ardor* infatigable con la calma del que sabe esperar la ocasión propicia.

Ara el labrador con el fusil escondido en el surco: en cuanto leve polvareda denuncia en lontananza al correo enemigo, el cultivador de la tierra se cambia en cazador de franceses. Pronto jinete en el caballo de su *víctima* corre á presentar en el puesto más cercano la repleta valija que aguardarán en balde los generales contrarios, á quienes aisla y desconcierta el misterio de aquella tierra, rencorosa, muda devoradora de hombres...

Al comenzar la primavera, tan propicia á la reparación á las juveniles energías que traidora enfermedad amengua, el capitán San Martín recibe la amistosa carta cuya fotografía transcribimos adjunta.

Es de su general y antiguo amigo el bizarro Coupigny, que ha compartido con el bravo jefe de los suizos don Teodoro Rending, las glorias del campo de batalla, en la de Bailén. La superior dirección del conjunto, así como la preparación estratégica á la que se debe la victoria, corresponden sin disputa al noble Castaños.

El general Coupigny, jefe de la brigada de que formaba parte el Regimiento de Murcia en la campaña de Portugal, ha sabido descubrir con la penetrante mirada del veterano, los méritos de aquel joven oficial para quien su profesión difícil no tiene secretos.

También el marqués de Coupigny es un profesional de la guerra: vástago de una de las ilustres familias del país Walon fieles á la dinastía española, no tan aborrecida como se asegura en aquellas comarcas. Lo prueban enviando por tradición á sus hijos á servir al rey de España en los regimientos de aquella célebre Guardia Walona, ante cuya marcialidad acompasada y solemne, vacilan entre la admiración y la risa los vivaces madrileños. El número de apellidos walones de que se enorgullece nuestro ejército, no cabría en cortos renglones.

Tal vez, aunque perteneciendo al Regimiento de Borbón como agregado, sirviera en Bailén de oficial á las órdenes de Coupigny. Da motivo á creerlo así la cordial amistad que la carta revela y no corresponde á un mero trato militar entre oficiales de graduaciones tan distantes.

El hecho es que la mejoría de San Martín no es tanta que le consienta seguir desde luego á Cataluña á su general y amigo. Así lo expresa la apostilla de su puño y letra que él todavía enfermo escribe en la carta misma: "Contesté el 13 de Marzo al señor Coupigní que luego que me acabase de restablecer, solicitaría de la Suprema Junta la órden para marchar á sus órdenes!".

Dos meses y medio de impaciencia devoradora transcurren, lentos y tristes, antes de que sus males le consientan ponerse en campaña. Por fin, el 29 de mayo suscribe la instancia siguiente, dirigida á la junta central:

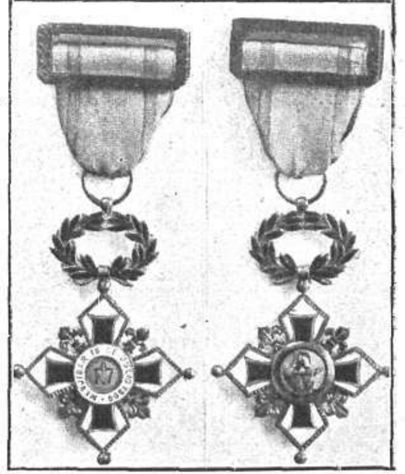


"Señor

Dn. José de San Martín, Teniente Coronel de Caballería y Capitán agregado á Borbón, á V. M. con el debido respeto dice: Se halla agregado á la Inspección Militar de esta reserva, pero estando más aliviado de la peligrosa enfermedad que ha padecido, desea el que expone continuar su mérito en el Exto. de Cataluña á las órdenes del General Coupigní, conformándose con los deseos del dho. General según lo demuestra la carta que tiene el honor de incluir á V. M.; así lo espera el suplicante de la notoria benignidad de V. M. Sevilla, 29 de Mayo de 1809.

Señor
A. L. R. P.
de V. M.
Josef de San
Martín".

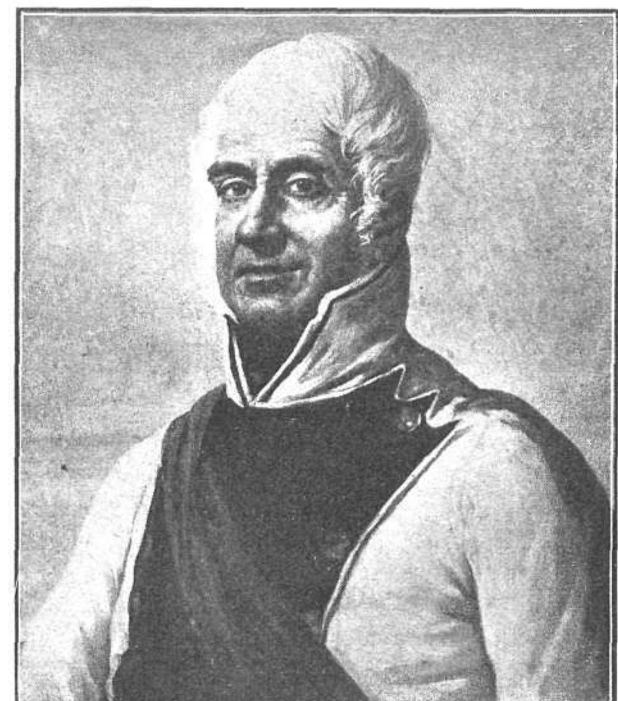
Uno de esos breves y luminosos informes que en aquella época, menos difusa y "paperassière" que la nuestra, tan clara luz proyectan sobre caracteres y situaciones, prueban el ansia de San Martín por volver



Cruz otorgada por los combates preliminares de Bailén

á la lucha, que es su elemento:

"Señor
La falta de salud del suplicante que por sus circunstancias es un oficial benemérito y digno de toda consideración, movió al General en Jefe del Ejército del Centro Dn. Francisco Xabier Castaños, á destinarlo á agregado á la Junta Militar de Inspección de que éramos vocales, con solo el objeto de que percibiera sus pagas y atendiese á su dilatada curación; es notorio que no esté totalmente restablecido, pero nos ha manifestado que ya la respiración le permite poder viajar, y que desea con ansia volver á concurrir á la defensa de la actual causa; por lo cual, y atendiendo á que es de la clase de agregado, y sujeto que puede ser útil en cualquiera destino, lo consideramos acrehedor al que solicita. V. M. se servirá resolver lo que estime de su Rl. agrado.
Sevilla, 31 de Mayo de 1809.
Señor
Josef Moreno y Daviz
Carlos González".



Retrato del general Castaños, primer duque de Bailén

carrera que el bravo marqués ofrece, en su amistoso buen deseo, que ha de encontrar "*á sus órdenes é inmediación*". Los ascensos no aparecen por ninguna parte.

Cuando, después de dos años de incesante lucha, San Martín se decide, como veremos, á solicitar su retiro para Lima, es todavía el teniente coronel *graduado capitán de caballería*; lo mismo que era cuando aprendió en Bailén como los pueblos viriles riegan con sangre el árbol de su libertad y defienden ó conquistan á costa de los desesperados sufrimientos de una generación, la independencia y dicha de las venideras.

III

LA INSTANCIA DE RETIRO

Mientras el bravo San Martín, apenas convaleciente, marcha desde Sevilla á Cataluña, caballero en su cuartago "de la clase de inútiles", su general y amigo se debate y afana en fatigosa pelea con enemigos harto más tenaces y peligrosos que los franceses. El primero de ellos es el hambre que, si apesadumbra y atormenta al país entero, obligado á abandonar en masa los arados por los fusiles, se ceba con especial porfía en las míseras tropas, forzadas á encomendar su alimentación á los cuidados de una intendencia que no paga.

El bravo Coupigny, en lacrimosa epístola dirigida *desde Tarragona, el 13 de agosto del año 1809*, á don Cayetano Iriarte, en Alicante, se queja con amargura de que el comercio no provea de víveres al ejército por la razón, entre todas trivial, de que no se le paga. Incítale á que, en unión de la junta de gobierno, interponga su autoridad para arbitrar los medios de que le suministren "arroz, menestra, y Tozino, en el seguro concepto de que su pago será mirado como obligación preferente, al arribo de caudales, en el momento en que llegue de América el Navío Paula".

No rebaja la solicitud del mendicante el legítimo orgullo del soldado, para quien hambre y fatiga son méritos que elevan, y no miseria que deprime:

"Si hay Exército en España—dice—hacrehedor á alguna consideración, es el de Cataluña que, desnudo, descalzo, hambriento, enfermo y constantemente exausto de *dinero, ha hecho frente á todos los peligros y* no ha dejado de batirse un solo día con los enemigos, desde que principiaron las hostilidades".

Enemigo más temible aún para los generales es el espíritu altanero y duro de los catalanes, habituados por su historia á espararlo todo, más de su *personal* bravura, que de las organizadas huestes del estado; espíritu que en la ansiedad de aquellos tristes días, juzga mezquino todo el abnegado sufrimiento de los militares de profesión, al compararlo con las iniciativas de miqueletes y somatenes y la estoica tenacidad de los sitiados en Gerona.

Los frailes, sobre todo, en la exaltación delirante que les produce la que proclaman guerra santa, no se dan punto de reposo en imaginar sorpresas y combinar ardides, con el fin de devolver á Barcelona, la *capital cautiva*, su *ambicionada libertad*.

Un detallado parte de Coupigny, nos pinta de cuerpo entero al tipo curioso de un turbulento cuanto patriota capuchino. Es Fray Bandilio del Boy quien, exaltado y fogoso, se obstina, con vivo empeño, en demostrar al general de que resulta fácil empresa la recuperación de Barcelona, si se presta valiosa ayuda á conspiraciones interiores. Convencido á medias el veterano, envía lo más lucido de sus fuerzas en apoyo de los conjurados; mas tiene el disgusto de verlas detenidas, primero en la margen de un río donde no apa-

La Junta Central, en vista de los favorables informes de los inspectores, accede á que San Martín, convaleciente, siga á su general.

Y aquí aparece una menuda trabacuenta, que deja al descubierto la desnudez aterradora, la absoluta carencia de todos aquellos elementos indispensables para la guerra y que no es dado improvisar al entusiasmo más ardiente.

No son tan sólo los fusiles los que escasean, obligando al gran Quintana, secretario de la Junta Central, á exhortar á las provincias á "armarse con chuzos y lanzas" contra las aguerridas huestes napoleónicas; exhortación que provoca aquella memorable respuesta de los aragoneses el mes de mayo del año 1809, días antes de la victoria de Alcañiz: "Mucho sienten los pueblos la falta de armas; pero ya se arrojan á las piedras para suplirlas".

También los caballos faltan de tal modo, que el bizarro San Martín ve con asombro, que le conceden para emprender su marcha á Cataluña "un caballo de la clase de inútiles".

Esto nos vale una instancia suya, cuya fotografía acompaña, en la que achaca hidalgamente tal incongruencia á "no haber expresado su calidad".

Por desdicha, la situación del estado es tan desamparada y crítica, que la Junta se ve precisada á negar lo que no tiene medios de conceder. Sevilla, cuyas dehesas eran orgullo de la ganadería nacional, ha sacrificado sin contar, desde los comienzos de la guera, el lujo más grato para ella, sus arrogantes potros, encanto de los jinetes españoles.

Por estas razones, el noble San Martín, al marchar á la guerra apenas "la respiración le permite viajar" tiene que templar sus nervios y ceñir su impaciencia al paso desmayado de un corcel "de la clase de inútiles" cuando atraviesa, taciturno y maltrecho, los campos yermos y pueblos incendiados, ruinas humeantes de la España infeliz.

Viaje agobiante para el ardoroso guerero, cuya decepción malhumorada trae á la memoria las palabras de Eça de Queiroz al describir el desencanto de un alma soñadora que halla frialdad tediosa donde esperó aventura novelesca: "Asim un yacht que aparelhou nobremente para uma viagem romanesca, vai encalhar, ao partir, nos lodaçaes do rio baixo; e o mestre aventureiro que sonhava com os incensos e os almiscares das florestas aromáticas; inmovel sobre ó seu tombadilho tapa o nariz aos cheiros dos esgostos".

No han de contribuir, ciertamente, á disipar tales tristezas éxitos militares, ni aquellos adelantos en su

recen las barcas que el fraile se ofreció á suministrar, y, más tarde, ante los muros de Monjuich, desde los cuales un fingido traidor les da irónicamente las gracias por ciertas onzas de oro que han tenido el candor de regalarle.

Lo peor del fracaso, que cuesta la vida á unos cuantos nobilísimos patriotas ahorcados por los franceses en la capital, es que el fraile lo achaca desenfadadamente al descuido y torpeza de las columnas de apoyo y habla pestes, en público y sin rebozo, de Coupigny y de los suyos. En vano el general se decide á aprisionarle, en el convento mismo del que es guardián: el fraile se escapa con la mayor frescura, auxiliado por la complicidad de cuantos comparten su rebeldía y desdén hacia los soldados que no saben ni libertar á Barcelona oprimida, ni socorrer á Gerona la heroica. Y convencido el fraile, en su tesón arrogante, de la justicia de su causa, preséntase, "motu propio", en Sevilla, pidiendo ser oído y juzgado.

Abrumadora parece la detallada acusación de Coupigny, puntual relato que respira verdad por todos sus renglones. Por desdicha lo desvirtúa y desmiente un informe en que el general marqués del Palacio pone por las nubes al padre Boy, á quien de antiguo conoce, añadiendo convencido "que á no haber tenido la rivalidad del Cartujo que dominaba al general Coupigny, según voces, no duda mucho que hubiera tomado el Monjuí (sic) de Barcelona, cuyo flaco conoce como nadie este esforzado religioso".

La opinión del marqués, favorable al capuchino, no se disimula lo más mínimo ante el peligro de acusar, por salvarle, á un compañero de armas cuyo concepto puede padecer en el litigio. Tales son, en verdad, los extremos del encomio, que éste resulta sospechoso de personal simpatía:

"Es utilísimo—dice del fraile—no tiene el menor apego á honras, ni intereses; jamás ha pedido cosas para sí. Es un perfecto capuchino y sólo quiere trabajar en libertar á Barcelona del poder del enemigo, ó perecer en la demanda".

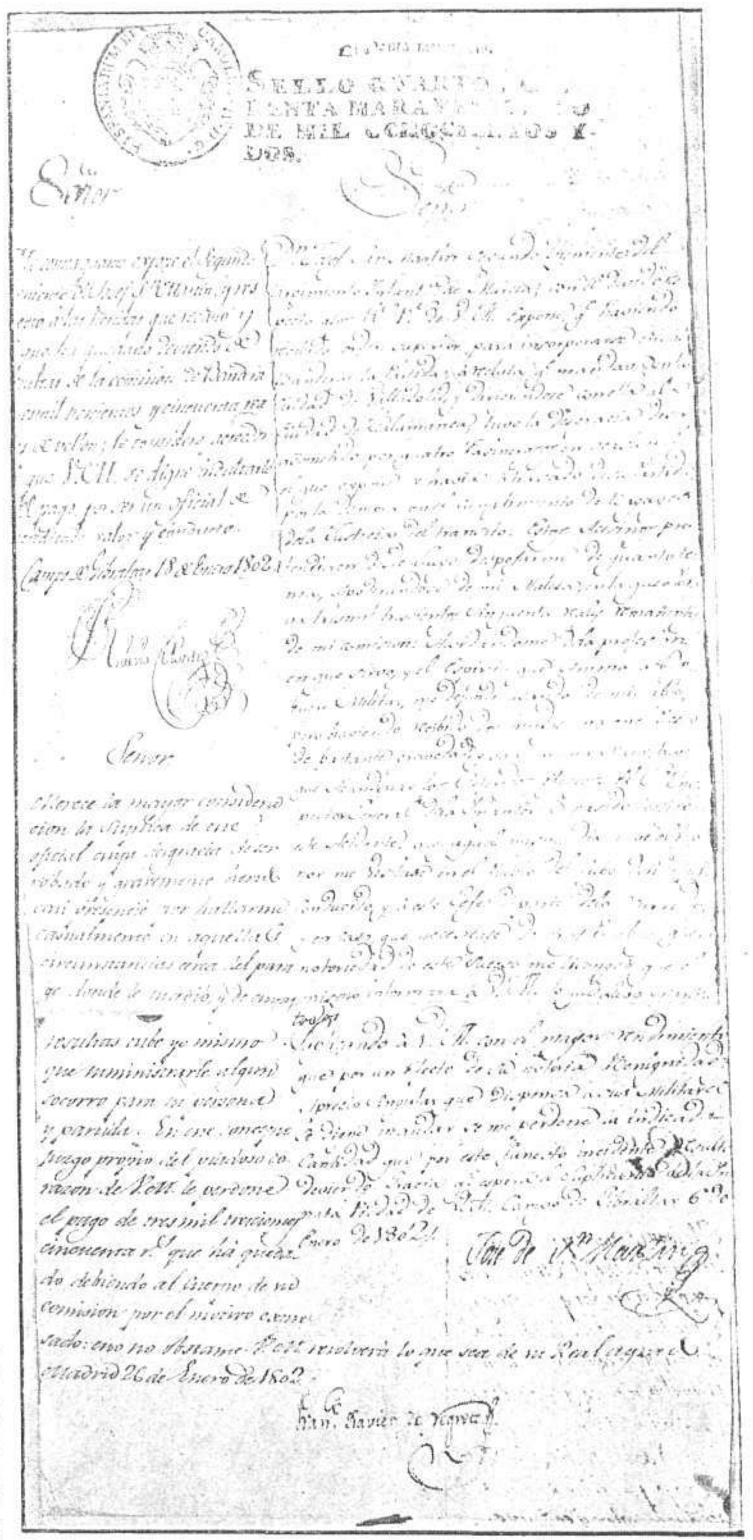
Ante declaración tan explícita, la Junta desautoriza al general, que ha osado atropellar á tan reverendo padre, al perfecto Capuchino y ardentísimo patriota, y da noticia de su resolución á Blake, nombrado recientemente jefe de los ejércitos del principado.

Fácil resulta imaginar los sinsabores y desencantos del bravo San Martín, en pugna con la animosidad de los capuchinos hostiles á su general y con la rivalidad del Cartujo que, según voces, le mal aconseja y domina.

Poco ó nada vuelve á ocuparse la historia del que fué uno de los héroes máximos en Bailén. A ningún hecho memorable vemos asociado su nombre y la tristeza de su obscuridad envuelve y oculta la silueta de su fiel ayudante, vedándonos, por hoy y á pesar de nuestros esfuerzos, seguirle por los campos de batalla, fiel compañero de aquella otra figura desvanecida.

Consecuencia de la anulación de su jefe es la postergación absoluta que sufre aquel veterano de treinta y dos años, á quien no han de llegar en adelante los halagos del éxito que se traducen en galardón merecido. Ni un empleo, ni un grado, ni una condecoración prestigiosa que reanime y conforte al soldado leal. Aquel guerrero animoso que no se encuentra en ninguna batalla, reproduce el mitológico suplicio de Tántalo ante cuyos labios sedientos huyen las aguas puras que le rodean, como él ve apartarse de su camino los ansiados combates gloriosos.

Aunque Mitre afirme, descarriado por vagos indicios, que la batalla de la Albufera donde suena que se halló, debió ser la muy famosa de la Albuera, cierto dato que entre los nuevamente descubiertos papeles halla-


SELLO CUARTO ... DE MIL OCHOCIENTOS Y DOS.

Señor

[illegible]

Campo de Gibraltar 18 de Enero 1802

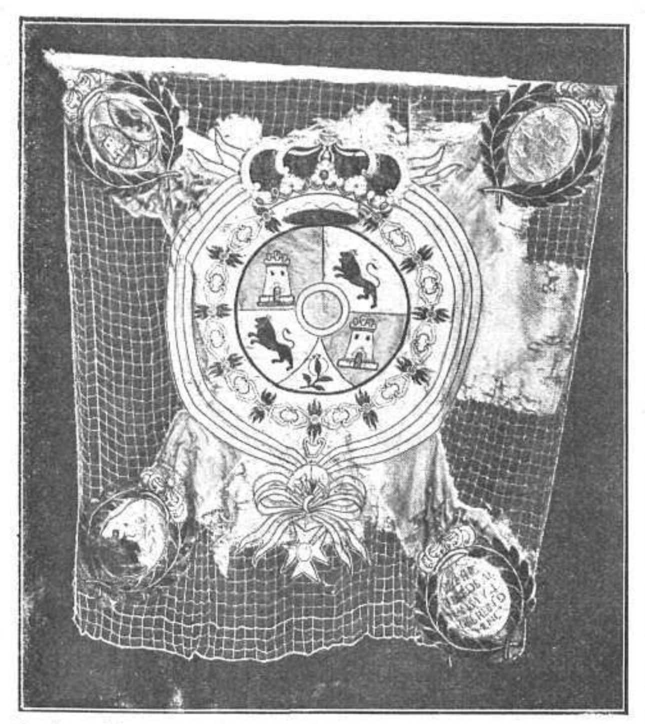
Señor

[illegible]

Madrid 26 de Enero de 1802

[illegible]

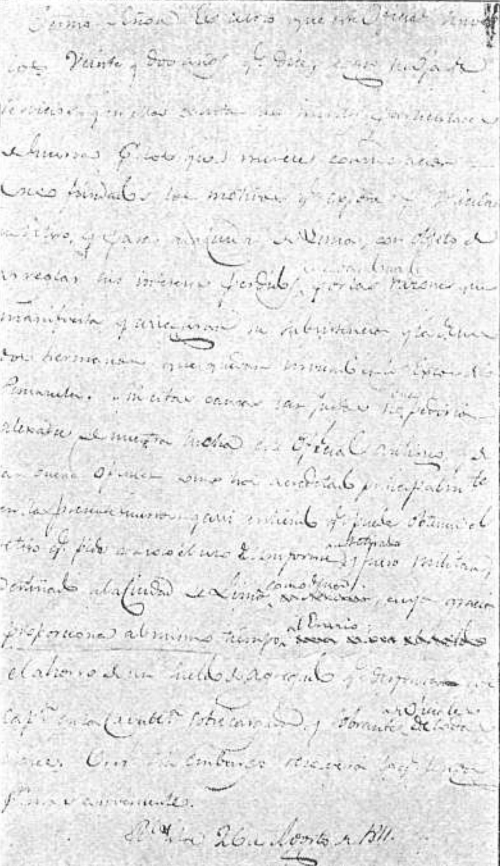
La instancia del general San Martín



Bandera del regimiento de Murcia, en el que el general San Martín sirvió de cadete á capitán



Premio á los defensores de Gerona, en cuyo socorro peleó San Martín



26 de Agosto de 1811.

Informe favorable á la solicitud de retiro de San Martín

mos, nos induce á ponerlos en duda.

Una instancia de San Martín al ministro de la guerra, fechada en Cádiz el 28 de febrero del año 1811, en reclamación de pagas atrasadas, porque "no está satisfecho más que hasta fin de noviembre", nos hace saber que "ha emprendido su marcha desde Lisboa á Cádiz y tiene que continuarla con dicho su general". En informe marginal el marqués de Coupigny dice:

"Me consta ser cierto lo que alega este oficial".

mientras un lacónico decreto del ministro añade:

"Que se le den dos pagas á buena cuenta para su marcha".

No es de creer que el 15 de mayo, fecha de la batalla de Albuera, se hallara de nuevo en Extremadura.

¿Fué en esta breve estancia en la capital gaditana cuando, afectos de la niñez reanudados con otros oficiales americanos, le hicieron ingresar en una sociedad secreta, los hijos de Lautaro, que cita Mitre, destinada á recordar á los que nacieron allende los mares y combatían gallardamente por España, sus deberes para con los recién nacidos países, necesitados de la adhesión y el concurso de sus hijos?

¿Fué en esta época cuando trabó relaciones de amistad estrecha con lord Macdaff, conde de Fife, el prototipo de aquellos románticos aventureros ingleses, que derrochaban, combatiendo á Napoleón en la península, su oro y su sangre, sin olvidar por ello, á fuer de prácticos mercaderes, la conveniencia de arrancar, entre el fragor de la lucha, á la corona de España el rico joyel de sus posesiones en América?

De todos modos, la idea de sus deberes para con la nueva patria, tan bella en las memorias de la edad infantil y que ahora lucha y se debate por conquistar su independencia, nace en el breve lapso de tiempo que media entre febrero y agosto de 1811.

En esta última fecha su resolución está tomada. Su deber se le aparece claro y único. Sin que á ello le inciten los consejos de una familia, que ha unido, voluntaria y definitivamente, sus destinos á los de la metrópoli; sin atender á que su madre y sus hermanos arraigan en España para siempre, él obedece á la atracción poderosa del terruño natal.

No huirá como un tránsfuga: no hemos de verle, apenados, aunque Mitre lo afirme, desertar subrepticiamente sus banderas, con el amparo cauteloso de los ingleses.

Su separación del servicio militar de España, cuyo uniforme viste con tal decoro durante veintidós años, es seria y digna.

Aunque la instancia en que demanda el retiro para Lima, haya desaparecido en una quema metódica de todos los documentos de esta clase anteriores á una fecha reciente, hemos hallado, por fortuna, tres documentos cuyas fotografías acompañamos, que nos permiten reconstituirla ampliamente. Son dos informes notabilísimos que á la citada instancia se refieren y el oficio en que se concede "al teniente coronel don José San Martín, Capitán agregado al Regimiento de Caballería de Borbón el retiro en la ciudad de Lima, con fuero militar y uso de uniforme de retirado" que tiene por fecha el 5 de septiembre de 1811.

Los dos informes antedichos, dejan leer entre líneas la situación desesperada, la profunda miseria de un país, pródigo de sangre; pero tan falto de oro, que solo desde el punto de vista de un interés famélico es analizada la instancia en que pide abandonar el servicio de las armas un oficial de los méritos de San Martín.

El primero de ellos, después de confirmar que San Martín ha servido veintidós años, citando "sus méritos particulares de guerra, por los que merece consideración", estima "fundados los motivos que expone para solicitar su retiro y pasar á la ciudad de Lima, con objeto de arreglar sus

intereses perdidos y abandonados por las razones que manifiesta, y asegurar su subsistencia y la de sus dos hermanos que quedan sirviendo en los Extos. de la Península''.

No es de creer que el hijo del capitán don Juan San Martín, nacido en Yapeyú, poseyese bienes considerables en Lima, donde no estuvo jamás hasta el día que entró en ella como triunfante libertador. Se comprende que sólo se trata de un pretexto para pasar á su país; pero merece estima el delicado impulso que le mueve á obtener su libertad, antes de pelear contra las banderas que juró, niño todavía, y á cuya sombra ha conquistado tan honroso concepto.

Es curioso que se admita como naturalísima la necesidad, que invoca, de atender á su sostenimiento y al de sus hermanos, militares como él, y como él mal pagados en la general miseria: tal vez al invocarlos quiere dar muestra de que, al volver á su país, en plena revolución, deja como rehenes entre nosotros á los que más ama.

El verdadero espíritu militar de los informantes brilla un momento en esta consideración nobilísima:

''Sin esta causa tan justa, no creo pediría alejarse de nuestra lucha este Oficial antiguo y de tan buena opinión como ha acreditado, principalmente en la presente guerra''.

Pero después de este destello, la miseria que deprime los entusiasmos y rebaja los caracteres, inspira á aquellos soldados sin pagas ni recursos, una idea que resulta amargamente irónica, si se considera la magnitud de la pérdida que España sufre en tal momento.

''Esta gracia proporciona, al mismo tiempo, al Erario, el ahorro de un sueldo de agregado que disfruta este Capitán en la Caballería, sobrecargada y sobrante de oficiales de todas clases''...

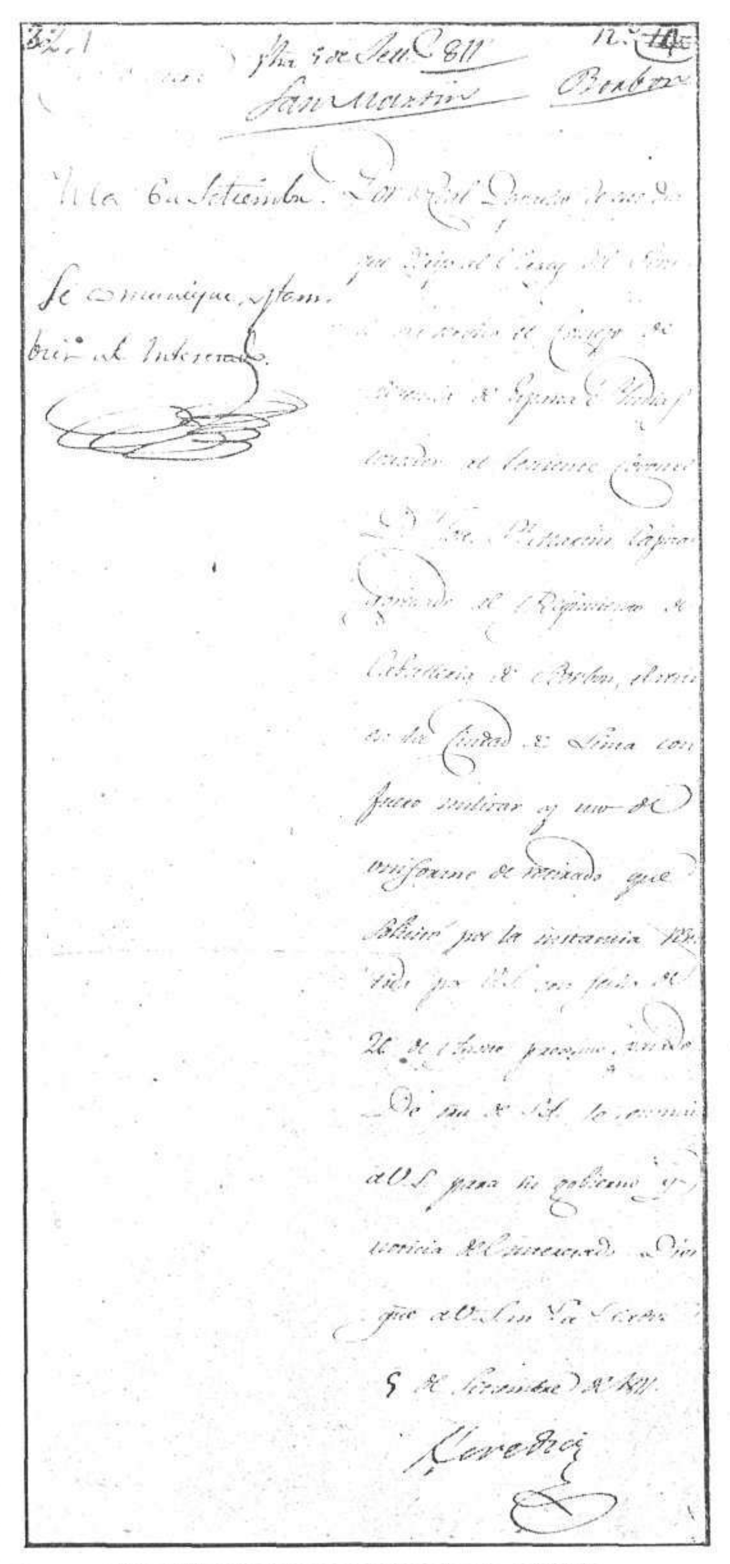
El segundo informe recalca más aún sobre las ventajas pecuniarias cue, el acceder á la instancia de San Martín, reportará al tesoro:

''Por mi parte hallo fundado el motivo que expone para pedir su retiro y traslación á América, pues, quando las causas de conveniencia lexos de perjudicar al servicio producen un bien conocido al Estado en general, deben ser atendibles como sucede en este Individuo cuyos intereses abandonados por la imposibilidad de manejarlos inmediatamente, no rinden, con perjuicio suyo y del Rey, como hacendado contribuyente...''

¡Qué razón tenéis sin saberlo, y con qué fatal descuido abrís, veteranos burócratas, puerta franca al hombre providencial que el porvenir espera y reclama!

Grandes verdades proferís, profetas inconscientes, que glosáis, sin saberlo, un momento histórico. Sí, lo habéis adivinado: San Martín debe tornar á América: tiene que cuidar de haciendas, improductivas sin él. Millones de leguas estériles van á recibir por su esfuerzo gigante, tras la leve aspersión de sangre con que todos los gérmenes se abren paso á la vida, el riego fecundante del trabajo humano. Por él se convertirán, en breves años, páramos desiertos en feracísimas regiones donde arraigan y se multiplican razas vigorosas.

Sí: San Martín tiene que cuidar sus tierras baldías para trocarlas con surcos profundos, de arado ó de espada, en campo de las batallas y nido de los amores de generaciones venideras.



Pta 9 de Sept.e 811 — N.o 14

San Martín — Borbon

Se comunique, y tambien al Intendente.

Documento por el que se acuerda el retiro solicitado

Por el brío de su robusto brazo la lucha forzada terminará muy pronto: el parto será breve: favor para la madre que de otra suerte se agotaría en las convulsiones de inútil porfía contra lo irremediable.

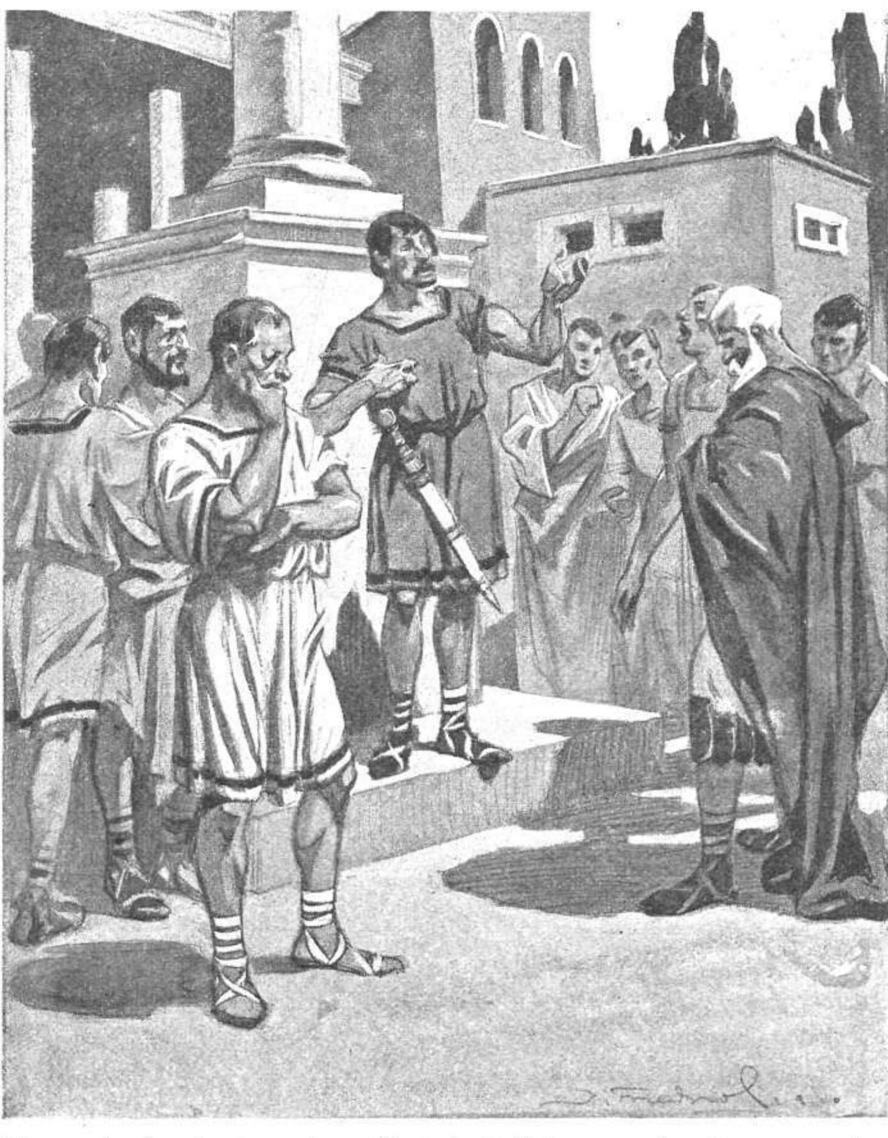
San Martín debe marchar. Pero se va dejando en la patria histórica la sangre de su sangre: su madre, sus hermanos, preciosos *rehenes que orientarán su pensamiento* y su cariño hacia la tierra de origen, haciendo brotar, un siglo más tarde, ese grito de amor que hoy vuela hacia España estallando en todos los labios como desborda en todos los corazones:

—¡Madre!...

Juan **ARZADUN**.

Ideas nuevas!

Era en Roma, bajo el consulado de Appio y de Servilio. En toda la ciudad parecía flotar el aliento misterioso que inflama las rebeliones. Al cruzarse en los lugares públicos las gentes se miraban con recelo, buscando indagar por el aspecto externo el secreto de las ideas y de las actuaciones. Hacia el lado de la Subura las masas de pueblo se agrupaban y se disgregaban al azar, bullendo en la agitación del comentario. La voz de oradores dispersos articulaba, aquí y allá, con arengas apasionadas, el sentimiento de la muchedumbre. En medio de un corrillo Cayo Porcio mantenía suspensa de su palabra, áspera y vehemente, la atención de su auditorio:



— El templo de Jano está cerrado. Mientras no quieran los dioses que vuelva á abrirse el yugo seguirá pesando sobre nosotros. Cuando un peligro amenaza á Roma todos somos iguales para defenderla; cuando una victoria la glorifica somos distintos para disfrutarla. Juntos laboramos la cosecha, pero ellos solos recogen el fruto; ellos solos pueden gozar del honor y del provecho, á costa de nuestro esfuerzo primero y de nuestra miseria después. ¿Por qué estas desigualdades injustas que para asegurar el privilegio de unos cuantos sancionan el desamparo de los demás? ¿Hemos sido alguna vez menos fuertes que ellos para rendir al enemigo ó para sobrellevar la fatiga en los campos de batalla? De plebeyos estaban llenas las legiones que vencieron á los ecuos y á los volscos, y de plebeyos las que cerraron para siempre á los Tarquinos el camino de Roma. Yo que os hablo hundí tres veces mi hierro en las carnes de un enemigo, en el Regilo, y al finalizar la acción mi cuerpo manaba sangre como un odre destrozado. Todos nosotros llevamos escritas en nuestras cicatrices la historia de la república, y todos estamos dispuestos á no esquivar nuestro brazo y nuestro patrimonio cuando ella nos lo reclame. Pero al volver de la guerra no hay parte para nosotros en las tierras conquistadas, ni nos alcanzan del botín más que las míseras migajas del sobrante. Nuestra casa incendiada, nuestra familia dispersa son títulos que nada valen para nuestros opresores. Si queremos remediar nuestra desgracia á ellos debemos acudir para que nos envuelvan en las redes de la usura, empleando contra nosotros mismos las riquezas que hemos contribuído á proporcionarles. Ya sabéis lo que significan estas deudas: el capitolino, el ergástulo, las vergas, la esclavitud para nosotros y para nuestros hijos. Contra tales expoliaciones levantemos nuestra resistencia. Ellos son los que han tendido el arco; demos nosotros el último golpe para romperlo. Declaremos abolidas las deudas que son el instrumento de nuestra miseria. Así como hemos derribado la tiranía de los reyes, derribemos también la tiranía de los ricos.

Hubo en el grupo un murmullo que reflejaba

impresiones vacilantes. No obstante el encono de los espíritus, la proposición parecía demasiado atrevida. Alguien insinuó con cierta timidez la objeción que formulaban las miradas:

—Una deuda es una deuda...

—Sin duda—replicó Cayo Porcio—una deuda es una deuda. Pero lo es cuando la libre voluntad del que la contrae sella el compromiso de pagarla, y no cuando la usura arranca promesas á su hambre y á su dolor. Ellos son los que han hecho la ley. Por eso resulta siempre justa para la medida de sus voracidades. No veréis jamás que sus rigores se ejerzan en favor de un plebeyo. Aunque nos aniquilemos en el trabajo nosotros encontramos siempre las puertas cerradas. De ellos es la tierra y de ellos son los esclavos que la cultivan. Somos las eternas bestias de carga para que otros aprovechen en la ociosidad el resultado de nuestra labor. Para ellos todo el trigo de las espigas y todo el aceite de los olivares; para ellos los pescados de Ostia y las mieles de Alba; para ellos la sangre y la vida de los plebeyos cuando quieren esquilmarlos. Este régimen os parece legítimo porque las costumbres os han familiarizado con sus injusticias. Mansamente, sin daros cuenta de ello, seguís como los bueyes uncidos al yugo, el camino que os trazan vuestros amos. No os detenéis á pensar que estas diferencias inicuas se prolongan demasiado y que es necesario sacudirlas alguna vez para abrir paso á las ideas nuevas...

Cayo Porcio hizo una pausa. Iba á reanudar su arenga cuando lo interrumpió la voz de Paulo Acronio, llamado el Tarentino.

—¿Ideas nuevas, decís? Lo creéis así todos vosotros porque Roma es una ciudad de ayer á donde todavía no han tenido tiempo de llegar las enseñanzas de los viejos pueblos. Pero esas que llamáis ideas nuevas hace ya mucho que labraron su cauce allá en las ciudades de la Héllade, bajo el apremio de circunstancias iguales. También allá los menos exprimían á los más el fruto de su trabajo; también allá éstos soportaban en silencio el peso de su desgracia hasta que un día resolvieron arrojar la carga de sus espaldas. Y aunque todo sigue lo mismo en Atenas, es lo cierto que las leyes de Solón, perdidas ya en la lejanía del tiempo, suprimieron para siempre las antiguas diferencias...

—Lo véis—vibró la voz de Cayo Porcio—Acronio ha vivido en Tarento y su palabra es el eco de la verdad cuando os dice las historias de la Héllade. Sólo nuestra será la culpa si no imitamos el ejemplo. Seguiremos siendo los más débiles mientras no nos resolvamos á demostrar que somos los más fuertes.

Luego, concentrándose por un momento en sí mismo, tendió la mano hacia el sudoeste, donde cortaba el horizonte la línea sinuosa del Aventino:

—Allá está la salvación. Ya que ellos quieren absorberlo todo, dejémosles el campo libre. Vamos nosotros á fundar una Roma nueva donde no haya explotadores ni explotados. Veremos si faltándoles nuestros brazos siguen en la creencia, como ahora, de que ellos solos han hecho y de que ellos solos mantienen la gloria de la república.

Pocos días después Roma amanecía desierta. Por el lado del Monte Sagrado una fila interminable y compacta de caminantes señalaba la magnitud del éxodo plebeyo.

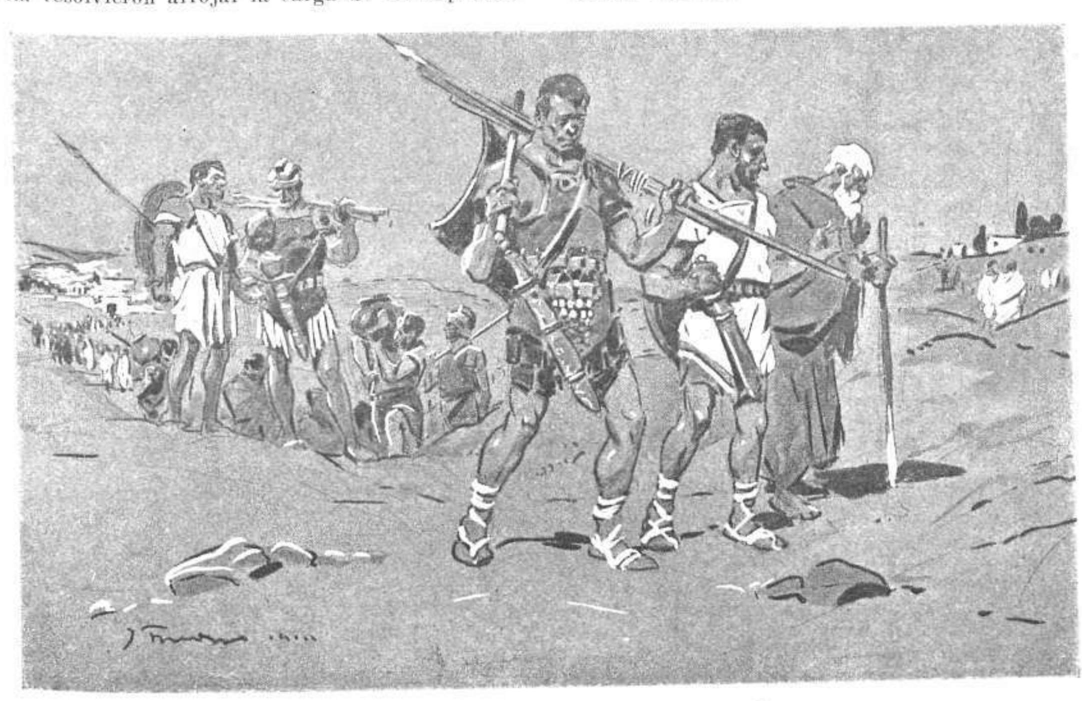
Entre los patricios fué primero una impresión de estupor, luego de ira, por último de orgulloso desdén. Había que dejar á los rebeldes librados á su suerte, hasta que vinieran por sí mismos á implorar la gracia y á sufrir el castigo.

Y la estatua de Júpiter debió estremecerse de admiración, cuando después de persistir por poco tiempo en estas disposiciones el senado se avenía á tratar de potencia á potencia con los emigrados y acababa por aceptar las condiciones que ellos imponían para volver al trabajo.

Fué así, según cuentan las crónicas, que las ideas nuevas hicieron su aparición en Roma, allá por el año 493 antes de Cristo...

José Luis MURATURE.

Dib. de Friedrich.



Una obra maestra

Sentado á mi escritorio, hace muchos años ya, recibí una tarjeta que empezaba de este modo:



A estos relumbrones seguían nombre y apellido.

Recibí la tarjeta con cierto recogimiento y traté de componerme la corbata y sacudir la ceniza del cigarro, antes de encararme con el campanudo personaje. Y hasta busqué frases en los rincones de mi memoria, para estar á la altura del visitante. Pero, cobré ánimo y, en un arranque impulsivo, decidí que le hiciesen pasar adelante.

El hombre tenía aspecto extraño. Alto, enjuto, de barba gris y desgreñada, me produjo un efecto singular que supe reprimir con heroísmo.

Se me presentó con lenguaje cortesano, encareció la suerte de haberme conocido de cerca y empezó á hablar de muchas cosas con una verbosidad que me parecía hasta elocuente.

Creía que el peso de tantos títulos le agobiara: pero, no, señor. Cobraba nuevos bríos á medida que iba desarrollando la retahila de sus ideas que se me antojaban sin propósito y sin ilación.

—Pero, en suma, le interrumpí ¿en qué puedo ser útil al señor Cav., Com., Uff.?

—Usted puede salvarme—contestó en tono plañidero.—Tengo comprometido mi nombre de literato y de poeta. Pertenezco, aunque extranjero, á los "nuevos" de América. He cultivado con ardor la "musa decadente". Empeñado en presentar una composición literaria á un concurso, he escrito un "Soneto", y deseo que usted lo lea, lo revise y corrija, si á su parecer contiene errores.

Y, sacando de una gruesa cartera un papel cuidadosamente doblado, me lo entregó. Contenía el siguiente

SONETO

Una veste de nube nacarada
Cubre las albas formas de la Luna,
Y se vislumbra por los tules una
Punta de sus botinas argentada.
Va una estrella siguiéndola azorada
Por alcanzarle el pié, mas sin fortuna,
Pues que Diana se arroja en la laguna
De blanca plata, su eternal morada.
Síguela en su infantil candor la estrella,
Con ágil vuelo y sin igual contento
Del albo lago por la argéntea huella.
Y alcanza el borde con ardor sediento;
Mas, al fulgor de Diana harto más bella,
Se desvanece como niebla al viento.

Leí el "Soneto" con mucho reposo.

El poeta pendía visiblemente de mi juicio. Cuando hube terminado la lectura, doblé con toda calma el papel y se lo entregué, pronunciando solemnemente estas palabras:

—"Es una obra maestra. Trate usted de que nadie ponga mano en ella; se la echarán á perder. Yo me guardaré bien de cambiarle una sola sílaba."

El poeta se levantó de un salto. Guardó su "obra" y me dijo:

—Cuente usted con un amigo. Desde hoy me pongo en campaña, para que, dentro de dos meses, sea usted, cuando menos, "Commendatore".

Una semana después supe que "La veste de la Luna" había sido premiada...

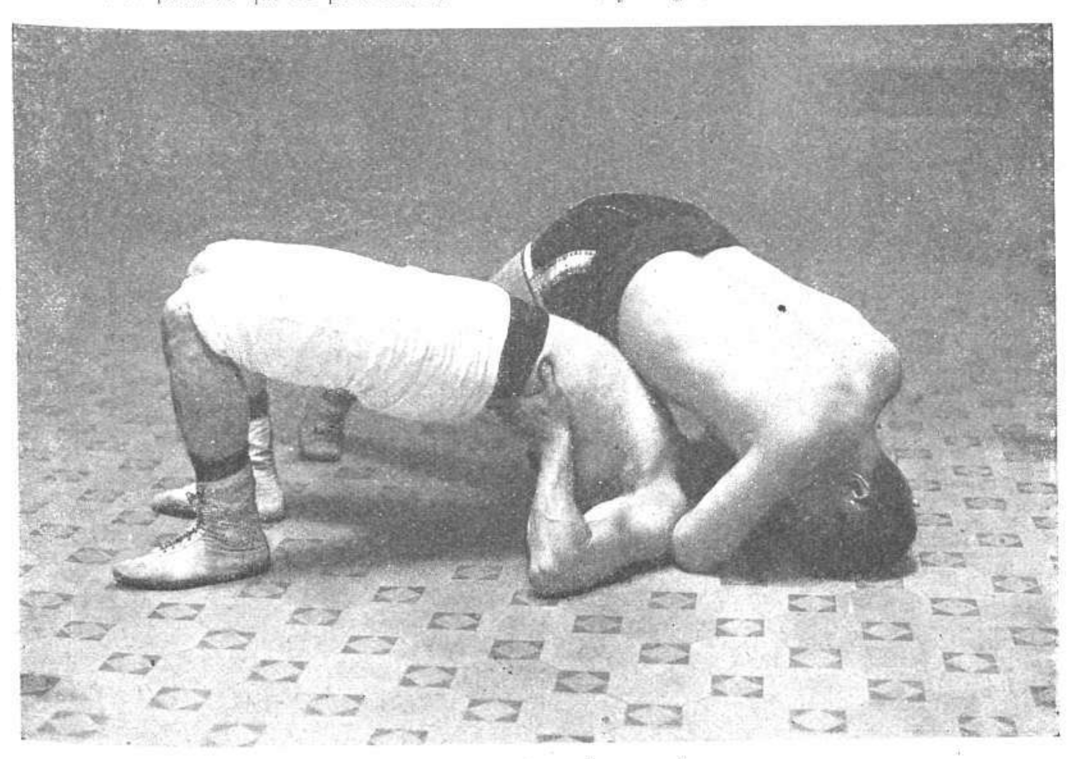
M. CALANDRELLI.

Dib. de Zavattaro.

Los atletas de mis tiempos

Cada vez estoy más convencido de que los modernos profesionales son fruto de generación espontánea como los hongos yesqueros que brotan en abundancia superabundante, sin saber cómo. ¡Qué diablos! si hoy encuentra usted en cada bocacalle uno de esos atletas dispuestos á medirle las espaldas,—pongo un ejemplo,—en la pavimentación por medio de una toma de brazos, de cabeza ó de cogote. Y después ahí tenemos las cuadrillas del Casino, donde todos los años de este siglo sin mote, se aparece con sus gigantones, cuyos músculos y exagerado volumen, son carteles de reclamo.

No niego que en mis tiempos dejara de haber aficionados á medir el desarrollo de sus colosales fuerzas con el primero que se presentaba, como solían hacerlo aquellos muchachos que iban al Alcázar Lirique y que, por puro gusto, metían cada bochinche que no había policía capaz de contenerlo. (Verdad es, — acá para inter nos, — que la policía estaba con ellos. Como que eran hijos de familia "bien"). Eso no obsta para hacer justicia: — nuestra juventud de entonces, sin ofender á la presente, sin academias, sin sport, sin todo eso que hoy ejercita la fuerza, era de natural fuerte, robusta, ágil y no se la llevaba así no más por delante cualquier "wrestler"! Conocí yo á un valiente militar, que entonces era paisano, y de cuyo nombre no debo acordarme, que tenía unos puños que puestos en acción parecían dos catapultas. Recuerdo que una vez, allí en el Alcázar Lirique, se armó la acostumbrada zalagarda porque los franceses aplaudían á su paisana, la "célebre" bailarina, mademoiselle D'Oubry, y los criollos la silbaban... porque sí. Y estaba la "fiesta" en lo más animado, cuando ¡zas! una botella de soda, lanzada como proyectil de guerra, fué á quebrarse en el ala del sombrero de copa de nuestro paisano, que capitaneaba, desde el palco central, la silbatina. Válgale el ala, porque si el botellazo llega á darle á cara descubierta me lo deja patitieso. Y como hubo derramamiento de sangre acudió la policía, representada por cuatro formidables "micifús", que se le fueron al humo al heridor. Era éste un marinero norteamericano, de figura colosal y con dos puños como macetas de á diez centavos. Todo fué agarrarlo y hacer él un pequeño estremecimiento para que los cuatro "micifús" fueran rodando; pero, aunque asombrados, doloridos y desconfiados, se levantaron y pretendieron aferrarse á él con uñas y dientes. No había qué hacerle: allá fueron rodando otra vez. Y con la rabia de la impotencia, ya iban á echar mano á los machetes, cuando el paisano, vendada la frente por un simple pañuelo, y alegre, como si nada le hubiera acontecido, se interpuso: les hizo á los "micifús" seña para que se contuvieran y midiendo al marinero de arriba abajo, que contemplaba aquello impasible, se arrojó á él. Los músculos crujieron; pero, con ademán irresistible, el paisano lo tomó de la cintura y alzándolo, con una facilidad asombrosa, y mientras el marinero norteamericano se debatía en contorsiones vertiginosas, el paisano lo llevó así hasta la escalera que conducía al exterior y de allí lo arrojó abajo, en donde los amigos de aquél, cuya indignación estallaba, lo recibieron con manifestación tan entusiasta, que ya la policía no tuvo que hacer grandes esfuerzos para conducirlo á la casa del Gallo. Y: — ¡Siga la música, muchachos! — gritó nuestro paisano, como si nada hubiera hecho.



Lucha moderna.—Forzando un puente

Otra vez, — y era en un baile de máscaras, — se encontraba disfrazado de Hércules en el salón de baile. Este estaba ya animadísimo, cuando á uno de aquellos famosos cancaneros de entonces, — peluquero por más señas, — se le antojó, por simpatía, tomarle el pelo. Fué á él y le dió una pechada. Pase por la primera; pero á la segunda, ya molesto, le dijo, sonriente: "No me peche, amigo, no me peche." El peluquero, viéndolo tan

manso, se le fué con la tercera y... Yo no sé cómo fué, ni dónde ni cómo le pegó; pero lo cierto es que desde un extremo al otro del salón,—y eso que era como de treinta metros, — fué á dar el infeliz "figarillo" rompiendo el muro de humanos bailarines, con tanta rapidez que nadie se dió cuenta, hecho un ovillo, mientras nuestro paisano siguió bailando tranquilamente. ¡Cuando le digo á ustedes que aquellos puños eran dos catapultas! Y les prevengo que no hago historia: — por ahí andan, aunque ya vejancones, algunos, muy pocos, — los demás han muerto, — algunos de aquellos "muchachos" que frecuentaban entonces el Alcázar Lirique, que no me dejarían mentir.)

Pues, como les iba diciendo, los verdaderos profesionales en lucha romana eran escasos, tan escasos que durante cerca de medio siglo sólo se "exhibieron" tres: — un Monsieur Charles, sin más apodo ni apelativo, en el antiguo teatro Argentino, convertido después en pasaje, por donde nadie pasaba; un Rafael Scalli, en el Principal de la Victoria, después local de pinturería, y Raffeto, el gran Raffeto, alias "Cuarenta Onzas", allá en el circo de su nombre, en la calle de Ceva llos y en el terreno que hoy ocupa la jefatura de policía.

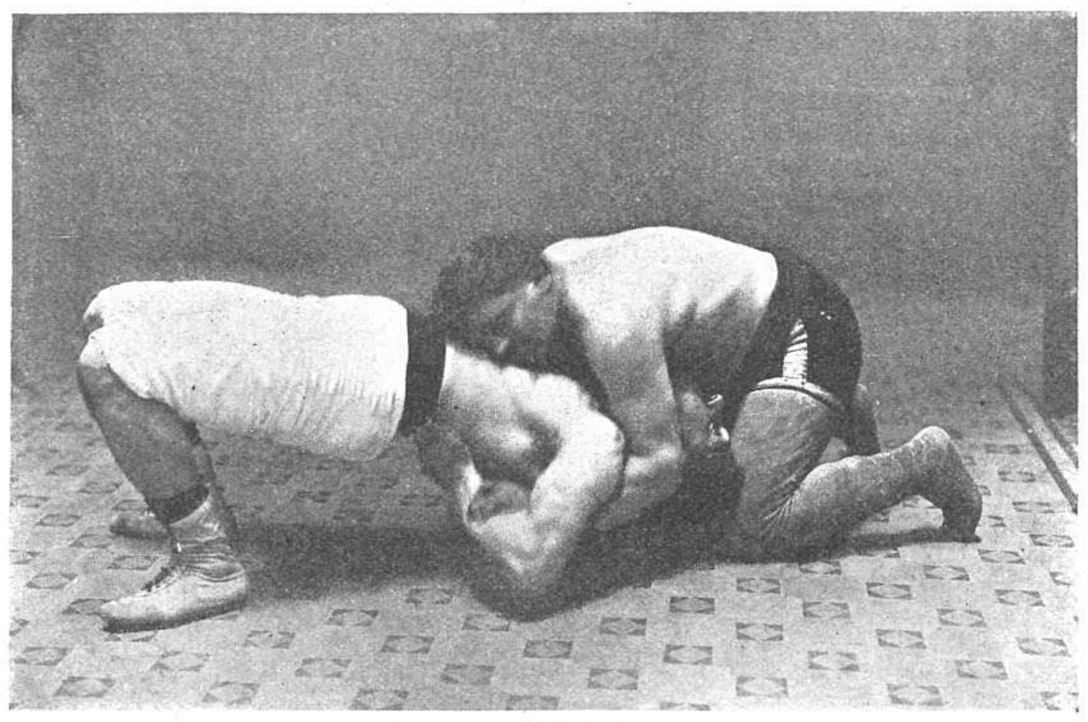
Raffeto,—que ya ha muerto para el "arte",—como que entonces ya era machucho,—tenía todas las condiciones de un gladiador romano por sus formas atléticas y por la fuerza de sus músculos de toro andaluz, que aseguran son los más fuertes en la cornamenta.

— Ma, mirra, — dijo una vez, con su lenguaje pintoresco, — per mé levantare cuarent'arrobi é portamelo sul ombro, é medesimo come cuarrent'onze...

De ahí le vino el mote.

Pero, volviendo á Monsieur Charles. Cuando él vino, que fué, si mi escasa memoria no miente, allá por el 55 del siglo pasado, ya teníamos un luchador de afición, gallego por más señas, de apellido Gómez á quien llamaban "el Changador", porque lo era de la casa comercial de don Antonio Franqui, que estaba situada justamente donde después se hizo el Alcázar Lirique y en cuya esquina aun subsiste y subsistirá por muchos años aun, — Victoria y Tacuarí, — la primera casa de dos pisos de alto que se edificó en Buenos Aires. El "Changador Gómez" era formidable y no había hombre de fuerza que no le tuviera respeto. Figúrense ustedes, — y no es cuento, — que el tal changador tomaba, con sus dos manazas una pipa rehenchida de vino carlón y levantándola á la altura de su cuerpo y haciendo firuletes con ella volvía á depositarla en el suelo con tanto cuidado y miramiento como si fuera un nene en su cuna.

Naturalmente que cuando se anunció que iba á luchar con Monsieur Charles, á los sportivos de entonces les pareció que iba á ser robo, — pues, para ellos, — bastaba que Gómez moviera una de aquellas manazas para que lo dejara aplastado.



Lucha moderna.—Deshaciendo un puente

Pues, no le valió su tremenda fuerza, ni sus manazas de gigante, porque Monsieur Charles, con una facilidad asombrosa, me lo tomó del cogote y me lo puso de espaldas con el mismo miramiento con que él ponía la pipa de vino carlón en el suelo.

Pero es que aquel demonio de Monsieur Charles era un profesional de primer orden, que también venció al "Judío", considerado por sus colegas "el invencible"; al "Indio", que se aparecía allí con taparrabo de tal y plumero en la cabeza. Este llegó á tomarle tal miedo que salió disparando hasta quien sabe dónde. Luego se le apareció el "Francés enmascarado", que fué una verdadera novedad por lo encubierto. ¿Quién era aquel desconocido y por qué se enmascaraba? Los unos aseguraban que lo hacía por pertenecer á una distinguida familia. Los otros que por ser demasiado conocido en los bajos fondos. (Estos últimos estaban en lo cierto). La verdad fué que aquel luchador prometía vengar á los demás: un jastialote tremendo; pero no bien se dieron la diestra en señal de lealtad y se restregaron ambas manos con el aserrín que había en el suelo, Míster Char-

tes se le fué encima, lo dobló como una caña y allá fué el enmascarado con careta y todo. Hubo protestas y comenzó la lucha de nuevo para volver al suelo el jastialote aquel de una manera deplorable, pues con su enorme peso rompió el tablado y desapareció como por escotillón.

Y no vayan á imaginarse que aquel profesional, aquel demonio de Monsieur Charles, fuera uno de esos atletas de cien kilos para arriba. Nada de eso: bajo, rechoncho, barrigón, carnudo, con brazos de mujer; pero ágil como un mono y diestro como un gato, — dado que el gato y el mono sean esto y lo otro. Viendo que no había con quien luchar, Monsieur Charles se metió á aeronauta; pero no le fué tan bien, porque en la primera ascensión y cuando apenas estaba á algunos metros de altura, se le agujereó el globo y casi se rompe la crisma en la bajada. Tomó entonces el partido de irse á otra parte.

Diez ó doce años después, nos vino un italiano tan sorprendente que, con la misma facilidad conque aquél venciera al changador y á los otros, pudo vencerlo á él. Se llamaba, como ya llevo dicho, Rafael Scalli, el que no dió más que una representación en el teatro Principal de la Victoria, por falta también de competidores... ¡Cómo sería el niño! Aquel "bárbaro" manejaba, con una facilidad asombrosa una maza que pesaba cuatro arrobas, como nosotros podríamos hacerlo con un bastoncito de junco. En seguida se ponía "en puente"; se hacía colocar en el pecho un gran yunque de herrería (verdadero) y colpear sobre él cuatro comparsas con martillos enormes, al son del coro del "Trovador".

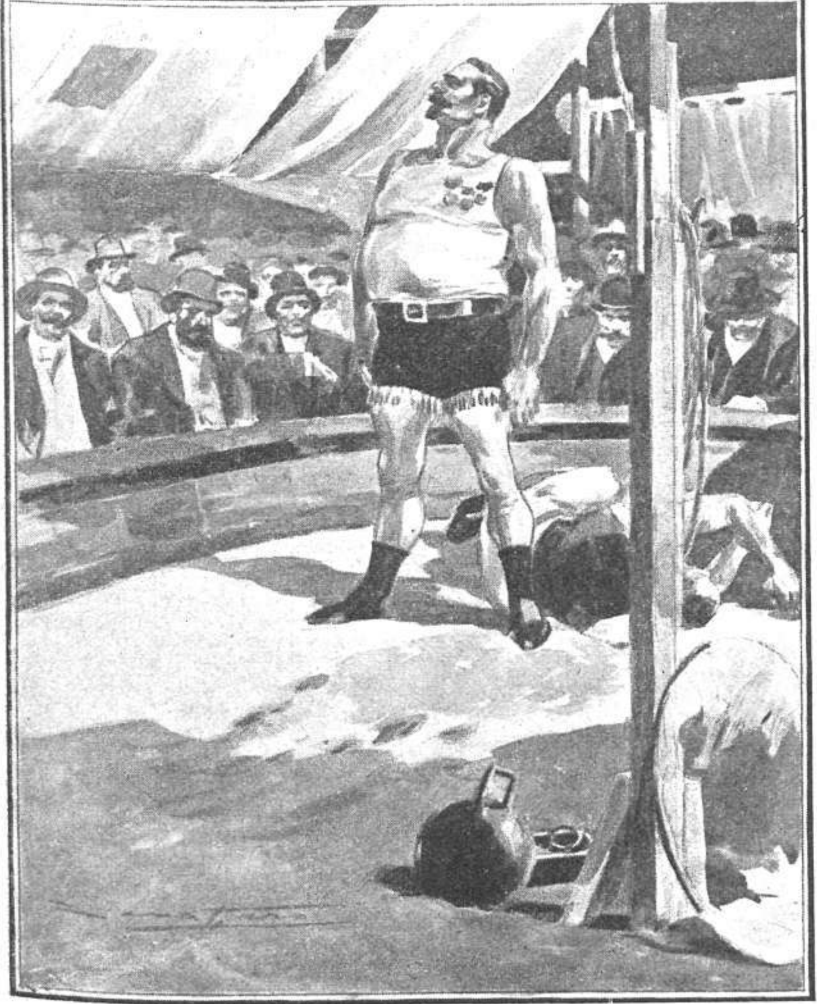
Y después de otras muchas pruebas de su resistencia admirable, vengan los luchadores. Sin embargo, aquello se volvió "fonda de vascos empedernidos". Es que, á pesar de las demostraciones hechas con anterioridad por el profesional, aquel público bullanguero no acababa de convencerse de que aquel "petizo", sin volumen, delgado, pudiera legalmente, poner de espaldas en el reverendísimo tablado, como si fueran muñecos, á cuanto luchador se le presentó. Por todas partes se gritaba: ¡Trampa! ¡Trampa! como ahora se grita en los hipódromos: ¡Tongo! ¡Tongo! Y al escenario fueron sillas y bancos y cuanto vino á la mano hasta que la policía intervino. Pues ni aun así, pues los más irritados lo esperaron en la calle y cuando fueron á arremeterle, Scalli hizo de ellos un desparramo tan colosal que todavía ha de haber quien lo recuerde en sus costillas. Y fué tan colosal, que Scalli tuvo que marcharse sin darnos la repetición.

Vino después "Cuarenta Onzas", el simpático Raffeto, para el que las reglas del arte no existían. ¡Qué reglas ni qué reglas! Allí se paraba, en mitad del circo, como si fuera un ñandubay y ni con lazo lo sacaban si él no quería. Cuando cansaba al contrario, á fuerza de lejarse manosear, lo tomaba por donde caía,— por el cuello, por la cintura, por los pies, por los brazos, por las narices,—y en un periquete, allá iba á restregarse los matambres en la cosquilleadora arena.

—"Portatemene un altro"—exclamaba entonces, con voz campanuda, cruzado de brazos, con su figura de atleta romano y como si pidiese la repetición de "Pulentina", mientras los entusiastas gritos de: "¡Viva Cuarenta Onzas! ¡Viva Raffeto!" se confundían con los "gratos acordes" de la murga de trombones, tambores y bombo que tocaban al victorioso la "Marianina" y el público la cantaba.

"Mariannina, Mariannina,
te l'ho detto tante volte,
non portare fiori in testa,
solamente che alla festa
quando andiamo a passeggiar.

Rafael BARREDA.



Portatemene un altro!

Dib. de Zavattaro.



Lo declaro sin rubor
y confiésolo de plano:
á mí me inspira el verano
la antipatía mayor.

No odiaba tanto, de fijo,
Stecchetti á la primavera
y asusta de qué manera
la fulminó y la maldijo;

yo, pues, que en lo rencoroso
no cedo al insigne vate,
no es de extrañar que maltrate
al calor que me es odioso,

y que, sin hacer misterio
de lo fulo que me pone,
contra mi enemigo entone
el salmo del vituperio.

Horas de incendio rajante
en que la inhumana suerte
á cada humano convierte
en catarata ambulante.

Temperatura brutal
que enerva, aplasta, incomoda
y descuajeringa toda
la economía animal;

antipática estación
que al más bravo desespera
pues le pone la sesera
en constante ebullición...

¡Si es cosa que no se entiende
cómo hay en el mundo quien
hable del verano bien
cuando el pelo se le enciende!

Con la abnegación de un santo
yo á sus horrores me inmolo,
mas bien sabe Dios que sólo
á la fuerza los aguanto.

No bien el verano asoma,
mi salud y mi sosiego
ya están en juego ¡y qué juego!
¡como para echarle á broma!

quiero dormir... ¡imposible!
voy á comer... pues me embromo,
porque todo lo que como
me resulta combustible.

No hay manjar que me aproveche
y es un censo lo que gasto
en beber á todo pasto,
leche helada, siempre leche;

y así, como un patizambo,
sin seguridad ni rumbo,
se me ve de tumbo en tumbo
discurrir de tambo en tambo.

Quiero escribir, pero ¿y quién
trabaja mientras se abrasa?
(eso sí, que igual me pasa
en el invierno también),

y, por contera, un fatal
destino ciego y absurdo
me hace salir todo zurdo,
todo al revés, todo mal.

Lo que tiene yo no sé
el verano para mí:
en pleno enero nací
y en febrero me casé.

De todas mis desventuras
las exclusivas causantes
son hoy y lo fueron antes
las altas temperaturas.

¡No, no, no! á mí que me den
temperaturas anfibias,
es decir, blandas y tibias...
¡con las tibias ando bien!

disfruten los paraguayos,
ó el Ecuador, ó el Brasil
con su cielo puro añil
y de su sol con los rayos;

que yo, habituado á otro clima,
á perecer no me amoldo
¡por debajo con rescoldo
y con llamas por encima!

Juan OSÉS.

Dib. de Málaga Grenet.

Glorias sin nombre

Para "Caras y Caretas".

Fué en los días luctuosos y tétricos del barranco del Lobo, á los cuales debía seguir el no menos trágico treinta de septiembre. Nuestros soldados, muertos de hambre y de sed, fatigados por el viaje reciente y el peligroso desembarco en las costas abruptas, entraban en fuego, más que con el ardor del patriota con la desesperación del labriego arrancado á su hogar y cierto de su inevitable fracaso. Por fortuna, aquella adversidad duró poco y nuestros reclutas volvieron á ser lo que fueron siempre: héroes abnegados, dispuestos á derramar su sangre en holocausto á su patria inmortal.

En uno de los improvisados fuertes á que se dió el bárbaro nombre de "blokhaus", existiendo los castizos de fortín y de parapeto, hubieron de hallarse reconcentradas una mañana las fuerzas de uno de los regimientos de línea al mando de su coronel. Realmente sólo estaban allí dos compañías. La guerra africana impone una desorganización aparente que pugna con todas las tácticas. Hay que luchar con un enemigo que rara vez se presenta en grandes masas; pero que es astuto y sagaz y, además, imposible de ser contenido. En otras guerras, al comenzar una batalla se sabe que los enemigos son seis, ocho, veinte mil, cien mil ó triple número. En el Riff el enemigo se llama misterio. Podréis contar quinientas chilabas y otros tantos jaiques; pero cuando uno cae, otro le sustituye inmediatamente; de tal suerte, que no hay medio de averiguar si detrás de las avanzadas, está la soledad del desierto ó una formidable y aisladora jarka, capaz de arrollar con sus ímpetus á los ejércitos más fuertes y disciplinados.

Departían los oficiales en el interior del fuerte, deleznablemente construído con maderos y tablas. Observaba el coronel desde un altozano la lejana línea de naturales trincheras, formadas por piedras, nopales y chumbos; evocaban los soldados reunidos en grupos recuerdos y añoranzas del inolvidable terruño natal, cuando tres disparos sucesivos de mauser sembraron en todos la alarma. Hubo de cesar pronto al ver dirigirse al fortín en rauda carrera á un rapazuelo de unos catorce años, vestido con el híbrido traje de los niños errantes de todos los países. Un pantalón de lienzo, caía sobre sus pies descalzos, una camisa desgarrada dejaba ver sus tostadas y escuálidas carnes; oprimía con sus manos nerviosas y cetrinas un capacho de esparto y cubría su cabeza rapada con un viejo sombrero de fieltro manchado de fango.

Detenido por los centinelas, hubo de comparecer ante el coronel. Era este, hombre moreno y enjuto, bajo de estatura, pero fuerte de miembros y de carácter valeroso, según atestiguaban las cintas que ornaban su uniforme de rayadillo. Puesto en pie, hizo llegar hasta su presencia al rapaz; afirmó en sus sienes el salacote, acarició con nerviosa mano su perilla blanca y preguntó al niño qué era lo que quería y si sabía á lo que se exponía si traía intentos de espionaje.

—Mi coronel—contestó el golfillo cuadrándose militarmente como el más experto veterano.—Yo vivo en Melilla: pude ayer reunir unos cuartejos y dije, digo: allá abajo deben de tener mucha sed. Si yo les llevase un par de botellas de cognac y cuatro de agua, es seguro que lo agradecerían. Y aquí estoy, porque Dios ha querido, porque aquellos perros—y señaló á las lejanías de Benibuifrur—me han hecho oír los "Pacos" demasiado cerca. Pero, en fin: he llegado y aquí están las botellas, para que se refresquen estos valientes.

Y sacó del capacho lo ofrecido con la mayor sencillez del mundo. Jamás merced alguna fué acogida con tanto júbilo. Es preciso haber sufrido las inclemencias de un sol tropical para conocer el deleite que un sorbo de agua puede procurar á un paladar reseco. Anatole France declara que sintió la emoción estética en cierta ocasión al apurar un vaso de leche. El agua mereció mucho antes tal holocausto por parte de Píndaro que la supo encomiar puesta en la oquedad de la palma de una mano febril.

—¡Bravo!—dijo el coronel: eres un valiente y he de recompensarte con estas monedas de plata.

—¿Qué dice Usía?—saltó el muchacho.—Yo he traído el cognac y el agua por "el gusto de correr un peligro" y por regalar á estos bravos y así nada por ellos he de recibir. Si algún día nos vemos en Melilla ya pediré á Usía la recompensa, rogándole que me aliste como voluntario en su regimiento.

Dió sonriente el coronel una palmada cariñosa en el hombro al arrojado y desprendido chicuelo y, mientras éste marchaba á sentarse pensativo sobre una piedra, junto á los puestos avanzados, se dirigió al fortín para ordenar la distribución de las nuevas vituallas.

No habría transcurrido una hora cuando los disparos de los centinelas avisaron el cercano peligro. Compactos y numerosos grupos de moros se dirigían hacia el fortín, disparando sus armas y lanzando alaridos salvajes. El coronel no se inmutó y, con voz varonil y resuelta, gritó á los soldados:

—¡Muchachos: á formar!

Diez segundos después las dos compañías estaban en actitud de descansen.

—¡Hijos míos!—pronunció con resuelta voz el caudillo.—Por primera vez vais á entrar en fuego. Pensad en la patria, que es vuestra madre. De ella es vuestra vida; baldón para quien no sepa exponerla en su nombre. Ahora, rodilla en tierra y ¡fuego á discreción!

Comenzó la pelea, ruda, enconada; los moros con empuje fanático, avanzaban una y diez veces rabiosamente para apoderarse del botín. Una y diez veces fueron rechazados con heroico denuedo por nuestros soldados, que se batían como en un simulacro.

De pronto el jefe, vió surgir á su lado al golfo.

—Mi coronel: ¿no hay un fusil para este cura?

—¿Y tú que vas á hacer mequetrefe?—contestó el anciano.

—¿Yo?—repuso el niño.—Lo que los demás.

—Vamos á verlo—exclamó el coronel.—Allí tienes el fusil del cabo Rodríguez, quien desgraciadamente ha pagado con la vida su tributo á la patria.

Corrió el vagabundo hasta el cadáver y empuñó su fusil, más que con ardimiento, con rabia. Colocóse delante de las filas, á riesgo de ser muerto por los soldados y echándose el arma á la cara imberbe, dirigió estas palabras á los rifeños:

—¡Cochinos: ahora las pagaréis!

Fué aquel combate un canto de epopeya. La pelea llegó á ser cuerpo á cuerpo. Y, en medio de los soldados, el niño, alentaba á todos, hacía blancos incomparables y sembraba el espanto en las adversas filas. Un momento llegó en que todos le juzgaron perdido; tanto se había adelantado. Se le vió pelear contra tres, sepultar la bayoneta en los cuerpos de dos rifeños y ahuyentar al otro con su no previsto coraje. Lanzóse por fin resueltamente al campo enemigo y tras él los soldados arrebatados por tanta heroicidad. Poco después los moros huían en desconcertado tropel, dejando en el campo á muchos de los suyos y la corneta hizo sonar las notas de "alto el fuego".

Breve tiempo fué necesario para acorrer á los heridos. Finada esta urgente y piadosa faena y antes de dar sepultura al cabo Rodríguez, oyóse de nuevo la voz imperiosa.

—¡Muchachos: á formar!

Alineáronse los reclutas, serenos, sonrientes, como si nada hubiera ocurrido.

—Soldados:—pronunció entonces el aguerrido jefe—habéis cumplido con vuestro deber y habéis merecido bien de la patria. No olvidéis que la patria es lo más grande, lo más excelso, porque es la tierra que cubre los restos de nuestros mayores y el lenguaje que supimos balbucir al orar en la cuna y el lazo íntimo de nuestros afectos y lo que nos diferencia de los demás. Un hombre sin patria es un ser despreciable, incapaz de abnegaciones y de sacrificios, corazón que no late, cerebro que no piensa, sistema de nervios que no siente el espasmo de lo sublime.

Hubo una pausa silenciosa, un mudo intervalo, durante el cual hubiera un oído avizor, podido escuchar el latido del varonil pecho de aquellos valientes.

Ahora—prosiguió el coronel sacando un objeto pequeño del bolsillo de su guerrera—voy á cumplir con un altísimo imperativo. Todos habéis sido testigos de la bizarría y el heroísmo de este muchacho, hazaña bien digna de ser grabada en bronces. No es soldado; pero merece serlo. A todos nosotros ha dado ejemplo de abnegación y de bravura y yo en nombre del general en jefe y á reserva de lo que acuerde en su día la superioridad, voy á poner sobre su pecho la cruz del Mérito Militar roja. ¡Soldados: firmes! Y tú, muchacho: ¡tres pasos al frente!

Se adelantó el rapaz y descubrió su cabeza monda.

—¿Cómo te llamas?—interrogó el jefe.

—Isaac Muller—contestó el niño.

—Pues bien, Isaac Muller—prosiguió el coronel:—has merecido bien de la patria y, en nombre de la patria, te condecoro. ¿En dónde has nacido?

—En alta mar.

—Pero tendrás una nacionalidad. Contesta: ¿tú qué eres?

—Israelita.

Antonio ZOZAYA.

Dib. de Peláez.



¿El?

Desde el mismo día de mi llegada se definió mi juicio sobre aquel caballero que, vistiendo irreprochable jacket gris, baja la cabeza en actitud de habitual abstracción, un junco sibilante en la enguantada mano, se cruzó conmigo en el "hall" del hotel. Mi sensibilidad, sutilizada por el desgaste que en ella había causado la dolencia que me llevaba con etiqueta de convaleciente á aquel hotel de montaña, experimentó desde luego la influencia de tan interesante figura y, como he dicho, se definió mi juicio afirmando el particular interés que ella despertaba.

Me volví á mirarle. De espaldas, el cabello largo y como naturalmente recortado en flotante melena, lo rozaba con su borde el cuello del jacket; un "canotier" con cinta cenicienta lo oprimía arriba en círculo de diadema; el andar era á un tiempo tenso y ligero.

Fué alejándose y desapareció en dirección á la verja exterior.

La sociedad del hotel era casi toda ella mundo; gente que jugaba al bridge y al pocker, organizaba excursiones y pasaba el tiempo lo más superficialmente posible. Después de mi hombre, sólo había en realidad dos personas interesantes y una de éstas más pintoresca que interesante: era un sujeto poseído de la inquietud del misterio, algo espiritista, algo teósofo, algo tocado de satanismo, que en esos momentos de silencio nocturno en que la naturaleza parece realmente difundir una orden de ¡atención! en los espíritus, nos hacía oir voces y sentir raras señales en el espacio y pisadas de invisibles pies descalzos en las losas de los corredores solitarios.

Un visionario del más allá, pequeño, con un cráneo irregular sobre el cual se revolvía, como agitada por contrarias ráfagas de viento, una cabellera vigorosa aunque esparcida. La cara, rasurada, toda ella gestos, vivía una vida inquieta, que la movilidad de los labios acentuaba mascullando á menudo palabras incomprensibles.

El otro huésped digno de atención era una gran joven cuya planta tenía la línea hierática de una imagen de altar. Rostro de óvalo abierto, ojos de estatua bajo el severo arco de unas cajas perfectas, y como contraste, una boca de labios incendiados en rojo, que parecía un corazón palpitando á la vista con manso latir. Sensibilidad finísima, que se manifestaba en el estremecimiento constante de las alas de la nariz, muy pálidas y casi traslúcidas. Un conjunto extrañamente austero, en ciertos momentos extático y lleno de autoridad femenina. Parecía como dominada de la vaga conciencia de una alta misión pero en el trato era bondadosa y natural.

Algunos le suponían una pasión desgraciada que ardía como en una ara oculta en el silencio de su alma, engrandecida por aquel misterioso culto.

Yo hubiera apostado á que era sonámbula. Vivía sola en el hotel y se hacía llamar simplemente Marieva.

Los demás, ya lo he dicho, mundo corriente: un señor San Morvan, viejo aristócrata que adoraba en su perro, del cual contaba mil historias, y otros señores y algunas señoras de las que se encuentran en todas partes.

Desde luego pude advertir, una vez incorporado á aquella sociedad, que mi caballero del jacket gris no gozaba de grandes simpatías en ella.

El inquieto Siderel, el hombrecillo de las extravagantes preocupaciones, gruñía á su aproximación como can malhumorado; otros lo suponían un aventurero sospechoso; las señoras un excéptico sombriamente mordaz.

El hecho es que, según pude observar, el caballero trataba á toda aquella gente con cierta reserva de hombre de mundo que se siente extraño y superior á la sociedad en que alterna accidentalmente. Con

las mujeres, sobre todo, su cortesía cuya gravedad cedía algo de la tensión ordinaria, dejaba adivinar un desdén íntimo, más autoritario que burlón.

Evidentemente aquel hombre determinaba en el espíritu ese contradictorio efecto de atracción y repulsión, de interés y recelo que suscitan las personas nada vulgares, en cuya vida adivinamos un misterio cualquiera, que puede ser sangriento ó culpable como puede ser simplemente desgraciado.

—No hay más que verlo; es un hombre de historia,—me dijo con significativa desconfianza y ánimo poco propicio el señor Vandare, mi vecino de cuarto, á quien pregunté por él.

—Es... es...—dijo Siderel con extraño acento. Y masculló enigmáticamente lo demás.

Excuso decir que todo esto contribuyó bien á hacer para mí más interesante, más obsesionante, si se quiere, aquel sujeto que había llamado mi atención desde el primer momento.

En el cuadro de nombres de los huéspedes, la tarjeta correspondiente á su habitación, decía con seca y terminante letra: Le Chevalier. El Caballero. Tanto podía ser un apellido francés como un nombre de guerra. Seguramente era esto último. Sea lo que fuere, había que llamarle así, con esa designación antonomásica.

Le examiné detenidamente á la hora de la comida. Comía solo, en una mesa que, á cierta distancia, en una serie próxima, enfrentaba la mía.



La cara, muy pálida, tenía algo de fatal que impresionaba desde luego; la comisura de los labios acentuaba un gesto amargo. La cabellera, muy negra, suelta, tendía á rizarse con cierta fiereza rebelde, y en el mismo medio de la frente arrancaba un extraño toque dorado rojizo, un mechón altivo que al echarse atrás sobre la negrura de pelo, sujería la idea de un rayo de sol en la noche... Los ojos, en cambio, eran fríos, con frialdad de acero, y toda la figura acusaba á la vez imperio é indiferencia.

No tenía señales de barba. Se hubiera dicho el cutis de un adolescente, si la dureza de los rasgos faciales, que se acentuaba con mucha energía, no revelara una vida muy vivida y quizá larga ya, aunque no era ni medianamente fácil suponer la edad de aquel hombre bello con cierta belleza trágica y enigmática que sugestionaba sin agradar.

Indudablemente era el tipo del que ha sufrido en su existencia una gran desgracia, del que oculta mal una gran herida; quizás un drama, quizás un crimen. Sin embargo, su elegancia, en que había algo de diletantismo, revelaba la voluntad de "ponerse al día" con el mundo.

Lo más extraño es que desde luego mi sensibilidad creyó sentir no sé qué relaciones ocultas entre El Caballero (yo le llamé así desde un principio) y Marieva, la joven aquella que tenía algo de gran estatua sagrada y algo de sensitiva en cuyos estremecidos pétalos ponía un sello pasional la roja boca, grande y generosa como un corazón.

En vez de ocultas relaciones he debido decir, mejor, relacionamiento, pues esta palabra da una idea más exacta, por más general, de la especie de vaga correspondencia antagónica que parecía existir entre El Caballero y aquella mujer.

No parecía ser que se conocieran y aparentaran no conocerse más íntimamente de lo que el trato accidental de personas que se encuentran en un hotel da de sí. Pudiera creerse más bien que "sentían" un extraño antagonismo anterior á su encuentro; uno de esos fenómenos de oposición preexistente que se traducen en sostenida oposición de individualidades al producirse el contacto.

El hecho es que en su trato con aquella gran joven, cuya figura parecía afrontar siempre todo el horizonte, como una serena fachada de templo, El Caballero perdía algo de su aplomo superior; emanaba de ella al parecer una cierta resistencia de tranquila autoridad que provocaba en él una cierta inquietud malévola é irritada.

Siderel, con su aguda intuición del misterio, hubiera podido explicarse mejor esto, poseído como estaba, por su parte, de una atormentada antipatía hacia el extraño personaje, pero se limitaba á mascullar sus cabalísticas palabras trazando á veces círculos lejanos en derredor de aquel hombre. Parecía luchar con un recuerdo muy vago, que no lograba concretar, sobre la identidad y naturaleza del sujeto.

Ahora diré que de cuanto pasó aquella extraña noche que tan perturbadora impresión dejó en mi ánimo, mis recuerdos sólo alcanzan al momento en que se retiró El Caballero.

Sé que después se habló mucho de la desaparición incomprensible de Marieva, desvaneciéndose más bien que alejándose del hotel al desaparecer el inquietante personaje, pero declaro desde luego absurda toda idea de fuga concertada, ó rapto ú otras vulgaridades sugeridas por aquellos sucesos que el ataque de locura sufrido por Siderel ha impedido quizás aclarar.

Cuando yo, llevado de la atracción de curiosidad que ejercia sobre mi aquel hombre, me encaminaba á la galeria, desde donde El Caballero miraba á la noche en silenciosa abstracción que parecía difundirse como pesando sobre nosotros, Siderel salió á mi encuentro y me dijo con voz alterada é intensa:

—¡No vaya!

Ante aquella intimación, alarmante por el tono con que fué dicha, yo experimenté cierta impresión desagradable; pero me pareció pueril obedecer á las preocupaciones de un estravagante, y salí á la galeria.

Aunque El Caballero no parecia haber prestado la menor atención al incidente, me dijo cuando hube llegado junto á él:

—Es un sujeto molesto.

—¿Quién?... ¡Ah! —contesté, encontrando tonto disimular lo que mi interlocutor, con su superioridad imperativa, me forzaba á dar por confesado. Quizá cree que es usted el diablo.

—Quizá—dijo tras un breve silencio El Caballero. Pero tiene un concepto demasiado vulgar de *El*.

El perro del señor San Morvan, que dormía cerca, se levantó un poco erizado y cambió de sitio, yendo á echarse más lejos, con lo cual distrajo un tanto mi atención, dándole tiempo á ciertas generalizaciones atenuantes de aquella idea afirmada de pronto con singular gravedad por El Caballero.

¡El!... Confieso que nunca habia podido creer en el diablo, es decir, concebirlo como una entidad real aunque ultra-terrena. Conocía el del Dante, un feo diablo peludo de la Edad Media, más grotesco que terrible; el Satanás de Milton, que siempre me ha parecido un soberbio caudillo de rebeldes y no otra cosa, y el Mefistófeles de Goethe, sin duda más satánico, pero siempre demasiado zumbón para dar la sensación desesperadamente trágica del condenado á tinieblas eternas. Mas de todo esto solo habia sacado una noción literaria del sujeto.

De vuelta de esta instantánea excursión del pensamiento por el mundo de mis concepciones diabólicas, dejé á El Caballero contestando á aquel *El*, personificante que parecía haber quedado en el espacio:

—Siempre es vulgar el concepto de... El. (No sé por qué emplee yo también este modo de decir, que respondia mal á mi idea).

La faz de mi interlocutor se tendió en una contracción severisima, lo cual no dejaba de ser contradictorio con su voz, todavia serena aunque con ciertas resonancias de lejanía que antes no le notara.

—Es vulgar cuando es falso—agregó,—puramente tradicional y objetivo. Pero no cuando el espíritu llega á conocerlo.

Aunque esta última palabra afirmativa tronó, en cierto modo, no siendo, sin embargo, más sonora que las otras, yo pude replicar, un poco conturbado, á la verdad:

—¡Conocerlo! Pero entonces... existiría...

El, por toda respuesta, fijó en mi sus ojos fríos, cortados casi hasta las sienes, y se oyó un largo aullido.



Era el perro de San Morvan que, con las patas tiesas y el lomo erizado, aullaba á la luna.

Y nada más funerario que la luna de aquella noche. Un creciente lívido perfilaba abajo el astro negro, que, apenas indicado por un vago halo de cadavérica niebla amarillenta, flotaba silencioso en un cielo solitario lleno de la obscura desolación de la eternidad.

—Sí, dijo el extraño sujeto, ahora con voz apremiante. Es "adentro" (y señaló el pecho) donde se le siente, queriendo.

Lo extrahumano se evoca ahí, y aparece. También al *Otro*—(con torturada y angustiosa violencia y en medio de un terrible aullido del perro)—se le siente ahí. Ahi es donde se le concibe. Es la voluntad quien llama á sí los grandes seres, quien entrega almas. *¡El* está aquí!—tronó estentóreo.

—¿Pero... entonces...?—dije aterrado, señalándole y repeliéndole con el ademán.

Sus ojos, animados de fulgor realmente satánico, con una expresión de alegria horrible, afirmaron, invitando, instando, tentando, y su mechón de cabellos dorados parecia flamear sobre su frente, vibrando como un haz de encendidas lenguas de reptil...

En aquel momento irrumpió en la galeria, dando gritos, gritando tres veces extrañas palabras, el pelo en loco desorden, insensato y terrible, el pobre Siderel.

Y luego... yo no sé; entre el estrépito de aquellos gritos y los aullidos del perro y el zumbar de no sé qué en el aire, avanzó por la obscura galeria la alta y blanca forma de Marieva, y se detuvo y miró, desplegándose en toda su autoridad extática, inmóvil ante *El*.

¡Oh! Imposible concebir nada más cortante, nada más desesperado, nada más espantoso que la risa que salió de boca de aquel hombre. Nadie podrá arrancarla jamás de los oídos que la oyeron. Y la contracción de aquella cara pálida. Y el hielo atroz de aquella mirada resbalando por el ángulo del ojo como un reptil...

No sé, después... Le vi alejarse, riendo.

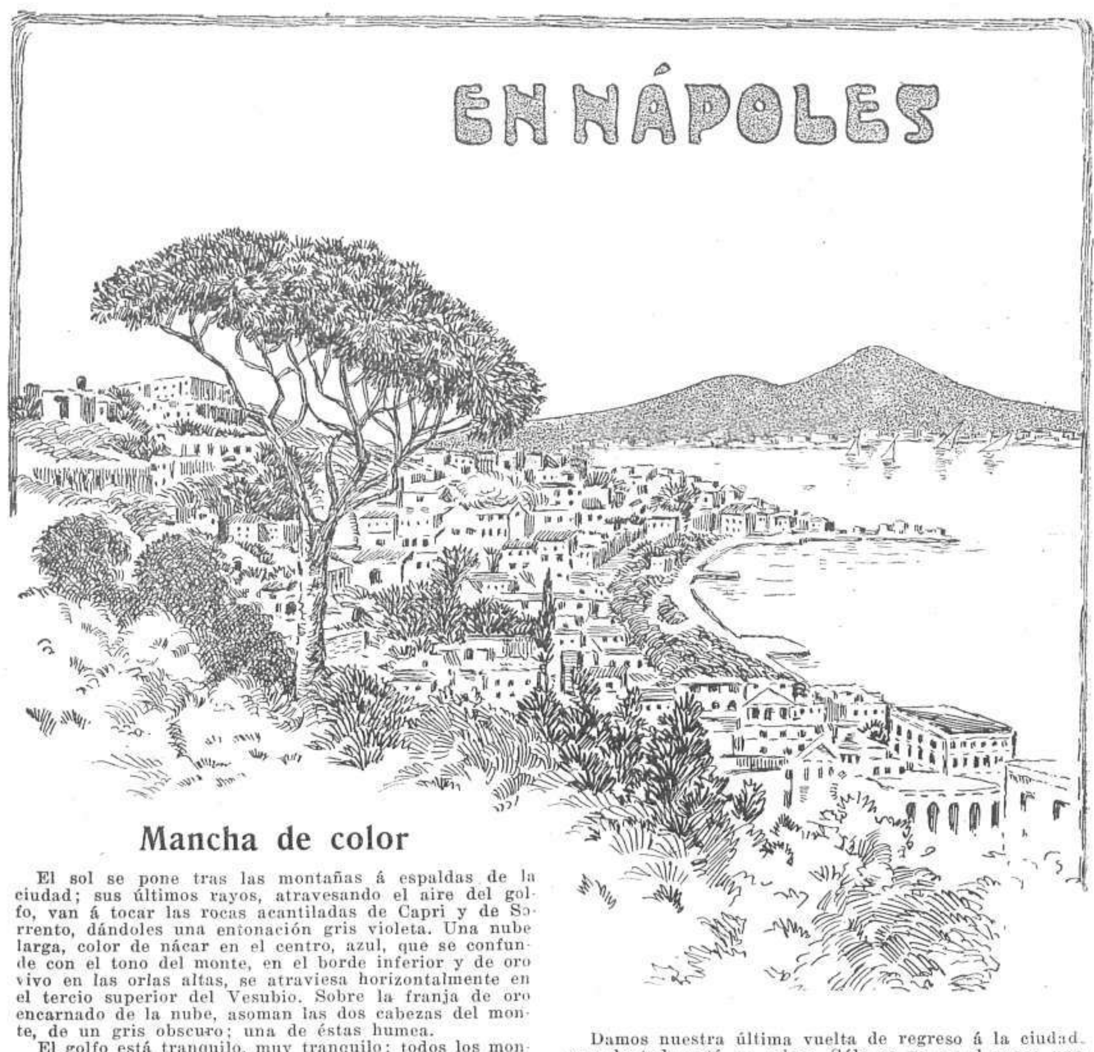
Y ¡cosa extraña! A su paso, todo en derredor se desolaba, se cubria de lívido horror espectral y remoto...

Como Panufcio que se pasó la mano por la cara y se sintió horrible, yo sentí en mis manos mi palidez espantosa.

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR.

Dib. de Hohmann.

EN NÁPOLES



Mancha de color

El sol se pone tras las montañas á espaldas de la ciudad; sus últimos rayos, atravesando el aire del golfo, van á tocar las rocas acantiladas de Capri y de Sorrento, dándoles una entonación gris violeta. Una nube larga, color de nácar en el centro, azul, que se confunde con el tono del monte, en el borde inferior y de oro vivo en las orlas altas, se atraviesa horizontalmente en el tercio superior del Vesubio. Sobre la franja de oro encarnado de la nube, asoman las dos cabezas del monte, de un gris obscuro; una de éstas humea.

El golfo está tranquilo, muy tranquilo; todos los montes que lo circundan aparecen envueltos en sus propios alientos azules plomizos.

Por la calle que se extiende á orillas del agua, circulan los carruajes con sus escudos heráldicos, coronas ó cifras en las portezuelas. Las hermosas napolitanas se reclinan muellemente en los almohadones de los unos; en los otros se mueve el simpático grupo de familia: la madre rodeada de los niños de cabecitas rubias que asoman sonrientes. El tieso lacayo va allá sentado en la trasera del rápido faetón; su dureza de tronco de árbol lo hace descollar sobre el conjunto; parece una cosa con sombrero de copa alta y botas de vueltas rojas.

En cambio los visitantes extranjeros, ingleses y alemanes sobre todo, no pueden confundirse; ahí van en sus coches de plaza, con sus carteras de viaje cuya correa de charol ó de cuero amarillo les cruza el pecho, del hombro á la cintura.

Todo va, y viene, y vuelve á pasar, recorriendo la curva del golfo. Por la rapidez con que cruzan algunos carruajes, se dijera que los que los ocupan van á algo muy urgente. Ese joven elegante, sobre todo, que guía su faetón y apremia con la fusta á sus caballos, debe de ir muy ocupado; tiene urgencia en llegar al final del paseo, para regresar de nuevo á toda prisa, y emprender otra vez la premiosa jornada.

Pero el aire y el cielo y las vagas lejanías son los protagonistas de este cuadro esbozado en el azul.

El *cielo del poniente, á espaldas de la ciudad, concentra* ya en sus nubes todo el brillo del crepúsculo; es un hacinamiento glorioso de azul, rosado obscuro, anaranjado vivo; todo vago, confuso, pero con orlas y escamas de oro tenue, flotante, que, poco á poco, comienza á palidecer, como una brasa á la que va apagando la ceniza, hasta disolverse en el cielo ya transformado en un conjunto de pequeños copos plomizos. Tal se disuelve el encaje de espuma en la onda azul, cuando la ola levantada por la nave se disipa sobre el mar sin playas.

Los carruajes que han corrido hasta un extremo del paseo, ya no regresan. La concurrencia se enrarece. Nosotros vamos ya quedando de los últimos, silenciosos, dejando rodar lentamente nuestro coche.

Damos nuestra última vuelta de regreso á la ciudad, cuando todo está en calma. Sólo se ve en el paseo uno que otro carruaje rezagado, con su dueño reclinado con abandono en los almohadones.

La tarde cae: una niebla gris casi confunde el golfo con el cielo en el horizonte; entre los hondos tules se ve aún, sin embargo, la línea sinuosa de los montes lejanos y, *en primer término, con algún mayor vigor*, las dos cumbres del Vesubio, completamente apagado.

Las campanas de la ciudad suenan como lamentos dispersos. Se van encendiendo los faroles á lo largo del paseo, entre los árboles, entre la vegetación de los cerros que se han ennegrecido. Los puntos de luz aparecen y desaparecen; se ve aquí una hilera de ellos que forma una curva nítida y regular en la falda, ó allá arriba, en la cumbre del cerro en que se esfuma la ciudad; más allá, las lucecillas se apiñan en un grupo irregular como una banda de luciérnagas posada en la obscuridad; luego corren pestañeando en una línea quebrada; y al final, hacia el Pausílipo, se derraman en una mancha de luz pálida.

La obscuridad, que avanza, les va dando mayor intensidad y soledad mayor, pero esa obscuridad que baja y se refugia en las honduras, no se inocula en el cielo, que permanece siempre á su lado; dentro de él andan las estrellas, que pronto se asomarán en sus nubes.

Ahí quedan, inmóviles en el golfo, las velas de algunas barcas pescadoras. Son la postrer nota que suena en mis ojos al volver la cabeza por última vez, para mirar el paisaje que se borra, cuando mi carruaje cambia de dirección para meterse en las calles de la ciudad. Esas débiles notas blanquecinas quieren concentrar en sí toda la melancolía de la tarde que fué, y que parece sepultada en mi espíritu para resucitar, sombra amiga, en mi memoria, y llevarte un recuerdo amable.

Casi sin ver, porque la luz se ha ido, trazo esta mancha de color tenuísimo. Media hora bastaría para desvanecérmela por completo.

Juan ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

Dib. de Castro Rivera.

El amigo de los niños

... ...

—Ahí está, precisamente: si fuera por algún acto de filantropía, alguna cosa, en fin, como usted dice; entonces, sí; entonces, yo tendría la culpa; pero, ¡no, señor!... ¡No, señor!

Usted juzgará. Yo les regalaba caramelos á los niños... Usted sabe que yo soy soltero y sin familia: ¿qué entendía yo? ¡Yo creía que á los niños había que regalarles caramelos!

Pero es bueno que me explaye. Por ejemplo, usted sabe que hay que darles propina á los mozos. Usted no sabe por qué, pero sabe que hay que dársela. ¿No es eso? Perfectamente, hay muchas cosas así: uno las hace porque le parece que debe hacerlas, pero no entiende un pito. Estas cosas usted las hace sin repugnancia, pero también sin entusiasmo, como cuando le dice á una persona: "Mucho gusto, señor; servidor de usted..." No recuerdo en este momento cómo les llamaba á estas cosas mi abogado.

Por mi parte, yo había llegado á creer que á los niños había que regalarles caramelos. Y nada más: que sería una costumbre, ¡quién sabe! alguna cosa, como usted dice... ¿No sé si me entiende?



Poco después de morir el viejo y de haber yo abandonado los negocios, me comprometieron en política. ¿Usted entiende de política? ¡Yo tampoco! Quise excusarme, pero en vano les manifesté que deseaba no tener rompederos de cabeza: cuando viene una persona que le golpea á uno el hombro y le dice que no hay más remedio y que se acabó, ¿qué va á hacer usted? A mí me salieron con ese juego de golpearme el hombro, y tuve que aceptar. Me nombraron presidente del principal club del P. A. N. que había en mi barrio, ¿y quiere creer que ganamos la elección? Me costó un dineral — ha de sáber usted que en política siempre se pierde plata — pero ganamos la elección, lo cual fué un triunfo. Algunos diarios nos acusaron de incorrecciones, yendo dirigidos los cargos, la mayor parte de las veces, al secretario del club. Pero el secretario jamás cometió la más pequeña incorrección,—al menos, que yo sepa,—y en cambio fué para mí un auxiliar muy útil, pues era un hombre de una actividad pasmosa, y que estaba siempre en todo.

La única queja que tengo contra el secretario no se refiere á su honorabilidad. Sucede que como yo á nadie conocía en el barrio, él me presentó á todo el mundo, y para esto me tuvo varias semanas de un lado al otro, sin dejarme respirar. Con tan enérgico ejercicio fuí popular en breve tiempo, y amigo personal del barrio entero, de las autoridades y de los principales vecinos: comisario, juez de paz, doctores, ingenieros y cuanto había allí de notable. En el Club Social, donde dominábamos, contraje muchas de esas amistades. Le aseguro que todos me trataban muy bien y que á todas partes me invitaban. Entre paréntesis, yo era todavía joven, y en aquella ocasión poco faltó para que me casaran con una señorita, pero esta señorita falleció.

El censo del barrio arrojaba un crecido número de habitantes, y sin embargo, había menos electores que en otros barrios no tan poblados. Me lo hizo notar el secretario, y me dijo que dependía de que allí los niños eran muy numerosos. En efecto, el secretario tenía razón, pues en casa de mis nuevos amigos encontré más niños de lo que usted puede imaginarse. Tan sólo el comisario, tenía doce hijos, y recuerdo que estaba sumamente preocupado con el venidero, porque sería el número trece. Su señora fué en su auxilio, dando á luz dos gemelos, y el comisario recobró la tranquilidad.

Pero, ¿qué es lo que me proponía decirle? ¡Ah! quería preguntarle si se da cuenta de los caramelos que yo repartiría en un barrio semejante. Fueron tantos, que según supe después, adquirieron una popularidad que ni la piedra del Tandil. En el barrio nada hubo tan popular como mis caramelos, excepto yo mismo, que era quien los

repartía. Y este es el punto en que debo advertirle algo importante: aunque parece que querían ocultármelo, por ciertas indiscreciones y cosas que se escapaban en conversación, llegué á enterarme de que me llamaban el hombre de los caramelos, y que las niñeras, para conformar á los niños que lloraban, les prometían llevarles la luna, el sol, ó el hombre de los caramelos, pero preferiblemente el hombre de los caramelos.

Imagino que á estas horas usted habrá comprendido ya de qué manera atravesada vine á adquirir mi extraña reputación. Ahora escuche la segunda parte de la historia.

Una vez fué á verme el comisario, y me dijo que en la parroquia había quedado huérfano y abandonado un niño. ¿Quién era la persona indicada para hacerse cargo de él? El comisario lo había consultado consigo mismo y había llegado á convencerse de que yo era la persona indicada. Así me lo explicó en la entrevista, manifestándome que como yo era "tan amigo de los niños", por eso se había decidido en mi favor.



No sé si usted habrá tomado la debida nota de estas palabras del comisario: "tan amigo de los niños". Y ahora, trate de comprender: de hombre de los caramelos, yo pasaba á ser amigo de los niños. Esto fué para mí una revelación importante. Así se explicaban los pedidos de ciertas personas pobres de la parroquia, para que yo fuese padrino de bautismo de sus hijos. Como esas personas eran elemento electoral del comisario, al principio interpreté la cosa de otra manera, pero yo estaba equivocado, porque todo ó la mayor parte de todo venía de que me consideraban "tan amigo de los niños".

Si yo me hubiera dado cuenta de ello en el instante, me hubiera negado al pedido del comisario, para destruir de un solo golpe tan peligrosa fama; pero hasta mucho después no comprendí lo que acabo de decirle, porque yo estaba solo para comprenderlo. Además, mi posición hubiera sido muy incómoda, resistiéndome á ser el amigo de los niños y á ejercer la caridad con un desgraciado como aquel chico. Y por encima de todo, el comisario no me dejó tiempo ni para reflexionar, porque inmediatamente me expuso su proyecto de fundar un asilo para niños, á imitación de los que ya existían en otras secciones. Y, compañero, más vale que se lo confiese pronto: también me embarcaron en la aventura del asilo.

Pues, señor, todavía no hemos concluido con el comisario. El comisario era, en verdad, un hombre agradecido, y allá se las compuso para que los periódicos hablasen de mí, á propósito del asilo y de los niños pobres y abandonados. Consiguió igualmente intercalar mi nombre en algunas noticias, en las que al descuido y con cuidado se me llamaba "filántropo y presidente del club del P. A. N. de la misma parroquia". A esta altura de los sucesos, eran ya varias las cosas que trabajaban activamente en favor de mi renombre: en primer lugar, los caramelos, y en seguida la historia del huerfanito, los padrinazgos, mis liberalidades para con el asilo y los sueltos de la prensa.

No se extrañe usted, pues, que un apellido tan humilde como el mío lograse llamar la atención de las distinguidas damas porteñas que se ocupan de la beneficencia. Una simple suscripción fué mi primer paso hacia el alto predicamento de estas damas, cuyo preferido soy actualmente, á juzgar por lo que veo. Desde hace tiempo estoy obligado á cooperar, ó sea contribuir con mi grano de arena, en todas sus obras, y estas obras, señor mío, son en extremo numerosas: no haga usted caso de los detractores de las damas; yo le aseguro que la caridad de las damas porteñas es inagotable, y que siempre están inventando algo para ejercitarla. Usted conoce más ó menos la diversidad de instituciones que ellas sostienen. Pues bien, no sólo me han invitado á unir imperecederamente mi nombre con tan útiles instituciones, sino que actualmente soy padrino de algunas de las campanas que repican en las iglesias de Buenos Aires.

Ahora sólo me falta decirle que casi diariamente recibo proposiciones de madres que me quieren regalar sus chicos. Es muy natural que me lo propongan: ¿no me llaman los diarios el señor Fulano de Tal, "que tan generosamente ha decidido repartir su cuantiosa fortuna entre los pobres"?

. . . .

Enrique M. RUAS.

Dib. de Zavattaro.



Domínanse á lo lejos los templos y palacios de Naukratis. A través del corte curvilíneo del cuello de un flamenco, Dagon, desde su tienda, mira el perfil de una montaña. Acostada sobre un triclinio de pieles, Agar atentamente lee un papiro. El perfume de las azucenas y los cipros impregna la frescura del aire bajo un techo de palmeras.

Dagon

Un movimiento más y el ánfora estará concluída. El cuello del flamenco me da en este instante la curva llena de gracia.

Agar

Feliz quien pueda decir como la esposa de este libro: "He aquí que me habla mi amado: Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y vente al campo."

Dagon

¿Qué libro?

Agar

El más bello cantar, porque es el cántico de los cánticos.

Dagon

Yo no lo he leído. Me bastan mis poetas griegos.

Agar

¿Aconsejan ellos desdeñar á una mujer por un flamenco, y pasarse las horas, con un ánfora entre las manos?

Dagon

Completan el vivir de los hombres. Sus palabras visten los ecos de nuestro más íntimo pensamiento. Nos enseñan que el amor es el alma del mundo... Mosco de Siracusa quita á Cupido su venda, le arrebata su carcaj, le roba sus flechas y lo muestra arando. El niño guía los bueyes, abre el surco, y en el instante de sembrar el grano de Ceres, pide á Júpiter rayos de sol y gotas de lluvia. Mas su súplica es un mandato. Le recuerda el episodio de la ninfa Europa, y si niega la fecundación divina, clavándole sus dardos, lo hará descender de nuevo del Olimpo. Así se vengará con el amor, de quien no quiere enviar á la tierra, el amor del torrente, que abre las flores y madura los trigos. ¡Ah! el amor. El llanto arrancado por sus júbilos ó desventuras, á los ojos del mismo Júpiter, sería capaz de apagar el rayo de su cetro.

Agar

¿Pero encargan los tales poetas fabricar ánforas? No respondes. Te absorbes ante un nuevo movimiento de ese pájaro.

Dagon

Calla un instante, amada mía. Sentirte en el silencio es mi anhelo. ¡Ah, mi ánfora! Mírala: adquiere su contorno definitivo. Si el cuello del ave me inspiró la línea, otra cosa en mí me hace adorar lo bello y lo elegante. Estoy lleno de tu voz, de tu perfume, de tu gracia. Tu hermosura ilumina el mundo, que como templo inconcluído, espera de mi arte columnas, estatuas, vasos... El blanco del flamenco y su rosado ideal, tienen de la flor, de la piedra preciosa y de la nube. El ánfora brotó de esas bellezas, y te dará á beber el cielo en el agua de la fuente...

Atraída por la voz emocionada, Agar se incorpora, y al par que Dagon sin detenerse, pule el contorno, la amante siente en su alma el acorde de palabras, líneas y colores.

Dagon

He aquí el ánfora terminada. El flamenco lo comprende y aletea. Mi divina, absorta, contempla la arcilla. Parece dormida, parece soñar. "¡Oh! hijas de Jerusalén, os conjuro por los ligeros cervatillos del campo, que no despertéis á mi amada, hasta que ella lo quiera."

Agar

¿Cómo? ¿Lo has leído? ¿Conoces mi cántico?

Dagon

Tus poetas valen los míos. El amor es uno. Yo sé el Cantar de los Cantares y lo repito, con el placer con que hubiese Salomón recitado á Anacreonte. Y mientras modelaba mi ánfora griega, frente á este pájaro egipcio, á ti, mi judía hermosa, cerqué de cipreses y de azucenas, porque en tu cántico está escrito: Como azucena entre espinas, así es mi amada entre las vírgenes.

Agar

Déjame coronarme con esas flores. Déjame poner mi mano izquierda bajo tu cabeza, y con mi diestra abrazarte...

Dagon

El pájaro se alza y silba. Vuela como flor de la tierra deseando ser nube en el cielo.

Agar

Llamémosle "el venturoso", ya que lo puede y ya que lleva en su transporte nuestros pensares.

Dagon

El ánfora permanece inmóvil.

Agar

No sube, pero tiene un ritmo.

Dagon

El ave le ha dejado el recuerdo de sus alas.

Agar

Es dos veces hija de nuestros amores: mi corazón le debe un desagravio.

Dagon

Yo le pintaré un Adonis y una Venus.

Agar

Yo la llenaré del agua de la fuente. La frescura del manantial será el espíritu de sus formas... Al flamenco ya no se lo ve; mira...

Dagon

Volando con nuestro amor se ha perdido en el Infinito.

Los amantes se juntan en un beso. En el silencio de la tienda, óyese casi el latir de sus corazones: los cipros y las azucenas exhalan más intenso el perfume y desfallecen como seres animados.

Angel de ESTRADA (hijo).

Dib. de Zavattaro.



Forma y esencia

(Notas puestas al margen de un libro contemporáneo)

Un estudio de técnica constitucional en el que no se ha tenido presente la realidad de la vida del hombre, individual y colectivamente considerada, será un trabajo, si no vano, cuando menos estéril. Jean Cruet en su libro "La vie du droit" recuerda que las constituciones escritas quieren siempre asegurar su permanencia á fuerza de rigidez, y que si no llegan al punto de proclamarse intangibles, obstaculizan las revisiones, olvidándose de que existe una revisión invisible y poderosa que resulta de la acción diaria, continua, de las costumbres políticas, ya que la aplicación de las instituciones establecidas, tiene por elementos á hombres que piensan y obran frente á realidades palpitantes.

Para nosotros y entre nosotros esta cuestión sobre la importancia de los factores jurídicos y los factores morales me parece que alcanza gran importancia.

He de recordar algo á este respecto: Don Nicolás A. Calvo, erudito traductor y vulgarizador de las obras de los legistas norteamericanos, honrabáme con sus buenos sentimientos de amistad y sus reflexiones de patriota. Llegó al punto de alentarme, incluyendo en sus grandes obras, entre los juicios de profesionales, las primeras producciones de mi pluma.

Esos actos vinculáronme á él, por cariño y respeto, y por ellos me esforzaba en seguir y comprender su pensamiento, lleno de vida, de color, de acción histórica, diría, cuando lo extendía sobre el campo de la política argentina. Sus narraciones acerca de aquella época llamada en nuestra historia política "de la Confederación", despertaban en mi espíritu los deseos de estudiar los hombres y el proceso de la laboriosa organización nacional. No eran menos sugerentes las escenas de su vida de periodista, su fase más brillante, cuando en carácter de director de la "Reforma Pacífica" enardeció los ánimos con la propaganda federal, en el centro mismo del unitarismo. Era aquel argentino, en la época de mi recuerdo, un anciano vigoroso de cuerpo y de espíritu; hombre probo, sincero, valiente y trabajador.

Bien: Calvo que había luchado con los hombres más notables de la república en épocas difíciles, y que conocía las necesidades políticas, creía firme, hondamente, que el problema de la grandeza argentina se resolvería con un simple problema de escuela, enseñando á todos los ciudadanos el conocimiento de sus deberes y derechos como tales.

El porvenir, fijábalo en la constitución y en su estudio.

"La constitución de 1853—decía—puso fin á la anarquía y á la dictadura, que alternativamente habían dominado en nuestro país, como dominaron y dominan á la mayor parte de las repúblicas sudamericanas, que no salen del círculo vicioso en que todas se dejan encerrar por sus demagogos de hoy, que siempre son sus dictadores de mañana." Trazaba después, un cuadro perfecto del sistema político español, y terminaba diciendo, "allí se ve latente todavía la lucha secular, entre el pueblo y la realeza, lucha heroica, pero accidentada, indecisa aún, triunfando hoy, cayendo mañana; y así es todo el mundo antiguo. Su pasado mantiene todavía la lucha contra su porvenir. ¡El atraso que resiste, el progreso que invade, y no siempre triunfa!"

Coronaba el cuadro con esto que hoy considero un inmenso error:

"¡Pero nosotros no tenemos pasado! El de la madre patria es suyo. ¡Hemos renunciado la herencia política!"

Entonces participaba del mismo pensamiento porque no sabía aún independizarme de las sugestiones magistrales. La ignorancia en materia jurídica y constitucional se me representaba como la madre de todas las desgracias políticas argentinas: todo el drama de nuestra historia se desarrollaba con los absurdos ó las torpezas de la ignorancia popular y los grandes males no tenían otro origen tampoco. Era necesario y urgente, como consecuencia de aquellas conclusiones, enseñar á los argentinos, los deberes y los derechos que nacían de la Constitución Federal.

Al fin no era esta una obra de salvación difícil.

Han pasado empero los años; he conocido los principales centros de mi país y á muchos de sus hombres; he reflexionado sobre múltiples modalidades del mal argentino; he estudiado la historia social y notado que la ignorancia ha disminuído prodigiosamente en el pueblo en virtud de la difusión de las escuelas; pero aquellas mis primeras creencias, se me ocurren sin hondo sentido. Cuando pienso en el pasado y miro hacia él, veo la hermosa cabeza de poeta de Don Nicolás, y cierro los ojos para que nada exterior ó actual interponga ó borre en mi recuerdo, la nitidez de aquella figura venerable. Sobre su tumba debieron colocar la más conceptuosa expresión romana, *"Vixit"*, porque pocos como él, adquirieron en la vida el derecho de descansar bajo la tierra argentina, como luchadores convencidos y leales por su grandeza.

Pero, á mayor tiempo de vida, su noble sinceridad habría caído herida, y la solución del problema de nuestra cultura esencial, se habría obscurecido ante su criterio, por la multitud de sabedores de derechos y deberes constitucionales, que no cumplían derechos ni deberes, es decir, precisamente por aquellos que él soñaba como salvadores, y á quienes entregaba de buena fe, toda la materia prima del que para su espíritu, era el grande y único instrumento civilizador.

El problema en realidad ha venido complicándose día á día.

No había sido necesario señalar deberes ni conocer derechos, solamente. La mejor enseñanza sin coordinación con los antecedentes del hombre individualmente considerado, sin la saturación moral anterior, es lo mismo que pintar con mano maestra una escena inmortal, en un lienzo de pared de barro crudo.

Los derechos constitucionales, han llegado á ser artículos socorridos en el mercado político; en tanto que los deberes correlativos no solicitan la acción eficaz y ardorosa de los ciudadanos.

Y todo esto porque no tenemos pasado para la ciencia constitucional argentina, porque hemos renunciado la herencia política y todas las tradiciones, cual si todo esto pudiera renunciarse en una línea escrita, como se renuncia una herencia en una testamentaría porque así lo quiere el heredero sin que á éste le llegue la ocurrencia de hacer lo mismo con su nombre, con el recuerdo del hogar, con las costumbres, los hábitos, con lo que cada hombre vivo lleva en sí de los antecesores muertos.

La fría enseñanza de derechos y deberes explica claramente en la actualidad el fenómeno deplorado, de saber los derechos de la misma manera que un loro habla por la constancia de una anciana que llena sus horas vacías, repitiendo al oído del animal las palabras favoritas de su pequeño vocabulario.

El mal, tiene aun más grandes proyecciones, pues propicia la tiranía de la forma que á menudo es aniquiladora de la esencia.

Si alguien se sintiera tentado de levantar la hermosa manta constitucional, bordada y pintorreada con tan variados estudios, encontraría quizá bajo de esa cubierta, un pueblo que aun no ha afirmado su fe y que se mueve á menudo por espasmos.

Isaías Gil,—pensador cordobés, que poseyó un espíritu radiante, con causticidad siempre oportuna y gentil ante la maldad de los muchos que pontificaban probidad ocultando sus pasiones bajo los preceptos, defendía en una ocasión á un caballero que todos los respetables miembros de una comisión directiva, querían arrojar de un club por haber penetrado sin tarjeta, contrariando lo que "ordenaba el reglamento"— y les decía:

—"*¡Raro valor el de ustedes, se están ahogando en un artículo de reglamento, y diariamente los veo pasar á nado la Constitución!*"

Esta bella frase, de profunda ironía, señala la conciencia de muchos constitucionalistas argentinos.

En la práctica rigen las necesidades de la realidad palpitante, en la teoría el espíritu se entretiene en el comentario erudito de la letra.

La Constitución, habla como sibila antigua. Por sus decisiones suelen apasionarse los ánimos y dividirse las gentes; brotan los ruidosos entusiasmos, se levantan monumentos de oratoria parlamentaria, y de ciencia académica; pero... los corazones marchan cada vez más acompañados por la mentira. Frente al hombre bueno, suele colocarse ya el hombre sabedor, como el mecánico del Guignol de la política argentina.

Aquí al alcance de mi mano, tengo un voluminoso manuscrito que contiene un apunte bibliográfico completo de los "notables discursos" pronunciados desde hace muchos años, sólo sobre dos artículos constitucionales: los dos famosos artículos 5.° y 6.°.

Los preceptos del decálogo no han sido ni más ni menos consagrados.

En notables discursos, los sabedores encuentran siempre el medio de acomodar sus pasiones á los artículos de la constitución.



No basta conocer derecho para que se salven los hombres y las sociedades de formidables crisis morales.

Fray Mocho, con los ricos colores de su paleta criolla, pintó un cuadrito pampeano que encierra mucha y sana filosofía. Como en casi todos los episodios narrados por aquella pluma, los personajes indios ó gente de baja ralea traducen sentimientos y pasiones universales. El quiso pintar, cuando lo escribió y publicó por primera vez, á un periodista metropolitano, colega nuestro hace lo menos veinticinco años. Narraba la vida de Callmain, indio flojo y cobarde, castigador de cautivos, que cansado de ser él á su vez castigado, abandonó la indiada para aprender entre los cristianos á manejar la pistola.

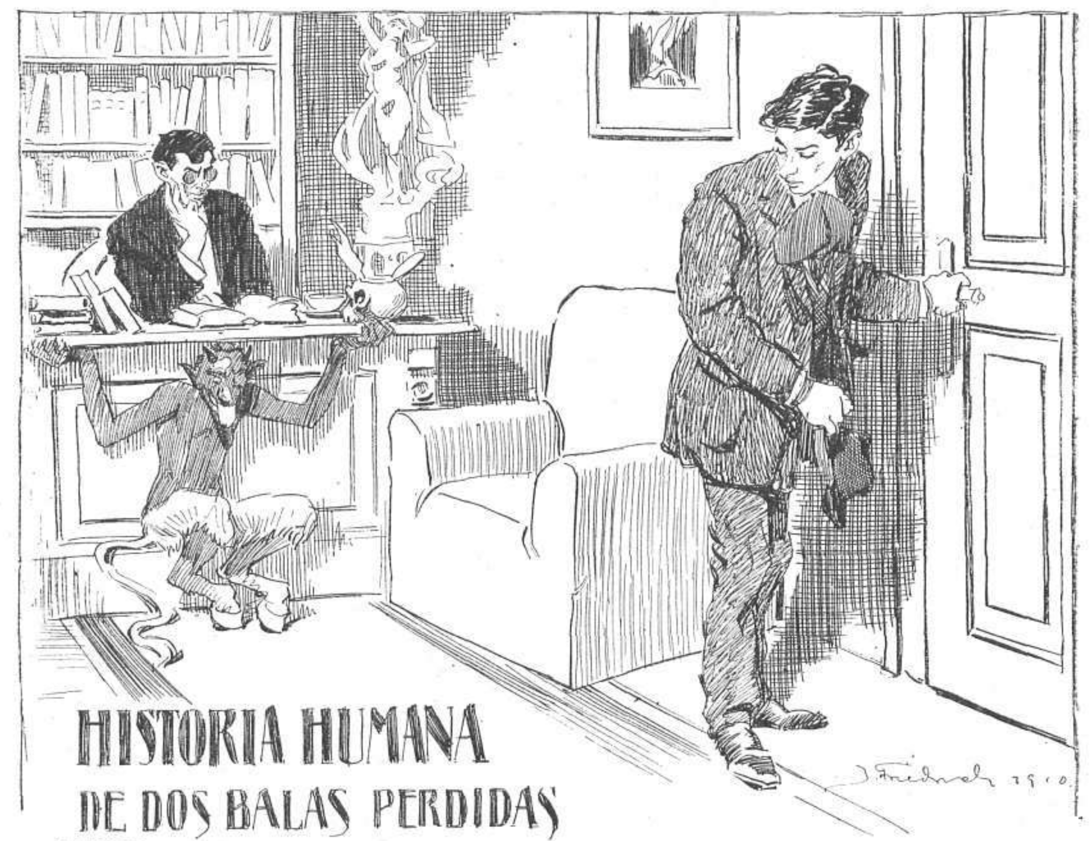
Volvió después á los toldos á vengar antiguos ultrajes y cuando había hecho prodigios con su pistolita y dejado con la boca abierta á toda la chusma de la tribu, un indio guerrero, Policao, que lo había venido observando, preparó serenamente sus boleadoras y dispuesto á castigar á Callmain se adelantó, diciéndole: *"Indio ñato, has aprendío á tirar la pistola, pero no servís pa nada. ¡Los cristianos te habrán dao cencia pero no corazón!"*

Callmain huyó como ante un conjuro frente á aquel hombre que avanzaba decidido, grave, y consciente de su fuerza moral. Encuentro elocuentísimo el grito sincero del valiente salvaje.

Así como los indios educados entre cristianos, han sido el azote más grande en los malones que sufrieron los trabajadores de nuestras fronteras, así también serán siempre los hombres sabedores sin base en el carácter. No todo se resuelve intelectualmente en la vida de un hombre ó de un pueblo.

Dib. de Villalobos.

José Manuel **EIZAGUIRRE.**



HISTORIA HUMANA DE DOS BALAS PERDIDAS

—*Un joven desea verle. No quiere dar su nombre. Dice que usted no le conoce...*

—*¿Qué no le conozco? Entonces, dile que pase.*

Me gusta descubrir hombres inéditos. Hay personas á quienes no les agrada conversar con gente desconocida. Creen que, conociendo tan sólo á diez sujetos, han visto á fondo toda la humanidad. A mí me sucede lo contrario. Yo gozo hablando con gente que no sé quién es... En cada individuo que por vez primera conversa conmigo, encuentro la novedad de un libro nuevo. Los leo. Les hago la autopsia. Los analizo. Así cultivo relación con muchas damas honestas y con algunas que están en vísperas de serlo. No negaré tampoco que entre los hombres, algunos asesinos, ladrones y personas decentes, me honran con su amistad y sus picardías...

—*Dile que pase,*—le respondí al portero.

El visitante penetró. Era un joven. Me acuerdo de su fisonomía como si aun la tuviera delante. Empujó la puerta de la redacción con gran misterio. Yo me hallaba sentado frente á mi mesa, con una linda taza chinesca de café, vacía, y, con un libro de Pierre Loti, semejante á la taza...

—*¿Hablo con el señor Fulano de Tal?*

—*Sí, señor. Soy yo. Tome usted asiento*

El joven miró á su alrededor con ojos asombrados. Cuando creyó que nadie lo veía, sentóse en una silla. Era casi un chiquillo con aspecto senil. Muy moreno. Simpático. Inquieto... Con los dedos nerviosos tironeaba los cuatro ó cinco vellos de su incipiente bigote de niño. Era, apenas, un bigote infantil. O, con perdón, señoras, parecía un bigote de mujer. Suave. Ondulado. Pelusita de terciopelo... La voz de aquel niño era armoniosa Su traje era un pobre trajecito viejo lleno de ventanas y rendijas. Al cuello, habíase arrollado un pañuelo azul y verde. Y en los ojos llevaba una tristeza turbia de perro. De perro femenino acostumbrado á vivir como un hombre...

—"¿Y en qué puedo servirle, amigo mío?"

—"Perdone usted... Yo soy una víctima suya. Usted me ha sugestionado con su literatura. Con sus emociones usted me ha hecho entrever algo que no conozco. Si usted no me salva, estoy perdido. Tengo 17 años, y me siento envenenado de libros y de versos. Ya veo todo negro. De noche se me aparecen los fantasmas. Ahora creo en lo que antes dudaba. Siento deseos de viajar, de vivir ó de matarme. Y no puedo. Usted me ha inyectado su aburrimiento. Aconséjeme usted qué debo hacer..."

—"Mi querido amigo—respondíle en tono placentero y rebosante de cruel canibalismo,—los consejos sólo sirven para que se haga todo lo contrario de lo que ellos indican. Yo hago así. Y me va bien... Cuando pedimos un consejo no es con el objeto de seguirlo. ¡No! Es con el fin de ver si está de acuerdo con la resolución que hemos tomado. Si está de acuerdo, seguimos el consejo. De lo contrario, no... Sin embargo, si siente usted vocación por el suicidio no creo que sea preciso contrariar su voluntad. ¡Mátese! Puedo prestarle un revólver. Es un revólver práctico. Varias veces ha cumplido su misión con prontitud y esmero. No lo pierda. Devuélvamelo una vez que lo use. Hace tiempo presté mi revólver á un amigo para que se suicidara. Al día siguiente me trajeron una carta. Reconocí en el sobre, la letra de mi amigo. "¡Pobrecito—dije—aquí me manda su triste despedida!" Abrí con miedo el sobre y encontré la boleta de empeño: "diez pesos". ¡Qué vulgaridad!"

Cuando concluí, el chico me miró de arriba á abajo. Es decir, me miró desde la cintura para arriba. (La mesa me cubría lo demás).

—"¿Habla usted en serio?"—me preguntó.

—"Sí, amigo mío. Desgraciadamente. Hablo en serio. Suicídese..."

(Y juro á ustedes, señoras, que yo le hablaba en serio. Si van ustedes algún día á mi casa,—espero que vayan una después de otra y no todas en congregación,—verán en el tercer estante de mi biblioteca, á la derecha, un revólver Smith de cinco tiros. Examínenlo ustedes. Ahora sólo tiene tres balas. Faltan las otras dos. Se perdieron... ¡Pero yo sé donde se encuentran esas balas perdidas! Conozco, además, el bien que esas balas hicieron, y sobre todo, el daño que me hicieron...)

—"Usted no me comprende,—continuó el jovencito.—Me aconseja usted el suicidio..."

—"Yo no aconsejo nada. Mi estética espiritual me lo prohibe. Apruebo sus ideas, solamente."

—Es casi lo mismo. Aprueba usted la idea que tengo de matarme, pero usted no conoce lo bastante mi vida para comprenderme... Usted me ha perdido con el ejemplo de su existencia orgullosa de vagabundo triunfador y de artista bohemio. Es justo que usted me salve. ¡Sálveme!..."

—"Vea, joven. Yo no pierdo á ningún hombre. La literatura no pierde á nadie. Cada cual se pierde ó se salva á sí mismo. Por eso, cada individuo debe desarrollar su vida de acuerdo con su fuerza. Hablo de mi bohemia porque la he vivido. No he triunfado por ella, sino por mi sinceridad para sentirla. Ahora estoy viejo y cansado. Mi orgullo tiene las alas rotas. Pero he llegado á la cumbre con vigores, porque las teorías que yo he profesado, las he puesto en práctica. Nunca solicité de nadie consejos ni consuelos. Seguí mi ruta. Satisfice mi instinto... A mí no me ha costado nada ser un viajero errante y anormal, ó un vagabundo lírico, porque he nacido para eso. Si á usted le falta ese don, enciérrese en su casa... Si yo contra mi vocación me hubiera dedicado á hacer botines, me habría muerto de fatiga, ó se hubiera inventado en contra mía la moda de caminar descalzo... Lo peor es que me hubiera muerto antes de cobrar el primer par que vendiera... Si me pusiese á confeccionar agujeros para una fábrica de espumaderas, estoy convencido de que me moriría de un catarro á causa del viento que pasara por esos mismos agujeros fabricados por mí... Nadie debe andar por una azotea que no le pertenezca. No hay que exponerse á caer al patio ajeno y romperse la crisma. Eso les pasa á muchos. Su enfermedad, amigo mío, es la de muchos jóvenes que me condecoran con insultos elogiosos. Creen que se puede ser bohemio y llevar una vida agitada, tan sólo con querer. Escribir con literatura es fácil. Es tarea de cualquier profesor. Lo difícil es "vivir literatura". Vivir lo que se escribe... Un perro de agua, usa melena. Pero no por eso es león. Es perro siempre... Hay sus compensaciones. Un elefante tiene colmillos. Nosotros también tenemos.

—*Mis colmillos,*—dice el elefante con orgullo al hombre.—*son mejores que los tuyos porque sirven para hacer teclas de piano.*

—*Pero los míos,*—le replica el hombre,—*sirven para comer...*

Y ambos tienen razón. Si usted, joven, no puede seguir mis pasos porque se extravía, y si con sus colmillos no puede hacer como yo, teclas de piano, confórmese con emplearlos en la masticación, base del buen funcionamiento digestivo, y, por consecuencia, de la vida feliz...

—"¿Es usted quien habla así? Yo supuse que usted me daría un abrazo y me llamaría "hermano en las estrellas" como á Job..."

—"No, amigo mío. Hace tiempo que las estrellas se burlaron de mí. Dudo de las estrellas porque tiemblan. Es siempre bueno dudar del que vacila..."

—"Entonces, ¿qué me aconseja usted?"

—"Yo no aconsejo. Hablo solamente.

El pobre joven se fué. Se fué desilusionado. Yo le vi la desilusión en los ojos. Comprendí que de un empellón le había deshecho la primavera que, cual un telón de teatro, llevaba pintada en su imaginación... No sentí pena. Ni lástima.

Pasó el tiempo. Transcurrieron días. Transcurrieron meses... La presencia de algunos otros hombres y mujeres, borró de mi memoria la imagen de aquel joven. Tantas veces la escena que tuve con él se repitió con otros, que ya no recordaba ni su mirada llena de asombro, ni su pobre trajecito viejo, ni su tristeza turbia de perro femenino.

Pero...

—"Una señora desea hablarle."

—"¿No ha dicho su nombre?"

—"No quiere... Es una viejecita. Está llorando."

—"¿Una mujer que llora? Dile que pase. (Cuando vemos llorar á una mujer, debemos considerarnos la causa de ese llanto... ¡Tantas mujeres lloran por nosotros, en silencio!...) Dile que pase."

Y la viejecita entró. Lloraba.

(Señoras, ¿han visto ustedes cómo lloran las viejas? Tienen la cara como una pared antigua, llena de grietas, por donde corren lágrimas. Ponen los ojos pequeñitos. Hacen una graciosa mueca con la boca sin dientes. De pronto dejan de llorar. Suspiran. Exhalan un lamento y vuelven otra vez á llorar. ¡Cómo lloran! Las manos con arrugas, quieren tapar los ojos y contener el llanto. Pero, las lágrimas corren por entre los dedos... Cuando veo á esas viejecitas que lloran en los cementerios y en las comisarías porque se les ha muerto un hijo bueno, ó porque les han robado una hija hermosa; ¡oh, entonces!, siento la necesidad física de romper un vidrio, un espejo, una taza, una copa... Quisiera tener á mi alcance un canasto de huevos para reventarlos con el pie...)

La viejecita entró llorando.

—"¿Qué deseaba, señora?"—le pregunté.

—"Yo soy la... ¡Ji, ji, ji!"

—"Llore, señora. Llore. Después me hablará. Desahóguese. El llanto es bueno. Es dolor que se va."

"Plaff..."—rompí mi copa contra el suelo. Se hizo añicos. ¡Qué encanto! Me consolé...

La viejecita, asustada, dejó de llorar. El esfuerzo del susto, permitióle decir:

—"Yo soy la madre de Carlitos... ¿Se acuerda? De aquel joven que vino un día á pedirle consejos y á quien usted indicó que si tenía deseos de matarse, se matara..."

—"¿Y se ha suicidado?"—pregunté lleno de espanto, recordando al momento la cara del muchacho.—"Pobrecito".—exclamé abrazando á la madre,—es preciso resignarse."

—"No, señor. No se ha suicidado".—me repuso.

—"¡Cómo!"
—"No, señor. Está sano y bueno."
—"Entonces, ¿por qué llora usted?"
—"Lloro porque soy muy desgraciada. Figúrese usted que cuando Carlitos vino á verle á usted, leía muchos libros. De noche, de día, á cualquier hora y en todos los sitios, se le veía siempre con un libro. Era bueno y muy dócil. Me quería entrañablemente. Su sensibilidad exquisita le hacía tener para conmigo una dulzura encantadora. Cuando yo estaba enferma, era él quien me cuidaba. Pasábamos una miseria espantosa. Mi marido, ganaba muy poco. Carlitos, por leer no trabajaba. No tenía ni camisa. Pero, aunque estaba siempre triste, meditabundo y disgustado, era bueno, ¡tan bueno y tan dulce! ¡Ji, ji, ji!... Después de haber conversado con usted, las cosas cambiaron. La manera con que usted le habló de la ineficacia de los consejos, de la inutilidad de la bohemia sin vocación y de lo estéril que resulta la literatura cuando se carece de las condiciones para soportarla y vivirla,—cuando oyóle á usted decir eso, le perdió á usted todo cariño y toda admiración... El me lo confesó. Desde aquel día le mira á usted con desprecio. Lo más grave es que desde su entrevista, Carlitos dejó de leer. Abandonó sus libros. Estudió contabilidad en un almacén. Y en una quesería le dieron un empleo, con buen sueldo. Llegó á tenedor de libros. Se compró camisas. Abandonó su miseria y su tristeza. Se transformó en un muchacho alegre y feliz. Sin preocupaciones. Con plata... Tal como es hoy. Odia la literatura, la poesía, los escritores. En cambio, adora el juego. Se embriaga. Va á las carreras. Se junta con pilletes que le despilfarran su dinero. Además, el padre,—mi marido,—está en la cama, paralítico. Carlitos ni siquiera se aproxima al lecho para darle los "buenos días"... Ha perdido ya todos sus nobles sentimientos y toda su sensibilidad. Ya no tiene dulzura. A mí me grita. Me insulta. Y hasta me pega. Nuestra casa es un infierno. ¡Qué diferencia con la miseria feliz de los tiempos en que Carlitos se dedicaba á sus libros!... Anoche, porque le dije que no malgastara el dinero, se irritó de tal modo y se puso tan furioso que me llenó de insultos. Antes, cuando éramos pobres, me abrazaba, diciéndome:
—*¡Mamita querida!*
Y ahora, ¡qué diferencia! me dice:
—*¡Estúpida! ¡Vieja idiota! Eres una rata. ¡Mereces un puntapié!...*
¡Dios mío!, ¡y anoche lo hizo como lo dijo! Y no sólo me pegó un puntapié, sino que se quitó los tiradores y con ellos me azotó bárbaramente. Me ha lastimado las espaldas. ¡Me ha pegado á mí que soy su madre! ¡A mí que ya no puedo más con mis pobres huesitos que se doblan de viejos!... Sí, señor, me pegó. Y su padre, el desdichado paralítico, le gritaba desde la cama:
—"Carlitos, Carlitos... No le pegues á esa pobre vieja. Mira que es tu madre. No le pegues, Carlitos; no le pegues... Mira que está muy vieja y que se puede morir. ¡No se tiene madre nada más que una vez!..."
"Pero Carlitos, en lugar de calmarse se enfureció. Parecía un loco, se fué hacia la cama donde su anciano padre lloraba como un nene. Valiéndose de los mismos tiradores, le ensangrentó la cara á latigazos... ¡Ah! Ya conoce usted la inmensidad de mi desgracia. Ahora, señor, vengo para que usted me haga el favor de llamar á mi hijo y hablarle. Trate de inducirlo á que vuelva á sus libros. Dígale que usted se equivocó. Prefiero que haga versos, antes que verle así... Con su apoyo, quizás vuelva á ser lo que era antes, tan bueno, tan dócil, tan compasivo con sus padres. ¿Verdad que me hará usted ese inmenso favor?"
—"Mi querida señora, — le respondí, — haré algo más. Escribiré para él un cuento que le haga ver el fondo triste y falso de las cosas humanas. La locura puede curarse con la misma causa que la originó. Si mi literatura le hizo daño, mi literatura ha de curarlo..."

———

Escribí este cuento y se lo mandé á Carlitos. En los mismos originales envolví mi revólver. Se lo mandé cargado. Iba con cinco balas.

———

Al día siguiente,—ayer,—la policía me devolvió el revólver. (Es el mismo, señoras, que está en mi biblioteca. Era de cinco balas. Me lo devolvieron con dos balas de menos. Se perdieron. Carlitos se las puso en el cráneo...)

———

Para suministrarle el consuelo del llanto, he ido hoy á ver á la desconsolada viejecita. Lloraba junto á la cama del viejo paralítico. Ambos se abrazaban y besaban llorando por el hijo que se fué de la vida... Sin embargo, ni el padre ni la madre conservan del hijo muerto ningún recuerdo amargo. Ni recuerdan siquiera que fué con ellos un verdugo salvaje. Al contrario. Guardan únicamente el recuerdo de cuando á Carlitos le faltaba camisa y de cuando pasaba las horas leyendo libros de literatura... ¡Se han olvidado de los latigazos!
—*Pobre Carlitos,*—me dijo el paralítico.
—*¡Era tan bueno!*—agregó la viejecita. Y los dos ancianos volvieron á abrazarse. Parecían dos paredes que se apoyaban entre sí para no derrumbarse. Eran como dos balas perdidas en el mundo...

———

Al llegar á mi casa he abierto la biblioteca. Y he acariciado, señoras, el mango de mi revólver como quien acaricia á un león que está dormido...

Juan José SOIZA REILLY.

Dib. de Friedrich.





En la amplia explanada del castillo de férreas compuertas y almenadas torres, tomaron asiento las castellanas, en tanto que los caballeros permanecieron de pie. Sonriendo, una de ellas dijo así:

—Es la voluntad nuestra—que fué siempre respetada y acatada por los hombres bien nacidos—constituirnos en tribunal de amor, para celebrar justa de ingenios y controvertir un tema. Queremos que cada uno de vosotros nos diga lo que es amor, á la manera como los caballeros lo sienten cuando al recibir las armas formulan sus votos por sus damas. Estas rosas, blancas las unas, rojas las otras, son las mejores que en toda Provenza pueden cortar las manos de una castellana. Sin menoscabo ni ofensa para el vencido, serán ellas galardón y premio que al mejor discurso sobre amor concederemos. Dad comienzo á la justa, mas cuidad de no repetir como cosa propia, ni las coplas de los troveros ni los romances que de castillo en castillo van recitando juglares y menestrales...

Los apuestos caballeros que arrojaban y recogían guantes y buscaban dragones para vencerlos; que en mil torneos rompían lanzas y en singulares combates daban y recibían golpes en defensa de las divisas en los pesados escudos, fueron por turno hablando con exaltadas frases. Las castellanas, cuyas cuidadas manos otorgaron desde el estrado más de una vez al afortunado vencedor los trofeos del torneo, escuchaban pensativas, soñando acaso en los esforzados paladines que antes de partir á la Cruzada contra los infieles de Tierra Santa, prometiéronles ser fieles bajo promesa de no amar á otras beldades.

Cuando todos terminaron sus decires, la mirada de la soberana de la corte se fijó en un hermoso paje adolescente, cuya mano descansaba en el collar de oro de un galgo blanco.

—El paje va á deciros lo que es amor...

Sonrieron los caballeros de adustos rostros. Y las damas de Provenza, sonrieron también.

¿Qué podría decir de amor el apuesto mancebo si en busca de aventuras jamás había recorrido luengas tierras?

Adelantóse tembloroso el paje, palpitando en sus labios la congoja, velando cruel angustia la mirada de sus turbadas pupilas. Su blanca dies-

tra, habituada á sostener el estribo de los inquietos bridones de los caballeros de liza, abandonó el collar de oro del galgo blanco y cayó abierta sobre el pecho, como queriendo realizar la empresa de amortiguar los ruidos del corazón en sobresalto; y paseando sin reposo sus ojos por los sonrientes rostros de las gentiles damas, en busca de inspiración, como prorrumpiendo en sollozos, dijo:

—Amor es...

Nuevo temblor de sobresalto—el temblor de la paloma que fatigada de volar se posa en la saliente rama de una encina y apercibe al halcón en acecho—selló sus labios y truncó la frase. Sonrieron sin reservas los caballeros y discretamente las damas; y hallando valor nuevo en aquellas amables sonrisas, comenzó otra vez el paje:

—Amor es...

De nuevo el silencio, como en los torneos cuando después de la voz del heraldo que anuncia el comienzo de la liza, los paladines antes del encuentro se ajustan las cimeras, embrazan los escudos y se ponen en silla.

Otras dos veces el paje despegó sus trémulos labios, en esfuerzos supremos.

—Amor es... Es el amor...

Mas no pudo pasar de ahí la frase que revoloteaba en su juvenil cerebro como las mariposas de azules alas en torno de los rosales de Provenza, cuyos capullos es fama que escondieron el sacro polen de la gaya ciencia.

—Y bien, esforzados caballeros que en amable tribunal de amor habéis controvertido con ingenio y donosura de gentes de blasón, he aquí el fallo de esta corte de damas de Provenza constituída en tribunal de amor. Fallamos ordenando que sea el premio discernido al paje gentil...

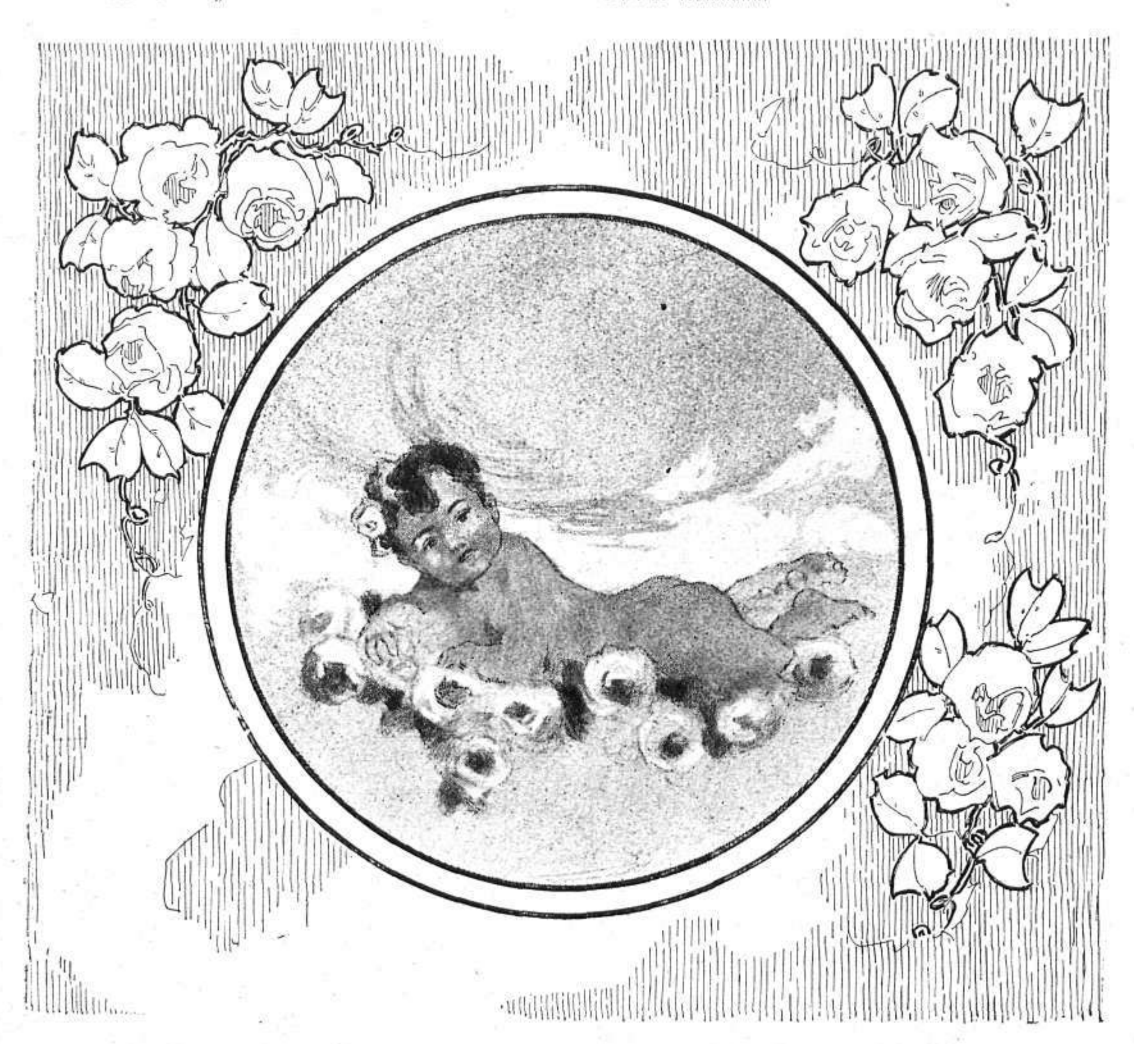
Las miradas tornáronse hacia el paje.

—Al paje gentil—continuó la soberana de la corte—que con sus vacilaciones y acongojado silencio definió mejor que nadie lo que es amor; que amor sublime fué siempre mudo y silencioso y no parleros los nobles caballeros de amores presos.

Y las rosas blancas y rojas de Provenza que con el andar del tiempo habían de convertirse en la flor natural de nuestros juegos florales, en mil pétalos deshojadas cayeron sobre el paje gentil que en una mirada lánguida supo decir á una airosa castellana todo cuanto sus labios callaron en aquel tribunal de amor.

Alejandro M. UNSAIN.

Dib. de Hohmann.



"PEREIRA, PAMELIN Y CIA"

(POR LAS CALLES DE ISRAEL)



Corrientes entre Junín y Andes.—«¿Pir quí tanta risa, Jacobo?...»



León Vitlin.—«Mira qui ti poiedes saca lotería. ¡Cumpra, siñor!»—Libertad, 420

—Vayas mucho joicio, quirido. Rusos no gustan la fideo, ¿sábes? Isa jiente istar jiente ducadas. Vayas mucho joïcio, quirido.

—¿Agarràremos por el barrio de Libertad, para empezar?—pregunté á mi eminente amigo Salomón Vandeján, un apóstata de la legendaria "pereira". (A ésta, que era de pura hebra doradilla, se la hizo segar "*á máquina número cero*", la pasada primavera, en holocausto á convencionalismos de "*así mi quieda mijior*".)

—Sí, quirido; vayas primiero pir Libertá. Di paso, mi saludas Blumenfelt, la sastre.

—Acompáñame, Vandeján.

—Boieno, quirido; ti compaño.

Tres grandes nidadas de rusos-judíos hay en Buenos Aires. Ellas constituyen otros tantos barrios netamente "*atonse Móises la dijo á Abraham*". El barrio de Libertad, el más típico del terceto, abarca el radio comprendido por las calles Lavalle, Uruguay, Corrientes y Cerrito. En algunas cuadras, la densidad de "chivas" es absoluta. Barbas en las veredas, barbas detrás de los mostradores, barbas en los zaguanes, barbas fondeadas, barbas en *muvemiento*. Y de pelaje surtido: tordillas, obscuras, zainas, alazanas, doradillas.

—¡Sácame la ritrato di Blumenfelt!

—No te apures, Vandeján.



Herman Blumenfelt, sastre. — «Capás toma midida Finitos Viyanoievas»



«Pir la dolor di barigas»

Con parada fija se ven cambalacheros, sastres remendones, cigarreros, zapateros, libreros de viejo y de *noievo*, etc. Esta es la gente *boiena*. Ambulan, salpicando el montón de transeuntes, obesos *rufinos* abrillantados, apestando á *prafume* polaco y á tabaco turco. También se derriten al pasar, venerables matronas de Parisoff, cargadas de grasa, algunas con *la perito* de tiro. Son rentistas del amor con tarifa, que se han guarecido bajo el palio de la jubilación, batidas por la edad. Emisiones del pasado.

—Dobla Lavalle, quirido. Vamos di la rilojiero talajentes. Isa hombra sabe más qui toda la rabinos. ¡Simpre liyendo! ¡Quí hombra más talajentes!

Lavalle, 1424. Relojería, cigarrería y librería. Una barba kilométrica *agobia á un viejo huesoso. Gorra de seda negra, anteojos* y un cigarrillo en la boca, á toda hora. Resulta más apóstol que comerciante.

—Che, Vandeján: ¿tus paisanos no "tiran de la daga", á veces?...

—¡Qu'is paransa! Una hombra qu'istá ruso-hibreo no poiede matá una gallina.

—¿No comen "puchero mixto", ustedes?

—Sacando la chancho, *coma di todo*. Piro, *pir matar* la *gayina* pricisa la rabino, qui cobra *vente centavo pir* ritorcer la piscoeso. "Atonse, si una ruso-hibreo no poiede matar gayina ¿cómo poiede matar una hombre?..."

Talcahuano entre Lavalle y Corrientes, la cuadra brava. En la fonda "A los cuatro amigos", unas veinte barbas proletarias se embadurnan en sopa de remolacha, *la plato* predilecto. Esos parroquianos ya no creen en Moisés.

—¿Tú istás conocido di Jacobo, la carniciero dil nigocio "*La boien gusto*"?... Mirece la fotografías. ¿Vamos di él?

—¡Distinguido Vandeján: manda *qui quieres*!

En la misma acera de la fonda de parroquianos avanzados. La "chiva" de Jacobo estaba dolientemente entre sábanas, con intervención del boticario Feldstein. Algo más que *una foierte dolor di cabesa*.



«¡Pir la sol! ¡Pir la sol!»—Pregonando «Paranás» por la calle Necochea

Un émulo de Tolstoï.—«La hombra más talajentes di todos istá la librero y rilojiero di la caye Lavalle, 1424»

—¡Quí lástima, quirido!—Isa Jacobo mirece la fotografías.

* * *

En el barrio de Junín impera la democracia. Allí no rolan el divino Smujen ni el opulento Goldemberg ni los otros aristócratas del *si quieres cumpra más barato ti vas otra casa*. Abundan los prójimos que, á elegir entre Bakounine y Tolstoï, se quedan derechamente con el primero.

—¿Sabes qui dicen isa jieate, qui pito si la importa di la religión?

—¿Qué dicen, Vandeján?

—Qui no istá otra cielo qui la cielo raso.

—Perdónalos, Vandeján...

—¡Quiera la Dios qui así seas!

Callejeramente, la hermandad democrática del barrio de Junín—radio: la citada calle, Tucumán, Andes y Corrientes—se refleja en los escuadrones de "pibes" elaborados en el país, que juguetean en santa paz ó asaltan las canastas *di la tortero Móises*. Los aristócratas del barrio Libertad no simpatizan con el patronato de la infancia, y Smujen ya lo ha dicho: *con la mi hija Rositas mi tengo soficiente*.

—¡Mira isa siñor di la rancho di pajas! ¡Mira pronto, quirido!

—¿Qué tiene, Vandeján?

—Isa siñor hace la director di la diario hibreos.

—¿Está *talajentes*?

—Dicen qui sí. Blumenfelt li hace la ropa y Vitlin la vinde la número di loterías. Más qui pir'ista bario anda simpre pir la otra bario, pir Libertá. Siguro qui anda pir Jonín buscando la viso pir la diario di él. Dicen qu'istá talajentes.

Vendedor ambulante de chorizos («vurst-koser»)



«Una viso di la caye Jonín»

«Di tanto qui fuma, mi doiele la piscoieso».—Libertad entre Lavalle y Corrientes

—¿Más inteligente que el librero y relojero de la calle Lavalle, 1424?...

—Mi parece qui no. ¡Isa otra hombra sabe más qui toda la rabinos! ¡Simpre liyendo! ¡Qui hombra más talajentes!

—¿Quién es el caballero grueso que va con el periodista hebreo?

—No istá di la mi rilación, quirido. Poiede qui sia una pirsona qui prigonta alguna cosa qui quiera sabe.

La ordenanza hebrea sobre el cierre dominical de los negocios—el sábado, para ellos—no se cumple en el barrio de Junín. Los bolicheros despachan chorizos y remolachas los sábados, sin *la timor á la Dios qui dispoes la di una café á la cielo*.

—¡Saca ritrato di Móises, la tortero!

—En seguida, Vandeján.

Móises, la tortero, opera en el barrio de Junín. Algo *bejarano*, de larga barba ligeramente tordilla, con desvíos en la base, gorra grasienta.

—¿Qué vende tu paisano, Vandeján?

© Biblioteca Nacional de España

—¡Quí va vinde!... Vinde la torta pir la mochachos.

Tortas negras con sal, tortines ruanos con azúcar y bollos-torpedos á la pimienta, éstos, como para averiar la fiambrera digestiva de cualquier Gramajo católico-apostólico-romano.

—Pica la sol, quirido. Vamos pronto la bario di la Boca.

—A tus órdenes, Vandeján.

* * *

En la esquina Almirante Brown y Diamante, la plataforma de un eléctrico despidió á Vandeján sin mayores consideraciones.

—Por compadrear, Vandeján!

—Si yo sabe qui baja qui sube di la tranvia in muvemientos.

Vandeján, que había confundido el tranvía con una calesita, se incorporó cojeando del lado *di la curasón.*

—¡Pir aquí! ¡Pir aquí!

Le seguimos. Dobló en la calle Necochea, rumbo al Riachuelo.

—¡Saca isa mojier!

Una rusita morocha y bonitilla. Toda una nota policroma. Bata de seda colorada, pollera corta á cuadros blancos y negros, *echarpe* lila, de puntas voladoras. Y un malevín que guiaba las riendas de mando de una chata, le dijo, al pasar, á tiro de piropo:

—¡Qué colores para un stud!

A ambos lados de la calle Necochea, de Diamante á Suárez, menudean las *casitas* y los cafetines *di jiente qui no istá boiena.* También abundan, á lo largo, conventillos de rusos. En el barrio de la Boca, especialmente, la virtud y la *basuras,* se codean en la misma acera. Unos hacen vida nocturna; los otros, se levantan á lo gallo.

—¡Pir la sol! ¡Pir la sol!—desfila pregonando un Abraham del pago, sombrerero.

—¡Pica la sol!

—¿Y el bagre?

—También esa, quirido.

—¿Qué te parece un vermut, Vandeján?...

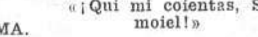
—Yo toma la ginebras, qui nosotros la ruso no toma la virmut. Pir la pitito la ginebras.

Copas para tres. Fuera, el sol caía á plomada.

Félix LIMA.

«La siñor di la ranchos, hace la piriodista

«Móises, la tortero dil bario Jonín»



«¡Qui mi coientas, Samoiel!»



De la Boca polaca.—«¿Istá fonitas?...»



«Rosita Bernardo y su quirida mamá».—Cambalache de la calle Almirante Brown



Las conferencias del profesor Pedantius

Mujeres y Diosas

No es original el título de mi conferencia, porque un erudito, en el más alto sentido del vocablo, no debe inventar nada.

Mujeres y Diosas van á ocuparnos hoy. De mujeres y de diosas voy á hablaros, siguiendo á Homero, padre de la poesía. Indistintamente servirán para el fin que persigo, *La Iliada* (traducción de Hermosilla) y *La Odisea* (traducción de Baráibar).

Empezaré por Juno y por Júpiter, hermanos y esposos. Juno es una hermosísima diosa, un poco entrometida, llena de vanidad, y amiga de llevarle la contraria á su marido.

Ved á éste,—de quien solicitan un favor que no ha de ser agradable á su consorte—que exclama:

«... Pesares hondos
me prepara este día; pues con Juno
harás que yo me irrite, si orgullosa
en ásperas razones me zahiere.»

Efectivamente. Apenas quiere hacer valer su opinión, la de las ásperas razones se pone hecha una furia y atruena el Olimpo con sus gritos.

Óiganla ustedes:

—«¿Cuál de los inmortales, oh doloso,
habló contigo ahora? Grato siempre
te fué lejos de mí y en clandestinas
juntas deliberar, y cariñoso
nunca me dices lo que hacer deseas.»

A Júpiter se le hinchan las narices y responde:

«... Maligna Diosa
de todo tú sospechas, y yo nunca
de ti ocultarme puedo. Con tu enojo
nada conseguirás, sino alejarte
más de mi corazón...»
«Así dijo: temió la hermosa Juno
y volviendo á ocupar el áureo trono
quedó en silencio su altivez domando.»

El altercado se repite con frecuencia. El dictador olímpico atruena cielos y tierra y concluye por llamar á Juno «insufrible y pertinaz»; lo que no le impide á ésta protestar contra las decisiones de su dueño y señor y hablar mal de él, siempre que la ocasión se presenta.

Pero hay que verla cuando quiere conseguir algo con mimos y coqueteos.

«... habiendo entrado y las doradas puertas
cerró por dentro, y del hermoso cutis
limpió todo el sudor con ambrosía.
Ungióse luego con suave aceite,
celestial, perfumado, y tan frangante,
que con sólo moverle en los eternos
alcázares de Jove, su fragancia
se difundió en el cielo y en la tierra.»

Y después de arreglarse con sumo gusto y elegancia, pide á Venus que le preste su célebre ceñidor. Se va en busca de Júpiter, le hace cuatro carantoñas, y el dios, enamorado al modo de un colegial, se deja engañar como el inocente pez de la laguna.

¡El eterno femenino! Los dioses y los hombres andaban muy mezclados en aquellas felices épocas. Así oimos hablar de «los hijos de Mavorte y Astioque la bella»; de Eneas, «hijo del anciano Anquíses y de Venus»; de Ifimedia «que se preciaba de haber hecho vida marital con Neptuno»; de Calipso que tuvo siete años en su isla á Ulises, quien lloraba á la orilla del mar.

«... pues ya gusto
en Calipso no hallaba...»;

de Circe que convertía á los hombres en cerdos, en lo que hay muchas simples mortales que la imitan...

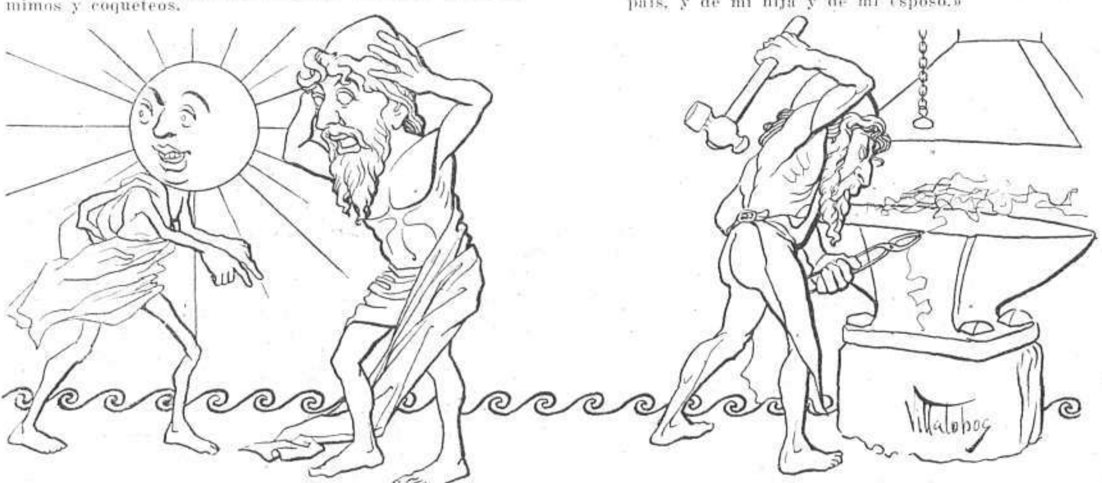
¡El eterno femenino! Erifile que «por vil oro vendió á su marido»; Clitemnestra, mujer de Agamenón, que, mientras él se hallaba en el campo de batalla, consolábase de su ausencia con Egisto; terminándose tan interesante episodio con el asesinato del esposo por el amante; Elena, causa de la guerra de Troya...

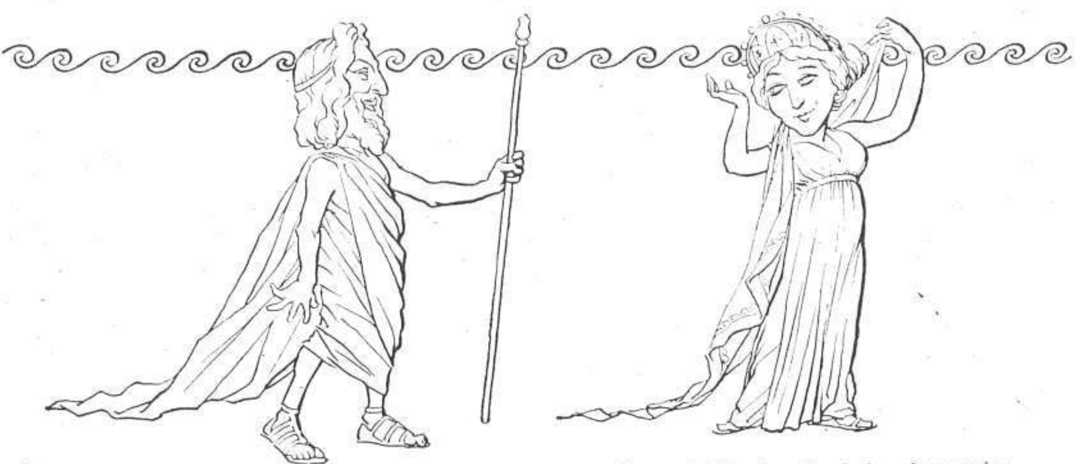
Aunque, confesemos, que Elena debía ser un buen bocado. Los ancianos, viéndola pasar, hablaban así:

«No llevemos á mal que los Troyanos
y los Aqueos por mujer tan bella
hace diez años, los terribles males
hayan sufrido de la guerra...»

La pobrecita explicaba su debilidad con muchas y convincentes razones:

«.............. yo lloraba
la ceguedad fatal con la que Venus
me indujo á separarme de mi amado
país, y de mi hija y de mi esposo.»





Venus fué la culpable ¡qué duda tiene! Elena estuvo veinte años en Troya y, después, el bondadoso Menelao, el marido, se la llevó á su casa, sin dársele un bledo de las efusiones de aquella buena moza con el hermoso París, que cuenta prolijamente Homero. Buena moza he dicho, por más que ella, con modestia que la honra, afirma en cierta ocasión: «fuisteis á Troya los aqueos por *mi cara de perra*», según con enérgica elegancia escribe un traductor.

¡El eterno femenino! Oid algo de la galante aventura en que aparecen envueltos tres dioses.

«El divino poeta, la forminge
pulsando, comenzó de Marte y Venus
á cantar el amor, y su furtivo
primer abrazo en la mansión augusta
del marido Vulcano, cuyo tálamo
Marte infamó, á la esposa, con la oferta
de riquísimos dones, seduciendo.»
«El alto Sol, que la amorosa culpa
vió, refirióla al ultrajado esposo.
Corrió Vulcano, en cuanto oyó la infausta
nueva, á su fragua, en el herido pecho
venganzas maquinando. Enorme yunque
puso en el tajo, y redes imposibles
de romper y soltar, para prenderles
firmemente á los dos, hizo á martillo.
Urdido ya el engaño, en ira ardiendo
contra Marte, á la estancia en que tenía
el tálamo subió, tendió unos lazos
al pie del rico lecho, de manera
que lo cercaran todo; y como hilos
de araña sutilísimos, pendientes
de las labradas vigas, con tal arte
puso otros, que ni á verlos alcanzara
la mirada de un numen. Cuando á gusto
aparejó la red, fingió ir á Lemnos.»

Continúo, ahora, arreglando por mi cuenta la traducción de esta crónica escandalosa:

En cuanto Marte supo lo del viaje
corrió á buscar á Venus y le dijo:
—Ya sabes que se fué. Y el tiempo es oro.
—Bien—respondió la diosa.—Mas las redes
del astuto Vulcano, sin dejarles
mover ni levantarse, les prendieron.
Entonces conocieron lo imposible
de evadirse de allí. Volvió Vulcano
y armó un bochinche atroz. (Lo cual se explica)
Los dioses acudieron á los gritos
y al ver la situación del pobre rengo,
inextinguible risa acometióles.
Y uno habló así:—«Jamás las obras malas
pueden tener buen fin; al más ligero
suele alcanzar el tardo. Aunque está cojo,
con qué maña al más ágil de los dioses
le *sorprendió* Vulcano y en justicia
le hará pagar la multa de adulterio.
Así hablaban los dioses. A Mercurio
dijo el flechero Apolo: —¿No querrías,
bondadoso correo del Olimpo,
hallarte detenido en esas redes,
al mismo tiempo que la hermosa Venus?
—Gran tirador Apolo—respondióle
el Argicida astuto—aunque estuviéseis,
en tres veces más lazos detenido,
dioses y diosas viéndome, querría
el lecho compartir con la áurea Venus.»

Voy á terminar. Pero antes quiero hablaros del concepto que tenían de las mujeres los ilustres griegos que han inspirado al más grande poeta del mundo.

Agamenón, que no sospechaba de su esposa, se refiere á una esclava en estos términos:

«. . . . . . Desearía
en mi casa tenerla y á mi lado
y mucho yo á la misma Clitemnestra,
mi legítima esposa, la prefiero;
porque ni en la hermosura, ni en la gracia,
ni en el talento, ni en labor de manos
á aquella es inferior. . .»

Telémaco, hijo de la constante y discreta Penélope y del ingenioso y prudente Ulises, contesta á cierta pregunta:

«. . . . . . Mi madre,
seré sincero, oh huésped, que de Ulises
hijo soy asegura; yo no puedo
decirte más, pues nadie con certeza
á su padre conoce. . .»

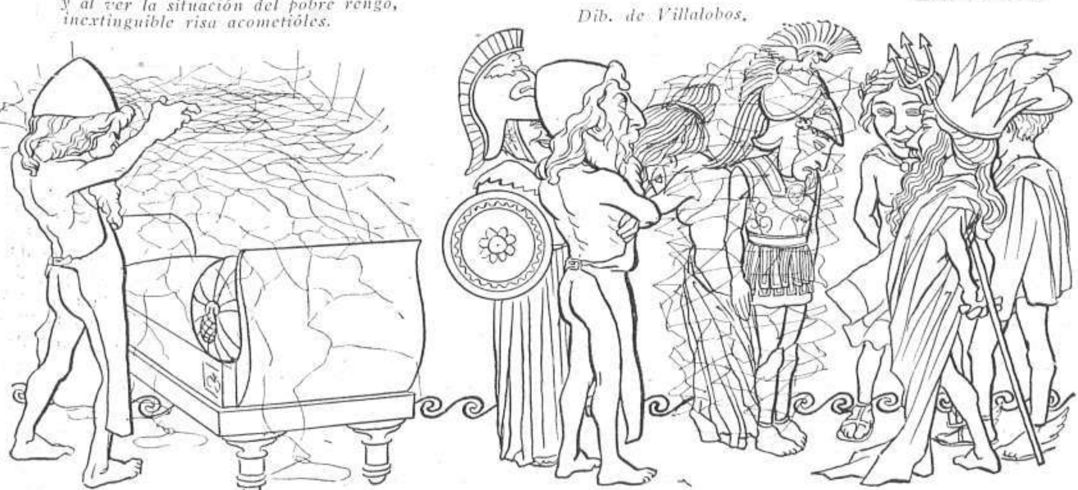
Y el mismo Telémaco, que es un jovenzuelo tímido y sin experiencia de la vida, trata á su señora madre, como ustedes van á ver.

«Sube á tu habitación y cuida sólo
de cosas mujeriles, de la rueca,
del telar y de hacer que á sus labores
acudan las criadas. A los hombres
les corresponde hablar. . .»

¡No dejar hablar á las mujeres! ¡Obligarlas á callarse!... ¡Ah, señores! ¡Qué singular, que extraño concepto del feminismo se tenía en aquellos heroicos tiempos!

Luís GARCÍA.

Dib. de Villalobos.





Julio Olmos

Todo lo que sabíamos de su familia era que su padre lo trajo un día, tal vez de Santiago del Estero, y lo dejó en el Colegio Militar de Palermo.

Si el padre "murió en vida", como suele decirse de los que entran á un convento ó á un plan irregular de vida, ó sin vida, no lo supimos nunca, y probablemente tampoco lo supo el hijo, que jamás regresó á sus lares, quedándose en el mismo colegio durante las vacaciones anuales.

No teniendo más que sus camaradas, era todo para sus camaradas, y parte porque lo sabíamos desprovisto de otros afectos, parte porque el corazón llama al corazón y el suyo llamaba de modo diferente al común, la suya era una amistad sui géneris.

Su honestidad y rectitud de espíritu y la delicadeza de sus sentimientos, unidas á la singularidad de su situación social, imponían miramientos particulares en el trato, dado que el modo de ser general, acomodado al modo de sentir común, habría de lastimar su psicología peculiar, que lo hacía un inadaptable por descoincidencia de calidades con el medio en que tenía que actuar.

Con bastante talento, tenía mucha fuerza de voluntad ineducada, y alguna vez se desafió con otros compañeros á quien se pasaba más tiempo sin comer, asistiendo á la mesa, á las clases y á la instrucción, y los venció á todos, pero era muy deficiente en esa aptitud que los pedagogos ingleses consideran la más importante: la capacidad de soportar injusticias, puesto que es este el acontecimiento más frecuente de la vida en sociedad, y á menudo el más grave.

Su aspecto juvenil, franco y abierto, con grandes ojos soñadores, hacían de su fisonomía una especie de talismán que le concitaba desde el primer momento la simpatía de todos los que entraban en contacto con él, pero le faltaba lo que, en definitiva es más importante; la capacidad de afrontar pacientemente las contrariedades gordas, siendo esto quizás una consecuencia de aquello, pues nadie está más deseducado para lo que alguna vez le sale mal, que aquel á quien todo le sale siempre bien.

Mi situación con él era particularmente complicada, perteneciendo los dos á la misma escuadra y al mismo curso, siendo yo de más edad que él y él de más antigüedad que yo en el ejército, pues él era ya "distinguido" cuando ingresé, y ascendió á cabo cuando yo fuí ascendido á distinguido por el inolvidable mayor Falcato. A consecuencia de un resentimiento por una reprensión injusta, fué rebajado, cuando yo también era ya cabo. Repuesto algunos meses más tarde, perdió su antigüedad á mi respecto y quedé siendo su superior, después de haber sido su inferior. Pero mi consideración por él era tanta, que siempre formé en la escuadra cuando él la mandaba por estar de servicio, y lo mismo hice después en el batallón, cuando él lo mandaba por turno en la instrucción ó en la lista mayor.

Para tomar parte en la expedición á los ríos Negro y Neuquen, que debía tener lugar á principios del 79, un grupo de cadetes salimos antes de finalizar el 78 y nos incorporamos al batallón Nueva Creación, en el que nos había precedido Ricardo A. Day. Eramos el cabo Rómulo Olivieri, el sargento Faustino Fernández, alias Champis, el cabo Olmos, alias el Gallo y yo, como subteniente el primero y como tenientes segundos los demás, y nos pusimos en viaje á Mendoza, con los subtenientes Correa y Elías.

En el trayecto ocurrió un incidente que pinta á lo vivo el carácter de Olmos. La mensajería, con bastante atraso, al tranco de los caballos aplastados por los espesos arenales y el sol á plomo, se acercaba penosamente al relevo que la esperaba en un corral á un lado del camino en pleno desierto, entre el Rancho de Totora y La Paz. Los latigazos del mayoral llovían infructuosamente sobre las bestias exhaustas de energía muscular, y Elías que iba en el pescante con Olmos, se puso á pincharlos con su espada, sin más efecto que el de sacar de quicio á Olmos, quien lo recriminó indignado por su crueldad, sobreviniendo entre ellos un cambio de palabras imprudentes en voz baja. A poco de haber llegado á la posta, notamos la desaparición de entrambos y nos echamos á buscarlos en todas direcciones, y tuve yo la fortuna de encontrarlos en el momento mismo en que, detrás de un retamo habían desenvainado la espada y se ponían en guardia. Mi autoridad falló en Olmos, me encaré entonces con Elías requiriéndole su espada, y cuando Olmos lo vió desarmado me entregó también la suya.

Por supuesto, unos primero y otros después, todos

resultamos inadaptables en aquel presidio ambulante que era una especie de sucursal del infierno, menos la alegría que las personas sensatas dicen que reina siempre en el *último paraje*.

A Olivieri, que parecía tallado en roble y tenía cualidades sobresalientes para su profesión, se lo llevó una viruela de la peor especie, en el fuerte general San Martín, donde tampoco había remedios de ninguna clase.

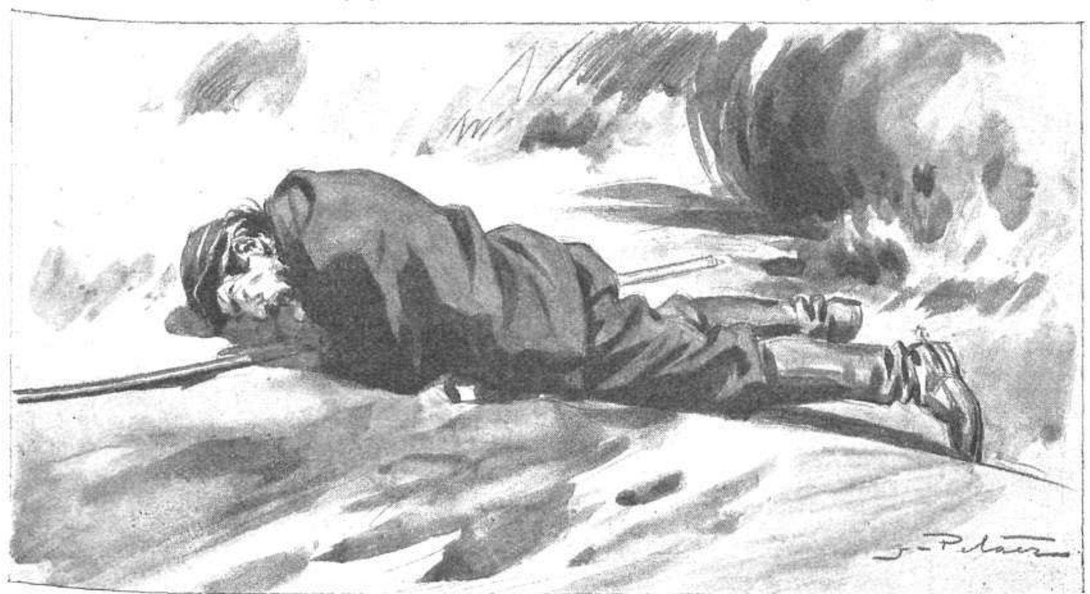
Al terminar la campaña de la cuarta división que mandaba aquel soldado espiritual, instruido y culto que era el coronel Napoleón Uriburu, de regreso en Chos-Malal, Day y yo pedimos la baja y regresamos á Mendoza, de donde yo pasé al séptimo de infantería que me pareció una gloria por el contraste. Fernández y Olmos, que estaban destacados en Mal Barco, se quedaron por las sugestiones de ese demonio interior que nos hace esperar que no hemos de escollar donde han escollado los otros y que es de donde viene la imposibilidad de aprender en cabeza ajena.

A Faustino Fernández, otro buen compañero hasta la pared de enfrente, supimos después que lo mandaron con dos ó tres soldados á media noche, á perseguir á unos indios que habían robado unos caballos, y que al descender por la estrecha senda de herradura á la hondonada de Auquincó, en cuyo fondo está el hermoso lago del mismo nombre, depositario de las aguas de deshielo que descienden de las montañas que lo circundan, un grupo de indios apostado entre los matorrales á ambos lados del camino, los asaltó de improviso en la obscuridad de la noche, y tras de una lucha desigual y cuerpo á cuerpo, fué degollado con sus acompañantes.

El año 80 el batallón había bajado á Buenos Aires y se encontraba acuartelado en un corralón del Paseo de Julio. Por no sé qué incidente del servicio, Olmos había sido puesto en el centro del patio con centinela de vista al raso, la moneda corriente en la frontera de Mendoza que era intolerable en la gran capital del Sud. Empezó á llover á cántaros y el espectáculo se hizo interesante para la gente que circulaba por la calle y se detenía á contemplarlo, agregando con ello, sin quererlo, una nueva tortura á la dignidad ya exasperada de la víctima de aquella disciplina bárbara, quien al fin no pudo contener su indignación y se precipitó á la mayoría á increpar al jefe del cuerpo, revólver en mano. Para quitárselo, se acercaba por detrás en puntas de pie el segundo jefe, y aquel, levantando el arma por encima del hombro y sin volver la vista, disparó un tiro hacia atrás. Todos cayeron sobre El Gallito que fué reconducido á su raso, llevando en más una barra de grillos y un proceso por un delito militar gravísimo, que fué el más sonado de su tiempo, y el que destapó el tarro de aquella disciplina brutal, forjada en la lucha de los caudillos bárbaros y mantenida por las necesidades de la guerra contra los salvajes, en la que los procedimientos draconianos, presentes siempre, *cohonestaban* á la *justicia* y á la paga siempre ausentes.

La carrera de Olmos, tan bellamente empezada, fué destruída por ese rincón de atraso, que embrutecía el espíritu del superior por el ejercicio permanente de la brutalidad sobre el inferior, pero el caso Olmos contribuyó como ningún otro á hacer desaparecer ese rincón de barbarie, y él merece no ser olvidado por los beneficiados.

Su primera idea fué nombrarme defensor, pero yo estaba entonces en el hospital, herido y fuera de servicio, inhabilitado hasta para firmar, y designó á Estanislao Maldones, por cuyos nobles esfuerzos y las grandes simpatías de que entrambos disfrutaban, la pena fué relativamente benigna. Por el mismo motivo fué más tarde indultado, y marchó á continuar sus servicios y su carrera en la frontera de Santa Fe con el Chaco, mal visto ya por sus nuevos jefes á causa de lo ocurrido con los primeros.



En un asalto que los indios trajeron á una población, estando él en un fortín con un destacamento, acudió al primer aviso, pero no tuvo éxito al perseguirlos, por el mal estado de su caballada, y cuando se presentó al jefe de la frontera, general Obligado, á darle cuenta de lo sucedido, éste se expresó en términos tan crueles que aquel se sintió herido en lo más hondo de su dignidad militar y le manifestó que en el primer encuentro que tuviese con los indios, le haría ver hasta qué punto habían sido injustas sus sospechas.

Y en efecto, en el primer encuentro que tuvo con una espesa indiada, su pequeña partida fué deshecha, pero él no retrocedió un paso y fué lanceado hasta caer exánime.

Así terminó su corta vida un muchacho que era una joya caída en un pedregal. Predestinado por la fineza de su espíritu y la rudeza de los tiempos, á sucumbir de pundonor, cumplió heroicamente su destino.

AGUSTIN ALVAREZ.

Dib. de Peláez.

El último día de Pierrot



Este Pierrot, además de ser sentimental y lírico como los otros, era psicólogo y con inclinaciones de asceta. En su juventud, la primera ocurrencia que tuvo fué leerse á todos los filósofos antiguos y modernos. Después supuso que sabía muchas cosas. Presumía conocer los misterios del alma, la paz de los espíritus y el secreto de la armonía del planeta. Además, como era Pierrot, no tenía más remedio que ser amigo de la Luna, aunque esto le importaba bien poca cosa, una vez que esa ilustre señora le era perfectamente inútil.

Pierrot era un ser feliz. Con su mandolina, su traje blanco, sus filosofías y su tendencia á descubrir el alma de los árboles y á interpretar el canto de los pájaros, vivía una existencia apacible y sonriente.

Su cabeza de relieves acentuados y los gestos firmes de su cara blanca, denotaban en él una voluntad vigorosa. La principal victoria de su existencia consistía en haber hecho un firme propósito de no tener relaciones amatorias con ninguna Colombina de la tierra. La lectura de los místicos y sus meditaciones con las estrellas habíanle dotado de un carácter tenaz, presto para ahogar de súbito toda tentación de pasión amorosa.

Como era sabio y muy versado en profundas filosofías, á menudo no tenía los dineros necesarios para vivir.

Sin embargo, paseando por los parques, bajo las sombras de los tilos, tocaba su inevitable mandolina, escuchaba el rumor de los árboles y el gorjeo de las fuentes y con estas cosas tan simples su alma sentíase ebria de dicha y de sosiego.

Una tarde, en cierto lugar solitario del parque, Pierrot comenzó á ser idealista. El rincón del jardín le pareció un jardín ducal y el banco del camino un banco de mármol esculpido por artífices imaginarios. La fuente fué para sus sueños una fuente arcaíca donde se bañaran antaño ondinas y princesas de cuentos azules.

Su sueño no se detuvo en esto. Vió que el agua vertiente de un tazón circular eran dos venas claras y transparentes que caían de un vaso etrusco maravilloso produciendo sonidos de una encantadora dulzura melódica.

Así, cuando el sol de la tarde moría, se durmió soñando, siendo actor de una inimitable fábula en la cual la heroína era una mujer rubia y esbelta, graciosa y dominadora, con alma clara y ojos inocentes, rendida á sus pies en un lugar apartado de la Tebaida que antes le deleitara tanto en sus meditaciones platónicas...

De pronto se incorporó. La visión anterior le había trastornado. Su corazón palpitó de una manera inacostumbrada y desconocida para su alma, serena hasta entonces. La imagen de la mujer rubia obsesionóle de un modo torturante y despiadado. Triste, intentó llamar en su auxilio todos los poderosos y eficaces preceptos aprendidos en la deliciosa castidad de los libros ascéticos. Intentó contraponer á la visión subyugante de aquella mujer blanca y tentadora como el arquetipo de la Belleza todos sus motivos de renunciamiento. Fué inútil. La lucha titánica que sufrió su ser acabaron por agotarle todo esfuerzo de reacción. Su voluntad fué como una brida rota. La clara visión tomó para él contornos más precisos y deslumbrantes. Gallarda, dominadora, exuberante de gracia, la mujer pasaba ante sus ojos despiertos como una tentación imperiosa, como una belleza que llevaba en sí todas las bondades y noblezas posibles...

Fué vana toda su voluntad. Pierrot, colgando su mandolina en la espalda, se sintió más hombre, alucinado por la visión maravillosa.

Y en él nació el amor por la primera vez en su vida. Dió los primeros pasos dolorosos. Buscó la materialización de la figura soñada. Caminó por el mundo inconsolablemente, locamente, olvidando el rumor de los parques y el canto de los pájaros, hasta morir sin haber hallado el supremo bien, ebrio de melancolía y de tristeza, con su mandolina muda y su cara blanca cubierta de un gesto de amarga desesperanza.

Así fué el último día de Pierrot.

Alberto TENA.

Dib. de Friedrich.

Chichín

Tenía ya cuatro años. Se le entendía todo lo que él quería que se le entendiese, sin que por esto se pueda decir, con verdad, que ya hablaba. Pero á los niños se les entiende cuando dicen *cayaje* por carruaje y *tangui* por tranvía. ¿Cómo y por qué se les entiende? Porque sí, nô más. Lo mismo que después pasa á la inversa. Como ellos no hablan claro, nadie duda de lo que dicen ó quieren decir.

No podía decir *piola* sino *poila*. Esta dificultad para el diptongueo revelaba ya su futura ineptitud política, si no se corregía, es decir, si no aprendía á unir suavemente sin transición, que no otra cosa es pasar de la gobernación de una provincia al senado nacional, ó de un ministerio á una legación; todo lo cual, y mucho más, vemos diariamente que se realiza con tal facilidad y tal frescura, que hacen pensar en la



dificultad de los niños que no pueden diptonguear. ¿Será, como lo anterior, nada más que por ser niños? Si se lo preguntamos, quizás nos contesten, con su media lengua:

—...Polque no somos hombles...

Pero Chichín, como todos los chichines, si no sabía diptonguear, sabía hacerse su vocabulario natural y fácil. Por instintivo horror á la cacofonía, en vez de mama agüela decía *m'agüela*, siéndole favorable esta revelación de su tendencia económica, si bien no es eso lo que hoy se requiere para ser ministro de hacienda.

Lo que sí sabía, y muy bien, era comer dulce de leche, que le gustaba mucho.

En los días domingos, almorzando en casa de los abuelos, era esperado el postre con ansias manifiestas, pues la abuelita se esmeraba en preparar el dulce de leche bien sahumado á la vainilla.

Aquel día, cumpliendo Chichín sus cuatros años, el plato predilecto había sido la preocupación de toda la mañana. Un brasero especial, una cacerolita á propósito, y la abuela sentada en su silla baja, revolviendo muy despacio para que no se cortara.

A las diez, cuando el dulce estaba casi hecho, entraron los hijos; y Chichín, muy paquete, se adelantó desde el zaguán y corrió á besar á la abuelita.

—Buen día, m'agüela... ¿qué t'asiendo?...

—El postre para usté, m'hijito, porque hoy es su santo... que sea bueno y Dios le bendiga...

Y con toda su alegría, besando aquel hermoso niño, la anciana no pudo contener del todo, á pesar de sus esfuerzos, dos lágrimas que humedecieron sus pupilas por un instante...

Durante el almuerzo, la fiesta tuvo todo el sabor dulce de las dichas familiares. Sólo faltaba el abuelo, ya descansando para siempre, cumplida su misión. Pero aquel vacío se notaba menos cuando Chichín ocupaba la cabecera, en su sillita alta, acabando por justificar la vida bajo la sabia ley de la eterna evolución.

—M'agüela, oto choco...

Era el tercer choclo que comía Chichín, con sus dientitos de minerito, iguales y blancos. Después, mientras esperaban el postre, Chichín hubo de hacer declamación. Pero como los choclos estaban suculentos, el niño no tenía ganas de ser artista.

—Entonces, una adivinanza...

—Decí una, mamá...

—Diga usté, m'hijito...

—No, mamá; plimelo vos...

—¡Cuál?

Y Chichín, aproximándose al oído de la mamá, le dijo en secreto, que oyeron todos:

—La del pozo.

—Bueno, á ver quien adivina:

Redondo, redondo,
barril sin fondo...

Todos se quedaron pensando, preocupados. ¿Qué sería? Imposible adivinar...

—A ver, ¿cómo es?...

Y Chichín, tomando coraje al ver que nadie adivinaba, repitió:

Derrondo, derrondo,
barril sin fondo...

Unos miraban al cielorraso, otros parecían preguntarle á las servilletas. Entretanto, Chichín se reía por dentro. El sabía lo que era.

—¿Se dan?... ¿se dan?...

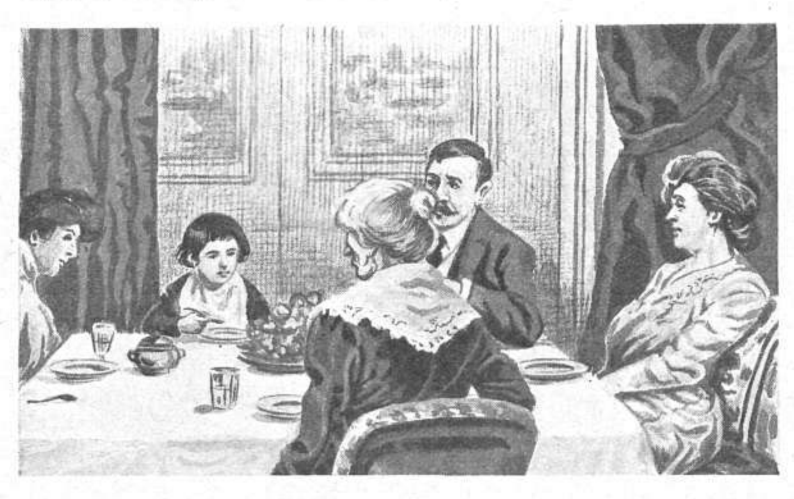
—Sí, sí, nos damos por vencidos. A ver...

—¡Es el pozo, el pozo! Si lo stoy diciendo clarito, derrondo y sin fondo...

—Bueno; adiviná esta, Chichín:

Largo, largo como lazo,
redondo como cedazo...

En cuanto Chichín alcanzó á pescar la palabra redondo ya se le conoció en



la carita alegre que adivinaba. Así fué que al terminar, el niño contestó en el acto:

—¡El congleso!...

La carcajada general llenó de satisfacción al pebete.

—Muy bien, m'hijito—dijo la abuela.—Ahora va á comer su dulce de leche.

La boca se le hacía agua y los ojitos empezaron á seguir la trayectoria de la dulcera. Al servirlo se notó que estaba un poco azucarado; pero se comería con gusto. Chichín notó, también, que le costaba un poco llenar su cucharita.

Entretanto, seguían las adivinanzas, todas del mismo corte:

Blanca, blanca como nieve,
el gatito se la bebe...

—¡La leche, la leche!

Chichín seguía trabajando para comer su dulce. Apenas podía llenar media cucharadita por vez. De repente, empinándose en su sillita, se dirigió á la abuela.

—M'agüela, m'agüela, adiviná esta...

—A ver, vamos á ver...

—Pero vos solita, m'agüela, vos solita...

—Bueno, diga...

Dulo, dulo como piedla,
piedla, piedla como dulce...

Fué una sola risa la de toda la mesa, Chichín inclusive, que golpeaba con su cucharita sobre el terrón azucarado del dulce; pero nadie adivinó, á fin de que la victoria del nene fuera completa.

—¿Te das, m'agüela, te das?...—dijo Chichín al cabo de un rato.

—Sí, me doy...

—Bueno, m'agüela, es el dulce que está dulo como piedla y no se pede comel...

. . . .
. . . .

Todo se lo perdono á la divina providencia, absolutamente todo,—dice el doctor Wilde en alguna parte;—pero nunca le perdonaré la muerte de mi hermanita.

Si el doctor Wilde fuera pasible de mis perdones, yo también se lo perdono todo, absolutamente todo; pero nunca le perdonaré que haya escrito su "TINI". Es tan sentido, tan intensa y dolorosamente sentido, que leyéndolo se queda grabado en el alma, como á buril; y uno cree estar viendo siempre, sobre las tiernas cabecitas infantiles, como una sombra en acecho...

ABUL-BAGI.

Dib. de Castro Rivera.



Los grandes alcaldes

Allá por el año 59 se presentó una mujer ante don Pepe Loenzo, juez de paz y alcalde del partido de Pila, á pedir que la protegiera contra las asechanzas de su marido. Acababa de hacer su deposición, cuando aquél entró en la sala de audiencia. Era un hombre de edad indefinible, casi lampiño, casi calvo y vestido tan desastradamente, que el mendigo más desdichado no hubiera querido la mejor de sus prendas. El funcionario, verdadero castellano del siglo XIV, basto y rechoncho y de largo pelo rubio, clavó en el ajado y movible semblante del recién venido sus incontrastables ojos y le dijo con breve y ronco acento:

—¿Usted se llama Abel Segarra?

—Para servir á usted.

—Acaba de llegar de la frontera después de un servicio de dos años, ¿no es eso?

—Exactamente, señor.

—De vuelta ha encontrado á su mujer viviendo con Juan Tuan, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Y qué es lo que quiere?

—Llevarme á mi mujer.

—¡No, por Dios, señor, que mi marido me va á matar!—exclamó la mujer desesperada.

—Se guardará muy bien, porque en ese caso lo mataré yo.

—¡Ah, señor! ¡Usted no conoce á mi marido! ¡No me niegue, por Dios, su protección! ¡Por vida suya, no me deje salir con él!

El hombre sonrió.

—¿Usted tiene malas intenciones para con su señora?—le preguntó Loenzo, que obedecía á lo que él llamaba "su deber", como el arroyo á su corriente, pero sin haber abrigado la compasión jamás en su titánico pecho.

—No soy capaz de semejante cosa—dijo Segarra con su voz atiplada.—Soy casado por la iglesia, mi mujer se encuentra aquí: tenga la bondad de entregármela.

—Bueno, aquí está tu mujer (aquí un terno), llévatela... (otro); pero te prevengo (y otro más) que si la matas, mueres.

Y concluyó con una ristra de lo más picante de su repertorio.

Segarra se llevó á su mujer casi arrastrando; hasta que llegó al palenque no dejó aquella de gemir y suplicar.

No habría transcurrido una hora, cuando entró un vecino con estas palabras:

—Don Pepe, á media legua de aquí, sobre el camino, á esta mano, entre unos carditos, con rumbo á Camarón, hay una mujer degollada.

Loenzo saltó en el primer mancarrón que encontró á mano y seguido de numerosa comitiva corrió hasta el sitio indicado.

La mujer estaba desnuda, degollada, abierta por el medio como una res, sacadas de quicio las entrañas, cortados los senos y hendida la boca hasta las sienes.

Loenzo hizo levantar el acta (1), mandó reunir los restos, conducirlos en una camilla hasta el juzgado, envolverlos en una mortaja y colocarlos sobre una mesa con dos velas encendidas.

Después mandó hacer una fosa en medio del campo.

Y dirigiéndose á don Luis Lableni, secretario suyo, añadió:

—Mañana á las doce ponga el cadáver sobre un cuero, y hágalo arrastrar hasta la sepultura donde lo mandará enterrar con una cruz de ñandubay encima.

—¿Y usted?

—Yo (un terno) voy en busca de Segarra (otro terno).

Tenía diez ó doce agentes á su servicio, armados de carabina y sable, mientras él cargaba su revólver de cinco tiros y se atravesaba un facón á la cintura.

———

La India Muerta se divisaba desde lejos con su obscuro solar de adobes y su potrero de acacias sobre empinado otero, circuída de esos campos bajos y anegadizos que, naciendo en las márgenes del Salado, extiéndense hasta los lindes de Rauch, para formar aquel rico señorío de Anchorena, sin accidente alguno, sin poblaciones, limpio como infinita lámina de hule verde. Quien cruzara los campos de Toldos, Hinojales ó Villanueva en la época que motiva esta crónica, hubiera visto con tristeza, con admiración, con alegría, con miedo, toda una alfombra de albahacas y lechugas en la estación invernal, cuajada de lagunas donde los teros reales, los cisnes y los flamencos obscurecían el cielo ante el viajero extraviado; adornada de vinagrillos y trébol de olor en primavera, y altamiras y crecidas gramas y la criolla "cola de zorro" en el estío; accidentada de tarde en cuando por los barriqueños cardizales en la cresta de las lomas. En la Pampa propiamente dicha, cuyas

(1) Búsquela el que leyere, en el archivo de Pila. Año 1862.

ondulaciones ocultan el horizonte, hay por doquiera parajes solitarios; pero sus médanos amarillos y sus ralas y ásperas hierbas le imprimen un barniz bravío é inhospitalario. Tienen no sé qué tufo á indio ó al burgués usurero que le substituyó, enriquecido con los vaivenes de la política ó las engañifas de la Bolsa. Cualquiera creería que la naturaleza cambió su paleta y su brocha por una tienda de comestibles y una casa de empeños á elevado interés. Entre el arado, el puesto de ovejas, el cercado de alambre, la supresión de las carretas, el carril á la distancia, las arboledas cerca, cerca, y sobre todo la desaparición del gaucho, decorativo actor en aquel inmenso escenario, se ha acrecentado la fortuna de los ricos, mas para los artistas y los pobres significa pérdida segura...

. . . .

En la India dijeron al alcalde que Segarra había estado allí como unos diez minutos, tomando después en derechura á la Piedrita, distante unas cincuenta cuadras. Allá se trasladó con toda su comitiva. En la Piedrita no le conocían; pero averiguado que hubo el personal de la estancia, menudeando hasta las más insignificantes señales de su filiación, no faltó quien recordara haber visto pasar cerca del corral un jinete de esa laya, al tranquito de un caballo colorado y con rumbo á la laguna de Pila. O tales noticias eran falsas, ó quedaba comprobada esa conseja popular que dice que los muertos á hierro despiden un fluído magnético que atrae al asesino, por más que corra y se agite, hasta sepultarlo en la fosa y yacer abrazados para la eternidad. El matador, que ya tenía tiempo de haberse puesto en cobro, continuaba girando alrededor de su mujer como la mariposa negra en torno de la transparente lámpara.

De la laguna de Pila se cuentan cinco leguas hasta el Sartén, á quien corresponde el artículo "la". Otras cuarenta cuadras de Castilla separan aquélla, ó aquél, de la laguna del Sermón. En todas partes el prófugo dejaba indicios de su paso. "Aquí había tomado agua", más allá "apretádose la faja", algo más lejos "pedido un fueguito" y acullá "echado una siestita". El hombre, como se ve, ó quería que no mintiera la conseja, ó llevaba el caballo cansado y con sus pesadas boleadoras no conseguía alcanzar otro de refresco.

Con todo, llegó la noche sin que el cazador consiguiera ponerle la caña en el pescuezo á su perdiz fugitiva. El alcalde-juez Lóenzo, don Pepe, que no había salido de los límites de su cuartel, resolvió, entre terno y terno, volver al juzgado para dormir. Sentóse á la mesa con peor humor que de costumbre y luciendo, amén de su buen apetito, todos los vocablos que tiene el habla castellana, aunque no estén impresos, para expresar los grandes afectos del ánimo de una manera tan concisa como enérgica.

Al día siguiente les alumbró la aurora más allá de la laguna de los Pocitos, donde perdieron la pista. (¿Son muchas lagunas? Pues canalícelas usted.) Dividió su gente en dos grupos, con la orden de batir el campo, los unos con rumbo á Navas, los otros hacia el Zorro, que es un brazo del Cacique, llamado (río arriba) Vizcacheras, Zapallar algo más lejos, Gualicho luego, y Arroyo Azul allá en lo alto, al desprenderse de las quebradas que rodean á la rica y poco culta ciudad indígena. El alcalde con cuatro ó cinco vecinos que arrancó en su trayecto deberían continuar hacia Las Negras, arrebañando con vista de águila una legua en contorno y corriendo, ora á derecha, ora á la izquierda, cuando el lejano movimiento de la hacienda ó el revuelo de las aves acuáticas indicara gente en el campo. Así recorrió las seis leguas de largo por tres ó cuatro de ancho que le separaban del partido de Rauch. Segarra se había perdido. Ya iba á mandar chasques en todas direcciones, cuando columbró, al subir una loma, un rancho pequeñito, medio oculto entre floridas espadañas. Hizo sentir la espuela al bayo encerado que montaba (que llaman rodado en Castilla) y al acercarse reparó en un caballo atado á soga á veinte pasos del rancho y á la orilla del agua.

—A ver, amigo,—dijo al que tenía á su lado,—hágame el favor (un terno) de bajarse y ver si ese... se encuentra allí escondido.

El otro anduvo las dos ó tres cuadras que lo separaban y luego volvió agitado y presuroso.

—Ahí está—dijo— y durmiendo sobre un catre de paja.

Lóenzo dejó á su gente hecha un montón, descendió del caballo y fué acercándose á paso de lobo hasta la cabaña. Levantó lentamente la puerta de cuero que la cerraba y columbró á Segarra profundamente dormido y con un largo facón al alcance de su mano. Entonces sacó la baqueta del revólver...

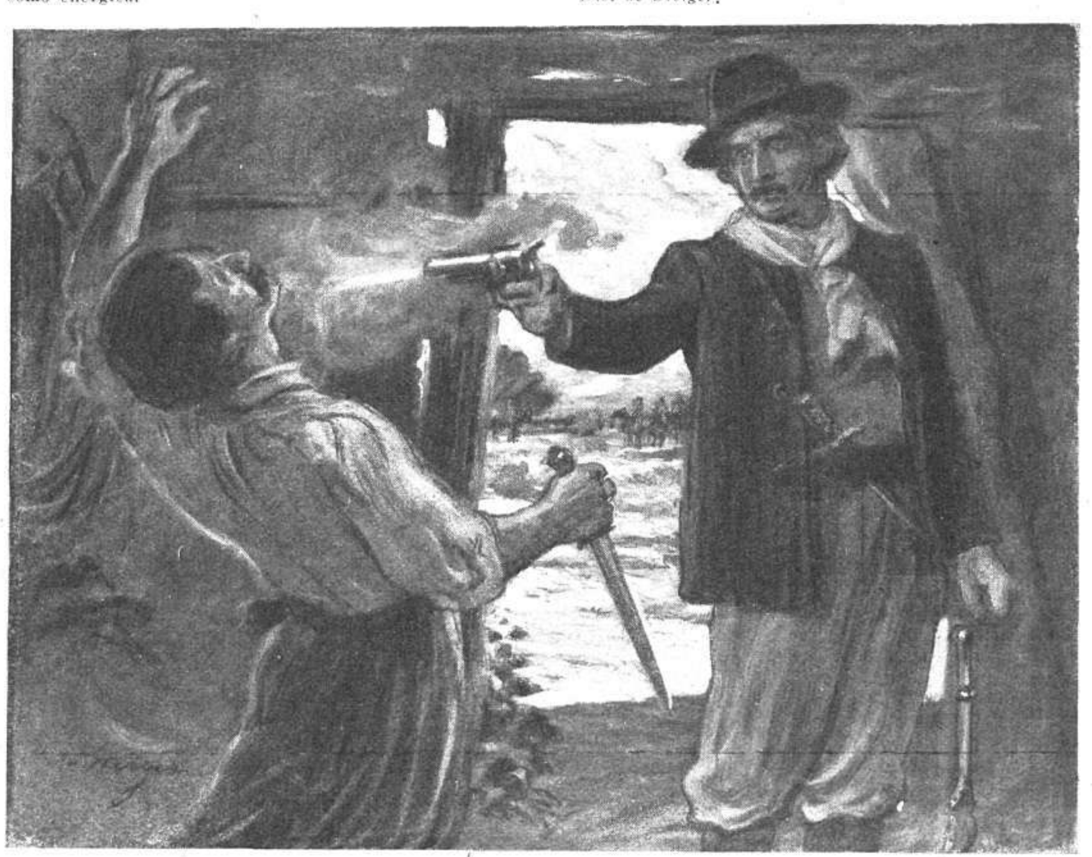
—¡Segarra!—gritóle con fuerte voz el gran alcalde.—¡*Date preso, asesino*!

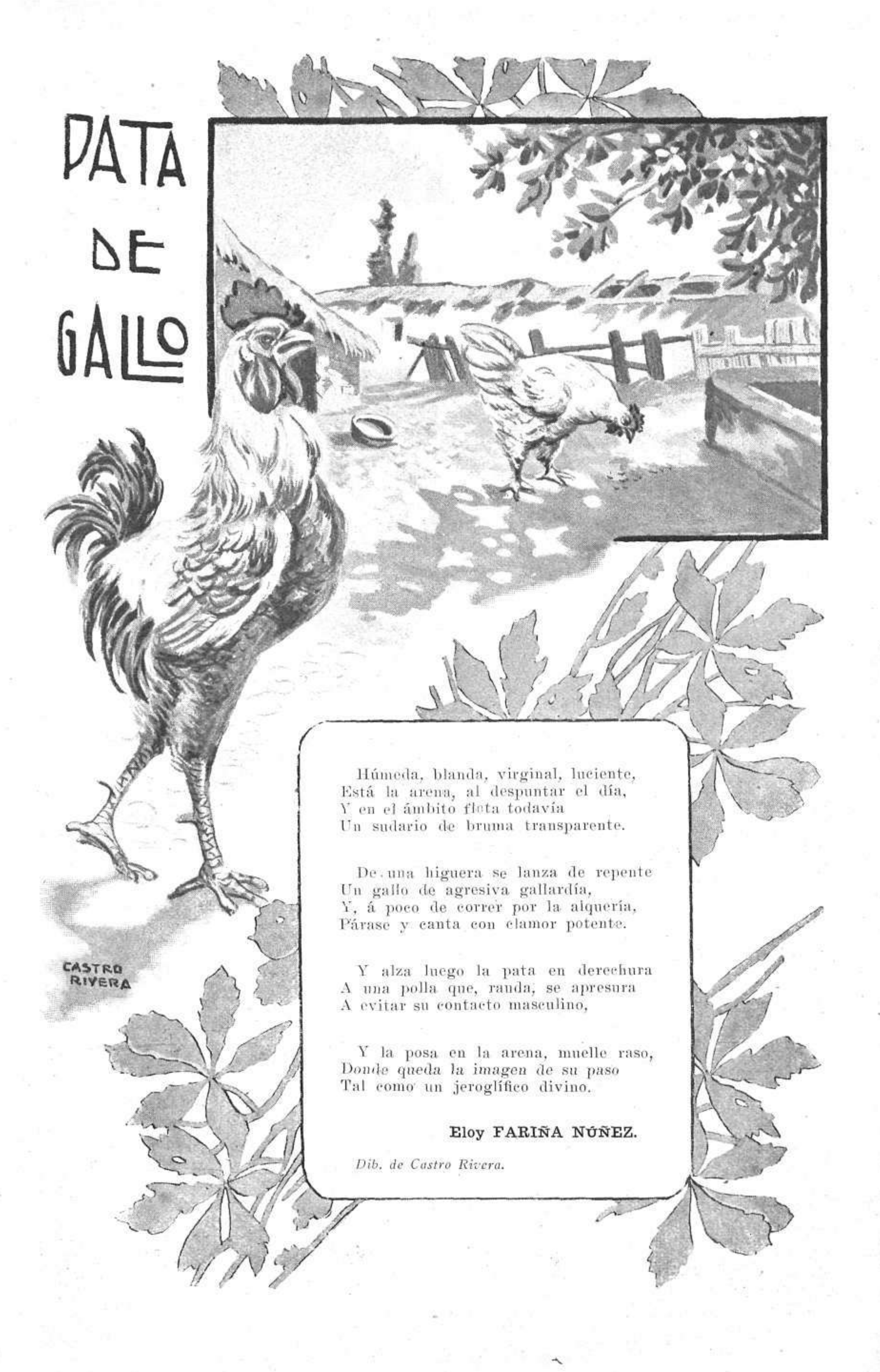
—¿Yo, señor?—contestó el despertado, incorporándose como una víbora y empuñando como una luz la reluciente hoja.

Lóenzo descargó el tiro con espantoso estruendo. Entre la espesa humareda vióle brincar agitado y siniestro. Continuó dándole gusto á la yema y el gatillo repiqueteó cuatro veces, vomitando su retumbante trueno la pólvora inflamada. Dióle en un ojo el primer proyectil, que le bañó de sangre, el segundo en el vientre, el tercero en el corazón y los otros al bulto.

Victorio SILVA.

Dib. de Steiger.





Húmeda, blanda, virginal, luciente,
Está la arena, al despuntar el día,
Y en el ámbito flota todavía
Un sudario de bruma transparente.

De una higuera se lanza de repente
Un gallo de agresiva gallardía,
Y, á poco de correr por la alquería,
Párase y canta con clamor potente.

Y alza luego la pata en derechura
A una polla que, randa, se apresura
A evitar su contacto masculino,

Y la posa en la arena, muelle raso,
Donde queda la imagen de su paso
Tal como un jeroglífico divino.

Eloy FARIÑA NÚÑEZ.

Dib. de Castro Rivera.



Elogio poético de una montaña

Para "Caras y Caretas".

Eres un monstruo de paz, ¡oh montaña! Sereno y patriarcal, monstruo bondadoso que acoges benévolamente á los mil insectos y á las mil avecillas, y que para todos los seres humildes tienes pan, abrigo y amor. Montaña mía, te has despertado del sueño nocturno, y toda tu inmensa mole está vibrando, cantando con las mil voces de tus habitantes. Cantan los grillos, cantan las aves, los sapos, el viento, las olas de la mar vecina; todos están cantando melodiosamente...

¡Ah! Otra es la música civilizada, la que sale de una sabia combinación de violines, flautas y trompas, según un ritmo mecánico, según las reglas de una inteligente ciencia instrumental. Pero estas voces de la montaña no están sujetas á ninguna sabia pauta ni á ningún intelectual mecanismo; estas voces montaraces sólo obedecen al ritmo misterioso de la Naturaleza, y están sonando libremente desde el comienzo de la creación, atendiendo á la sobrenatural batuta de un músico invisible y eterno. En el principio se hizo la luz, en el principio se hizo la fuerza, en el principio se hizo la acción: desde aquel instante sagrado y juvenil en que las cosas comenzaron á vivir, las cosas quisieron cantar, y cantan desde entonces, obedeciendo al ritmo que les marca esa batuta invisible del gran músico eterno. Cantan los grillos y las aves y los sapos; los abejorros quieren también cantar un monótono canto de siesta; y el viento... El viento llega hasta las ramas de este pino joven, y se agita ahí murmurando yo no sé que ledas y profundas palabras que ahora parecen tristes, ó resignadas, ó llenas de esperanza, ó de misterio, ó de melancolía.

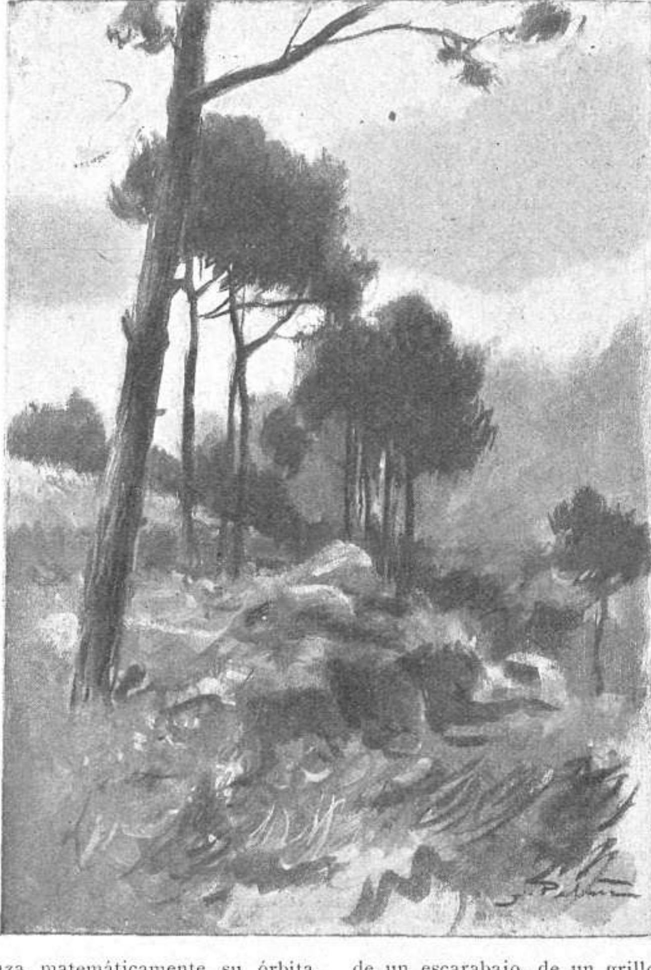
¡Oh montaña amiga, á lo más alto de tu cumbre he llegado, y aquí desearía arrodillarme, y adorar al Universo! Por encima de mí sólo está el cielo; á mis plantas se tienden la tierra y el mar. ¡Poderío de las montañas, que hacéis al hombre más alto, más ambicioso y también más sereno! En la montaña se vive más cerca del cielo, lejos de las miserias terrenales, más dentro de uno mismo. ¡Fortaleza de las montañas, que alejáis al espíritu de las cosas cuotidianas, que calmáis la angustia del corazón, que tranquilizáis la inquietud del alma, que dais sosiego á las pasiones! Por encima de mí sólo está el cielo: allá abajo, ¡qué humildes aparecen la ciudad y el valle! Pasan las nubes blancas, mensajeras celestes que parecen querer rozar mi frente con mensajes ultraterrenos; aves ideales que vienen de los remotos horizontes y que van volando hacia el país del ensueño. Nada existe por encima de mí; ni los mismos pájaros quieren remontar la cumbre de mi cabeza: toda la tierra, toda la infinita mar, allá abajo se quedan á mis pies. ¡Generosa montaña, á tí te debo este momento de orgullo, de serenidad y de plenitud espiritual!

Los campos quedan abajo, los campos benditos y maternos, dadivosos hasta la prodigalidad. En esos campos está representado el amor en su más viva forma, é igualmente está representada la eternidad. Dan los campos sin tasa, dan siempre y sin medida, como da el amor verdadero: los campos no llevan cuenta de sus dádivas, como los avaros del amor, sino que entregan cuanto poseen: y su prodigalidad quiere que todos se enriquezcan y se sacien durante la florida primavera, durante el maduro otoño: después se acostarán los campos en la sumidad del invierno, para surgir nuevamente y volver á derramarse. Todos tienen su parte en el convite de los campos; el insecto más humilde come hasta la saciedad, lo mismo que la bestia grande y poderosa. Y todos recogen también su parte de gozo, y para la flor pequeña como para el águila caudal, guarda la mañana su dorada lumbre, el viento sus rumores, el cielo su azul, las estrellas sus diamantinos parpadeos. Imagen de la eterna juventud, renacimiento consecutivo de las cosas. ¿Qué sería el mundo, si no estuviese ordenado todo de manera que el cambio, la vida y la muerte, alcancen de igual forma á todo y á siempre? Una ley fatal y amable ha dispuesto desde el principio, que allí donde cae una hoja nacerá otra hoja más tarde, y que cuando llega la muerte, la misma muerte prepara la cuna para el que ha de nacer luego: y así es como puede suceder que aparezca la vida semejante á una cadena interminable, cuyos eslabones se enlazan afablemente entre sí y jamás se interrumpen,—esos eslabones alternos y armónicos que se llaman vida y muerte, muerte y vida.

Pacífica y enorme montaña, si te amo de esta manera tan ferviente, es porque representas á la bondad y al amor. ¡Oh patriarcal montaña, que te ves llena de grandiosidad, plena de poderío, y sin embargo te complaces en recoger y nutrir á los seres más humildes! Entre nosotros, los hombres, aquel que ha llegado á poseer la fuerza, emplea su poder

en dominar y en esparcir el llanto; mientras que tú, grave montaña, empleas tu fuerza en bendecir y alegrar á los humildes: no en vano estás tan próxima al cielo. Recoges á humildes, y los guardas amorosamente. Tus protegidos son esos bichos insignificantes, que se llaman un grillo, un escarabajo, un lagarto, una margarita, un gorrión...

¡Los bichejos del campo, y qué encantadoramente bullen, andan ó vuelan! ¡Qué lindos son los unos; los otros, qué sagaces son! Todos tienen en los libros apelativos feos, científicos, inextricables; se les llama en los librotes de las bibliotecas á unos *ortópteros*, á otros *neurópteros*. Pero yo prefiero olvidar sus nombres feos, en gracia á su lindeza y sagacidad; y los amo como á unos amigos pequeños. Y se mueven en la vida de una manera tan ingeniosa, que su vida resulta como un misterio palpable. El mundo es un misterio, en verdad, y no solamente es misterioso si lo consideramos en su gigantesca totalidad, sino cuando lo vemos en sus detalles más livianos. Al contemplar los astros que ruedan por encima de nuestras frentes, la razón se nos turba, y nuestra alma se encoge poseída de una religiosa admiración; pero al dirigir nuestra mirada hacia esos diminutos mundos que bullen junto á nuestros pies, al ver un bichejo, una flor, una hormiga, y al asistir á su vida maravillosa ¡qué asombro se apodera entonces de nuestra alma! Al ver como esos insignificantes animalitos se conducen dentro del Universo, con qué minuciosa sabiduría obedecen á ciertas leyes ocultas, ¿qué diferencia, nos preguntamos, puede haber entre un astro descomunal, que traza matemáticamente su órbita en torno del sol, y esta hormiga que ha nacido puntualmente, que se mueve con el más exacto de los ritmos, y cuya vida es tan completa y ordenada como el trazado milenario de una órbita sideral? La diferencia no es más que de dimensión ó de cantidad; tanto el astro como la hormiga son puntos que cumplen dentro del infinito la enigmática misión que les fué marcada por una voluntad invisible.



¡Oh grave y generosa montaña, si de tal manera te amo es porque proteges á los seres humildes! Porque eres el refugio y sostén de mis compañeros los lagartos, los profundos lagartos que adoran al sol, los que saben permanecer inmóviles entre la yerba, una hora ó veinte horas, y que permanecerían veinte siglos sin moverse, gozando de la quietud, embriagándose de sol, aletargados bajo la sensual caricia de la luz, sumergidos en un deliquio inefable, arrobados en un éxtasis infinito.

¡Oh grave y solemne montaña! Te amo porque cuidas de las pequeñas é infantiles margaritas, como pudiera cuidar una madre á sus pequeñuelos. Porque sientes una honda ternura al sustentar sobre tu enorme lomo á las margaritas, numerosas como granos de arena, blancas como copos de nieve, errantes y libres como los gorriones, hijas del mes de abril, primera floración de la primavera, cándidas como los niños, inocentes como la virginidad; y tan sencillas, que con cuatro pétalos blancos y unos botones de oro, les basta para cubrirse de belleza.

Generosa montaña, te amo porque sirves de patria á mis camaradas los grillos, esos bohemios del campo, esos cantores de la soledad, cuyo canto unísono,—cri, cri, cri,—no dice nada, y sin embargo lo dice todo. Los grillos, cantores del sol, poetas del campo, que ni ahorran ni forman graneros, que viven al día, que se entretienen en amar durante un breve tiempo y luego desaparecen. ¡Para qué sirve la vida, si ha de ser vida de lucha, de fatiga y de dolor! Cantar al sol, cantar de noche bajo las animadas lámparas del cielo, amar, beber zumo de flores, y luego morirse. He ahí cómo entienden la vida los grillos. ¡Piadosa montaña, porque proteges á mis camaradas los grillos, por eso te amo yo!

Y porque proteges y mimas á los moscardones, que roncan como agoreros; y á las abejas que pasan zumbando, y que cuando les da el sol de lleno, semejan puntos de oro en el aire; y á las hormigas diligentes, que corren y corren como si les fuese á faltar el tiempo, que atesoran con una pueril avaricia, como si hubiesen de vivir un siglo y temieran morirse de hambre en la vejez. Todos los bichos pequeños é inofensivos tienen albergue en tu seno, generosa montaña, y de tí se nutren, y sobre tu lomo desarrollan sus vidas inocentes: los secretos idilios, las profundas tragedias de un escarabajo, de un grillo ó de un gorrión, en tu seno, ¡oh filosófica montaña! se desenvuelven y se fraguan. La muerte de un gorrión ó la caída prematura de una hoja, son episodios que te hacen estremecer de piedad.

Grave y serena montaña, ha llegado la hora del medio día, y el mundo todo está vibrando bajo la caricia del sol. Yo bien sé que soy un intruso. ¡Los hombres ensucian la pureza de las montañas, nada más que con su presencia! Pero acógeme propicia, patriarcal montaña, y deja que me hunda yo también en esta augusta ola de serenidad. La yerba amiga me dará un lecho, este pino hermoso me dará su sombra, y el viento pasará rozando mi frente y me dirá al oído misteriosas palabras, esotéricos presagios de cosas que acaso no existen, ó de cosas que han existido en otros mundos remotos que ya desaparecieron... Y un pájaro, allí, entre la maleza, me cantará su canción infantil. Y sobre mis ojos adormecidos, una mariposa de colores viene volando, traza en el aire unas curvas indecisas y flota divinamente, igual que el pétalo suelto de una flor, ó como una joya milagrosa que volase...

José M.ª SALAVERRÍA.

Dib. de Peláez.

El idioma universal

Apenas me la puse, vi que la ropa nueva de mi viejo sastre era un desastre.

Lo llamé, y vino malhumorado. Sin más preámbulos sacó del bolsillo un triángulo de esteatita y me cubrió de jeroglíficos blancos. Después tomó su sombrero y me dijo:

—Ahora ese traje que se lo arregle otro. Yo dejo el negocio y no trabajo más. Las indicaciones que le he pintado, cualquiera las entiende, porque nosotros, los sastres, hemos resuelto el idioma universal: somos los inventores del verdadero Esperanto.

Efectivamente, un maestro de tijera, ruso, á quien escribí enviándole las prendas, me contestó lo siguiente:

"En el hombro derecho hay que aumentar la hombrera y mucho más en el izquierdo: aquí debo estirar la costura del delantero y embeber la de atrás. El cuello necesita subirse, y rebajar el del chaleco: en éste quitaré los botones para ponerle otros de hueso, y cambiaré los del saco por otros de género. El chaleco debe igualarse, de modo que coincida bien por delante. La espalda del saco está indicado que se suba. La manga izquierda es corta: la otra está bien. El pantalón necesita mayor ensanche arriba y estrecharlo abajo: hay que embeber el género en la rodilla, estirarlo en la pierna con el planchado y cortarlo, porque es largo".

Al poco tiempo recibí la cuenta del viejo *tailor;* no en caracteres de universal interpretación, sino en modesto castellano; y se la devolví á los tres días con el adjunto manuscrito:



Proceda á / 8 de esa cuenta / ═══
lo que se debe / ⊃⊂ para
su colega, y pagarle
Para resol / ═══ mbién
ayer á buscarle, y no me
pude re / = con usted.
Usted puede tomarse
/ # para cobrar. / □ tene-
mos que ③ á los forros de
la levita / ═══ y / ⌒ los
ojales. Por lo demás,
no quiero / X mérito á
su obra, pero.... la confec-
ción es / ——
José Mª ao

El cual manuscrito fué motivo de grandes cavilaciones para mi acreedor, hasta que un tipógrafo inglés se lo tradujo de este modo:

"Proceda á *quitar* de esa cuenta *mayúscula* lo que se debe *separar* para su colega, y pagarle *á renglón seguido.*

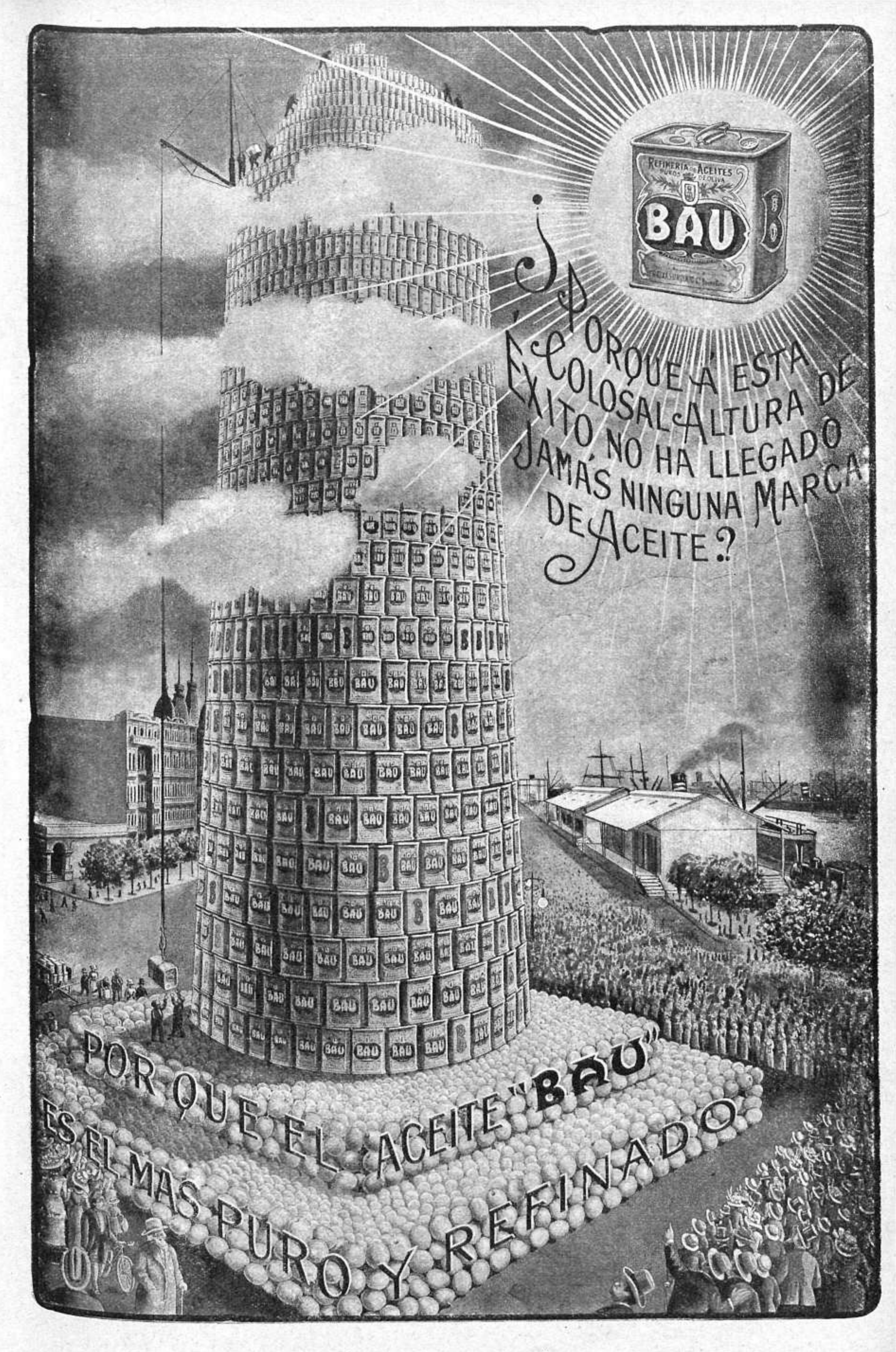
Para resol*ver salí ta*mbién ayer á buscarle, y no me pude re*unir* con ustedes.

Usted puede tomarse *mayor espacio* para cobrar. *Aparte,* tenemos que *dar vuelta* á los forros de la levita *negra* y *abrir* los ojales. Por lo demás, no quiero *quitar* mérito á su obra; pero... la confección es *bastarda*".

¡Tomá Esperanto!

Dib. del autor.



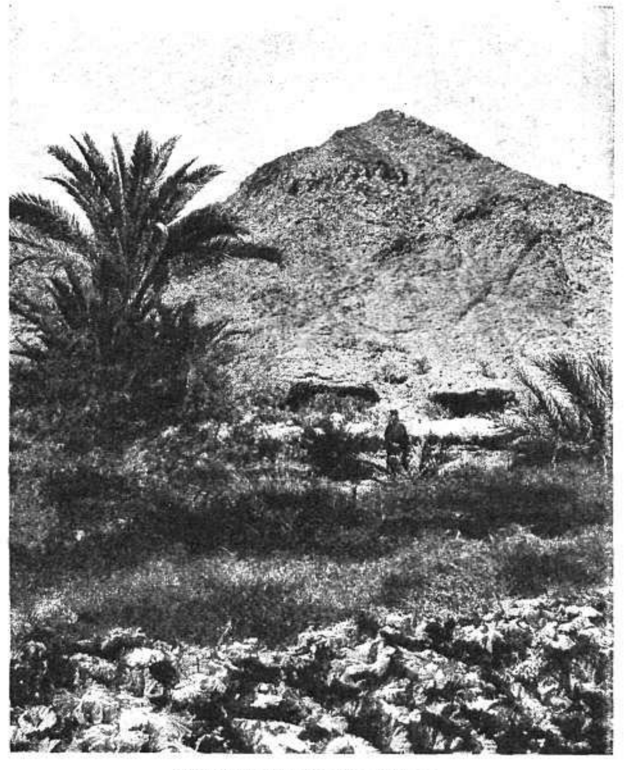

REFINERIA DE ACEITES PUROS DE OLIVA
BAU
¿PORQUE Á ESTA COLOSAL ALTURA DE ÉXITO, NO HA LLEGADO JAMÁS NINGUNA MARCA DE ACEITE?
POR QUE EL ACEITE "BAU"
ES EL MAS PURO Y REFINADO

El Sinaí y el convento de Santa Catalina

Cuenta la Biblia que el "pueblo de Dios" permaneció largo tiempo al pie del monte Sinaí, en cuya cumbre recibió su jefe Moisés la Ley de manos de Jehovah.

Toda la región que este histórico monte domina es rica en recuerdos y siempre es interesante el conocerla en algunos detalles.

«El Sinaí, dice un ilustro viajero, de una tonalidad sombría, de una silueta característica, es realmente "la montaña" en medio de las montañas. Si nuestro espíritu quisiera imaginar un lugar augusto sobre el cual Dios se haya alguna vez mostrado y desde donde haya querido dictar su ley á los mortales, ese es de seguro el lugar que habría elegido.» Al pie mismo del monte de Moisés se encuentra el célebre convento de Santa Catalina, el que en su conjunto aseméjase mucho á una fortaleza. Según una leyenda, el cuerpo de Santa Catalina de Alejandría, que vivió en los comienzos del siglo IV de nuestra era y murió mártir, habría sido llevado desde el Egipto á la península sinaítica por manos de los ángeles.



Vista general del monte Sinaí

El convento, dedicado á su memoria, habría sido construido sobre el emplazamiento del lugar en que creció la Zarza ardiente en la que el Tres veces Alto apareció á Moisés. Fué bajo Justiniano cuando los monjes entraron en posesión de la santa residencia que este emperador había mandado levantar.

Antes, los peregrinos y los viajeros no penetraban en el recinto sino por medio de cuerdas que los izaban hasta una abertura elevada. El viajero á que nos hemos referido cuenta que, en la actualidad, se entra por una puerta al nivel del suelo.

Causará sorpresa al lector el ver en una de

La colina donde, según la Biblia, los hebreos adoraron al «Becerro de Oro»

LEVADURA DE FRUTAS



INFECCIONES INTESTINALES, CONSTIPACIÓN, JAQUECA, ERUPCIONES CUTÁNEAS
— — — — INAPETENCIA, DIABETES — — — —

NUESTRA LEVADURA DE FRUTAS, preparada sobre un mosto elaborado con el jugo de frutas frescas, es un cultivo intensivo de las mejores razas de levaduras de **CIRUELAS, UVAS, ANANAS, DÁTILES, FRESAS, MANZANAS Y GUINDAS.**

No están cultivadas en mostos fríos, sino en estufas, á la temperatura del cuerpo humano; son, pues, levaduras aclimatadas á la vida orgánica: no perecen al atravesar el tubo digestivo.

De ahí su acción feliz como laxante natural y su sabor exquisito de frutas frescas.

De ahí su acción sorprendente sobre la nutrición en general.

De ahí sus efectos curativos seguros sobre la forunculosis (granos ó erupciones de la piel) y sobre la diabetes.

Todo frasco que haya vencido el plazo de su actividad es cambiado gratuitamente por un frasco nuevo.

SOLICITEN FOLLETOS GRATIS

FARMACIA Y DROGUERIA

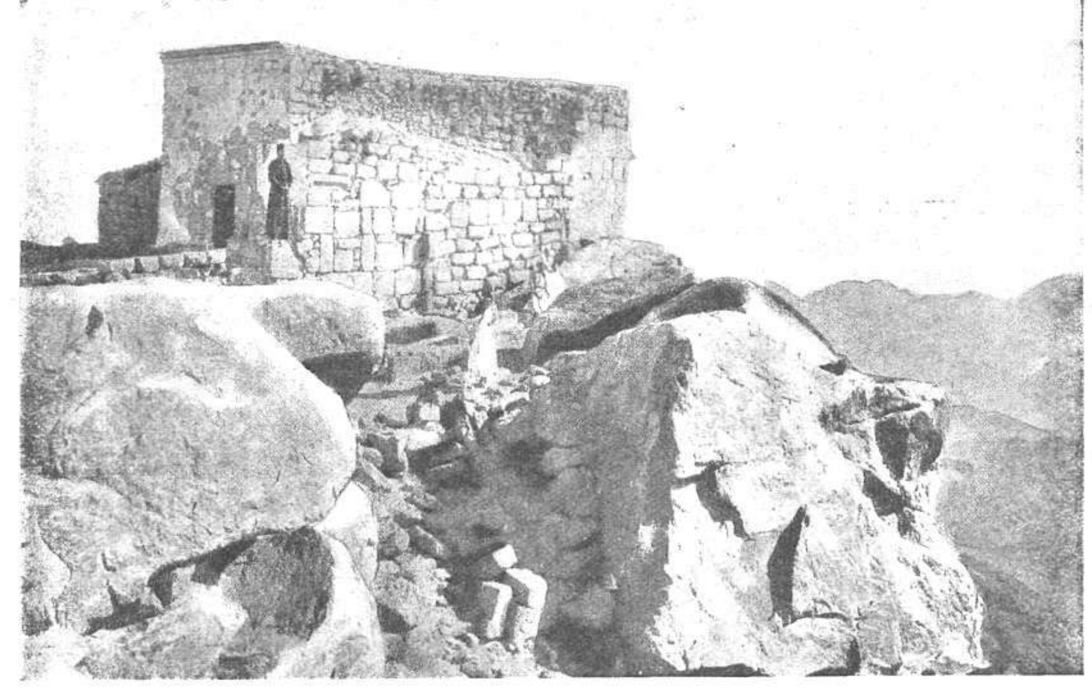
DIEGO GIBSON

Defensa 192 - Bme Mitre y San Martin

BUENOS AIRES

K. PROWEIN

El Sinaí y el convento de Santa Catalina



La cumbre del Sinaí, donde Moisés recibió el Decálogo

nuestras fotografías, al lado del campanario cristiano del monasterio, el minarete de una mezquita. La construcción de esa mezquita fué, de parte de los monjes, un acto de diplomacia para conciliarse la buena voluntad de los mahometanos que, antes los perseguían y, después

Comodidades Modernas

(Para todo el año indispensables.)



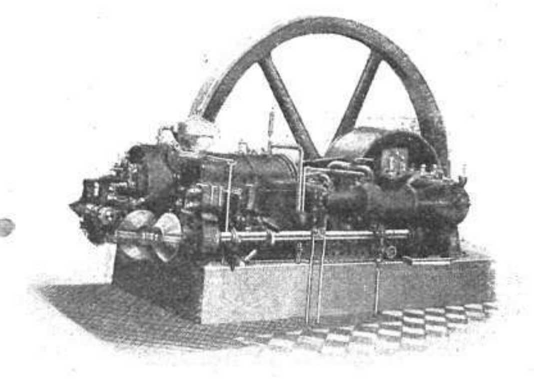
ARTEFACTOS PRECIOSOS

para gas y electricidad



CUARTOS
DE BAÑO
COMPLETOS

**Artículos
exclusivos
de esta casa**



MOTORES

"KOERTING Hermanos" y "DIESEL"

(LEGÍTIMOS)

Económicos
Sencillos
Durables

INSTALACIONES

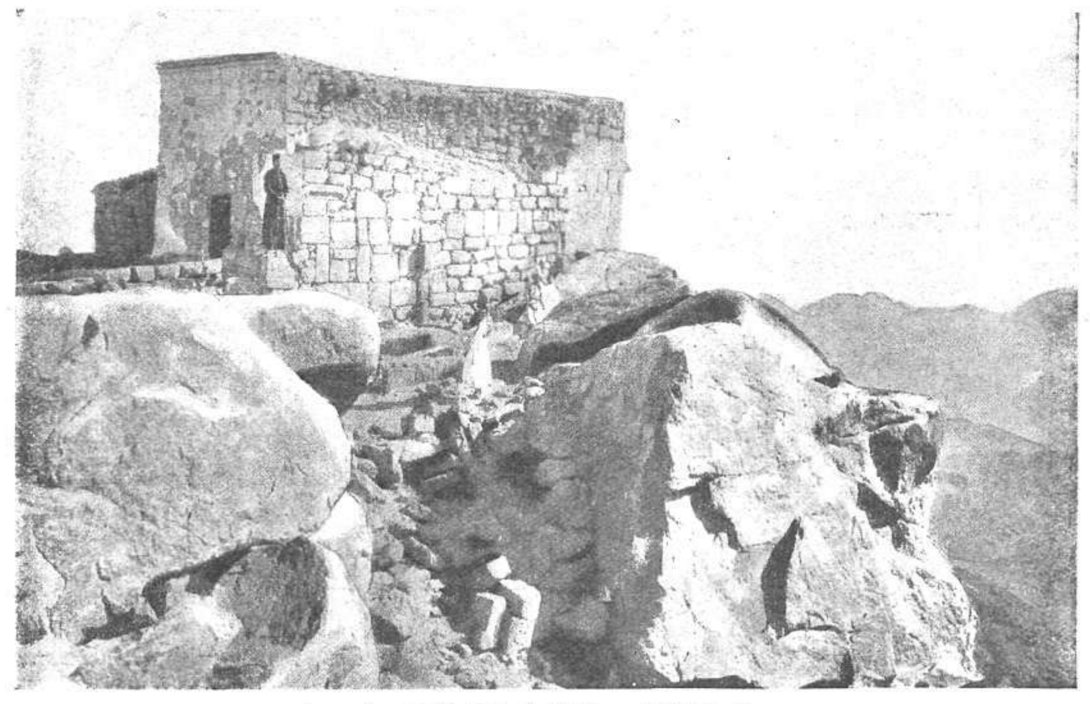
ELECTRICIDAD y GAS	DESECACION
CALEFACCION	AGUA CALIENTE
DESPOLVORACION	CLOACAS
HUMECTACION	USINAS
INCINERACION	CASAS DE BOMBAS
REFRIGERACION	AGUAS CORRIENTES

TODAS POR SISTEMAS EXCLUSIVOS Y PATENTADOS

Heilein & Cía.
Sección Koerting Hnos.
Ingenieros Instaladores.

CONSULTE NUESTRA EXPERIENCIA — Venga á conversar con nosotros.

Av. de Mayo y Plaza del Congreso · **HEINLEIN & Cía**



La cumbre del Sinaí, donde Moisés recibió el Decálogo

nuestras fotografías, al lado del campanario cristiano del monasterio, el minarete de una mezquita. La construcción de esa mezquita fué, de parte de los monjes, un acto de diplomacia para conciliarse la buena voluntad de los mahometanos que, antes los perseguían y, después

Comodidades Modernas

(Para todo el año indispensables.)



ARTEFACTOS PRECIOSOS

para gas y electricidad

CUARTOS
DE BAÑO
COMPLETOS



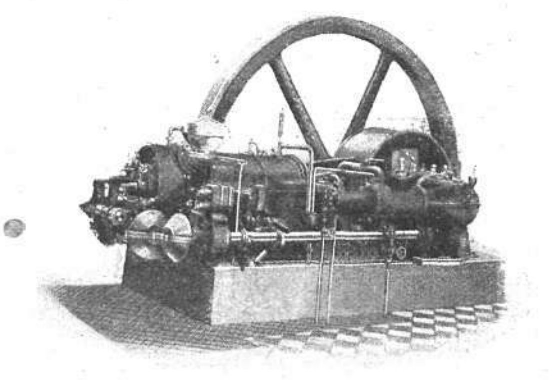
Artículos
exclusivos
de esta casa

MOTORES

"KOERTING Hermanos" y "DIESEL"

(LEGÍTIMOS)

Económicos
Séncillos
Durables



INSTALACIONES

ELECTRICIDAD y GAS
CALEFACCION
DESPOLVORACION
HUMECTACION
INCINERACION
REFRIGERACION

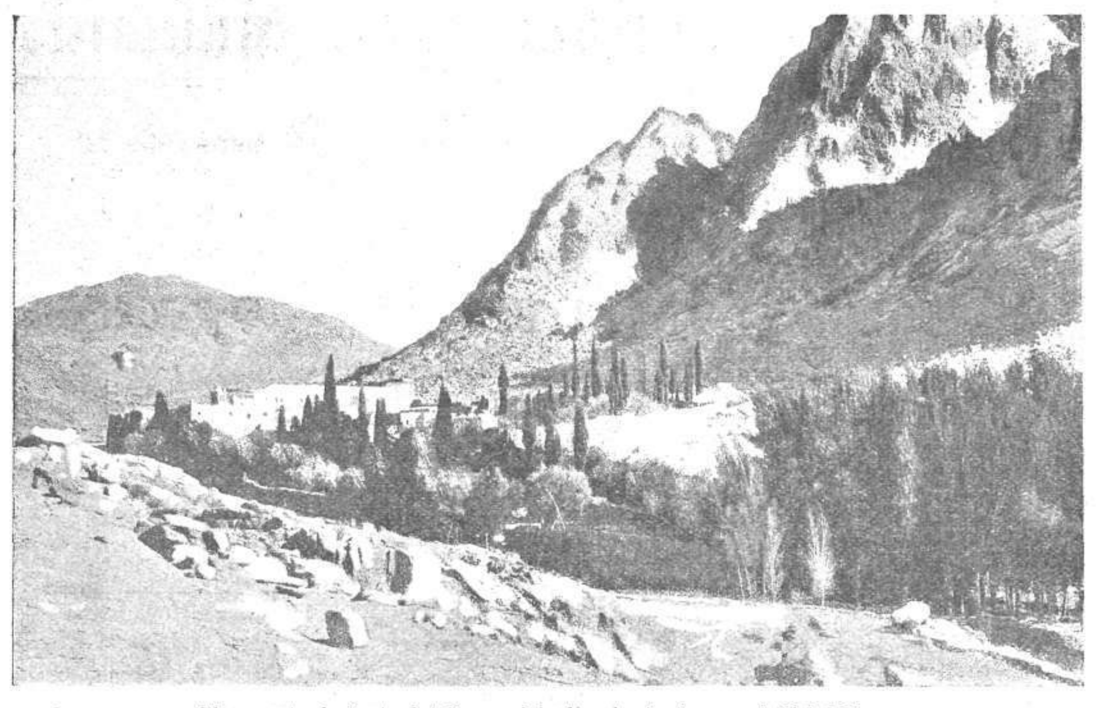
DESECACION
AGUA CALIENTE
CLOACAS
USINAS
CASAS DE BOMBAS
AGUAS CORRIENTES

TODAS POR SISTEMAS
EXCLUSIVOS Y PATENTADOS

Heilein & Cía.
Sección Koerting Hnos.
Ingenieros Instaladores.

CONSULTE NUESTRA EXPERIENCIA — Venga á conversar con nosotros.

Av. de Mayo y Plaza del Congreso · **HEINLEIN & Cía**



El convento de Santa Catalina y el jardín, dominados por el Djebel-Mouza

de esa concesión á su culto, se tornaron mucho más humanos.

La biblioteca de Santa Catalina ofrece un extremo interés: fué en ella donde el profesor Tischendorf descubrió, en 1884, el "Codex Sinaiticus", un manuscrito griego del Antiguo y

Vino

TÓNICO

TRINCHIERI

GRAN

Reconstituyente

TRINCHIERI

TRINCHIERI
ANNIBALE
TORINO

UNICOS

CONCESIONARIOS MIGNAQUY y C^{ia}

- Buenos Aires -



Qué música quiere Vd. oir?

Con la FONOLA-BREYER

resuelve Vd. el problema de poner á sus órdenes los músicos y ejecutantes más célebres del mundo entero.

La majestad de Beethoven, la poesía de Chopin y la agilidad de Listz, dependen de su exclusiva voluntad.

Con la **Fonola-Breyer** se posesiona Vd. como por encanto del arte musical, en su más alta expresión.

Puede Vd. adquirir una **Fonola-Breyer** por S 30.— mensuales.

Visite Vd. nuestro SALÓN FONOLA, FLORIDA, 61, y se convencerá de la superioridad de este instrumento.

El **Piano Fonola-Breyer** es una ingeniosa combinación de la Fonola en el interior de mis pianos, los cuales son superiores á todos sus similares.

Catálogos gratis

BREYER Hnos. FLORIDA, 49 y 61 BUENOS AIRES

Enfermedades de los metales



Cafetera antigua, agujereada por la enfermedad del estaño

Los metales, como los organismos vivientes, padecen enfermedades, muchas veces contagiosas, que poco á poco los deterioran y los inutilizan. Tal es la conclusión, muy curiosa desde el punto de vista científico, y en extremo importante desde el industrial y práctico, que se desprende de recientes trabajos hechos por M. Cohen, de la universidad de Utrecht.

Ya hace más de medio siglo, había observado Erdmann curiosas alteraciones moleculares en antiguos tubos de órgano. Pero el químico alemán atribuía esas alteraciones de estructura á las vibraciones sonoras sufridas por el metal. Hacia 1868, otro químico, Fritz, de San Petersburgo, tuvo ocasión de estudiar el mismo fenómeno en planchas de estaño existentes en un depósito de aduanas, y en un surtido de botones militares que, encerrados en un almacén de efectos de guerra, se habían metamorfoseado en informe masa pulverulenta, con no poca sorpresa del comisario encargado de la visita de inspección. Fritzche atribuyó la avería del metal, en uno y otro caso, á modificaciones en la estructura del estaño, determinadas por la temperatura excepcionalmente baja que reinó en Rusia durante el invierno de 1867 á 1868.

Estas observaciones indujeron á numerosos sabios á investigaciones más profundas en pos de la causa del mal pero sin descubrir mejor el proceso y el remedio. Preciso es llegar á las investigaciones de M. Cohen para no tener ya dudas respecto á la existencia de las enfermedades contagiosas de los metales. Resumamos estos trabajos, que aparecen publicados en la ''Revue Générale des Sciences'', y que para su más completa comprensión, acompañamos de tres interesantes fotografías á ellos relativas. Mediante un minucioso análisis practicado en un bloque de estaño corroído, cuyo peso era aproximadamente de 25 kilogramos, pudo advertir, ante todo, M. Cohen, la presencia de dos variedades, perfectamente distintas, de estaño. Su composición química era idéntica, pero su naturaleza física se diferenciaba en absoluto. El uno, el estaño blanco, constituía el metal sano, prácticamente utilizable; el otro, el estaño gris, estaba constituído por las partes atacadas y el polvillo que la enfermedad había separado del metal.



Superficie de una lámina de estaño, cubierta de verrugas grises, á las tres semanas del contagio

Empleando los procedimientos físico-químicos usuales, observó el experimentador que la transformación del estaño blanco en estaño gris se efectuaba á toda temperatura inferior á 18°, y que la adición de algunos gérmenes mórbidos aceleraba la reacción, de igual suerte que la inoculación de ciertos microbios provoca rápidamente la alteración específica de un organismo animal.

¿Y cómo se produce ese fenómeno, al cual ha dado su sagaz observador el nombre de ''peste del estaño''? He aquí el mecanismo: En la transformación del estaño blanco en estaño gris, el volumen del metal aumenta un 25 por 100 aproximadamente. Durante el curso de la enfermedad, el metal se hincha, se resquebraja, y acaba por deshacerse en polvo finísimo. Los anticuarios y los numismáticos ya habían tenido frecuentes ocasiones de comprobar esas deplorables alteraciones en sus monederos y medalleros; alteraciones que atribuían á la humedad atmosférica ó á otras influencias químicas, y de las cuales ofrece buen ejemplo uno de nuestros grabados, relativo á una medalla del siglo XVII, atacada por la peste del estaño. En ella podrá verse como ha ido cubriéndose, tanto en el anverso como en el reverso, de verrugas enormes y grisáceas.

Otro ejemplo curioso es el de la cafetera, representada por otro de los grabados. Mientras estaba en servicio, como quiera que de vez en cuando era caldeada por encima de los 18 grados, el metal permaneció sano. Pero no bien se la relegó á una galería de antigüedades, fué atacada por la peste y quedó agujereada en muchos sitios.

La conclusión práctica que de ello se desprende, de interés para los conservadores de museos y galerías arqueológicas particulares, es que tanto las salas como las vitrinas que contengan objetos de estaño, deben ser caldeadas á temperaturas superiores á 18 grados.

El químico alemán, von Hasslinger, ha hecho también al respecto observaciones sumamente curiosas.

Anverso y reverso de una medalla del siglo XVII, atacada por la «peste del estaño»

El Sinaí y el convento de Santa Catalina



Interior de la iglesia de la Transfiguración

del Nuevo Testamento. Este sabio alemán había consagrado su existencia al descubrimiento de todos los viejos escritos relativos á los Libros Santos. El tesoro de su colección fué el manuscrito del Sinaí. El le encontró dentro de un canasto entre otra multitud de papeles amontonados que los frailes iban á quemar como inútiles, de igual manera que habían ya quemado muchos otros.



Cómo se entraba antes al monasterio

Puede fácilmente imaginarse la emoción sentida por el ilustre orientalista ante la importancia de su hallazgo.

Exhumado de ese modo casual de entre un montón de papelotes abandonados uno de los más antiguos manuscritos que en toda su larga y laboriosa vida había tenido ocasión de ver, la célebre "Versión de los Setenta", Tischendorf no pensó por un momento siquiera en disimular la alegría que tal hallazgo le causara.

Los monjes acabaron por comprender todo lo que valía el tesoro que por poco pierden y, desde aquel momento ya no permitieron más al sabio que se llevase y apropiase las preciosas hojas que ellos no habían sabido antes apreciar.

Al cabo de algunos años, y después de haberlo intentado todo por conseguir su objeto,



La iglesia católica y la mezquita árabe

Tischendorf, volvió al convento, seguro ya esta vez de no fracasar. Mostró á los monjes una carta autógrafa del zar, y ellos consintieron por fin entonces en dejar que se llevara los manuscritos.

Estos se encuentran hoy en la biblioteca de San Petersburgo, á la cual hizo de ellos donación el digno sabio.

El convento de Santa Catalina y toda la región dinástica han sido descritos admirablemente en un libro de reciente publicación, publicado en Londres por el viajero y orientalista Mr. Georges Levison. El escritor lamenta el afán de modernizar aquella histórica comarca, cosa que ya ha comenzado, habiéndose levantado hoteles modernísimos con toda clase de atractivos... hasta canchas de tennis, foot-ball, etcétera.



La biblioteca


EL ÉXITO DEL DÍA
PATHÉFONOS Y DISCOS PATHÉ
SIN PÚA
JULIO
1 S. s. Secundino
2 D. s. Martiniano
3 L. s. Ireneo
4 M. s. Laureano
5 M. sta. Filomena
6 J. s. Rómulo
7 V. s. Fermín
8 S. sta. Isabel
9 D. Fiesta cívica
10 L. s. Félix
11 M. s. Cipriano
12 M. s. Juan Gualberto
13 J. s. Anacleto
14 V. s. Buenaventura
15 S. s. Enrique
16 D. N. Sra. del Carmen
17 L. s. Alejo
18 M. s. Camilo
19 M. s. Vicente de Paul
20 J. s. Jerónimo
21 V. s. Víctor
22 S. sta. María Magdal.
23 D. s. Apolinario
24 L. s. Francisco Solano
25 M. s. Cristóbal
26 M. sta. Ana
27 J. s. Pantaleón
28 V. s. Inocencio
29 S. sta. Marta
30 D. s. Abdón
31 L. s Ignacio de Loyola
CATÁLOGOS Y AUDICIONES GRATIS
FONOGRAFÍA PATHÉ
Avenida de Mayo 781 al 789. BUENOS-AIRES.

Asilo Mariuccia



Vista del edificio



Las pequeñas asiladas

El asilo "Mariuccia", fundado y sostenido por una virtuosa dama italiana, para recoger tanta tierna flor que arrastradas por ia corriente arrebatadora del vicio, son arrojadas al egoísmo de las pasiones, como débiles retoños incapaces de resistir, está llenando de admiración á los estadistas de todos los países que comienzan á dedicarse al proteccionismo de la infancia delincuente.

Este asilo sirve y servirá de ejemplo práctico para defender la integridad física y moral de la infancia, para que sea respetada y defendida, para que la sociedad, que persigue el más mínimo atentado á la integridad del patrimonio de sus miembros, no se muestre indiferente cuando hay quien necesita y pide ser protegido. La vida que se hace en este asilo es toda una vida de familia, en el cual una suave pero enérgica disciplina mantiene el orden, el bienestar y la armonía. Parte de las asiladas, las más pequeñas que todavía no han recibido la instruc-

Plata Inglesa Sellada

de los

Proveedores de todas las Casas Reales de Europa



LONDRES, PARIS, NIZA, BIARRITZ, FLORENCIA, MANCHESTER, SHEFFIELD, etc.

Establecidos por más de cien años.

Toda clase de artículo y diseño fabricado al gusto del cliente.

SE REMITEN CATÁLOGOS

Sucursal: 36, FLORIDA, 36.

Asilo Mariuccia



En un ambiente familiar

ción primaria, asisten á la escuela común; las mayores se encargan, por turno, de los quehaceres de casa, como ser: la limpieza y aseo de las salas, lavado, planchado y confección de lencería, etc. De suerte que las menores ya caídas en el vicio, que si no hubieran sido recogidas en este asilo, tal vez continuarían en la misma vida, en pocos meses se encuentran industriosas, aptas y dispuestas á dirigir una familia honrada, con laboriosidad, economía y orden.

Otras de las asiladas reciben en el mismo asilo enseñanza especial de costura, encaje, dibujo; otras, frecuentan las escuelas festivas y los cursos técnicos.

Pero sobre todo lo que se trata de despertar en las menores es: la conciencia de la propia dignidad, el sentimiento moral, la sinceridad, el espíritu de responsabilidad y el dominio de sí misma por medio de una amorosa y razonable pedagogía materna.

Los resultados son verdaderamente admirables, sobre todo para aquellos que conocen el ambiente viciado de donde vienen las me-



Aprendiendo á coser y hacer encajes

nores y la historia de estas desgraciadas, muchas veces revelan la horrible experiencia de la vida que han soportado siendo tiernas criaturas.

La admisión es incondicional, se hace sin ninguna forma burocrática. Cuando una infeliz solicita ser admitida se la recibe inmediatamente. Pero aunque así es recibida, sin embargo no se la recoge ciegamente. Se inquieren datos sobre sus precedentes, no sólo de la familia, sino también de las casas en que ha trabajado y hasta de la escuela que ha frecuentado, siendo por un determinado período puesta en observación para estudiar su carácter y sus tendencias: consiguiendo tan buenos resultados que en buen número de estas desgraciadas, que hubieran sido perdidas para siempre, reaparecieron en ellas los sentimientos de afecto, de bondad, de altruísmo que demostraban bajo la influencia del hogar ó de la escuela. Para todas estas desgraciadas que la vida ya ha deprimido y menospreciado, el asilo "Mariuccia" ofrece refugio y seguridad: proporciona la paz desconocida, la dulzura de un afecto vigilante y bueno, pero, á la vez severo hasta donde es necesario.



Después del regreso de la escuela común

¡AL PUBLICO!.. INTERESA LEER ESTE DOCUMENTO.

IMPUESTOS INTERNOS
MESA DE ENTRADA Exp. 210 letra R año 1910 1,561,737





En cumplimiento de la resolución del Señor Administrador de fecha diez y ocho de Noviembre del corriente año, recaida en el expediente numero doscientos diez, letra R, año en curso, se extiende la presente copia del informe del Control de Tabacos de fecha doce del mes actual, que dice así: "Señor Administrador: De las declaraciones juradas correspondientes al mes de Octubre próximo pasado, presentadas por los Manufactureros Señores Rodriguez y D'Amico resulta, efectivamente, que durante ese mes expendieron Cinco millones diez y ocho mil cien (5.018 100) paquetes de cigarrillos de las marquillas "Diva" y "Barrilete"; y que picaron setenta y seis mil ciento cuarenta y cuatro (76144) kilogr. de tabaco Importado con destino á la fabricacion de cigarrillos. Firmado O. P. Eguia." Certifico que lo que precede es copia fiel del original, en prueba de lo cual sello y firmo en Buenos Aires á los diez y nueve dias del mes de Noviembre año del sello

Administración General de Impuestos Internos — SECRETARIA

Secretario

RODRIGUEZ Y D'AMICO Calle Paso 436-38 Bs. AIRES.

El record de las fortunas-express



Una «voz de oro»... en el sentido literal de la palabra: la Patti que cobra hasta 1.500 francos por minuto

¿Quién es, en todo el mundo, el hombre que gana más plata en menos tiempo?

Así planteada la cuestión, no cabe duda que, para encontrar á ese hombre, hay que buscarle entre los multimillonarios norteamericanos. Para Pierpont Morgan, por ejemplo, el célebre "rey del acero y del carbón", cada minuto representa una ganancia de 125 francos.

Antes que él debe colocarse á Carnegie, que, en el mismo lapso de tiempo embolsa 200 francos. Y antes que Carnegie está Rockefeller, el "rey del petróleo", á quien cada minuto reporta 225 francos. Y, todavía, antes que á Rockefeller



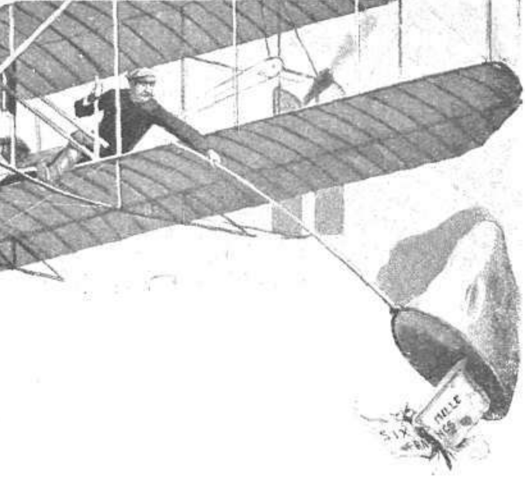
Lo que costaría por minuto reunir en una escena de «Fausto» estos tres cantantes: Chaliapine, Caruso, La Patti

están... todos los que, sabiendo verdaderamente hacerse pagar su trabajo y su tiempo, ganan en un minuto sumas junto á las cuales las que hemos enumerado resultan verdaderas miserias.

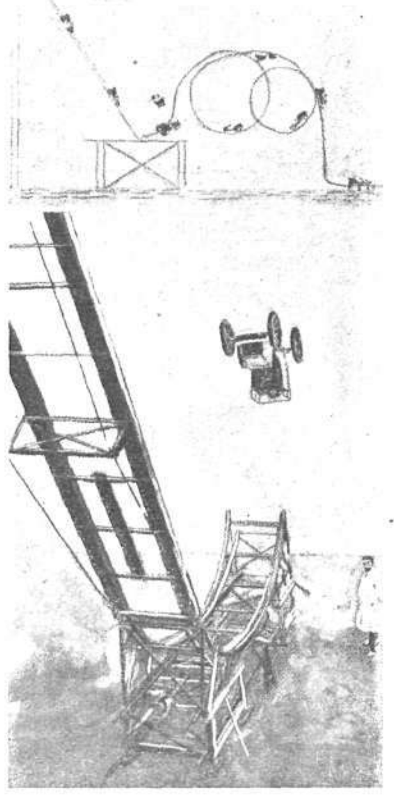
M. Henri Robert, una de las lumbreras del foro parisién, cobra por un proceso que representa 18 horas de trabajo 10.000 francos; Waldeck-Rousseau, por asuntos civiles que exigían de seis á ocho consultas, percibía hasta 40.000 francos.

Del lado acá del Atlántico, M. Delmas, hijo de inmigrantes franceses y el más célebre abogado de los Estados Unidos, ¿sabéis lo que percibió como honorarios por una defensa cuya duración total fué de 30 horas? 500.000 francos, es decir, 277 francos por minuto. ¡Y eso que sólo consiguió sustraer á su defendido á la pena capital!

El famoso cirujano Péan no vacilaba en pedir 15.000 francos por una operación que exigía todo lo más ocho minutos; y aun se citan, en cirujía, ejemplos de honorarios mucho más considerables. Un día, el profesor G... recibió de Cannes un lacónico telegrama así redactado: "Se le suplica venir inmediatamente, operación urgente. Ofrecimiento: 60.000 francos." La operación duró diez minutos, lo que hace 6.000 francos por minuto. Pero á todos sus colegas de bisturí sobrepasó el doctor Doyen, el cual por la operación que, hace cuatro años, practicó á mistress Crocker, percibió la bonita suma de 100.000 francos, equivalente



La fortuna «cazada al vuelo»: en el Premio del Consejo Municipal, en Juvisy, en 1909, el conde de Lambert ganó 15.000 francos en 147 segundos, ó sean seis billetes de mil por minuto



Las sorpresas del auto-bólido: el arte de romperse el bautismo... ó de ganar 1.000 francos en 85 segundos

¡AGUINALDOS!

LOS MÁS PRÁCTICOS



A

Anillo de oro 18 ks., cincelado, un brillante, y dos piedras color, $ 20

B

Anillo de oro 18 kilates, con diamantes y rubís . . . . . $ 36.—



C

Reloj para señora, oro 18 ks., 3 tapas con esmalte y diamantes, pesos . . . . . 42.—



D

Reloj para señora, 3 tapas, oro 18 ks., cincelado, con diamantes, modelo variado . . $ 42.—



E

Anillo de oro 18 ks., cincelado, con una perla y dos diamantes, pesos . . . . . 20.—

F

Anillos de oro 18 ks., con brillantes y piedras de color . . . . . 52.—



G

Medallón de oro, cincelado, para dos fotografías, modelos variados, pesos . . . . 22.—



H

Aros de oro 18 ks., con piedras químicas, blancas y de color, el par . $ 10.—



I

Aros de oro 18 ks., con diamantes y y perlas $ 22.—



J

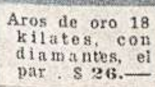
Medalla de oro 18 ks., apropiada para grabar, pesos . . . . 18.—

K

Aros de oro 18 kilates, con diamantes, el par . $ 26.—

L

Aros de oro 18 kilates, con diamantes y perlas, el par, pesos . . 42.—



M



Prendedor de oro 18 kilates, cincelado, con brillantes, pesos . . . . 38.—

N

Prendedor de oro 18 kilates, con diamantes y rubís, á pesos . . . . . . 19.—

O

Gemelos de oro 18 kilates, cincelados, con un brillante, el par . . . . $ 65.—



P

Gemelos de oro 18 kilates, con diamantes, el par, $ 25.—

AGOSTO

1 M. s. Pedro Advíncula
2 M. s. Esteban
3 J. s. Eufemio
4 V. s. Domingo
5 S. s. Osvaldo
6 D. s. Sixto
7 L. s. Cayetano
8 M. s. Ciriaco
9 M. s. Justo
10 J. s. Lorenzo
11 V. s. Rufino
12 S. sta. Clara
13 D. s. Hipólito
14 L. s. Eusebio
15 M. † **Asunción de María**
16 M. s. Roque
17 J. s. Anastasio
18 V. s. Joaquín
19 S. s. Andrés
20 D. s. Bernardo
21 L. sta. Anastasia
22 M. s. Marcial
23 M. s. Felipe
24 J. s. Bartolomé
25 V. s. Julián
26 S. s. Çeferino
27 D. s. José de Calasanz
28 L. s. Agustín
29 M. sta. Sabina
30 M. † **Santa Rosa de Lima**
31 J. s. Ramón Nonnato

Los pedidos del interior deben venir acompañados de su importe, en carta certificada.

TODO PEDIDO MAYOR DE 5 PESOS, SE REMITE FRANCO DE PORTE.

Casa Escasany

SOCIEDAD ANÓNIMA

PERÚ ESQ. RIVADAVIA — FLORIDA, 84/88

Soliciten nuestro Catálogo N.° 10, reformado. Se remite GRATIS

El record de las fortunas-express

UNA GALERÍA DE CELEBRIDADES
QUE VALEN MÁS
DE LO QUE PESAN EN ORO



Mr. Delmas (277 francos por minuto); Johnson y su esposa (58.000 francos); Caruso (12.500 francos); Leblanc (175 francos) y su rival Aubrun; Glenn Curtis (2.083 francos)

á 10.000 francos por minuto.

Kübelik, el gran virtuoso del violín, no toca en un concierto por menos de 3.000 francos: por una pieza que duró 12 minutos, recibió en Viena 4.000 francos, que hacen 333 francos por minuto. El artista parisién Thibaud, por una "tournée" en los Estados Unidos cobró la suma redonda de 1.000.000. Al gran pianista polaco Paderewski le dió el millonario Astor por un solo concierto, 10.000 francos, ó sea 400 francos por minuto.

Y todo esto es nada al lado de lo que perciben los grandes cantantes, tenores, barítonos, bajos y sopranos. Son los emperadores de la escena. A su lado, los intérpretes del drama y la tragedia, una Sara Bernhardt ganando en su última jira por América 5.000 francos por noche, y un Coquelin y un Mounet-Sully percibiendo 3.000 por representación, ¿no resultan unos pobretes? Un Caruso, un Chaliapine, una Melba, un Titta Ruffo... ¡he ahí las verdaderas "voces de oro"!

Hoy día, Chaliapine, el gran bajo, exige 10.000 francos por cada representación de "Boris Godounow". ¡Y Caruso! De todos los tenores, ninguno fué jamás tan festejado, adulado y pagado. Por presentarse en la escena ó en un concierto no pide menos de 12.500 francos. En una ópera la duración de su canto puede fijarse en 25 minutos como término medio: cada minuto suyo en escena vale, pues, 500 francos. La cifra oficial de sus ganancias anuales asciende á 1.400.000 francos.

Y, así y todo, el "rey de los tenores" no es el cantante mejor retribuído. Madame Melba, la soprano australiana, ha llegado á percibir 600 francos por minuto. ¡Y la Patti! Esta, en París, por cantar tres pequeñas cavatinas que duraron cinco minutos cada una, recibió 15.000 francos, 1.000 por minuto; y en Nueva Orleans batió el record teatral llegando á ganar 1.500 francos por minuto.

El record de las fortunas-express

Por fin, gruesas ganancias en muy breve espacio de tiempo han sido y son hechas por numerosos automovilistas, ciclistas, aviadores, luchadores y jockeys.

Y no olvidemos al gremio de los boxeadores profesionales. Eso de que haya individuos que, sin ser ni unos locos ni unos salvajes, se destrocen la cara á puñetazos, se hagan tortilla las narices, se salten un ojo ó media docena de muelas y se despeguen las orejas durante 7 horas de reloj, no debe pasmar á nadie.

Es que, sencillamente, en esas 7 horas hacen también su fortuna. La ganancia más insignificante hecha durante un encuentro de esos, es la conseguida por Corbett, en 1903, que batió por knock-out á Mac Govern en San Francisco: los dos boxeadores percibieron tan solamente 62.640 francos.

El combate Jeffries-Munroë, terminado por el knock-out de este último reportó 76.000 francos.

Las dos victorias de Joe Gans sobre Nelson y sobre Britt dieron como producto 167.500 y 13.000 francos, respectivamente.

La victoria de Jeffries sobre Corbett para el campeonato del mundo produjo 218.190, y en un año sólo y en once combates Mac Govern ha embolsado la bonita suma de 600.000 francos.

Hasta el combate Jeffries-Johnson, la cantidad más considerable ofrecida á los boxeadores había sido la bolsa de 225.000 francos del encuentro Jim Corbett - John L. Sullivan, el 7 de septiembre de 1892, en Nueva Orleans, y en el que salió victorioso el primero.

Pero todas estas cifras, con todo y no ser por cierto despreciable, son insignificantes si se las pone en comparación con las cantidades fantásticas puestas en juego con ocasión del combate Jack Johnson - Jeffries: el lugar en que se llevó á cabo fué un circo construído en Reno, que costó 87.500 francos: las localidades más apartadas valían treinta francos y las preferidas, que costaban 250, estaban ocupadas por multimillonarios de Nueva York y mineros riquísimos, aunque andrajosos.

Las apuestas fueron formidables, debiéndose citar para muestra, la de míster Frigee, industrial de Chicago, que apostó 50.000 francos por Jeffries. ¡Una bolsa de 1.350.000 francos, de los que fueron 810.000 para Jack Johnson y 54.000 para Jeffries!

El total de las entradas se elevó á 1.250.000 francos.



Algunos privilegiados en negocios, teatros y sports: el millonario Carnegie, el jockey Stern, el bajo Chaliapine y el pianista Paderewski. Sus minutos valen de 200 á 6.000 francos

AVISOS RECOMENDADOS

Las Incubadoras Suecas "ROSEHILL"



han obtenido el **Gran Premio de Honor** en la Exposición Internacional de Agricultura del Centenario en Buenos Aires. — Pidan datos y prospectos. — Unicos introductores: **GOLDKUHL Y BROSTROM**, Belgrano, 1138, Buenos Aires.
Unicos Introductores de las renombradas desnatadoras "ALFA-LAVAL"

CUELLOS CELULOIDE

marca "**TRAVERSARO**". Ojal metálico y botón irrompible patentado. Cuello $ 1, con botón $ 1.50
Catálogos para el Interior gratis. SAN MARTIN, 620



No más obesidad
No más encorbados

Hoy es obeso ó encorbado el que quiere. Con el uso de nuestras fajas y espalderas puede uno corregirse completamente. Casa especial en aparatos para hernias y ortopedia en general.—
Bertea & Remondino
Carlos Pellegrini, 119.

DENTISTAS

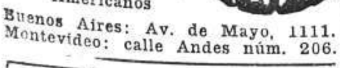
J. Bonansea,
Cirujano-Dentista,
de regreso de Europa.
Calle Moreno, 990, esq. B. de Irigoyen



J. EDELBERG
Dentista - Cirujano
Dientes fijos sin paladar. Operaciones sin dolor. Bernardo de Irigoyen, 909 (antes Buen Orden).



Cassullo Hnos.
Cirujanos-Dentistas Americanos
Buenos Aires: Av. de Mayo, 1111.
Montevideo: calle Andes núm. 206.



Productos Paraguayos

Compra y venta de toda clase de cueros silvestres y plumas. Para los asmáticos no hay mejor que nuestro The de Ambay Paraguayo. — **GAUDINO Y SALSA**, Avenida de Mayo, 1186, Bs. Aires.



EL PORTEÑO, calentador para baños y lluvia, patentado por el S. G. N y primer premio en la Exposición Internacional de Agricultura. El más rápido y cómodo, para ciudad y campo, á $ 15 y $ 25. — Talcahuano, 311, Bs. As.
BELTRAN CASSAGNE

ANTES DE EDIFICAR, los propietarios deben pedir presupuesto á la "Constructora Nacional"
Personal técnico idóneo y grandes ventajas.—Avenida de Mayo, 951.

Tres artículos que se imponen.

CALENTADOR PARA BAÑOS A GAS LIQUIDO

PREMIADO CON "GRAN PREMIO" EN LA EXPOSICION DE HIGIENE.



Se impone en todas partes donde se necesite calentar mucha agua en breves instantes.

LAMPARAS A GAS LIQUIDO

Sintetizan la última palabra del confort por su luz siempre brillante, clara y firme.
NOTA.— Estos artículos funcionan solos, sin cañerías ni instalaciones y prestan grandes servicios á las personas que salen al campo.

COCINAS A GAS LIQUIDO

Preferidas por las cocineras aseadas, por su higiene meticulosa y rapidez de su funcionamiento. Seguras y económicas.

Pídase catálogo ó visítese nuestra casa:

R. Haupt y M. Pizza

3270 - VICTORIA - 3272

AGENTES: En Mendoza: G. López de Gálvez. En el Rosario: R. Cabaud, calle Córdoba, 829. En Lanús: Marcos Badelón, Ayohuma, 1071.



Máquina de coser y vainillar, la única que hace una infinita variedad de vainillas y calados.
Por **65** pesos remito una máquina igual á la muestra. **GRATIS** enseño á bordar y vainillar. **VENTAS A PLAZO.** Pidan Catálogo al único Agente: **A. BORZINO**, calle Santa Fe número **2166**. Buenos Aires.

Vainilla hecha con la máquina Pfaff

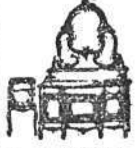
Sofá - Cama - Guardarropa

Patentado por el Sup. Gob. Nacional





La última palabra en el confort moderno. Mueble indispensable para familias, escritorios, colegios, etc. Precio: $ **65.—**. Sin guardarropa: pesos **38.50**. Ordenes y giros: **F. DONARINI**, Santa Fe, 2161. Bs. Aires.



MUEBLES
A 10 meses de plazo!
Juegos de Dormitorio
Comedor
Sala
Escritorio
Muebles sueltos
Pidan Catálogos
C. Pellegrini, 457 — Soly Bomchil

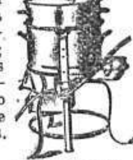
¡A PAGAR en 10 mensualidades! - Surtido colosal de muebles flamantes, sólidos y baratos. Casa de toda confianza — Venga ó pida Catálogo. — **L. Sigal y Cía.** - Cuyo, 1124.





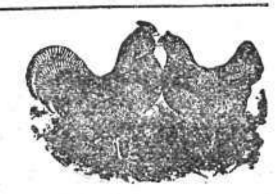
Mueblería "La Central" —Buen Orden, 501, esquina Venezuela. - Muebles sólidos y baratos. - Pidan catálogos. - Cooperat. T., 1441, Central.

75 % DE ECONOMIA en el lavado de ropa puede hacerse fácilmente con mi máquina de lavar ropa á vapor. Para 15 camisas, $ 65; 25 íd., $ 75; 35 íd., $ 85. Hay más de 100.000 en uso.— Veánla ó pidan catálogo á **W. EICHHORN**, calle Tucumán, 918. Bs. As. Ventas liberales.





Aves de raza, Pollos, Huevos para empollar, Incubadoras Modernas, Colmenas y Abejas, Perros finos, Gatos de Angora, Faisanas, Libros instructivos, Remedios, máquinas y útiles para elaborar queso y manteca, Peladoras de fruta, etc. Catálogo de avicultura **$ 1.—** Otras industrias 50 centavos.—Pidan Prospectos. **CRIADERO EXCELSIOR**, Belgrano, 451. Establecido hace 24 años.



El record de las fortunas-express

De suerte que, la bolsa, el contrato para la "tournée" de América y la vuelta al mundo y la suma pagada por el contratista de la cinta cinematográfica hicieron subir la ganancia del negro Johnson en ese día memorable á la friolera de "¡un millón y ochocientos mil francos!"

Es ganar plata á puro puñetazo... pero también les cuesta por otro lado. Sabido es que en Norte-América, los negros no son admitidos en los cafés, pero como á ningún ciudadano se le puede rehusar una consumación, para eliminarlos se les pide precios altísimos. El boxeador Joe Gans, á quien ya hemos citado entró en un bar un día con otros amigos y pidió un whisky. Esto ocurría sólo unas horas después de haberse verificado un match importante, en el que salió victorioso él. El "barman" acercóse á su cliente y le preguntó:



Los que no trabajan por poco: Sarah Bernhardt (30 francos por minuto), Rockefeller (á la izquierda) y Pierpont Morgan (225 y 125 francos), Madame Melba (600 francos), Théry, el campeón del automóvil (457 francos)

—¿Qué va á tomar el señor?

—Un whisky,—repitió el popular boxeador.

—Le costará á usted cincuenta dólares,—declaró el mozo.

—¡Well!—respondió Joe Gans sin vacilar.—¡Muy bien! ¿Conque cincuenta dólares? ¡Oh, muy bien! Ahí tiene usted ciento, y beberá usted conmigo.

¡500 francos por dos copas de whisky! Es una tarifa que pocos millonarios aceptarían de seguro.

En el premio Internacional corrido últimamente en el Hipódromo Argentino de nuestra capital, el jockey Alberto Irusta, que piloteaba la yegua ganadora Sibila, cobró como comisión —cinco por ciento del premio de 114.000 pesos, la suma de 5.720 pesos. Ahora bien; teniendo en cuenta que la prueba sólo duró tres minutos y diez segundos, el jockey vino á percibir 1.600 pesos aproximadamente por minuto.

Hace también poco tiempo, cuando el popular dibujante norteamericano Gibson se decidió á dejar la pluma y el lápiz para dedicarse de lleno á la pintura, recibió de una casa editora una tentadora proposición.

Quedábanle á Gibson como un centenar de dibujos todavía inéditos, y los editores proponentes se comprometieron á entregar á su autor la cantidad redonda de 100.000 pesos, á condición de que se le concediera la autorización exclusiva de publicarlos antes que nadie.

Gibson aceptó. Cualquiera de ustedes habría hecho otro tanto.

CARBURO DE CALCIO

Norteamericano, de primera calidad marca "SOL" granulado y en piedra. Precio según cantidad.—Gilchrist y Cía., Reconquista, 484.—Buenos Aires.



Mechero Stella

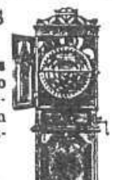
Luz incandescente á kerosene. Muy económico. 1 litro arde 18 horas y da una luz de 90 bujías. Lámparas para mesa ó de colgar, completas, con Mechero Stella **$ 10**. Remisión recargo pesos **1**. Mechas de todas clases para cualquier sistema de lámparas incandescentes. Calentadores "Primus" á kerosene y piezas de repuesto. **E. BONGIOVANI.** Calle Belgrano, 1020.—Buenos Aires.





LAMPARA Á CARBURO «Progreso del Centenario» Patentada por el S. G. N. Especial para escritorio, dibujantes, etc. Sin peligro. Garantía 5 años. **Ninguno de los titulados fabricantes de lámparas se** atreve á desafiar mis sistemas reconocidos los **mejores.**—*Pidan prospectos*: J. POU calle Corrientes núm. 1357. Buenos Aires.

ORQUESTRONES AUTOMATICOS



que funcionan al echarles una moneda. Dejan mucho beneficio á dueños de cafés, hoteles, etc. Visiten la casa ó pidan prospectos.

G. A. TEICHMANN
Maipú, 787 — Bs. Aires

¡INVENTO NOTABLE!

"DAISY"
(FLY KILLER)



Matamoscas representando flores. Elegante y vistoso, para comedor, escritorios y casas de familia. Inofensivo para las personas. — **Pídase en almacenes, bazares, etc.**

MEDINA y Cía.—**RIVADAVIA, 869.**

¡Un regalo que vale la pena!

TRIUNFO MARAVILLOSO DE LA MECANICA MODERNA.

Honradamente llamo la atención de los señores Médicos, Abogados, Ingenieros, Viajeros, Comerciantes, Estudiantes y de todos aquellos que se dedican al progreso, de que en este mes se pondrá á la venta las únicas 50 máquinas de escribir, llegadas por el vapor "Boliviana". Esta *hermosa máquina de escribir es* superior á todas las conocidas hasta la fecha y se denominará "BENNETT", marca rigurosamente registrada y protegida.

Precio $ 60.— m/n

Agentes responsables necesito en las capitales de provincias.

CASA ANTONIO PISANI
Cangallo, 722. Buenos Aires.



PROBLEMA RESUELTO



Desengañados de todos los sistemas de lámparas y que estén convencidos de su inutilidad, resolverán el problema, usando mi lámpara forma pico de gas, patentada, sin tubo, ni mecha y de fácil manejo. Gasta un centavo por hora. **José Pou,** Corrientes núm. 1357. Buenos Aires.

NUEVO INVENTO

"Aparato chinchicida Pou", patentado por el S. G. N. Infalible destructor de chinches, pulgas, mosquitos, etc. No necesita desarmar las camas. No mancha, no lleva veneno, no es corrosivo. — Pida más detalles á **JOSÉ POU, Corrientes, 1357,** Buenos Aires

A. DESRETS

Casa especial en **MUÑECAS**, composturas y piezas de repuesto. Cabezas, pelucas, medias, zapatitos, etc. Juguetería. Talcahuano, 211. Bs. As.

TOLDOS Y CORTINAS.

Adornos para Fiestas y Casamientos. — Sillas de alquiler.

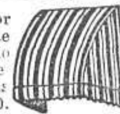
Viuda de LONGOBARDI. - BOLÍVAR, 280. - UNIÓN TELEF. 2727, AVENIDA



¡LUZ PRAKTUS!

¡¡ALTA NOVEDAD!! Luz invertida. Funciona con alcohol de quemar. Poder 150 bujías. 1 litro arde 12 horas. Sin peligro y de fácil manejo.—Gran surtido en lámparas de fantasía con mecheros incandescentes. — "Praktus", los más perfectos. Se remoderna cualquier clase de lámparas. Pidan catálogos á **S. Cavallero y Richeda, calle Santa Fe, 1578,** Bs. Aires.

Nota: Garantizamos el buen funcionamiento de nuestras lámparas.



¡Aprovechen! liquido por metro, con un 40 % de rebaja, variado surtido de esteras japonesas recién recibidas. — Tomás Martínez, Cerrito, 330.

GRAFOFONOS y DISCOS

Pidan catálogo. Taller de composturas de toda máquina parlante, dirigido por el más antiguo especialista en la República Argentina. **P. DULHOM,** calle Corrientes, 1316, Bs. Aires.



¡LA ULTIMA NOVEDAD!

Cocinas á kerosene **TENTADORA** De llama azul, higiénicas, sin humo, sin olor. —Confortables, seguras y sin peligro. Siempre listas para todos los usos del hogar doméstico, como ser: cocinar, asar á la parrilla y al horno, hacer pan dulce y masas en general. Muy útiles para planchar, tostar pan, etc. Unico importador: **J. A. SILVA, Charcas, 1509,** esq. Paraná. Bs. As. Un. Telef., 3364 (Juncal).

¿QUIERE USTED APRENDER JUEGOS DE ESCAMOTEO?



ganar siempre á los naipes, distraer agradablemente á sus amigos, *haciéndoles* quedar asombrados de su talento de prestidigitador?

Escriba pidiendo folletos explicativos, que se envían gratis, al célebre prestidigitador **J. M. HENRIQUES, calle Rivadavia,** 1376, Buenos Aires.

NOTA.—Si no le causa molestia, franquéese la remisión.

PRODUCTOS ANDINOS

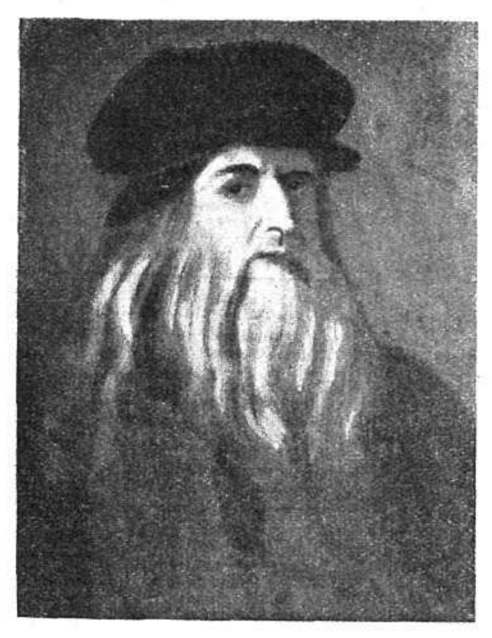


Yerbas medicinales procedentes de las más altas cumbres de los Andes. Colecciones en general de productos mineros. Piedra Imán natural. Soliciten catálogos que se remiten gratis.—Viuda de Bustamante. Independencia, 2515, Bs. Aires.

Te Imán

en latas de fantasía, envasado en Londres. CADA CAJON LLEVA UN RELOJ de marcha garantida.
Por precios y demás datos: Gilchrist & Cía. 484, Reconquista. Bs. As.

El enigma de Leonardo de Vinci



«Leonardo da Vinci».—Autorretrato



«San Juan Bautista»

De toda aquella pléyade de altos y esclarecidos ingenios que hacen del Renacimiento un momento creador y venturoso, donde el espíritu humano emprende su más gigantesco vuelo, es Leonardo de Vinci, quizás el personaje que más interesa.

La universalidad de conocimientos y aptitudes de aquel florentino inmenso, sencillamente abruma. Lo fué todo. Enumeremos: pintor, escultor, poeta, diplomático, músico, arquitecto, ingeniero,

El enigma de Leonardo de Vinci



«Santa Ana, la Virgen y el Niño Jesús»



«La Gioconda»

químico, matemático, alquimista, filósofo, inventor. La potencialidad de su cerebro lo abarcó todo y en algunos momentos, en inspiración de vidente, rasgó el porvenir. Sus manuscritos, más que obra de mortal, semejan la visión omnisciente de un iluminado.

Hallan—en la Historia de la Literatura en Europa—dice: Esos fragmentos deben ser considerados, fijándonos en la época en que vivió Leonardo, como revelaciones de verdades físicas, concedidas á un espíritu aislado y no resultados de estudios, pues no había base en que poderlos fundar.

Su labor pictórica, de un gran poder enigmático, ha sido la obsesión constante de artistas y críticos. Este genio extraordinario, á quien difícilmente se le hallaría un paralelo en la historia del mundo, no fué comprendido de su tiempo.

Sólo hubo un hombre —dice M. Peledan— que supo "conocerlo" en toda la magnitud de su grandeza, y es tacha eterna de su vida no haberle querido "reconocer": Miguel Angel.



«Retrato de Lucrecia Crivelli»

La crítica moderna lo estudia sin cesar. En Florencia, una sociedad de "Leonardinos" se dedica con amor á la vida y á la obra del gran maestro, y así, la figura gigantesca de Vinci, al correr de los tiempos, adquiere proporciones increíbles.

M. Paul Vulliaud, en un reciente libro que titula "La Pensée ésotérique de Leonarde de Vinci", pretende descorrer un poco el velo de la obra vinciana, y desarrolla una interesante teoría, basada principalmente en dos cuadros del maestro: Baco y San Juan Bautista, andróginos, del museo del Louvre. Según el erudito crítico, Leonardo de Vinci expresó en esos dos trabajos las ideas religiosas y filosóficas de su tiempo, y el Baco no es otra cosa que la figuración simbólica del Verbo, del Mesías helénico.

La obra de Vinci es simbólica; luego el símbolo es el signo sensible por el cual el artis-



POR LAS NUBES

Se está entrenando en los sports aéreos que son los de moda.

Y cuando se le pregunta si tiene pasión por el peligro, sonríe y dice:

—Lo hago tal vez por necesidad.

—¿Cómo? ¿tiene usted necesidad de buscar el aire de las alturas?

—Tal vez; pero es otra también la causa.

—¿Podremos saberla?

—No hay inconveniente.

—Veamos.

—Es el Jabón Reuter.

—¿Qué dice usted?

—Como usted oye.

—Explíquese usted.

—Como se prepara un verano muy caluroso, y la gente aseada aumenta que es un encanto en esta capital, he oído decir á todas mis relaciones, que el Jabón Reuter, único jabón puro, higiénico, perfumado, va á andar en este estío *por las nubes*. Esa es la razón por la cual me ensayo como aviadora, para estar en condiciones de que, cuando el Jabón Reuter (sin el cual no puedo pasar) escasee en la tierra, pueda cómodamente irlo á buscar en las alturas.



Dr. LAVALLE
745 - RIVADAVIA - 745
OFICINA QUÍMICA

N.° 61.152

Buenos Aires, Junio 17 de 1910.

Señor Gerente de

"LA MARTONA"

He recibido para analizar una muestra de jabón titulada "CREMA DE LECHE LA MARTONA-PAMPAS ARGENTINAS" y he obtenido los datos que á continuación expongo:

Agua y esencias volátiles	16.04	= 100.—
Acidos grasos	68.10	
Alcalis combinados	15.86	
Alcalis libres	rastros	
Grasas libres	No existen	
Resinas	No existen	

Punto de solidificación de los ácidos grasos 19°
Punto de fusión de los ácidos grasos 24°,5
Reacción del jabón . . . . lig. alcalina

De estos datos se desprende que el jabón examinado no contiene sustancias nocivas á la salud.

Salúdalo atte.

Firmado: FRANCISCO P. LAVALLE

Se expende en las 54 casas de venta de "LA MARTONA"
Administración: 121, San Martín - Buenos Aires.

SEPTIEMBRE

1 V. s. Sixto
2 S. s. Antonio
3 D. s. Sandalio
4 L. sta. Rosa de Viterbo
5 M. s. Lorenzo
6 M. s. Fausto
7 J. s. Juan
8 V. † **Nat. de María**
9 S. s. Jerónimo
10 D. s. Nicolás
11 L. s. Emiliano
12 M. s. Serapio
13 M. s. Eulogio
14 J. La Exalt. de la Cruz
15 V. sta. Melitona
16 S. s. Cornelio
17 D. s. Pedro de Arbués
18 L. s. Tomás de Villan
19 M. s. Jenaro
20 M. s. Eustaquio
21 J. s. Mateo
22 V. s. Mauricio
23 S. s. Lino
24 D. N. Sra. de la Merced
25 L. sta. María
26 M. s. Cipriano
27 M. s. Cosme
28 J. s. Wenceslao
29 V. s. Miguel Arcángel
30 S. s. Honorio

ta expresó su idea. Para Vulliaud, de toda la obra vinciana se destacan los dos cuadros citados como testimonio de la *filosofía del pintor*, y fijándose en las fechas de su ejecución, los mira como la última voluntad del pensamiento del artista.

Baco y San Juan Bautista, andróginos, esas dos maravillas del arte donde el enigmático pensamiento del pintor se reconcentra, han suscitado los juicios más contradictorios, aun los más absurdos. Unos críticos sostienen que la figura del Precursor semeja más una mujer delicada que el rudo y *fanático* predicador del desierto. Otros afirman que el autor de la Cena no tiene nada de *religioso, ni litúrgico*, ni cristiano, y en el San Juan Bautista no ven otra cosa que una imagen de la voluptuosidad. Vulliaud, con frase hiriente, llama á esto "la grosera ignorancia de ilustres escritores".



«Baco»

Si se hiciera un estudio del tipo artístico de Baco entre los *griegos, se vería que estuvo en uso un cuádruple* modo de expresión, simbolizando las cuatro edades de la vida universal. El emblema de la primavera corresponde á un Baco lampiño, de dorados bucles, cayendo por los hombros. Este es el tipo andrógino, como le llamó Eurípides Leonardo lo toma en este momento: el pintor moderno corresponde así á Praxíteles que sustituyó las formas efébicas al tipo barbudo del dios.

El Precursor, la obra más soberanamente hermosa que haya salido de la magia de un pincel, no es el San Juan Bautista histórico, predicador del desierto, rudo, fanático; es algo más: la intención del artista fué representar al anunciador del Verbo, y como el Verbo es bello, lo quiso representar con la forma más bella: la Andrógina.

Lo visible, espejo de lo invisible: tal es la teoría del simbolismo platónico; sistema en que la filosofía esotérica de los hebreos y de San Pablo, es decir, de las dos Revelaciones, se encuentran con la Razón. ¿No es este el simbolismo del inmortal Leonardo, realizando el cuerpo visible *más bello*, que expresa por medio de la forma más bella, movida por el espíritu más divino el Verbo? Evidentemente.

Vinci se asocia así al célebre movimiento conocido bajo el nombre de Humanismo; los más grandes artistas vinieron de este modo, por sus obras maestras, á completar el espléndido período.

Miguel Angel es un humanista, como lo atestigua su obra literaria.

Rafael es un humanista cuando concibe "La Camera della Signatura", "La Scuola di Atene", etc.

Humanista es igualmente, y el más grande de todos, Leonardo de Vinci trazando para la admiración eterna, de los siglos el Bautista y Baco, esas dos figuras tres veces sublimes del ciclo étnico-cristiano; este divino Leonardo que, al expirar en los brazos del rey Francisco I de Francia, dejaba escapar aquellas palabras que eran como el último enigma de su vida: "Pido perdón á Dios y á los "hombres, por no haber hecho "por mi arte todo lo que hubiera "podido..."

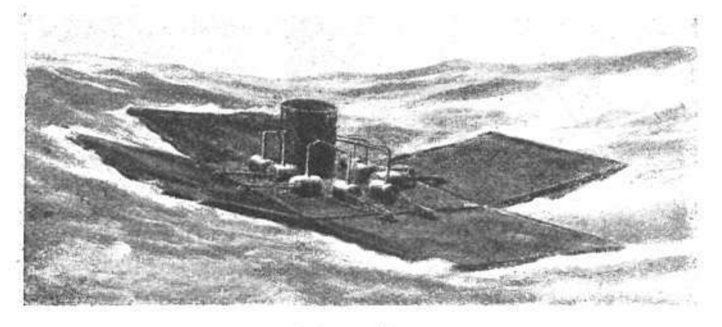


«La Adoración de los Magos»



«La Cena»

Aprovechamiento de la energía del mar



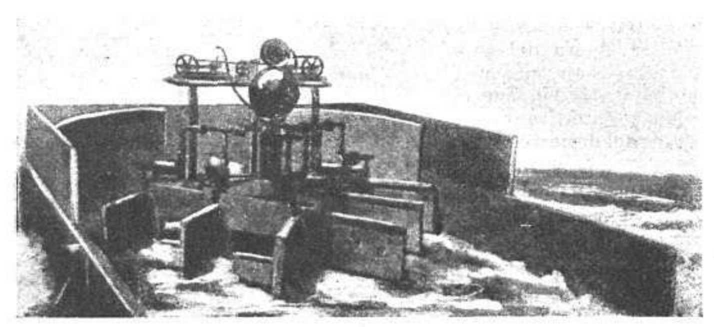
Primer sistema

Dos veces al día, las mareas realizan en los diversos puertos del mundo, un gigantesco trabajo, en pura pérdida; un trabajo del que no se aprovecha nadie, y que consiste en levantar á la altura de más de un metro, embarcaciones de todo género, cuyo peso total asciende á millones de toneladas.

En estos tiempos de industrialismo, cuando se busca por todos los medios la producción de fuerza barata, es, ciertamente, para causar pena, el desaprovechamiento de tan inmensa cantidad de energía, por falta de algún procedimiento práctico.

De ahí que no sean pocos los hombres de ciencia que se han lanzado á la solución del problema. Pero si se atiende á que el trabajo realizado por las mareas sólo es enorme porque es vasto, no extrañará nadie que los inventores hayan experimentado más de una desilusión en la busca y captura del motor basado en el movimiento periódico y regular del mar.

Razón por la cual han dirigido sus esfuerzos por distinto camino, recordando que el océano despliega otra forma de energía mucho más poderosa que la relativa á las mareas y mucho más fácil de esclavizar para el servicio del hombre: esa forma de energía son las olas. Ocurre, sin embargo, que siendo éstas esencialmente caprichosas, que imperando el desorden en sus movimien.



Segundo sistema

GRAN NOVEDAD

MÁQUINA AUTOMÁTICA

para hacer medias y calcetines sin costura, de lana, hilo, seda y algodón; esta maquinita se coloca en cualquier mesita afirmándola con dos tornillos; una persona por poco inteligente que sea adquiere su manejo mediante su libro de instrucciones, una persona ó una niña puede ganarse de 5 á 6 pesos diarios. La casa vendedora de las máquinas compra el trabajo á todo comprador de esta máquina. La casa vende toda clase de hilados para tejer. Pidan catálogos explicativos, incluyendo estampilla de 5 centavos al único concesionario en Sud-América:

J. PASCUAL NIGRI, Cangallo, 1180 - Buenos Aires

Unión Telefónica, 1709, Libertad

Precio de la máquina y accesorios: $ **183** m|n.

Casa matriz: Cangallo, 1180, Buenos Aires. Sucursal núm. 1: Santiago de Chile, calle Catedral, 1115. Sucursal núm. 2: calle Soriano, 54, Montevideo

---

Profesor Dr. C. CASSARINI



Lo que afirma otro distinguido médico:

Los POLVOS ANTIEPILEPTICOS del Profesor CASSARINI he tenido la oportunidad de usarlos en varios epilépticos de mi clientela particular y también en varios enfermos de este mal que se asisten en las enfermerías del Asilo de Mendigos.

He observado en todos ellos, que mientras estaban sometidos á este tratamiento, los ataques se distanciaban hasta desaparecer por completo.

El tratamiento es fácil de aplicar y no produce malestar alguno.

Para que conste, doy el presente, en Buenos Aires á 14 de Mayo de 1908.—Firmado: Doctor R. CASTILLA.

Concesionario: J. P. NIGRI - CANGALLO, 1180, B. Aires



Depósito y Escritorio:

CANGALLO, 1180 - Buenos Aires

Concurso de Caras y Caretas

Nº 17



UNO DE LOS 3os PREMIOS



1.º Desde la fecha y hasta las 12 m. del día 9 de marzo de 1911 queda abierto el concurso décimo séptimo de CARAS Y CARETAS.

2.º Para tomar parte en este concurso es indispensable llenar el cupón que va al pie de estas páginas, escribiendo claramente el nombre, apellido y dirección del remitente y la cantidad de granos de maíz que éste calcule contiene una botella de vino de postre **Moscatel Rosado Palencia**, que se ha depositado en la escribanía del señor José Resta, Maipú, 462, debidamente lacrada y sellada, con todas las formalidades de práctica y cuyo facsímil publicamos en estas páginas.

3.º Se adjudicarán diez premios consistentes en nueve pianos de las afamadas marcas **PLEYEL y STEINGRAEBER** y un arpa **PLEYEL**, cromática, sin pedales, adquiridos en la acreditada casa de los señores **Borgarello** y **Obiglio**, Avenida de Mayo, 839, donde se hallan en exhibición.

4.º Se adjudicarán los premios en la forma siguiente:

PRIMER PREMIO, UN PIANO PLEYEL, de cola, gran formato, modelo de salón, cuerdas cruzadas, de 2.26 metros de largo y cuyo valor es de **pesos 2.000 moneda nacional**, á la persona que acierte el número exacto de granos de maíz que contiene la citada botella de **Moscatel Rosado Palencia**.

SEGUNDO PREMIO, UN ARPA PLEYEL, cromática, sin pedales, cuyo valor es de **pesos 1.800 moneda nacional**, *á la persona que más se aproxime al número que obtenga el primer premio.*

TRES TERCEROS PREMIOS, TRES PIANOS STEINGRAEBER, formato salón, de 1.32 metros de alto, cuyo costo es de **pesos 900 moneda nacional**, cada uno, á las personas que en orden riguroso se aproximen á la cifra que obtenga el segundo premio.

CINCO CUARTOS PREMIOS, CINCO PIANOS STEINGRAEBER, formato boudoir, de 1.30 metros de alto, cuyo costo es de **pesos 750 moneda nacional**, cada uno, á los que sigan en orden aproximativo.

5.º En el caso de que nadie acertase con el número exacto de los granos de maíz, los premios se adjudicarán á las personas que más se hubieran aproximado, siguiendo el orden establecido en el artículo que precede.

6.º Si dos ó más personas coincidieran en el número que obtenga el primer premio, se celebrará un sorteo entre ellas ante el citado escribano, señor Resta, á los efectos de su adjudicación é igual procedimiento se observará con relación á los demás premios.

7.º En cada cupón se podrá escribir una sola cantidad, pero cada interesado puede enviar **cuantos cupones** desee.

8.º Las soluciones deben ser dirigidas á **CONCURSO NUM. 17 DE "CARAS Y CARETAS", BOLIVAR, 580, BUENOS AIRES**, donde se recibirán por correo ó personalmente hasta las 12 meridiano del día 9 de marzo de 1911.

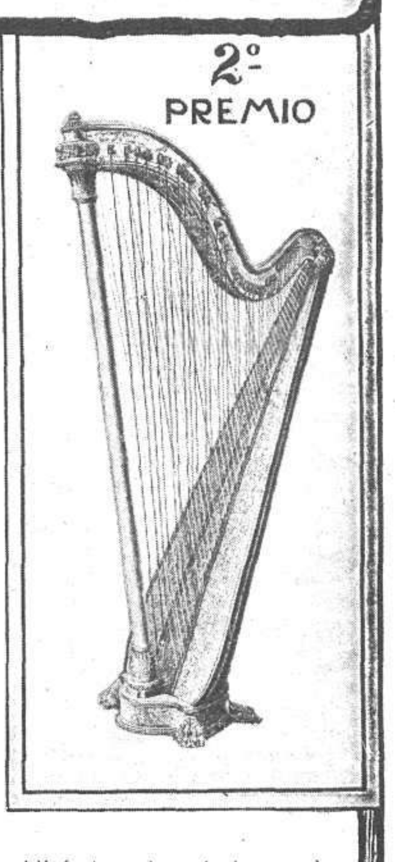
9.º Los cupones que no vinieran escritos con claridad y que se prestasen á confusiones, lo mismo que los que llegaran después de la fecha de clausura, no entrarán en el concurso.

10.º El día 13 de marzo á la 1 p. m., ante el escribano público nombrado y las personas que deseen presenciar el acto, en el sitio que oportunamente se designará, tendrá lugar la apertura de la botella, el recuento de los granos de maíz, y la adjudicación de premios, publicándose después los resultados y la crónica del concurso.

Buenos Aires, diciembre 10 de 1910.



← **Facsímil de la botella de MOSCATEL ROSADO PALENCIA**, que puede conseguirse en los almacenes, confiterías y despensas.



Concurso de "CARAS Y CARETAS"

No. 17

La botella de MOSCATEL ROSADO PALENCIA *contiene*

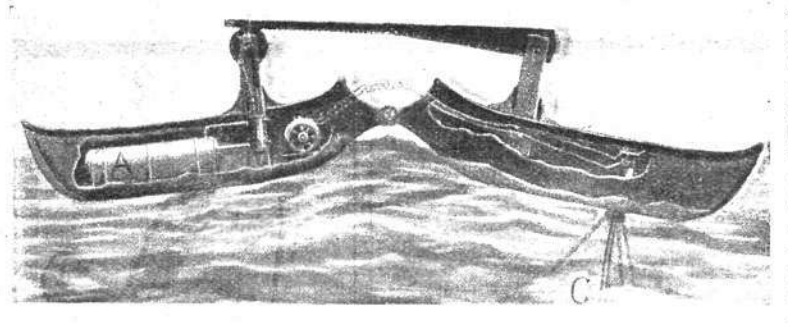
.... *granos de maíz.*

Nombre ....

Dirección ....

Aprovechamiento de la energía del mar

tos, se presenta al inventor una terrible dificultad á vencer, y es ella, que durante los temporales esas olas pueden adquirir tal grado de energía que destruyan el aparato de aprovechamiento, por muy sólido que sea. El asunto es, en verdad, interesante, y por dicha razón nos parece que verá con gusto el lector algunos de los ingeniosos mecanismos ideados recientemente para aprovechar la fuerza que derrocha en vano el viejo Neptuno durante sus momentos de intranquilidad. El primer grabado referente á esta noticia muestra el aparato de utilización, montado sobre una balsa. La plataforma flotante consta de cuatro hojas articuladas y anejas, cuyo movimiento ascensional y de descenso, al empuje de la masa líquida, pone en acción una serie de bombas destinadas á almacenar aire comprimido en un receptáculo "ad-hoc". Las varillas de los pistones se encuentran conectadas por su extremo exterior con las planchas movibles. La acción de dichos pistones se efectúa cualquiera que sea la marcha que llevan las olas, debido á que las piezas articuladas se extienden en cuatro direcciones.



Tercer sistema

Otro sistema, por completo diferente, de utilizar la fuerza de las olas, es el que expone el grabado siguiente. Consiste el aparato en una gran batea, situada en el agua, y fija en el fondo. La batea tiene abierto uno de sus lados, de modo que el agua pueda penetrar y barrer la cubierta. En el extremo de la misma existe un par de planchas inclinadas y curvas, ante las cuales se encuentra un cajón triangular provisto de varias palas movibles. Al penetrar las olas sobre cubierta, plegan á las palas sobre el cajón, y, divididas por el vértice del triángulo, van á chocar contra las planchas curvas del fondo; al retroceder, se ven forzadas á entrar en el cajón, con lo que empujan hacia afuera á las palas, dejándolas en la posición que muestra el grabado. Dichas palas están conectadas con los pistones de bomba correspondientes á una cámara de aire comprimido, que, á su vez, por medio de un doble motor de aire hace funcionar un dinamo, engendrando así energía eléctrica, que puede ser llevada al sitio deseado.

El grabado correspondiente al tercer sistema se diferencia del primero en que en vez de una balsa se utilizan dos flotadores.

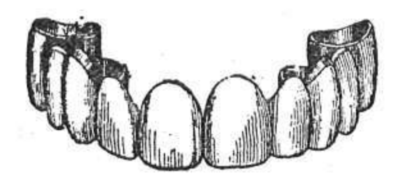

VASENOL
NIÑOS
POLVO
VASENOL
(MARCA REGISTRADA)
PARA NIÑOS
Remedio el mas eficaz para el tratamiento de toda clase de Sarpullidos é irritaciones de la Piel en los NIÑOS.
SUPERIOR AL TALCO BORATADO
Precio: $ 1.-
Elemento insuperable para el tocador de la Señoras y NIÑAS.
Unico Concesionario y Depositario para las Republicas del Rio de la Plata:
FRITZ TAUBER, BUENOS-AIRES.
Jabón Vasenol
Marca Registrada
Dr. Arturo Kopp, Leipzig-Lindenau.
Fabricas de Vasenol
En los balnearios, el
Jabón VASENOL
es un elemento imprescindible, por la frescura y suavidad que proporciona, y lo delicado de su perfume.
Es un maravilloso preventivo contra todas las afecciones cutáneas
Para evitar que los niños sufran: **escaldaduras, sarpullidos, granitos**, etc., etc., úsese constantemente el **POLVO VASENOL** (para niños), es un producto ejemplar que nada tiene que ver con los talcos y boratos corrientes.
Pídase en todas las Tiendas, Mercerías, Peluquerías, Perfumerías, Farmacias y Droguerías
Únicos Depositarios:
Droguería "LA ESTRELLA" y sus sucursales

¡Hondo misterio!

G. Courtis 1910

—Yo no sé cómo es esto: tengo siempre la nariz colorada chupando sólo bebida blanca.





Con su poder fenomenal este hombre opera milagros

Los ciegos ven y los paralíticos andan.

Los enfermos desahuciados por los médicos son curados por él.

NO EXISTE ENFERMEDAD QUE NO PUEDA SER CURADA.

Hace desaparecer los dolores, cierra las heridas, cura el cáncer, la tuberculosis, los tumores y opera maravillas que asombran á la Medicina moderna y desafían toda explicación.

Notable ofrecimiento de consultas gratuitas hecho á los enfermos y afligidos. Cura á los enfermos en sus casas, sin verlos, tan fácilmente como si estuviera en su presencia. Invita á los médicos á que le lleven sus enfermos incurables.

París, Francia. — Correspondencia especial. — Las curaciones casi milagrosas llevadas á cabo por el señor profesor G. A. Mann, de esta ciudad, son de un carácter tan sorprendente que causan la más viva curiosidad, gran asombro y no menos admiración. El ha devuelto la salud de la manera más incomprensible á enfermos que habían sido declarados incurables por los médicos. El método que él pone en práctica está envuelto en el misterio más profundo, pues es sabido que él no hace uso de ninguna clase de drogas de las prescritas por los médicos. El pretende haber descubierto una cierta ley de la Naturaleza que posee propiedades especiales y que hasta la fecha han sido desconocidas. Haciendo uso de ellas, ninguna enfermedad puede llamarse incurable. El ha demostrado con pruebas irrefutables, que el misterioso poder que este descubrimiento ha puesto en sus manos le permite dar vista á los ciegos, y á los paralíticos el uso de sus miembros. Por medio de este poder, él revive la chispa de vida pronta á extinguirse en enfermos al borde del sepulcro y devuelve la salud aun á aquellos desahuciados por los médicos más renombrados. Parece que él ejerce autoridad absoluta sobre las enfermedades y dicta su voluntad á la misma muerte. Sus consejos son enteramente gratuitos y aunque su saber le pone en condiciones de limitar su práctica á clientes ricos y amasar de esa manera una fortuna considerable, él prefiere dar sus consejos á todo el mundo sin distinción de rango ni fortuna.

"Mi descubrimiento me pertenece", dice él, "y puedo usarlo de la manera que me plazca. Fácilmente puedo curar la tisis, el cáncer, la parálisis, la albuminuria, la neurastenia. No importa el que la enfermedad haya sido declarada incurable. Puedo curar el reumatismo, los desórdenes del aparato digestivo, el catarro, el envenenamiento de la sangre y otras enfermedades que afectan el organismo. Deseoso estoy de dar mis consejos á todos, pobres y ricos. Cuando se trata de la vida y de la salud, el dinero deja de ser ante mis ojos un factor importante. Yo trato al príncipe y al mendigo con igualdad. Ante mí, como ante la ley, todos son iguales. No tengo en cuenta la diferencia social que exista entre mis pacientes. Si es mi voluntad el prestar mis servicios á todos, indiferentemente, nadie puede impedírmelo; diré más, continuaré curando á los enfermos, partiendo de este principio, por tanto tiempo como me sea posible. Lo que otros hagan ó dejen de hacer en nada ha de influenciarme. Creo que estoy en el deber de curar á todos los que sufren; no podría ver impasiblemente á mis semejantes luchar en vano en contra de las enfermedades estando en mi poder el venir en su ayuda, pues nuevamente afirmo que no existe ninguna enfermedad que no pueda curar. Esta afirmación parecerá algo osada, mas no obstante, no es nada más que la misma verdad. Conozco el maravilloso poder que poseo, pues que lo he probado infinidad de veces."

"Es sabido que la tisis se considera como incurable; pues bien, no hace mucho tiempo que una joven, Miss H. L. Kelly, de Seal Cove, fué informada por sus médicos que padecía de tisis y que sus días estaban contados. En la opinión de estos médicos la enfermedad era incurable. Puede suponerse la angustia de la joven. No obstante el veredicto de los médicos, yo la he curado, he curado sus pulmones y he devuelto á su cuerpo el vigor perdido. Una señora de Montbeliard quien en la actualidad hace uso de mis servicios, me escribe que está casi curada y que muy pronto podré decir que he ganado una victoria más sobre la muerte; la enfermedad que aflige á esta señora es la tuberculosis."

"La terapéutica moderna nunca jamás ha curado un cáncer; la cirugía es la que lleva á cabo las operaciones, mas el cáncer reaparece y causa la muerte lenta pero seguramente. Yo curo el cáncer sin el auxilio del bisturí, no necesito cortar la carne y aserrar los huesos, mi tratamiento es fácil, agradable y no causa ningún dolor. Una de mis pacientes, Mme. Melen, de Covington, padecía de este terrible mal; veía aproximarse á la muerte, mas ella se puso bajo mi cuidado y fué curada completa y radicalmente. La parálisis es otra enfermedad que se supone incurable. El Sr. A. Tournant, de Vincennes, Francia, sufría de este terrible mal. Después de unos días de tratamiento pudo dejar el sillón de inválido que había ocupado por más de ocho años. El Sr. Etienne Ducret, residente en la calle de la Fosse, Nantes, Francia, fué curado en ocho días de una neurastenia de la que había estado sufriendo por espacio de once años. Este señor decía á todo el mundo que yo había hecho un milagro en su favor. El Sr. René Larchier, de Champ, par Celle, Francia, había estado sufriendo por más de treinta años de un reumatismo articular, no podía andar y aunque no comía apenas, engruesaba á ojos vista; tampoco le era posible trabajar. Quince días de mi tratamiento fueron suficientes para devolverle la salud."

"El Sr. Seoane Alonso, de Cordobilla la Real, España, fué curado en poco tiempo de la anemia cerebral que por espacio de mucho tiempo había venido sufriendo. La Sra. Esquer, de Baroyeca,

Son., México, fué curada en pocos días de una gran anemia que los médicos que la asistían no habían podido combatir.''

''Estos casos que cito son tomados á ciegas de entre los muchos testimonios que poseo; si los hago públicos es simplemente con el objeto de probar que no existe ninguna enfermedad incurable. Esas enfermedades se consideraban incurables antes de que yo hiciese mi descubrimiento, mas hoy no pueden conceptuarse de la misma manera.''

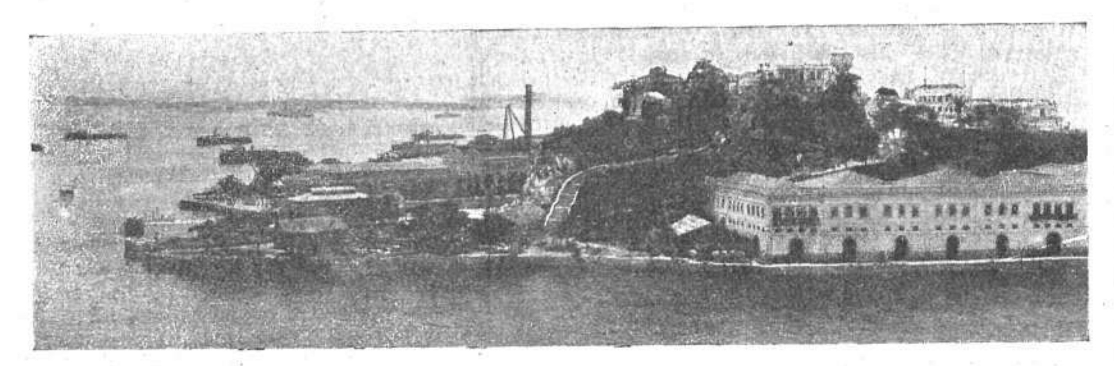
—¿Cómo podéis llevar á cabo estas curaciones? Por qué poseéis ese poder tan extraño?

''Me tomaría mucho tiempo el explicarlo, mas, ved aquí un libro del que yo soy autor y en el que describo mi descubrimiento y la manera de curar las enfermedades; yo no vendo este libro, lo distribuyo á todas las personas que estén interesadas en mi descubrimiento, lo envío gratis á todos aquellos que me escriban solicitándolo. Aun más, á toda persona que me escriba indicándome el sexo á que pertenece y describiéndome los principales síntomas de su enfermedad, le enviaré el diagnóstico de su caso así como mi libro titulado ''LAS FUERZAS SECRETAS DE LA NATURALEZA''. También le diré la causa de los síntomas que le aquejan y la manera de obtener su curación por medio de la Radiopatía. Solamente es necesario dirigir una carta á Mr. G. A. Mann, Boit 92, section 442 A, rue du Louvre 48, París, France. A todos los que me escriban les daré pruebas evidentes del poder que poseo.''

—Creéis que todo el mundo sin excepción se aprovechará de vuestra generosa oferta?

''Yo digo lo que siento y haré lo que digo; todo aquel que me escriba recibirá mi libro, el diagnóstico de su enfermedad y pruebas evidentes de mi poder, todo absolutamente gratis.''

Del Brasil.—La sublevación del batallón naval



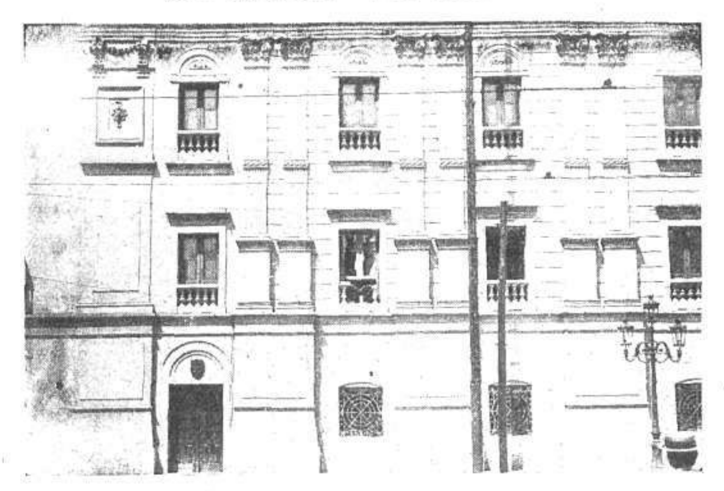
La isla de Cobras, donde se produjo la sublevación





Estragos causados en el convento de San Benito por los disparos de los sublevados

Del Brasil.—La sublevación del batallón naval



El edificio del Museo Comercial, perjudicado por el combate



Detalle de los destrozos causados en el Museo Comercial



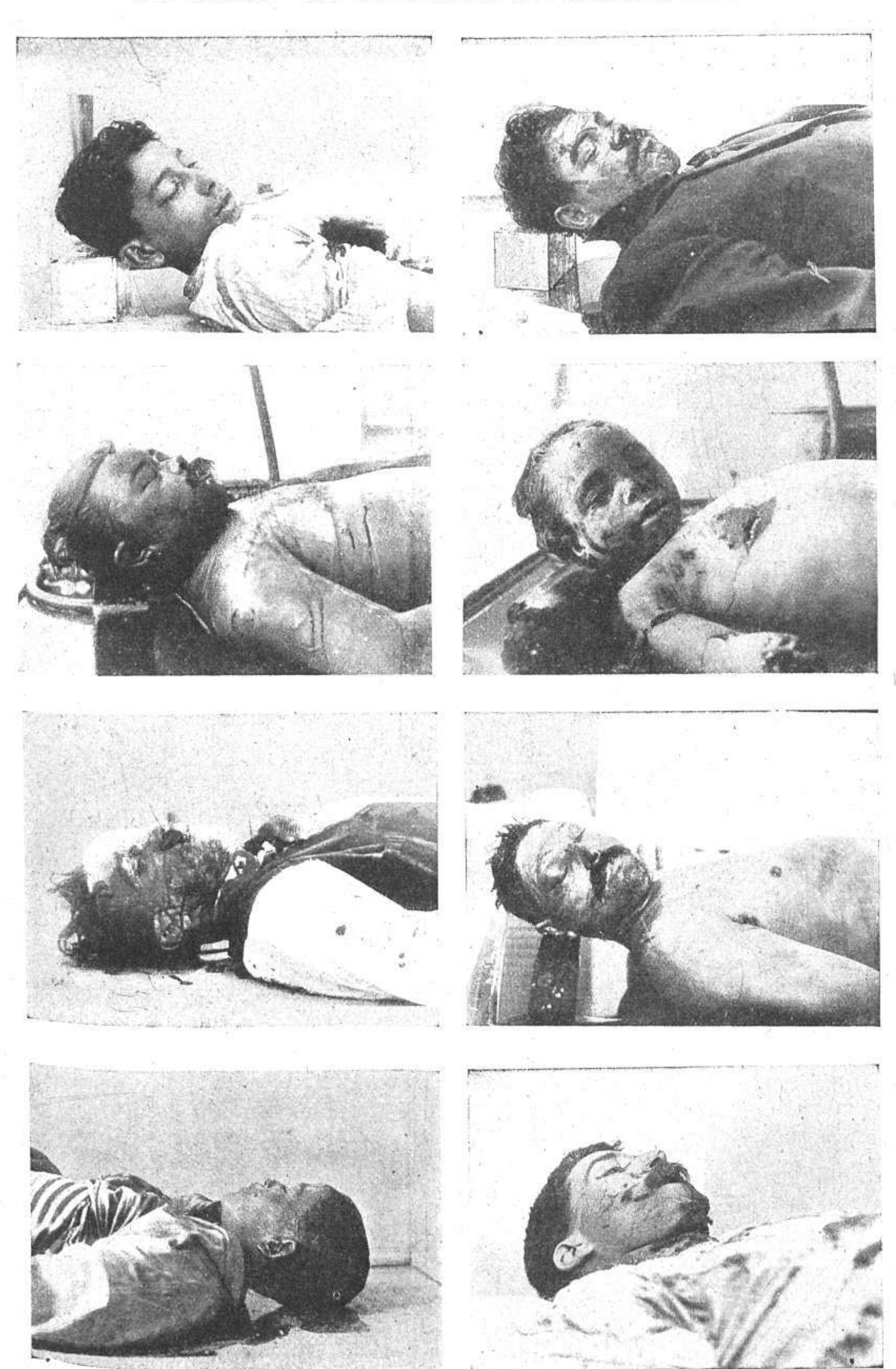
Soldados del batallón naval al ser coducidos presos



El teniente Carneiro da Cunha, oficial de marina, muerto en el combate

Fuerzas de policía apostadas junto al arsenal de marina

Del Brasil. — La sublevación del batallón naval



Gente del pueblo víctima de la revolución

Del Brasil. — La sublevación del batallón naval







Gente del pueblo víctima de la revolución

Páginas infantiles.—Tintín, el bromista



El mayor placer de Tintín era embromar á todo bicho viviente. Un día, cuando molestaba á un gato que echaba su siesta,



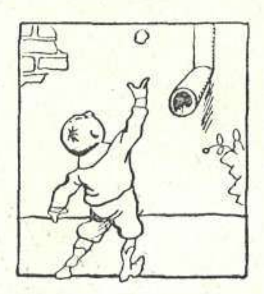
pasó una viejita y le dijo: — M'hijito, no conviene despertar al gato que duerme.



Tintín, burlándose y riéndose del consejo de la vieja, dió un paso hacia atrás y pisó la *cola al gato;*



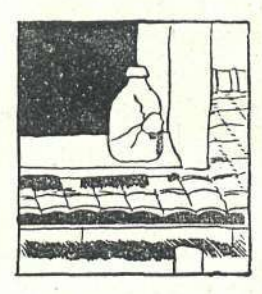
el cual, dando un maullido, clavó dientes y uñas en una de las pantorrillas del burlón.



No escarmentado, se puso á *tirar piedras* contra un tarro que vió en el borde de una ventana.



Y volvió á pasar la viejita, y á *aconsejarle.* Y también Tintín volvió á no hacerla caso ninguno.



Al fin, una piedra dió *en el tarro, con gran* alegría del embromador.



El tarro, que contenía *pintura, se vació en* la canaleta que justamente estaba debajo.



Y mientras Tintín celebraba con grandes carcajadas su buena puntería,



recibió la más extraña ducha del mundo,



quedando hecho una sopa y, de yapa, pintado de verde como un papagayo.



El día de su santo, su padrino le dió un peso, con el cual se compró cohetes y bombas boers.



Por tercera vez encontró á la viejita que le dijo: —No hay que jugar con fuego. Vean la respuesta de Tintín:



el cual, al dirigirse á su casa con los bolsillos llenos de cohetes y bombas, resbaló con tan mala suerte,



que el paquete, chocando contra una piedra, hizo explosión, quedando Tintín malamente herido.



Menos mal que la lección recibida le curó al cabo de su manía de embromar á todo el mundo.

CUELLOS y PUÑOS MEY

Á LA ELEGANCIA ECONÓMICA

CALLE ESMERALDA
N.° 184
BUENOS AIRES

SARMIENTO, 779
ROSARIO



MEY & EDLICH
LEIPZIG-PLAGWITZ



UNICOS INTRODUCTORES
CURT BERGER y C.ÍA
BUENOS AIRES
VENTA POR MENOR

PORTEÑO

EXIJAN CUELLOS **MEY**

Y EN TODA BUENA TIENDA DEL INTERIOR

CADA CUELLO LLEVA ESTAMPADO EN LA PARTE INTERIOR

EL NOMBRE DE LOS FABRICANTES: MEY Y EDLICH, LEIPZIG

Y LA MARCA REGISTRADA



CUIDADO CON LAS IMITACIONES

OCTUBRE

1	D.	s. Remigio
2	L.	ss. Angeles Custodios
3	M.	s. Maximiano
4	M.	s. Francisco de Asís
5	J.	s. Froilán
6	V.	s. Bruno
7	S.	s. Marcos
8	D.	Maternidad de M.ª
9	L.	s. Dionisio
10	M.	s. Francisco
11	M.	s. Nicasio
12	J.	N. Sra. del Pilar
13	V.	s. Eduardo
14	S.	s. Calixto
15	D.	sta. Teresa de Jesús
16	L.	s. Martiniano
17	M.	s. Florentino
18	M.	s. Lucas
19	J.	s. Pedro de Alcánt.
20	V.	s. Feliciano
21	S.	s. Hilarión
22	D.	s. Felipe
23	L.	s. Pedro
24	M.	s. Rafael Arcángel
25	M.	s. Gabino
26	J.	s. Evaristo
27	V.	sta. Sabina
28	S.	s. Simón
29	D.	s. Narciso
30	L.	s. Marcelo
31	M.	s. Nemesio


OCTUBRE 1911
LUN MAR MIER JUE VIER SAB DOMI
1
2 3 4 5 6 7 8
9 10 11 12 13 14 15
16 17 18 19 20 21 22
23 24 25 26 27 28 29
30 31
A vuelo las campanas
y todo ruido para despedir el gran año del Centenario y festejar la entrada del Año Nuevo.
La Ginebra Néctar
celebra también un año mas de éxito y en el año que entra espera con justicia seguir gozando aún más que nunca del favor del público.

Páginas infantiles. — Por escaparse



Allá por los años... no recuerdo cuantos, vivían en el castillo de Torre Gigante el príncipe Rodulfo y su hermana Violeta, bajo la protección de un hada conocida por el nombre de Poderosa, que habitaba la gigantesca torre que se elevaba altiva sobre el lado norte del castillo. Desde allí dirigía á la numerosa servidumbre de sus altezas é intervenía hasta en los más mínimos detalles de cuanto á ellos se refería.

El príncipe Rodulfo empezaba á cansarse del dominio de su protectora, y su cabecita juvenil proyectaba varios medios para emanciparse.

Una tarde fría y lluviosa estaban los dos hermanos en un salón de la planta baja, de pie al lado de una ventana, contemplando á través de los cristales con mirada triste el extenso parque que se extendía ante su vista.

La inclemencia del tiempo no les permitía dar su acostumbrado paseo, obligándolos á permanecer toda la tarde encerrados en el suntuoso palacio, que á ellos se les figuraba estrecha jaula.

La princesita suspiró, y dijo con dulzura:

— ¿Adónde irán á parar esas gotas de agua que al caer sobre las losas forman un círculo pequeñito, luego se agrandan hasta desvanecerse, y, confundidas con la corriente, se escapan por los resquicios de las muralla? ¡Quién pudiera, como ellas, salir de aquí, impulsada por una voluntad superior á la nuestra!

— Esas mismas reflexiones estaba haciendo yo — contestó Rodulfo, y mirando á unos pajaritos, que, aprovechando un momento en que la lluvia cesó y las nubes se separaron para dar paso á un rayo de sol pálido é indeciso, volaron piando alegremente desde un árbol á otro, prosiguió: — ¡Esas avecillas son más felices que nosotros! Si tú fueras valiente, mañana podíamos escaparnos para ver la ciudad, aprovechando las horas en que duerme Poderosa.

— Mucho me gustaría lo que tú me propones; pero si descubre que hemos salido sin permiso, sólo Dios sabe el castigo que el hada nos impondría.

— Tienes razón; pero precisamente nuestra habilidad consiste en marcharnos sin que nadie nos vea y volver antes de que la gente del castillo se haya despertado.

Violeta vaciló ante el temor de que su aventura tuviese malas consecuencias; pero al fin cedió, como sucede siempre que alguien trata de convencernos para que hagamos algo que estamos deseando hacer.

La melancólica tristeza que desde hacía bastante tiempo los dominaba se desvaneció por encanto, y la velada se les hizo breve, porque no hay nada que acelere la marcha acompasada del tiempo como los pensamientos alegres.



Conforme quedó convenido la víspera, á la mañana siguiente, antes de rayar el alba, se reunieron en el salón donde los hemos conocido el príncipe Rodulfo y la princesa Violeta. Con mucha precaución abrieron la ventana, y saltaron al parque; se agarraron de la mano, y pisando muy despacio para que la arena no crujiese bajo sus pies, se internaron en el bosque; cuando estuvieron seguros de que nadie podría oirlos, echaron á correr con toda la velocidad que les era posible. Saltaron la muralla, y, una vez fuera de sus dominios, se sintieron libres y felices, sentándose sobre unas piedras del camino para descansar y proseguir después su marcha en busca de la ciudad.

Era tanta su ilusión de verse solos y dueños de su voluntad, que calcularon mal el tiempo, y cuando pensaron en volver al castillo ya era tarde. El hada había descubierto su escapatoria, y en el colmo del furor prometió vengarse de los insubordinados príncipes.

Haciendo uso de la varita mágica, hizo creer al rey de un estado vecino que el príncipe Rodulfo iba á su encuentro en son de guerra, y le aconsejó que enviase sus tropas para evitar una sorpresa. Las tropas acudieron inmediatamente (las hadas todo lo pueden), y sin atender á razones le hicieron prisionero, dejando á la princesa Violeta sumida en la desesperación. Cuando fatigada de llorar y convencida de que sus ruegos eran inútiles decidió volver al castillo, se le apareció Poderosa, la tomó entre sus brazos, y la transportó en un decir Jesús á lo alto de una colina para que presenciase el formidable incendio que estaba destruyendo su palacio. La pobre princesita no pudo soportar tantas emociones, y se desmayó.

Sola en el mundo, sin hogar ni protección, recorría Violeta bosques y ciudades pidiendo limosna, cuando una tarde vió venir á una viejecita cargada con un haz de leña; la dió lástima y se acercó á decirla con mucha dulzura:

— ¿Quiere usted que la lleve la leña? Debe de pesar mucho, y si va usted lejos, se va á cansar demasiado.

— Gracias, hija mía, ya he llegado al término de mi viaje; iba á buscarte, y te he encontrado antes de lo que esperaba, viendo con gusto que la desgracia no ha destruído en tu alma el sentimiento de la caridad.

Violeta no se atrevió á decir palabra; pero en sus hermosos ojos se reflejó el deseo de interrogar á la anciana, que prosiguió de esta manera:

— Sé toda tu historia, y vengo á enseñarte el medio de libertar á Rodulfo.

— ¡Ay, señora, qué buena es usted!

— No soy buena; pero me gusta ser justa. El hada Poderosa os ha tratado con un exceso de rigor, y yo, compadecida de vuestra desgracia, vengo á socorreros. Tu hermano está en aquella fortaleza, custodiado por un dragón, que nadie ha podido matar; sólo este puñalito podrá darle muerte. Tómale, é ingéniate para entrar en la fortaleza.

— Si yo fuese hombre — suspiró Violeta.

Apenas pronunciadas estas palabras, se encontró ataviada al uso de los guerreros de la época.

— Ahora — exclamó — me gustaría que alguien me acompañase.

— Ya tienes escolta — repuso la viejecita, y de su haz de leña salieron tres hombres altos y fornidos, que atendían á los nombres de Ciclón, Insaciable y Mirada de Fuego. — Id sin temor, pide permiso para ver al soberano: accede á todas las condiciones que te ponga para el rescate, y el triunfo será tuyo.

La viejecita desapareció y Violeta, seguida de su escolta, se dirigió á la fortaleza.

Pidió y obtuvo autorización para ver al dueño y señor de aquellos estados, y le expuso su deseo.

— Serás complacido si eres capaz de hacerme tres favores.

— Pide lo que quieras — contestó Violeta.

— Necesito que el río que separa mis dominios de los del príncipe Rodulfo se seque.

—Violeta hizo una seña á Insaciable para que hablase.

El se adelantó, y, después de inclinarse respetuosamente, preguntó si se veía el río desde la fortaleza; le dijeron que lo podría ver

por entre las almenas del lado sur. Se fué al sitio indicado, y, sacando del bolsillo una cañita, que se hizo inmensamente larga en cuanto estuvo en *contacto con sus manos*, se metió en la boca uno de los extremos, introdujo el otro en el agua y en dos ó tres minutos dejó el cauce del río completamente seco.

El rey, tan contrariado *como sorprendido*, exclamó:

— En verdad que el poder de este hombre es maravilloso; pero veremos si puede complacerme con la misma facilidad ahora.

— Hable, señor — contestó Violeta animada por el éxito de la primera prueba.

— Necesito que ese núcleo de casas desaparezca, porque me priva de poder contemplar el hermoso valle que se extiende al otro lado de esas viejas *construcciones*.

La princesa miró á Ciclón, que la contestó con un gesto de inteligencia, y acercándose á la ventana sin decir palabra, sopló con toda la fuerza de sus pulmones, y las casas, como si fuesen de papel, quedaron completamente destruídas en pocos segundos.



El rey empezaba á inquietarse viendo que perdía al prisionero; se quedó un momento pensativo, y dijo al fin, seguro de que pedía un imposible:

— ¿Ves aquellos campos sembrados de trigo...? Pertenecen á uno de *mis mayores enemigos*, y me gustaría verlos arder en este mismo instante.

Violeta se sonrió ante la insignificancia de tan ruin deseo, y Mirada de Fuego fijó sus ojos negros en el campo de trigo, que empezó á arder instantáneamente.

El rey, vencido, mandó que introdujesen á Violeta en la sala donde dormía el *furioso dragón* que custodiaba al prisionero. Ella avanzó con paso firme, la fiera se irguió altiva; pero á la vista del puñalito retrocedió atemorizada. La princesa *aprovechó aquel momento*, y, armándose de valor, clavó el puñal en el ojo izquierdo del monstruo, que quedó muerto en el acto, convirtiéndose en una espiral de humo denso y negruzco, en medio de la cual *apareció Rodulfo* radiante de alegría al verse entre los brazos de su hermana, que le abrazó con cariño, diciendo:

— Ya nada ni nadie volverá á separarnos.

— Si yo lo permito — dijo el hada Poderosa, que, al verlos felices gracias á la intervención de otra hechicera, se puso furiosa, y se disponía á jugarles otra mala pasada, cuando la viejecita del haz de leña apareció *espléndidamente* ataviada, y extendiendo su varita mágica sobre la cabeza de los príncipes, exclamó:

— Nada temáis, yo os protejo; vuestra desobediencia ya ha tenido el castigo que merecía; id tranquilos á vivir en vuestro castillo, recientemente edificado por orden mía, y no temáis el maleficio del hada Poderosa, porque desde este momento queda convertida en gato negro.

— ¿Y vos quién sois? — preguntó el príncipe Rodulfo asombrado ante tanta maravilla.

— Yo soy el Perdón, que está siempre al lado del que *sufre con resignación* el castigo de sus faltas.

María DE PERALES.







Lámparas "Mazda"

Ponen la Electricidad al alcancen de todos.

Sobrepasan á todo otro sistema de alumbrado en economía, duración y excelencia de luz.

La Lámpara "Mazda" **DA MAS LUZ,** consumiendo 70 °/o menos de energía que las lámparas corrientes.

ES FUERTE Y DURABLE

The South American General

ELECTRIC SUPPLY Co.

531, calle Cuyo — Buenos Aires


CORDICURA
NINGÚN ESPECÍFICO ENCUADRA tan bien dentro de la medicina moderna, como el
"CORDICURA"
del Prof. Ott-Candela Leopoldo
remedio único y especial para todas las enfermedades y perturbaciones del
CORAZON
Aprobado por el H. C. N. de Higiene
Medallas de oro en Marsella, 1904, Burdeos, 1904
y BUENOS AIRES, 1910.
Medalla de primera clase: Academia Quim-Física de Palermo (Italia).
Fuera de concurso en Bruselas, 1905 y Lieja, 1906.
Pidan el folleto A 1
VENTA EN FARMACIAS Y DROGUERÍAS
Ventas y pedidos al único depositario y agente general
ALFREDO T. THOMSEN
Bolívar, 172 - Buenos Aires
Agente en Montevideo: ENRIQUE A. SCHRÖDER, Paysandú, 219.
Concesionario: A. SCARTABELLATI, Talcahuano, 429, Buenos Aires

EL HECHIZO DE UN ALMA PERVERSA

POR TULIO PÁNTEO

(Escrito expresamente para CARAS Y CARETAS. Traducción de J. O.)

(Conclusión)

A aquella misma hora el capitán Ardale, después de haber pasado parte de la noche en compañía de su primo, regresaba á casa. Estaba satisfecho y hasta un poco alegre. Conocía la resolución del general Goll, había sido por él mismo informado de su voluntad de despejar la situación rápidamente y no ignoraba que, á aquella hora, hallábanse reunidos los ministros en consejo secreto. El epílogo, en consecuencia, no debía ya hacerse esperar mucho tiempo: acaso á la mañana siguiente los acontecimientos tendrían su conclusión. A Ardale le urgía acostarse para descansar un poco y encontrarse dispuesto para saltar de la cama al otro día, á primera hora.

Puede el lector figurarse la estupefacción, el asombro de Ardale, cuando al hallarse cerca de su casa, vió iluminadas las ventanas del saloncito.

—¿Quién diablos podrá ser? —se preguntó perplejo.— ¿Mi primo? ¡Si acabo de dejarlo! ¿La baronesa? ¡Imposible! después de lo ocurrido, cualquiera menos ella.

Aceleró el paso hasta que, llegado á la puerta de calle, se detuvo un instante y llamó á su asistente con un silbido convencional.

Inmediatamente una de las ventanas se abrió, y en el vano apareció la cabeza del soldado que miraba hacia la calle.

—¿Qué ocurre? —preguntó el oficial.

—Mi capitán, un despacho urgentísimo para vos —respondió el otro.

—¿Y por qué no me lo llevaste en el acto? Sabías bien donde encontrarme —dijo con tono de reproche el capitán.

—Sí, señor; pero acaba de llegar.

Ardale subió las escaleras de cuatro en cuatro y penetró en la casa. Cuando sus dedos tocaron el despacho, parecióle que el corazón se le encogía aún antes de leerlo. Pero, sin vacilar, lo abrió.

El mensaje decía:

"¡Va uno!"

Nada más.

—¿Qué significa esto? ¿Qué querrá decir este "Va uno"? —se preguntó frunciendo el ceño. Pero no se le ocurrió respuesta alguna satisfactoria. El despacho provenía de una oficina central y estaba perfectamente en regla, pero no traía firma alguna.

Sin embargo, la respuesta vino más rápidamente de lo que él pudo sospechar. Un carruaje acababa de detenerse bajo las ventanas, á la puerta de la casa. Ardale corrió á asomarse y miró á la calle. Una joven se apeaba en aquel momento del vehículo.

—¡Lucy! —exclamó.— ¿Vos?

—¡Yo misma! —contestó desde abajo una voz bien conocida de Ardale.

—¿Me buscábais?

—Sí... necesito de vos.

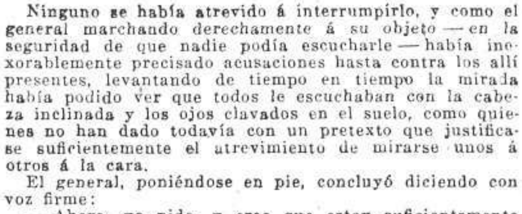
El capitán se retiró de la ventana, bajó con rapidez la escalera, abrió la puerta á la joven y, tomándola por la mano, hízola entrar en la casa.

Las manos de los dos estaban heladas... y sus corazones presa de profunda excitación. Ambos guardaron silencio durante largo rato.

XV

La última carta

En el pequeño gabinete de estilo moderno que el señor De La Tour-Mathieu, presidente del consejo de ministros, reservaba en su aristocrático palacete para las conversaciones de carácter íntimo; un saloncito apartado del resto de la casa y á cubierto de toda curiosidad, gracias al despacho amplio como una sala de armas, hacía ya una hora bien sonada que los cuatro hombres de estado escuchaban la exposición clara, terminante y comunicativa que el general Goll les hacía de los resultados de su indagatoria.



Ninguno se había atrevido á interrumpirlo, y como el general marchando derechamente á su objeto —en la seguridad de que nadie podía escucharle— había inexorablemente precisado acusaciones hasta contra los allí presentes, levantando de tiempo en tiempo la mirada había podido ver que todos le escuchaban con la cabeza inclinada y los ojos clavados en el suelo, como quienes no han dado todavía con un pretexto que justificase suficientemente el atrevimiento de mirarse unos á otros á la cara.

El general, poniéndose en pie, concluyó diciendo con voz firme:

—Ahora, yo pido, y creo que estoy suficientemente autorizado para ello, que antes de mañana salga de esta casa la orden de arresto contra Ana Barbier y todos cuantos se encuentren eventualmente en su casa. Y pido, además, que se nombren tres personas, de cuyo número yo no puedo ser excluído, que tomen á su cargo el secuestro de cuantos papeles se encuentren en dicho palacio. Me retiro á aguardar vuestras resoluciones. Nada más tengo que añadir.

Y salió.



—Ahora, yo pido...

Cuando entró en su casa, tuvo la impensada sorpresa de enterarse de que le estaba esperando precisamente la misma persona contra la que, unos momentos antes, acababa de pedir una inmediata orden de arresto. Al leer la tarjeta de visita, sobre la que se veía escrito:

EDITH DELUNEL

bajo una corona de barón, y al oir decir á su sirviente:

—Esperan á Vuestra Excelencia—

sintió que su dignidad se rebelaba frente á aquel increíble atrevimiento. Por un instante estuvo tentado de detenerla él mismo, pero se contuvo ante la consideración de que pudiese parecer incorrecto su gesto de violencia contra una persona que había venido á su casa; pensó también hacerla poner en la puerta, sin verla; pero le venció al fin la curiosidad de ver cara á cara á aquella mujer de temple excepcional, de penetrar hasta donde llegarían su perfidia y su descaro, de poder, en una palabra, darle una buena lección de honradez y de austeridad.

Entró en la sala iluminada.

Ana Barbier aparecía sentada al descuido sobre un diván, sonriente y tranquila, como quien se encuentra perfectamente á su gusto. Vestía un traje negro, casi de luto. Un maravilloso velo de encajes cubría sus facciones y hacía resaltar la brillantez de las pupilas y la blancura de su semblante purísimo, haciendo aún más viva la curiosidad de los ojos que seguían los armoniosos contornos de su cuerpo.

Al aparecer el general, la dama no se descompuso, únicamente esbozó un saludo moviendo graciosamente la gentil cabeza. El dueño de la casa cerró tras sí la puerta y se adelantó rígido y severo casi hasta estar al lado de ella. Luego dijo, con un tono de voz que á duras penas ocultaba el furor de que estaba poseído:

—¿Qué hacéis aquí?

—Os esperaba, general.

—¿Y para qué?

—Deseaba hablaros.

—Podéis hacerlo.

Y en la voz y en la actitud aparecía el soldado que concede la palabra al subalterno.

Ana Barbier se mordió los labios. No era la primera vez que se veía tratada sin las acostumbradas atenciones. Recordaba bien, pues estaba todavía fresca su última entrevista con los primos Ardale: pero, así y todo, resultábale intolerable el ver que alguno lograba escapar á su fascinación.

Y dijo con una leve sonrisa insidiosa:

—Sé perfectamente, general, que no sois persona á quien agrade desperdiciar el tiempo conversando con

las señoras. No obstante, desearía que me escuchaseis benigna y pacientemente.

—Ni una cosa ni otra, señora—respondió Goll en *tono seco.—Poca charla y al grano.* Le advierto que tengo poco tiempo que perder. Os escucho.

Cada palabra del general fué á herir á su interlocutora *como otros tantos* latigazos. Púsose en pie de un salto, como una tigre á quien hubieran pisado la cola, pero no perdió por eso su actitud de seductora, y replicó sonriendo.

—Yo creía, señor, tener derecho...

—Ningún derecho, permítame...

—Esperaba, entonces, poder tener una algo mejor acogida, tratándose de un jefe...

—De un soldado.

—De un soldado valiente y generoso como vos.

Por tercera vez el general Goll la interrumpió:

—Si no tenéis otra cosa que decirme...

Y con la mano señaló la puerta.

Estaba en pie entre el diván y la mesa, rígido, sereno, como un juez. La baronesa se apoyó con la mano derecha en la mesa y se inclinó hacia él, silbándole casi en la cara:

—En ese caso, lo mejor será que juguemos limpio. ¿Qué pensáis hacer?

—*A nadie tengo que dar cuenta de lo que haga.*

—¡Ah! ¿no? Lo veremos. Porque si vos creeis conocerme á mí, yo os conozco á vos *mejor todavía: y si os figuráis* saber mis movimientos, os aseguro que yo sigo uno por uno todos vuestros pasos; y, en fin, si os creeis todavía tan fuerte como para vencer á una mujer joven y resuelta como yo—que he vencido á muchos... y bien, querido señor... puedo juraros que estáis en un error.

—Basta, señora.

—¿Basta? ¡No basta! Estoy acostumbrada á hacerme escuchar; he venido á que me escuchéis, y me escucharéis. A menos que...

—Os repito que basta.

—...á menos, general, que vos no tengáis necesidad de llamar *á vuestros criados* para que pongan en la puerta á una mujer.

El general dejó caer el brazo que todavía tenía extendido hacia la puerta, y permaneció inmóvil, en pie, rígido, en la severa actitud de un magistrado.

—Y me escucharéis—continuó Ana Barbier.—Porque yo sé muy bien que en estos días vos habéis estado fraguando una tempestad sobre mi cabeza. Muchas otras tempestades he afrontado en el curso de mi vida, no lo dudéis, general, y el granizo ha ido siempre á descargar sobre *la cabeza de los mismos que las* habían desencadenado. Pero vos, os lo declaro también, me preocupáis un poco: vos sois muy capaz de obligarme á lanzar sobre vuestra cabeza blanca y respetada alguna palabra que conseguirá echar por tierra y para siempre toda vuestra fama.

Goll, cruzado de brazos é inmóvil, escuchaba impasible y mudo.

Ella siguió:

—Miradme bien á la cara y respondedme. ¿Qué queréis á cambio de abandonar la partida?

El mismo silencio de parte del general.

—¿No respondéis? Reflexionad un poco: vos sois ya viejo y para vos ha sonado hace tiempo la hora de disfrutar del reposo que tan bien habéis ganado. ¿A qué viene el seguir empeñado en poner en orden los miembros de un ejército desorganizado, corrompido, debilitado por la crápula y la licencia, reblandecido en los flirts y en los salones... á qué viene el tratar de engañaros á vos mismo y engañar á los demás para hacer creer que el conjunto del ejército está todavía íntegro y sano? Mejor que vos mismo conozco yo á vuestros soldados, porque vos no veis de ellos más que el hermoso *uniforme* y el *gesto exterior, en tanto que yo... yo, sí...* los conozco bien... *intus et in mente...*

El general Goll, inmóvil, parecía no escuchar.

—*¿Conque?...—terminó Ana Barbier prometiéndole* con sus ardientes miradas las ansias enloquecedoras que había sabido suscitar en tantos otros—*¿Conque!...* ¿cuáles son vuestras condiciones, si os decidís á abandonar la partida?

El *general* Goll *dejó* que la *última* palabra *se perdiese* en el silencio y, con una calma inalterable en la voz y en el semblante, dijo:

—¿Habéis terminado?

—Sí.

—¿Nada tenéis que añadir?

—No.

—Ni yo tampoco.

Y, nuevamente, levantó el brazo lentamente para indicar la puerta.

Pero en aquel precioso instante ocurrió una cosa que él no hubiera podido jamás llegar á imaginarse. Con la rapidez del rayo, Ana Barbier, se abalanzó sobre el anciano, cortándole la palabra y la respiración con un gran *foulard* que tenía escondido en la manga izquierda, oprimiéndoselo contra la boca, mientras con un largo *stiletto* le buscaba en el pecho el corazón.

El anciano general se dejó caer sobre un diván próximo y, por la fulmínea rapidez del ademán de su *agresora, sintió* que penetraba en su pecho la sutilísima hoja, antes de tener tiempo para ponerse á la defensiva. La mujer cayó sobre él como una verdadera furia, *sujetándole y repitiendo los golpes,* hasta que Goll, *consiguiendo* finalmente apoderarse del revólver y apuntar rápidamente á la que le fascinaba, *oprimió el gatillo.*



El tiro salió, y la fiera abandonó su presa, giró sobre sí misma y rodó por el suelo, murmurando con un hilo de voz:

—¡Más vale así!...

Y expiró.

XVI

EPÍLOGO

Cuando el corazón pareció ir apaciguando sus tumultuosos latidos, el capitán Ardale, que no había soltado de entre sus manos las pequeñas de miss Lucy, preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

La joven refirió en pocas palabras, la incertidumbre en que tanto ella como su madre se encontraban desde el medio día por la ausencia tan prolongada é inexplicable de Williams.

Desde las primeras palabras el capitán se dió cuenta de lo que significaba y de donde procedía el despacho recibido pocos momentos antes. Ana Barbier—á Ardale ya no le cabía *duda alguna* al respecto—había seguramente conseguido suprimir á uno de las que le estorbaban y advertía á los otros de su condena.

Y tembló el valiente oficial, no por sí, tembló por aquellas dos desventuradas é inermes mujeres tan perseguidas por la implacable desventura, y se sintió más próximo, más ligado á ellas, y todavía experimentó la necesidad de unirse á ellas para siempre.

—¡Qué imprudencia!—exclamó como si hablase consigo mismo.—Luego miró á la joven, que se le había acercado todavía más y con la mirada—porque las palabras se negaban á salir de sus labios temblorosos, le comunicó la nueva desgracia que sobre ella y su madre acababa de caer.

—¿Qué nos queda, entonces?—preguntó Edith con una voz en la que temblaban las lágrimas y que la desesperación convertía en sollozos.

Ardale respondió con humilde sencillez y ternura infinita:

—¡Yo, Edith!

Y la doncella, dejando caer su cabeza sobre el hombro de Ardale, lloró largamente y en silencio.

FIN

Dib. de Fortuny.



Y, la doncella, lloró largamente y en silencio.

AMERICAN FURNITURE Cº
513 C. PELEGRINI 513 - MUEBLES

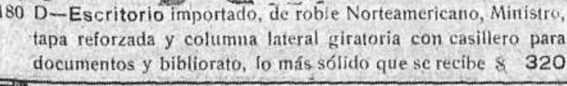


OBSEQUIAMOS

Á todo nuestros clientes con motivo de las fiestas de fin de año

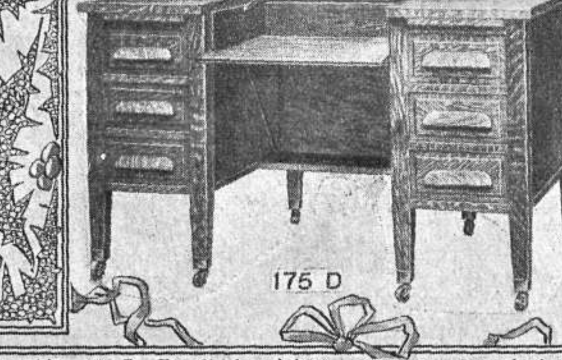
Con un 20 %

de rebaja sobre los precios de casas similares. Gozan de esta ventaja todo Mueble que se compre en nuestra casa desde la fecha hasta el 31 de Enero de 1911.



180 D—**Escritorio** importado, de roble Norteamericano, Ministro, tapa reforzada y columna lateral giratoria con casillero para documentos y bibliorato, lo más sólido que se recibe $ 320

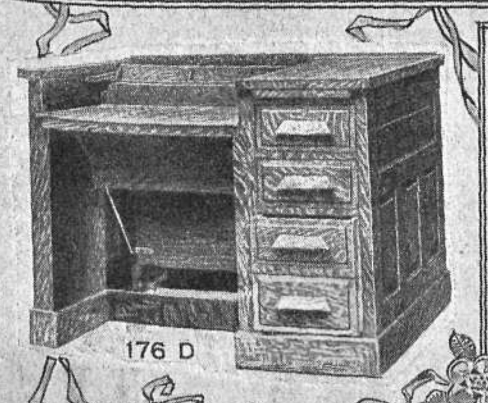




152 D—**Sillón giratorio** con balancín, en roble macizo, asiento y respaldo tapizado en búfalo .... $ 95

175 D—**Escritorio** ministro, con trampa para máquina de escribir; cerrada ésta, es un perfecto escritorio ministro, todo de roble cuarteado y elegido $ 190

Toda persona debe mandarnos plano de su habitación ó casa y le enviaremos dibujos y presupuestos gratis.
Los envíos al interior se despachan con carretaje y embalaje GRATIS.



Pidan precios por nuestros comedores de roble estilo ingles.

DORMITORIOS
ESCRITORIOS
VESTIBULOS
SALAS

153 D—Sillón giratorio con balancín en roble norteamericano, importado, asiento tapizado en búfalo...... $ 55



J. MUÑOZ

"HESPERIDINA"

CONCURSO N.° 3

75 PREMIOS

$ 1.000 Gratis

Un Gran Premio de					$ 250
Cuatro	premios	de	$ 50	c/u.	,, 200
Diez	,,	,,	,, 25	,,	,, 250
Sesenta	,,	,,	,, 5	,,	,, 300
					$ 1.000

Etiqueta que debe remitirse



CONDICIONES

El concursante ha de remitir una etiqueta que se encuentra sobre cada botella de "HESPERIDINA", en cuyo texto tachará las palabras que no utilice, dejando libres aquellas que crea necesarias para componer una oración en la que explique perfectamente el móvil de este enlace.

NOTA.—No se puede repetir ninguna palabra.

Una etiqueta con el móvil de este enlace, ha sido depositada en la escribanía de los señores Wright y Gamboa, Avenida de Mayo, 733.

En caso que ningún concursante acierte la contestación exacta, se entregará el primer premio al que más se aproxime y así sucesivamente con los demás premios.

Este Concurso empezará el 1.° de Enero de 1911 y se clausurará el 31 de Marzo de 1911.

Toda contestación debe remitirse á "Caras y Caretas", indicando en el sobre

Concurso "HESPERIDINA" N.° 3



¿Por qué se casó esta linda señorita con este hombre tan feo?


1911
Á nuestra distinguida clientela
FELICIDAD
NOS PERMITIMOS AGRADECER MUY SINCERAMENTE EL HABER HECHO QUE EL AÑO 1910 HAYA SIDO EL MÁS PRÓSPERO DE NUESTRA CARRERA COMERCIAL Y ESPERAMOS SEGUIR MERECIENDO SU CONTINUADA CONFIANZA.
DESEAMOS Á USTED UN MUY FELIZ AÑO NUEVO.
I. RILLO.
NOVIEMBRE 1911
LUN MAR MIER JUE VIER SAB DOMI
1 2 3 4 5
6 7 8 9 10 11 12
13 14 15 16 17 18 19
20 21 22 23 24 25 26
27 28 29 30
J. MUÑOZ



Fiesta escolar



Escuela Normal de maestras, núm. 8.—Fiesta con motivo de la inauguración de la biblioteca



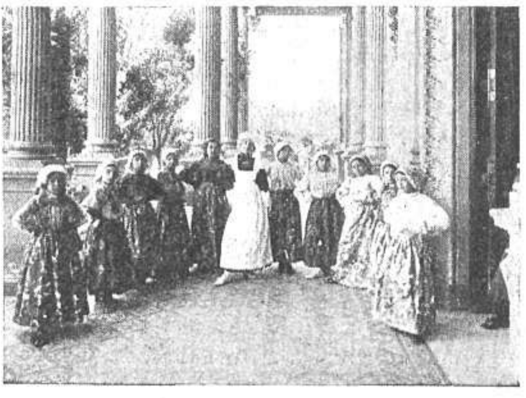
Niñas que tomaron parte en la fiesta.—El coro de «Cavalleria Rusticana»



El coro japonés



Pantomima «Buenas Noches»



«La caza del oso»

"EL NUEVO PARIS"

RIVADAVIA esquina SUIPACHA



Capota broderie, con bajo de ala plissé, en cinta liberty y moños de terciopelo negro. Gran modelo. . . . . $ 12.80

Traje de brin de hilo, dos mil colores, por $ 25.— Capota para viaje, en rafia, con su echarpe, á pesos. 9.50



Combinación de batista de hilo, toda con entredoses y puntillas pla, lo más elegante, á. . . . . . $ 18.—

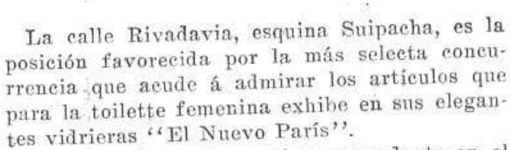


Traje de seda cruda, con trencilla y sutache de seda, todo lo más rico, por el precio de pesos . . . 130.— Sombrero de broderie, con sesgos de terciopelo, tal cual. $ 25.—



Gran modelo capota de rafia, guarnecida con galón sutache, con su echarpe, reclame, á pesos. 9.50

Traje de paño de seda liberty negro, gran chic, por el precio de pesos. . . . . . 120.— Sombrero-toca de tagal negro, con penacho de plumas de avestruz, precio reclame. . . $ 39.—



La calle Rivadavia, esquina Suipacha, es la posición favorecida por la más selecta concurrencia que acude á admirar los artículos que para la toilette femenina exhibe en sus elegantes vidrieras "El Nuevo París".

El éxito alcanzado no tiene precedente en el comercio de modas bonaere[illegible] ues, á pesar del poco tiempo que lleva esta [illegible] da esta casa es la preferida y sus amplios salones de exposición y venta son centros de amena reunión de las más distinguidas damas que diariamente desfilan admirando todo lo que allí se expone.

Tenemos en exposición todo lo recientemente creado y del más refinado buen gusto en Sombreros, Gorras, Capotas para viaje; además, Sombreros de paja con terciopelo, todos en terciopelo y broderie, un selecto surtido en abanicos y objetos para regalos.



Sombrero para viaje, de seda blanca, con lunares color heliotropo y echarpe blanco, todo por pesos. . . . . . 15.—

Visiones de Oriente

La mezquita de Omar, en Jerusalén

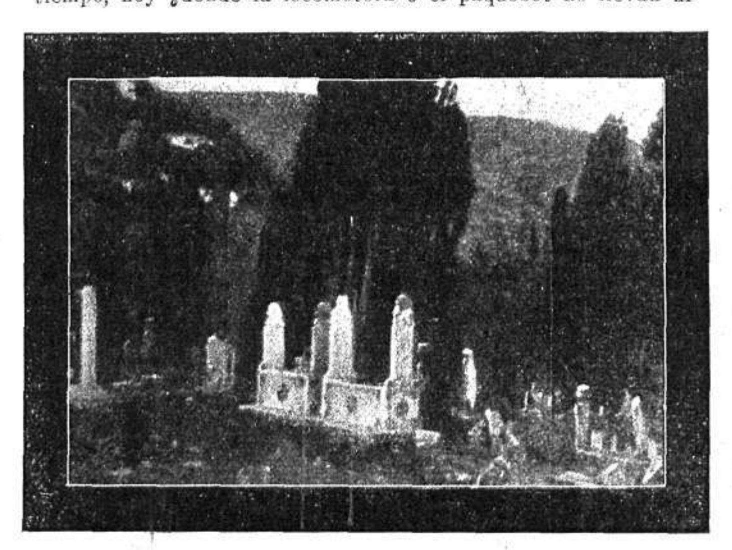
Los recuerdos un poco confusos de los cuentos que entretuvieron nuestra infancia y encantaron nuestra adolescencia, vagas reminiscencias de novelas ó de tradiciones, han poblado nuestros espíritus de "Visiones de Oriente", cuyas imágenes se precisan en suntuosos palacios, blancas cúpulas y finos alminares, fogosos caballeros blandiendo corvas cimitarras, y palmeras esbeltas recortándose contra un cielo de intenso azul: el Oriente de las "Mil y una noches" y de las cruzadas.

Respecto al Oriente de hoy, infinitamente más prosaico y cada día más modernizado, nuestros conocimientos son, en general, cortos y poco profundos. Vale la pena de conocerlo mejor.

Los recuerdos históricos abundan en esas tierras clásicas y las visiones de arte se encuentran á cada paso. Pero, al mismo tiempo, hoy ¿dónde la locomotora ó el paquebot no llevan al turista, ávido de nuevas sensaciones?



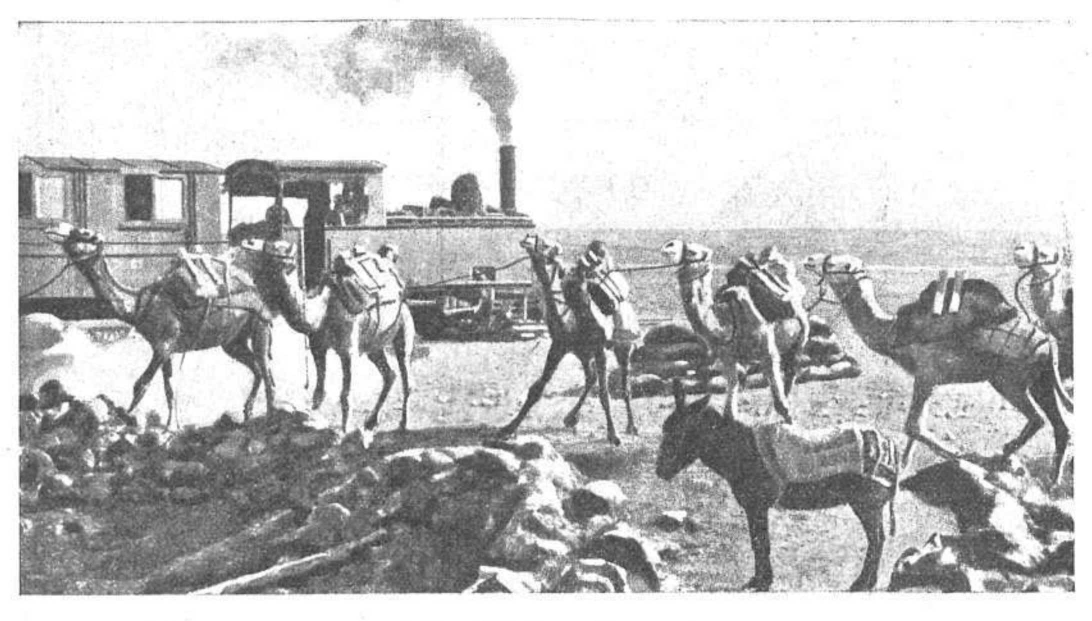
Línea de Bagdad



Cementerio de Brusa, al pie del monte Olimpo

La Frigia, la Licaonia, la Lidia, la Palestina y la Siria, todos esos países, evocadores de un pasado glorioso, están cruzados por vías férreas.

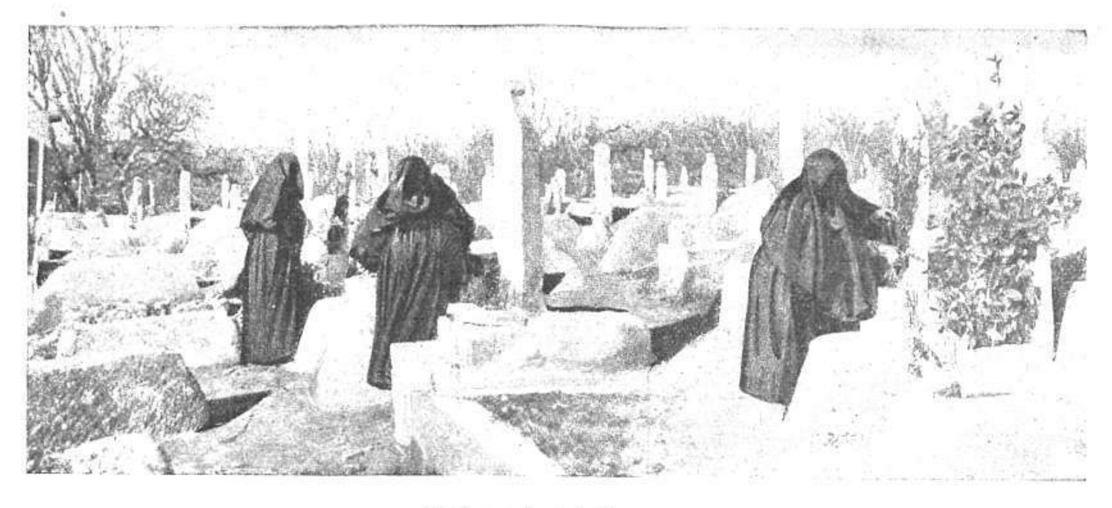
De Constantinopla en dirección



En la línea de la Meca.—Un encuentro

á Bagdad, hay ya tendidos 1.000 kilómetros de rail, hasta Konia, la antigua Iconium, ciudad amada de Tiberio, Claudio, Adriano y Trajano, embellecida por Constantino, y más tarde capital de los sultanes Seldjucidas.

Quedan de aquel período fastuoso bellos monumentos: mezquitas, mausoleos, entre éstos el más original y mejor conservado, el santuario de los Derviches torneros, donde duerme el fundador de la orden, Djelal Eddin. Una excursión á Konia es un viaje al país de los recuerdos clásicos de la Grecia, de Roma y de Bizancio.



En el cementerio de Damasco



Cristianas de Damasco

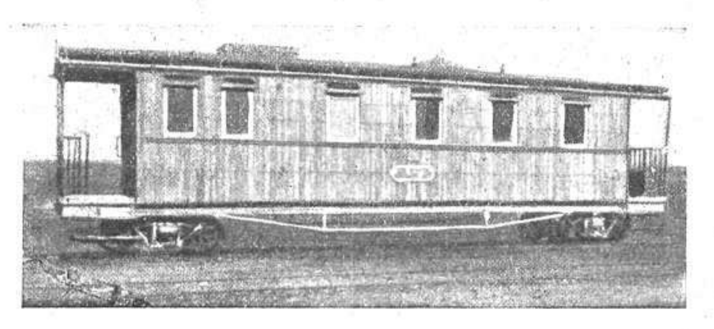
La Jerusalén de hoy reserva al turista una gran decepción: los muchos edificios modernos no consiguen precisamente embellecerla: subsiste, no obstante, por encima de la lepra del barrio israelita, una maravilla arquitectónica, resplandeciente bajo el claro cielo con todo el esplendor de sus porcelanas y de sus mármoles policromos: es la mezquita de Omar, suprema obra del arte musulmano.

Las ciudades orientales van cada día perdiendo algo de su color local. Así es como las damas turcas de Constantinopla y de Damasco han sabido, con un arte fino é ingenioso, transformar con ventaja para ellas el velo severo en que se envolvían sus abuelas, el "tchar-tchaff". Así vestidas van y vienen por las grandes calles modernizadas, compran en las tiendas y echan sus cartas en los buzones, como las mujeres de todos los países. Eso sí, no usan sombrero: envidiemos á los turcos.

Casi al lado de Constantinopla, Surge Brusa, la antigua "Prusa ad Olympum", así bautizada por Aníbal, bellísima ciudad, hoy con 120.000 habitantes, y orgullosa con su admirable Mezquita Verde. Ninguna ciudad de Islam posee tantas mezquitas como la antigua capital de la Bitinia. Algunos autores mencionan hasta trescientas.

Damasco posee tres estaciones, pues á ella afluyen tres líneas férreas, tranvías eléctricos y hoteles que no ceden en elegancia y confort á los de cualquier ciudad de Occidente.

Pues bien: así y todo, en las principales mansiones de Damasco, como en los santuarios de Constantinopla, de Brusa, de Alepo y de Jerusalén, el visitante



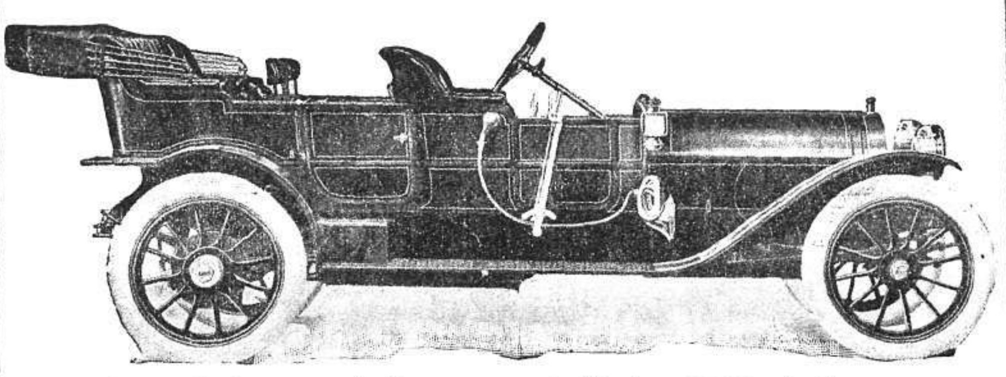
El vagón-mezquita

DICIEMBRE 1911						
LUN	MAR	MIER	JUE	VIER	SAB	DOMI
				1	2	3
4	5	6	7	8	9	10
11	12	13	14	15	16	17
18	19	20	21	22	23	24
25	26	27	28	29	30	31

GARANTIDOS — 10 AÑOS DE ÉXITO



VARIOS MODELOS | TOURISMO - LIMOUSINES CARRERA - CAMPO



6 cilindros 50 caballos — 4 cilindros 30/35 caballos

ALTOS - DE HUELLA - SOLIDOS
POTENTES - VELOCES - SILENCIOSOS

La última palabra CARBURADOR á doble entrada, regula automáticamente la admisión de nafta la que permite mayor poder con economía.

Llantas desmontables CAMBIO de gomas en 2 MINUTOS. NO HAY PELIGRO de pellizcar las cámaras. NO HAY PELIGRO de salirse en las PATINADAS.

Admite cualquier clase de cubiertas

ESPLENDIDOS En sus proporciones, En su apariencia, En sus materiales, En su funcionamiento.

PARA CONVENCERSE preguntar á los que los usan ó mejor ENSAYAR por sí mismo. NADA CUESTA —

PRECIOS MÁS BAJOS QUE OTROS. CIRCULAR B EXPLICA POR QUÉ

VARIOS OTROS MODELOS
PARA EL CAMPO Y CIUDAD

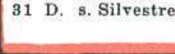
PIDAN DETALLES PRECIOS Y CONDICIONES

ODELL, Hijos & Cía. FLORIDA, 864 Buenos Aires



DICIEMBRE

1	V.	s. Mariano
2	S.	s. Silvano
3	D.	s. Francisco
4	L.	s. Pedro Crisólogo
5	M.	s. Sabas
6	M.	s. Nicolás de Bari
7	J.	s. Ambrosio
8	V.	† **Inmac. Concepción**
9	S.	sta. Leocadia
10	D.	Ntra. Sra. de Loreto
11	L.	s. Dámaso
12	M.	s. Donato
13	M.	sta. Lucía
14	J.	s. Nicasio
15	V.	s. Ireneo
16	S.	s. Eusebio
17	D.	s. Lázaro
18	L.	s. Timoteo
19	M.	s. Nemesio
20	M.	sto. Domingo
21	J.	sto. Tomás
22	V.	s. Demetrio
23	S.	Beato Nicolás
24	D.	s. Gregorio
25	L.	† **Nat. de N. S. J. C.**
26	M.	s. Esteban
27	M.	s. Juan
28	J.	Santos Inocentes
29	V.	sto. Tomás
30	S.	s. Severo
31	D.	s. Silvestre



REGALO

Á

NUESTROS LECTORES

PREMIOS POR VALOR



DE $10.250 m/n.

Lean las bases del

17.° CONCURSO

DE

"CARAS y CARETAS"

en este número y en los sucesivos.



Semanario Festivo, Literario, Artístico y de Actualidades

BOLÍVAR, 578 al 586 · Buenos Aires (Rep. Argentina)

TELEFONOS Dirección: Unión 598 (Avenida), Cooperativa 3114 (Central).
Administración: Unión 2316 (Avenida), Cooperativa 3423 (Central).

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EN LA CAPITAL

	Edición corriente	Edición de lujo
Trimestre. . . .	$ 2.50	$ 5.00
Semestre	,, 5.00	,, 10.00
Año.	,, 9.00	,, 18.00
Número suelto. .	20 cts.	40 cts.
Número atrasado.	40 ,,	80 ,,

EN EL INTERIOR

	Edición corriente	Edición de lujo
Trimestre. . . .	$ 3.00	$ 6.00
Semestre	,, 6.00	,, 12.00
Año.	,, 11.00	,, 22.00
Número suelto. .	25 cts.	50 cts.
Número atrasado.	50 ,,	$ 1.00

EN EL EXTERIOR

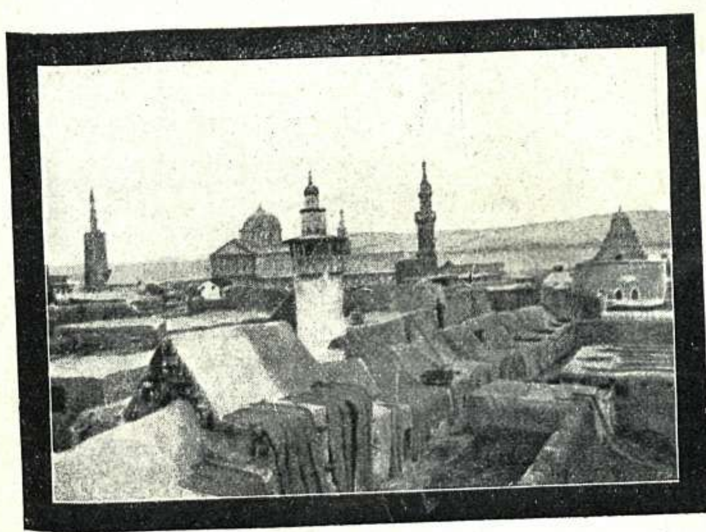
	Edición corriente	Edición de lujo
Trimestre . .	$ oro 2.00	$ oro 3.50
Semestre. . . ,, ,,	4.00	,, ,, 7.00
Año. . . . . . ,, ,,	8.00	,, ,, 14.00

PRECIOS DE ENCUADERNACION Y TAPAS:
- Encuadernación y tapas de los tomos 2.°, 3.° y 4.°, cada tomo $ 3 m/n.
- ,, ,, ,, ,, ,, ,, 1.°, 5.° al 41 incl. ,, ,, 2 ,,
- Tapas sueltas. . . . . ,, ,, 1 ,,

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección aunque se publiquen.
Los reporters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial y se ruega no atender á quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.

AGENCIAS EN EL EXTERIOR:
- **PARIS - L. Mayence & Cie. - Rue de la Grange, Bateliere 18 (venta de ejemplares y avisos).**
- **LONDRES - J. Barriere & Cie., 17, Green Street, Leicester Square W. C. (venta de ejemplares).**
- **MONTEVIDEO - Plaza Independencia, 35 (costado norte).**

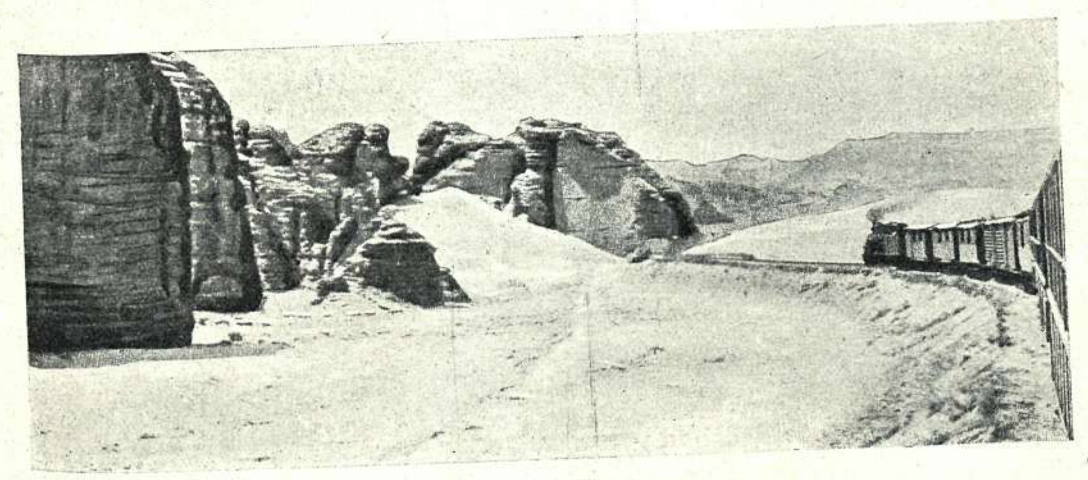


Terrazas de Damasco.—Los tintoreros hacen secar al sol las telas



Una silueta moderna

puede creerse en el país de Scheherazada. ¡Extraño contraste con el modernismo importado por las locomotoras que espantan á los dromedarios y dejan atónitos á los beduínos de las soledades arábigas!



A través del Hedjaz



La llegada á Medina. — Las arenas del desierto presentan el aspecto de una playa

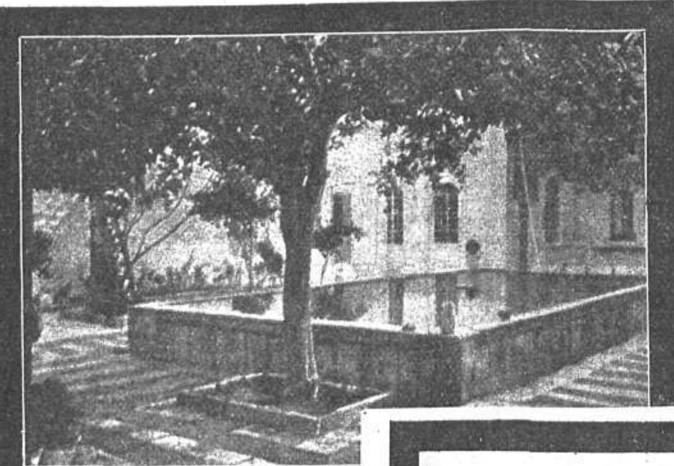
Es la ley fatal del progreso, el gran nivelador. ¡Pudiera él, no obstante, respetar por largo tiempo todavía todo lo pintoresco de su color local, la calma de las antiguas necrópolis árabes y librar de la funesta vecindad de las chimeneas de las usinas los elegantes alminares de Damasco, tan bellos, tan resplandecientes en los hermosos crepúsculos de otoño á los rayos del sol poniente!

¡Pueda él conservar á Damasco esa atmósfera límpida que hace vibrar los colores, que derrama la alegría de vivir hasta sobre las vastas necrópolis de sepulcros blancos y rojos, poblados de columnitas de vivos colores, entre las cuales circulan dulcemente, todas las tardes, teorías de mujeres

Visiones de Oriente

Contra lo que generalmente se cree en Europa, una unión fecunda de la religión y de la ciencia, del progreso moderno y de las tradiciones del pasado, caracteriza la renovación actual, tan rápida y tan rica en esperanzas, de los países musulmanos.

Y de todas las nuevas "Visiones de Oriente" que los viajeros occidentales traen hoy de aquellas encantadoras regiones de luz y sol, no son por cierto las menos conmovedoras las manifestaciones tan numerosas como evidentes de ese renacimiento del Islam.

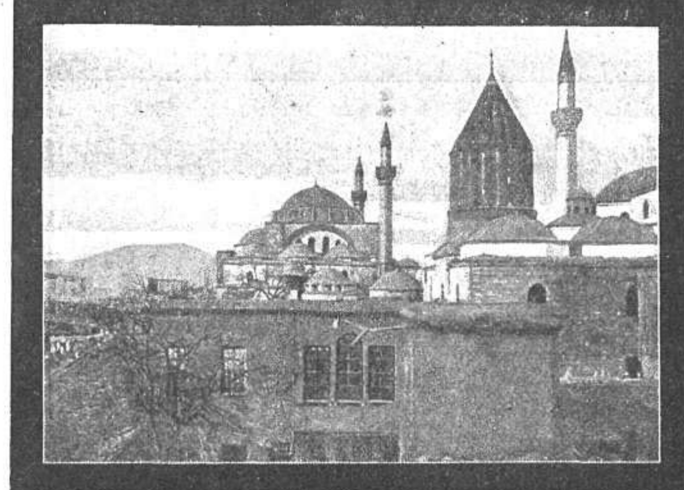


El patio interior de una casa árabe, en Damasco

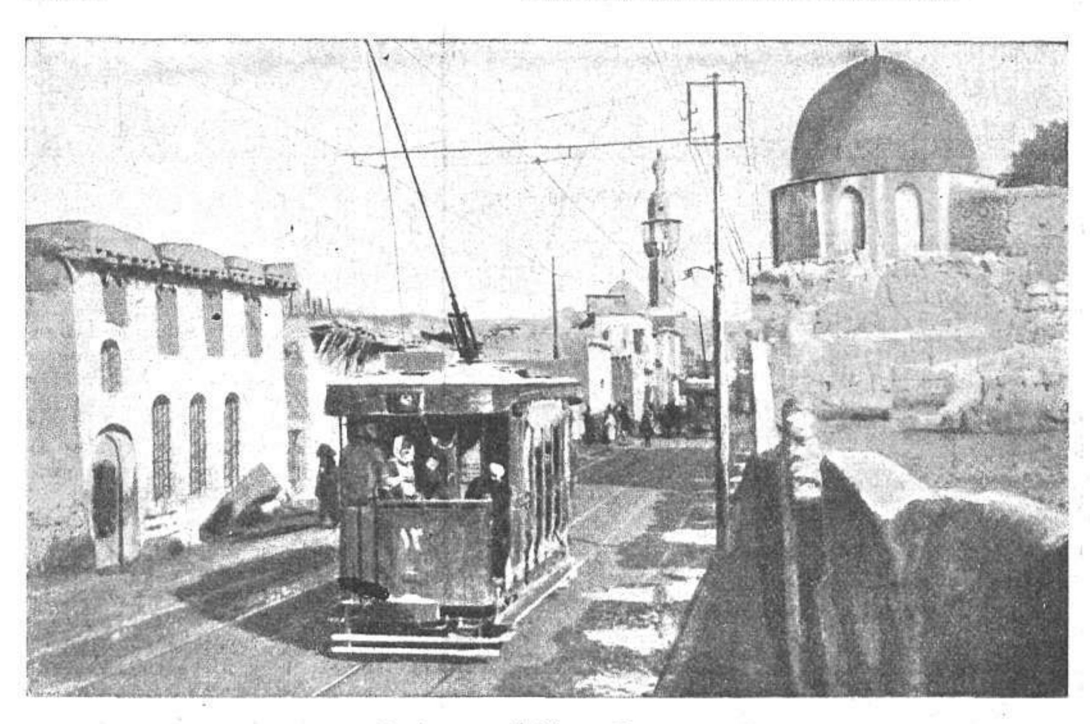
que acuden á hacer compañía á los desaparecidos!

En la época de las grandes peregrinaciones, se agrega á los trenes el wagón-mezquita. ¡Qué curiosa y qué singular asociación de palabras tan poco hechas, al parecer, para ser asociadas, y que definen una pasmosa realidad!

Pero relidad sugestiva, porque evidencia que el progreso científico moderno no es en modo alguno incompatible con el Islamismo en lo que éste tiene de más tradicional y de más sagrado, como la peregrinación á los Santos Lugares.



El mausoleo de los Derviches torneros, en Kouiah



Los tranways eléctricos en Damasco

Modos raros de veranear



Un matrimonio veraneando en las alturas del Mont Blanc

Las personas que veranean en un puerto de mar ó en alguna colonia estival de la montaña, están en un error cuando creen que con esto cambian de vida y recobran nuevas fuerzas para la campaña del futuro invierno. Los extranjeros, más prácticos en todo que nosotros, entienden que el verdadero veraneo no es ese en que se sigue vistiendo á la última moda, se va al teatro y al casino y se está al corriente de la política y del movimiento de la Bolsa, y apelan á procedimientos, extravagantes si se quiere, pero de resultados más seguros.

En el verano de 1901, llamó la atención en Francia un joven escocés que aprovechaba las vacaciones recorriendo la vecina república en canoa. Enteramente solo en su barquilla, llevando á bordo su ropa, sus utensilios de cocina, sus aparatos fotográficos y hasta su máquina de escribir, nuestro hombre vivía á bordo, dejando que su embarcación se deslizase empujada por la brisa, y viendo desfilar las pintorescas orillas del Sena, del Marne, del Ródano, etc., hasta llegar al canal de Brest y la Mancha, desde donde se volvió á Escocia.



El campamento del príncipe de Mónaco, en el Spitzberg

Este veraneo acuático no es una novedad entre los anglosajones. En los Estados Unidos es muy frecuente hacer largas expediciones veraniegas por los grandes ríos ó por los pantanos de la Florida. Se pesca, se caza, se obtienen fotografías, se forman herbarios y, por la noche, se salta á tierra, se planta la tienda de campaña y se descansa en medio de una naturaleza virgen.

Los ingleses ricos lo hacen mejor todavía, ó por lo menos con más comodidades. Al llegar el verano trasladan su residencia á lujosas "houseboats", verdaderos hoteles flotantes tan lindos como confortables. No es necesario decir que estas casas fluviales se prestan á todos esos deportes acuáticos, natación, pesca, regatas, etc., que tanto agradan á los ingleses.

Este modo de veranear, es tal vez, el más antiguo que se conoce. Los chinos tienen también sus palacios flotantes en los que pasan los meses del calor, y hasta se afirma que una costumbre parecida había ya en el antiguo Egipto.

En nuestros días, los verdaderos entusiastas del veraneo práctico prefieren las montañas al río. Es realmente una delicia recorrer las regiones donde las nieves son eternas cuando en las ciudades se está á la temperatura del frito. Antes, esto se quedaba sólo para los alpinistas más atrevidos, pero ahora son muchas las señoras que, con pantalones ó falda corta, liada al cuerpo la cuerda, eligen las grandes alturas para pasar las imperiosas vacaciones del estío. Las que no se creen con el pie bastante seguro para llegar á las cimas de los montes, se quedan en las mesetas bajas, y hoy se acostumbra mucho que las jóvenes pasen algunas semanas haciendo vida robinsonesca en los valles frescos. La cuestión es vivir al aire libre, prescindir de servidumbre y de comodidades, y lavar en los torrentes la ropa blanca.

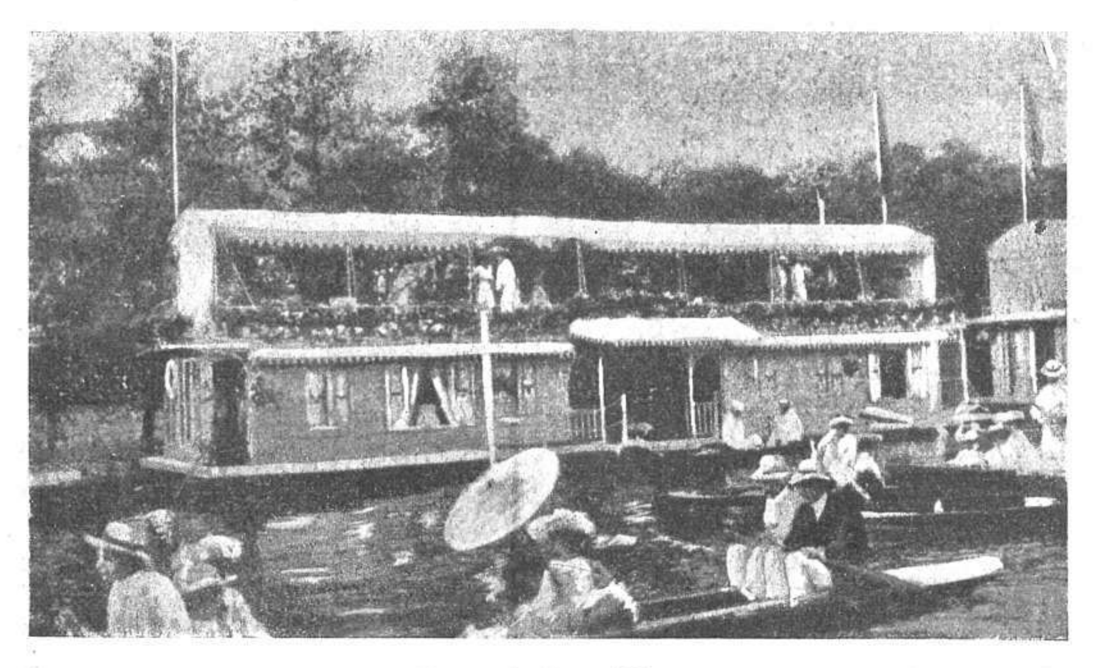
Y todavía hay el recurso, para aquellas y aquellos que no sientan vocación de alpinistas, de quedarse llevando la misma vida en los valles ó en los bosques. Con tal de hacer vida medio salvaje, de olvidar por una temporada las preocupaciones y miserias del mundo, y de estar en íntimo contacto con la naturaleza, el subir unos metros más ó menos importa poco. Este género de vida es lo que constituye el "camping", de que ya en otra ocasión nos hemos ocupado.

Para veranear de esta manera, algunas familias prefieren á la tienda de campaña un gran carromato que sirva de vivienda, por el estilo de



«Campiug» en los bosques

Modos raros de veranear



Una casa flotante en el Támesis

los que usan los titiriteros que van de pueblo en pueblo. En Inglaterra, una aristocrática dama, Lady Grosvenor, sacó la moda del veraneo en carro, y desde entonces ha tenido numerosos imitadores. El mayor encanto de este sistema consiste en que, alquilando caballos en los pueblos, pueden recorrerse en un par de meses varias localidads sin tener que pagar fondas ni posadas y viviendo con toda independencia.

Como en todo, hay en esto de veranear sus exageraciones y sus excentricidades. Por ejemplo, hace dos años, dos hijos del entonces presidente Roosevelt se dedicaron durante las vacaciones á hacer constantemente el viaje, en tren, de Oyster-Bay á Mineola, pero no como pasajeros, sino como maquinistas. El ir vestidos de blusa azul, cubiertos de humo y de grasa, y llegar á la casa paterna hechos una lástima, tenía para ellos todo el encanto de un nuevo deporte.

Otro muchacho yanqui, hijo de acaudalado cervecero, hace durante el verano el oficio de albañil, y Willy Douglas, que á la muerte de su padre heredará cerca de un millón de pesos oro, pasa la época del calor en un bosque echando abajo árboles y transformándolos, con la sierra, en postes y tablones.

En Filadelfia se ha formado un club femenino de vacaciones, que dedica el verano á recorrer el país á pie. Sus paseos suelen ser de 20 ó 30 kilómetros diarios. Comen en las posadas, se acuestan donde pueden y, para pagar los gastos, dan en las aldeas conciertos de mandolina. El año pasado, sólo en un mes, un grupo de muchachas pertenecientes al club recorrió la friolera de 350 kilómetros.

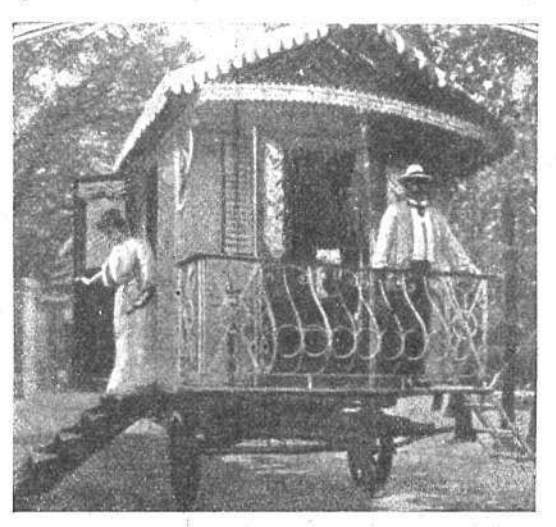
Entre algunos aristócratas y príncipes, en fin, el colmo de la elegancia es irse en el verano á cazar renos entre los hielos del Spitzberg. Uno de los más entusiastas de este género de veraneo es el príncipe de Mónaco, que algún año fué acompañado por el rey Humberto de Italia y su augusta esposa.

Hasta vida de club puede hacerse, y en efecto, la hacen los cazadores que se pasan la vida en las selvas.

Recientemente se ha fundado en el Africa inglesa una institución llamada Ju-Ja Club. Ju-Ja es una vasta posesión, situada en el corazón del Africa Oriental Inglesa, que cubre una extensión de 25.000 hectáreas de terreno, con más de setenta y cinco kilómetros de ríos y tres cataratas. Su propietario, el sportsman yanqui Mr. William M. Mc Millan ha concebido la idea de convertir dicha finca en un club de cazadores, porque el terreno está materialmente plagado de caza de todas clases.

En Ju-Ja hay estación telegráfica, estafeta de correos, almacenes y una fábrica de electricidad.

Puede asegurarse sin exageración de ninguna clase que allí se puede estar cazando elefantes con una mano, y telegrafiando á París con la otra.



El veraneo en carro de titiriteros

LA OBESIDAD EN LOS DOS SEXOS

Tratamiento por la **IODHYRINE** Del Dr. DESCHAMP

La **OBESIDAD** es una alteración en el funcionalismo de la nutrición; alteración que se caracteriza por una hipertrofia del tejido celulo-adiposo. Es al sistema celular lo que la plétora al sistema sanguíneo :: :: :: ::

LA OBESIDAD ES PERJUDICIAL A LA SALUD

LA OBESIDAD PERJUDICA A LA BELLEZA

LA

IODHYRINE

del Dr. DESCHAMP, de París

ADELGAZA CON SEGURIDAD

Purifica la sangre y da fuerza á los tejidos



Después de tomar la IODHYRINE — Antes de tomar la IODHYRINE

LA IODHYRINE del doctor **DESCHAMP** se halla en venta en las principales farmacias y droguerías, y especialmente en las de Gibson, Droguería de la Estretrella, Moine y Soulignac, Beretervide y Cía., Vaucheret y Wienert, Kelly y Cía., Droguería Franco-Inglesa, Pays-Bousom y Cía.

Desconfiar de las numerosas falsificaciones y tener cuidado de exigir el nombre. Consérvese el medicamento al resguardo de la humedad.

Para cualquier informe dirigirse al laboratorio **DUBOIS-LALEUF**
7, Rue Jadin - París (Parc Monceau)

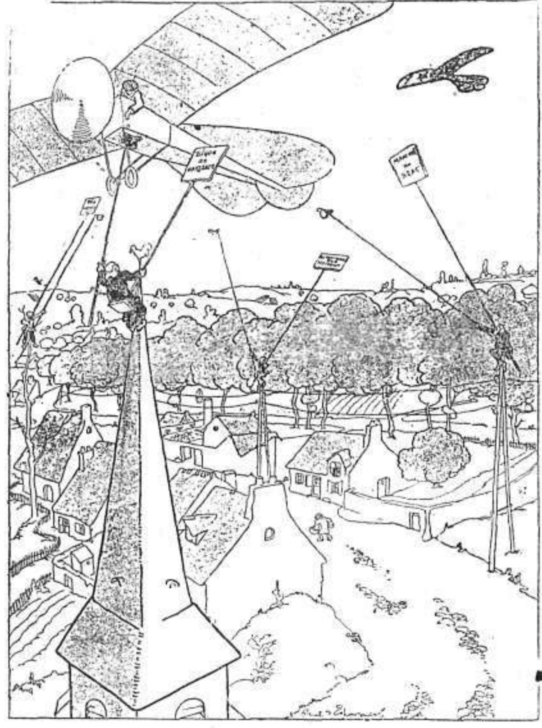
ÚNICOS CONCESIONARIOS Y VENDEDORES EN LAS REPÚBLICAS DEL PLATA:

J. R. CALCAGNO & Cía.

CORRIENTES, 571 - Buenos Aires

Precio $ 7.50 la caja en la capital. A los pedidos del interior deben agregarse 50 centavos para gastos de flete





Los mendigos del porvenir

La seda fué traída á los países de Occidente el año 274, de la India; su manufactura fué introducida en Europa por monjes en 551, y el clero comenzó á usarla en Inglaterra en 1534.

En el Museo Británico, de Londres, se conserva un curioso documento: se trata de una carta amorosa escrita sobre un ladrillo. En ella se hace el ofrecimiento de la mano de una princesa egipcia. La tal carta tiene 3.500 años de antigüedad.

En la construcción de los diques próximos á Bredstedt, en Schleswig, Prusia, se emplean mujeres polacas: según se asegura, trabajan tan bien como los hombres y por un salario más reducido.

Los árabes tienen su código de belleza para la mujer.
Según él, los cabellos, las cejas, las pestañas y las pupilas deben ser negros.
La epidermis, los dientes y el fondo del ojo, blancos.
Los brazos y la cintura, redondeados.
El dorso, los dedos, los brazos y las piernas, largos.
La frente, los ojos y los labios, grandes.
El arco de las cejas, la nariz y los pies, finos.
Las orejas, el busto y las manos, pequeños.

La bala que mató al famoso almirante inglés Nelson en la batalla de Trafalgar y que fué prestada á la Exposición Anglo-Japonesa por el difunto rey Eduardo, ha sido devuelta á la Armería Real de Inglaterra. En el trayecto iba custodiada por un oficial y veinticinco soldados, y mientras estuvo en la exposición figuró en una vitrina de cristales cerrada con tres candados, resguardada por una red de fuertes alambres metálicos. Junto á la vitrina estuvieron siempre, día y noche, cuatro policías.

Un obrero de la fábrica de ladrillos de Tunbridge Wells (Inglaterra) han conducido durante los treinta años que ha trabajado al servicio de dicha fábrica, 40 millones de ladrillos en un carrito de mano. El peso de dicho material de fábrica se supone que asciende á ciento treinta mil toneladas. Se calcula también que el referido empleado, hombre todavía fuerte y robusto, á pesar de sus cincuenta años, ha caminado, para transportar los ladrillos, más de noventa mil kilómetros.

Por paradójico que parezca, la persona á quien menos conoce cada cual es á sí mismo. No podemos vernos como nos ven los demás, ni oímos nuestra voz como la oye el resto del mundo. Como prueba de esto último pueden citarse algunos experimentos realizados por el doctor Laloy.

Si una persona recoge en un disco de grafófono varias frases pronunciadas por ella misma, en unión de otras pronunciadas por varios amigos, y hace que el aparato las reproduzca, generalmente reconoce la voz de sus amigos, pero la suya no. Este hecho prueba que la voz suena de un modo diferente para el que la pronuncia y para el que la oye.

En Holt (Inglaterra) hay un campesino octogenario, á quien ha enseñado á leer y escribir su nieta, aprovechando el reposo á que estuvo sometido por efecto de una enfermedad. A los setenta años este hombre no sabía deletrear siquiera.

¡AH, JUVENTUD!



—En nuestro tiempo, nos contentábamos con comer el pan al olor de cualquier cocina burguesa, mientras que aquel muchacho necesita el perfume de un gran restaurant. Como quieres que con esta afición al lujo, la juventud no se pervierta...

(De *Pêle Mêle.*)



Anderson, Clerget y Cía.

BUENOS AIRES

Salones Exposiciones

135 - CALLE MAIPÚ - 147

y

47 - CALLE MAIPÚ - 49

CIGARRILLOS
CENTENARIO
á 20, 30 y 50 cts



NÚMERO SUELTO { En la capital.......... 20 centavos
En el interior......... 25 »

EDICIÓN DE LUJO { Número suelto: En la capital...... 40 centavos
En el interior ... 50 »